REBECCA J. CAFFERY

POLE POSITION

Rivales en la pista



HarperCollins

Portadilla

Rebecca J. Caffery

Pole Position

Rivales en la pista

HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Título original: Pole Position
© 2024, Rebecca J. Caffery
© De la traducción del inglés, Xavier Beltrán Palomino
© De esta edición, HarperCollins Ibérica, S. A., 2026
Publicado originalmente por One More Chapter, una división de HarperCollinsPublishers Limited, 1 London Bridge Street London SE1 9GF

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Diseño de cubierta: Lucy Bennett/HarperCollinsPublishers Ltd
Ilustración de cubierta: Chloe Quinn/Astound
Adaptación de cubierta: equipo de HarperCollins Ibérica

ISBN: 9788410647725

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Playlist
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Agradecimientos

Dedicatoria

Para mi abuela Barbara y para todos aquellos que tengan un ser querido con párkinson

Playlist

Playlist



making the bed - Olivia Rodrigo
Part of Me - Noah Kahan
Rush - Troye Sivan
Too Well - Reneé Rapp
In The Stars - Benson Boone
LIKE I WOULD - ZAYN
Delicate - Taylor Swift
Shut Up And Drive - Rihanna
No Judgement - Niall Horan
I Like Me Better - Lauv
Got Me Started - Troye Sivan
Midnight Rain - Taylor Swift
I Know it won‘t work - Gracie Abrams
older - Devon Gabriella
this is me trying - Taylor Swift
Born To Be Yours - Kygo, Imagine Dragons
Wish You Were Sober - Conan Gray
reckless driving - Lizzy McAlpine
Boyfriend - Dove Cameron
Everybody Needs Someone - Noah Cyrus
Whataya Want from Me - Adam Lambert
R U Mine? - Arctic Monkeys
Feels Like - Gracie Abrams
The Show - Niall Horan
Green Light - Lorde
About Love - MARINA

Capítulo 1

Kian

—¿Cómo que se ha roto una pierna?

Justo cuando debería estar haciendo las maletas para viajar a Baréin, Will, mi mánager, y Anders, el jefe del equipo, deciden meter un follón espectacular en mi vida.

—No sé qué más quieres que te diga, Kian. Ha sido un accidente. Elijah ha resbalado cerca de una piscina. Se ha roto la pierna por tres sitios distintos, el muy tarado.

Oír la historia por segunda vez no calma las aguas revueltas de estrés que mi cerebro ha enviado por todo el cuerpo.

A estas alturas, es evidente: mi compañero de equipo estará por lo menos seis meses alejado de la temporada, quizá más, y todo se va a ir a la mierda.

Bajo la mirada hacia mi maleta, que está abierta encima de la cama. Ni siquiera todos los organizadores del mundo harán que me sienta mejor. Y ya es decir, porque a mí me encanta ordenar mi vida con cuadraditos organizados de pulcritud. Elijah Gutaga y yo llevamos cinco temporadas siendo compañeros de equipo y hemos desarrollado un vínculo que no se limita a la pista, sino que va más allá. Soy el padrino de su hijo de tres años. Es mi mejor amigo en un mundo en el que cuesta encontrar a gente en quien confiar. En uno de los deportes más peligrosos del mundo, es importante que haya un nivel de confianza en tu círculo inmediato y también en el equipo en general. Ese vínculo es crucial sobre todo para el Campeonato Mundial de Constructores. Sin esa confianza, todo se desmorona.

Tardo demasiados segundos en darme cuenta de que estoy sentado en silencio, mientras las dos personas que sostienen mi carrera en las manos esperan a que les conteste. No sé qué quieren que les diga. En este deporte, mantener los nervios a raya es una de las habilidades más importantes, y ahora mismo me está costando un poco. La Fórmula 1 no es exactamente un deporte de equipo,

pero Elijah y yo llevamos años trabajando juntos y siempre hemos colaborado la mar de bien.

Sin Elijah…, en fin, no sé qué será de mí.

Joder, no me puedo permitir pensar en esas cosas. Ya corren rumores de que esta será la temporada en la que me retiraré; tengo treinta y tres años y he sido cuatro veces campeón del mundo, la última la temporada pasada. Por eso necesito que sea un año espectacular, para que así los periodistas cierren el pico de una vez.

—Vale. —Me alejo del micrófono del móvil para respirar hondo e intentar calmarme—. No pasa nada. No es el fin del mundo. Ahora lo llamo. Ya me extrañaba que no me hubiera contestado a ningún mensaje en las últimas veinticuatro horas.

—Todo irá bien, Kian, y nos aseguraremos de que Elijah reciba los mejores cuidados. —Anders enseguida pilla al vuelo mis palabras—. Fijo que va a necesitar que lo operen, así que buscaremos a los mejores cirujanos de Harley Street. Queremos que esté de vuelta y en forma cuanto antes.

—¿Cree que podría volver antes de que termine la temporada? —le pregunto, esperanzado.

Menos da una piedra.

—Ahora mismo, es mejor que no contemos con eso. Lo veremos sobre la marcha. Depende de cómo se le cure la lesión y luego de cómo se recupere. Lo único que puedes hacer es concentrarte en ti mismo y dejar que nosotros nos ocupemos de apoyar a Elijah durante la rehabilitación.

—Vale, muy bien, pues voy a terminar de hacer las maletas. —Analizo el desastre que he creado al intentar organizarme. Es probable que vaya a tardar toda la noche. Por lo menos, podré dormir en el avión privado.

Y dormiré sabiendo que London, el piloto de reserva del equipo, cogerá el puesto de Elijah. En el último año ha aprendido muchísimo.

—Perfecto. Eso es lo que queríamos oír. Os veremos a Harper y a ti en la pista a primera hora de la mañana.

—Mañan… Un momento, ¿cómo ha dicho? —¿Ha mencionado a Harper?—. ¿Acaba de mencionar a Harper? ¿Se refiere a Harper

James?

—El mismo. Lo hemos escogido de la categoría inferior para sustituir a Elijah mientras esté fuera de combate. Me he puesto en contacto con él antes de llamarte a ti. —Anders está muy tranquilo, como si no fuera la peor noticia que podría darme ahora mismo.

—Claro, claro —respondo entre dientes—. Es lógico. Nos vemos mañana.

La llamada se corta y tengo que contener las ganas de lanzar el móvil contra la pared.

Me cago en Harper James.

Podría escribir una lista de veinte pilotos con los que preferiría compartir un podio antes que con Harper James.

Tiene cara de angelito, pero en el circuito es un auténtico demonio. Es más famoso por sus fiestas y por sus técnicas de seducción que por su habilidad al volante. Vale, puede que esté exagerando, porque el año pasado ganó la categoría inferior, aunque sus payasadas retratadas en las redes sociales y en los medios de comunicación eclipsan todo lo que haya conseguido durante la carrera. Cuando no hay grandes premios, protagoniza titulares cada dos por tres, y he visto el cuerpo de ese tío más veces de las que me gustaría. Si salta un escándalo en las páginas dedicadas al deporte, es muy probable que su nombre aparezca mencionado. Me sorprende que Anders esté dispuesto a dejarlo a un lado y a arriesgarse a irritar a los patrocinadores… Harper James es bueno, pero ¡no tanto!

De hecho, es lo único que tenemos en común. Como he estado expuesto al público desde el segundo en el que nací, he ocupado un montón de titulares. Las historias que se cuentan de ti cuando eres pequeño —además de las fotos raras y poco favorecedoras con pelo de casco que acompañan los artículos— te siguen para los restos. Podría haberlo aprendido de mí.

Le mando un mensaje a Elijah para que me llame en cuanto tenga un momento. Seguro que está destrozado y su vida se ha puesto patas arriba. No me puedo imaginar lo duro que debe de ser haberse hecho una lesión que pone fin a la temporada días antes de que nos preparemos para empezarla. Quiero asegurarme de que

está bien y decirle que iré a visitarlo tan pronto como me sea posible.

Nada más darle a «Enviar», me suena el móvil con una noticia: el comunicado de prensa del que por desgracia ya estaba al corriente.

> *Elijah Gutaga será baja en el equipo Hendersohm. Harper James ocupará su lugar, con la nueva temporada a la vuelta de la esquina.*

Pues nada. Ya es oficial.

El artículo cita no solo un mensaje publicado en Twitter por el equipo, sino una publicación de Instagram del propio Harper anunciando su ascenso. Cómo no, tiene tan poca clase que lo anuncia sin camiseta, con unos pantalones cortos de Hendersohm y una gorra de béisbol.

No basta con que haya tenido que aguantarlo en alguna que otra fiesta de Hendersohm, ahora voy a tener que soportarlo todos los días durante casi un año. Toda la ilusión que sentía por la nueva temporada empieza a desvanecerse. Normalmente, a estas alturas estoy rebosante de energía para la pretemporada, pero ya no.

Es muy curioso, pero en este deporte encuentro paz, a pesar de la intensa presión, y ahora Harper James está a punto de arruinarlo todo con su actitud de mierda y su imprudencia en la pista. Ya he lidiado con tíos como él y no necesito ni quiero ese tipo de caos en mi vida. Es un recordatorio de todo lo que está mal en este deporte.

Unas horas después, dejo mi maleta junto a la puerta principal y me pongo una chaqueta. Ha llegado el momento de mi ritual de pretemporada menos favorito: la despedida.

En cuanto entro en la casa de mi madre, me golpea de inmediato el aroma a tarta de manzana recién horneada. Ese olor me reconfortaba de pequeño. Cuando dejó de hacer giras, no había nada que a mi madre le gustara más que preparar pasteles. Ahora, sin embargo, es mi hermana quien cocina para calmar el estrés, y siempre es señal de que no ha sido un buen día.

Una punzada de culpabilidad familiar se me instala en el estómago y me obligo a cruzar el umbral por última vez durante los próximos nueve meses.

En la televisión de la sala de estar están dando dibujos animados, pero paso de largo rápido y me dirijo a la que ahora es la habitación de mi madre, en la planta de abajo. Cuando asomo la cabeza, veo que está profundamente dormida, con una expresión de angustia en el rostro. Hay cierta fragilidad en la prominencia de sus pómulos, y tengo que detenerme un par de segundos para observar cómo la manta sobre su pecho sube y baja para asegurarme de que respira.

Como no quiero despertarla, cierro suavemente la puerta de su habitación y encuentro a mi hermana en la cocina, entre un montón de ollas, sartenes y platos.

—Hola, hermanita.

Se sobresalta un poco, pero nada me prepara para los ojos inyectados en sangre que se fijan en los míos cuando se gira para mirarme.

Sin mediar palabra, le doy un abrazo, mientras unos suaves sollozos me resbalan sobre los hombros al estrecharla con fuerza contra mí.

Hace cuatro años, Elise estaba en el último curso de Enfermería cuando se enteró en la misma semana de que estaba embarazada de mi sobrina, Cassie, y de que a nuestra madre le habían diagnosticado la enfermedad de Parkinson. Las dos noticias la transformaron; una para bien, la otra no tanto. Abandonó sus estudios y, cuando nuestra madre comenzó a perder más facultades, Elise se convirtió en su cuidadora a tiempo completo.

Elise y su marido, Grant, pusieron su casa en alquiler y se mudaron a la granja de nuestra madre, en Norfolk, en una finca de varias hectáreas. Su primera hija, Cassie, y su segundo hijo, Jesse, han crecido ahí en los últimos tres años y medio. No consigo visualizarlos yéndose de la granja.

Admiro todo de mi hermana, pero la forma en la que ha cuidado de nuestra madre es espectacular. Sobre todo porque yo no he podido ayudar ni de lejos todo lo que me habría gustado. Elise jamás lo criticaría. Te diría que está agradecida de que pueda

conservar mi carrera, que aprecia muchísimo el fondo fiduciario que he ahorrado para que sus hijos vayan a la universidad, viajen por el mundo o hagan lo que les dé la gana en el futuro. Ojalá fuera suficiente. Ojalá pudiera hacer más que pagar el mejor equipo, a los mejores médicos y las visitas de cuidadores para que el tiempo que le queda a nuestra madre en este mundo sea cómodo.

No sé cuántos minutos nos quedamos inmóviles, yo abrazando a Elise, pero nunca tenemos muchos momentos de tranquilidad como este. De pronto, Cassie empieza a gritar sin parar y hace que Jesse, el bebé, rompa a llorar, así que tenemos que separarnos antes de que uno de los dos esté listo para soltarse.

Elise sale corriendo a atender a sus hijos y yo me pongo a fregar los platos. Es lo mínimo que puedo hacer. Todo está en el escurridor, y la encimera reluce para cuando regresa Elise, con la paz restaurada en el salón, aunque el cansancio se nota en cada fibra de su ser.

—Voy a darles un baño a los peques y a acostarlos. Tú sírvete una copa de vino y relájate viendo la tele —le digo. Es una orden, no una sugerencia.

—Me salvas la vida, Ki, gracias.

Puede que haya venido aquí a despotricar sobre Harper, pero sé que ahora no es el momento. No quiero sobrecargarla más cuando es evidente que ya está física y emocionalmente agotada después de todo el día. Pese a que sé que mi hermana se quejaría y diría que siempre estará ahí, pase lo que pase, para escucharme.

—¿Quién quiere que le cuente un cuento? —pregunto al entrar en el salón.

Cassie suelta un grito de alegría y corre a mis brazos para que la haga girar, después Jesse salta arriba y abajo en su sillita. No puedo creer que ya tenga catorce meses.

La hora del baño se convierte en un caos absoluto, pero merece la pena oír a mi sobrina y a mi sobrino jugar felices juntos. Cuando están secos y ya les he puesto crema, acuesto a Jesse en su cuna y, por suerte, se duerme casi de inmediato; Cassie es otra historia. Literalmente.

Termino uno de sus libros favoritos, y enseguida pide un segundo, que se convierte en un tercero, y tengo que reunir toda mi fuerza de voluntad para rechazar sus súplicas y no ceder a un cuarto. Solo tiene tres años; sin embargo, es tan testaruda como su madre y tiene unos ojos a los que resulta igual de imposible negarse.

—Todavía me falta ir a contarle un cuento a tu mami, así que es hora de que te conformes, señorita. Venga, a dormir.

Le hago cosquillas en los costados y grita, pataleando debajo del edredón. Tengo que irme pronto, y Elise no me dará las gracias por haber alborotado así a Cassie, pero vale la pena ver la pura alegría que irradia su rostro.

Cuando era pequeño, no nos íbamos a la cama de esta forma. Si estábamos de gira, nuestra madre ya estaba calentando o en el escenario para cuando Elise y yo nos teníamos que acostar, y nuestro padre… En fin, cuanto menos hablemos de él, mejor. Sé que para Elise es muy importante que sus hijos tengan lo que nosotros no tuvimos, y por eso siempre me cuesta tanto resistirme a sus súplicas para que les cuente un cuento más.

—Vale, tío Ki, mamá se merece un cuento.

Da una palmada y luego se gira de lado para mirar la montaña de ositos de peluche que tiene. Es la preciosidad personificada.

Después de darle un beso en la frente a Cassie, le subo el edredón hasta la barbilla y le deseo buenas noches. Mi sobrina murmura algo, pero está más interesada en cuántos ositos puede abrazar a la vez. Está tranquila cuando voy a verla después de coger el monitor de bebé de la habitación de Jesse, así que voy a la planta baja. Una de las mejores cosas que hicieron Elise y Grant fue convertir la casa de mi madre en su propio hogar, creando un ambiente maravilloso para familias multigeneracionales.

Elise está acurrucada en el sofá en pijama, con el pelo recogido, sin rastro del maquillaje de hoy. Su copa está llena de vino blanco color pajizo, y en la tele echan una serie policiaca. Parece más calmada, pero veo en sus ojos que su mente sigue a mil por hora. Solo beberá una copa para poder oír a nuestra madre o a los niños por la noche, y vuelvo a sentirme culpable por estar a punto de desaparecer durante casi nueve meses.

—¿Estás bien? —me pregunta, como si hubiera sido yo quien se hubiera encargado de los niños y de nuestra madre todo el día.

—Estoy bien, ¿y tú?

Mi hermana me mira de la misma manera en la que me mira desde que éramos pequeños, con esos ojos que me recuerdan que es exactamente trece minutos mayor que yo.

—Si te dijera que no estoy cansada, sería mentira. Cassie ha estado llena de energía todo el santo día y Jesse solo quiere meterse en la boca cualquier cosa que encuentra.

Doy gracias por que no mencione a nuestra madre, y al instante me siento mal por eso.

—¿Mamá está bien? —Es una pregunta estúpida, porque es obvio que no lo está. Tiene una enfermedad terrible que está consumiéndola poco a poco.

Al principio, el diagnóstico de párkinson fue un *shock* total; luego, al cabo de unos meses, notamos todos y cada uno de los síntomas sobre los que nos habían advertido. Elise fue increíble y lo sobrellevó con entereza, mientras que yo apenas pude soportar ver cómo la enfermedad consumía a nuestra madre durante los tres meses al año que estaba con ella.

—Ha tenido un mal día. Esta mañana, pensaba que yo era la tía Judith. —Intento disimular una mueca, pero mi hermana frunce los labios, y sé que me está ocultando lo mal que está en realidad—. Su memoria se está deteriorando mucho y parece que el ritmo de empeoramiento aumenta cada día que pasa.

Es otra cosa de la que nos avisaron los médicos. La demencia. Otra enfermedad que suele ir de la mano con el párkinson a medida que se agrava la situación.

—Lo siento mucho, Elise —me disculpo, como si no fuera también mi madre, aunque sé que no compartimos la carga equitativamente.

Nuestra madre me olvidará primero a mí porque no estoy lo suficiente en casa. A Elise le dolerá mucho que la olvide, y es ella quien tendrá que soportarlo día tras día. Es la enfermedad más cruel, sin duda alguna. Siento una punzada en el corazón cada vez que mi madre me observa con la mirada perdida, incapaz de verme

como parte de su vida, que se desvanece; por lo menos, no tengo que enfrentarme a ello todas las horas del día.

—En fin —dice Elise, restándole importancia al estrés—, ¿qué te cuentas? Te quiero, hermano, y sé que tú nos quieres a nosotros, pero no has venido solo para acostar a los niños.

Suelto un gruñido. La vela de lavanda que arde en la repisa de la chimenea no consigue calmar la ansiedad que me oprime el pecho desde que esta mañana me ha sonado el teléfono.

—Elijah se ha roto la pierna. Por tres sitios. Es grave.

—Qué putada.

—Pues sí.

—O sea, estará de baja… ¿de tres a seis meses? Media temporada, más o menos. ¿No está para eso el piloto de repuesto? Ese no es el motivo que te tiene tan alterado.

Me conoce demasiado bien.

—Creo que Anders lo ha descartado para toda la temporada. Ah, y Harper James será su sustituto.

La habitación queda en silencio. Elise pausa la serie para que podamos hablar con calma y una quietud inquietante se apodera de repente de la casa.

—Mira, hermanito —dice, diminutivo que solo me provoca ganas de gruñir más fuerte—. Sé lo que te está pasando por la cabeza. Se parece muchísimo al hombre en el que has intentado con todas tus fuerzas no convertirte; sé que odias todos los rasgos de su actitud y cómo trata a la gente, pero es temporal. Su presencia es temporal. La pierna de Elijah se curará, el equipo volverá a la normalidad y el idiota novato se irá a la categoría inferior más rápido de lo que ha subido.

Y por eso es la mejor hermana del mundo. Es la mejor madre, hija, cuidadora y, cuando termine la carrera, también será la mejor enfermera. Es justo lo que necesitaba oír. Sé que tiene razón. En el fondo, en la parte racional de mí que está enterrada por la ansiedad, lo sé. Mi cerebro tiende a dramatizar, mientras que el suyo es de acero o de fibra de carbono. Siempre bromeo diciendo que robó todos los genes sensatos en el útero.

—Es que… —Ni siquiera sé qué más decir. Solo quiero que todo esté bien. En calma—. Pensaba que esta iba a ser «la» temporada. —No encuentro las palabras para verbalizarlo, para expresar que me pregunto si esta será mi última temporada. No estoy seguro de estar todavía en ese punto. No estoy seguro de estar listo para decirlo en voz alta—. Pensaba que este iba a ser el año en el que todo sería…

—El año pasado, terminaste en lo más alto del podio y conseguiste tu cuarto título mundial —me interrumpe rápidamente—. Ya eres una leyenda. Mucho mejor que papá.

—Lo sé, pero sigo pensando que este año tengo mucho que demostrar. Me gustaría intentar batir el récord de puntos, a poder ser. —Ha oído los rumores sobre mi retirada, y nadie me conoce mejor que Elise, así que sabe perfectamente a qué me refiero.

—Harper no tiene por qué interponerse en tu camino. Elijah no te impide ganar. Como tu segundo piloto, te apoya a ti y apoya al equipo. Solo tienes que olvidarte de Harper y concentrarte en ti mismo.

Ojalá fuera tan fácil. Vamos a pasarnos meses respirando el mismo aire, compartiendo boxes, simuladores, aviones privados, vestuarios. Todo el ambiente está a punto de cambiar y alterará mi rendimiento, por mucho que intente evitarlo. Ya he estado cerca de hombres como él, y sé cuánto va a afectarme. No sé en qué está pensando Anders.

Pero mi hermana tiene razón. Soy un deportista de élite y, si dejo que el cambio me desconcentre, no merezco la victoria. Mentalmente, preparo una caja y meto a Harper James dentro antes de cerrarla con candado.

—Vale, listilla. Me has pillado. Tengo toda la intención de traer la copa a casa esta temporada, no te preocupes. No es que no tenga ya cuatro. —Me encojo de hombros como si tal cosa, aunque significa muchísimo para mí.

La primera ocupa un lugar de honor en mi casa. La segunda está en la habitación de mi madre y la tercera era para Elise. La cuarta está expuesta en las instalaciones de una organización benéfica juvenil local de la que soy embajador. Creo que por fin es hora de traer una a casa para Cassie y Jesse.

—Muy bien. ¿Me dejas volver a mi serie, por favor? —me reprende con el gesto de poner los ojos en blanco más odioso que he visto en la vida.

No puedo evitar reírme en silencio.

Mi hermana vuelve a poner la serie y me lanza una manta, y me hundo en el acogedor rincón del sofá en forma de ele. Me quedo dormido en cuestión de minutos en la peor posición para la espalda y el cuello, aunque a las cuatro de la madrugada me despiertan los gritos de Jesse. Es el momento perfecto, porque un coche viene a recogerme dentro de una hora para llevarme al aeropuerto…, donde me encontraré con Harper James.

Elise baja las escaleras con Jesse en brazos, con la cara hinchada y el pelo revuelto, refunfuñando que nunca consigue dormir una noche del tirón. Le doy un beso en la frente y me despido en voz baja.

—Buena suerte, hermano. Puedes ganar, y no importa quién esté en el otro coche. Lo tienes en el bote. Y no lo olvides: pase lo que pase, te queremos.

Conduzco de vuelta a casa y espero a que me recojan. Las palabras de mi hermana me rondan la cabeza hasta que subo las escaleras para embarcar en el avión privado, donde veo a Harper James recostado en un sillón reclinable, con su característica sonrisa arrogante curvándole las comisuras de los labios. Mi esperanza y mi entusiasmo se esfuman, y solamente me embargan la frustración y la irritación.

—¿Qué tal, Walker? ¿Cómo te va, colega?

Su sonrisa es tan ancha que casi se parte por la mitad, y lo odio al instante. Solo nos hemos visto un par de veces y, desde luego, no somos colegas. Buf.

Va a ser una temporada muy larga.

Capítulo 2

Harper

Por fin. La oportunidad que llevo tanto tiempo esperando. ¡El campeonato de Fórmula 1!

Aunque sé que no debería estar tan emocionado porque se debe a que un tío se ha roto una pierna, no puedo fingir que no ardo en deseos de empezar y demostrar que estoy hecho para las categorías superiores.

Se siente, Elijah Gutaga.

En el amor y en la guerra, todo vale, y, si al jefe de equipo le gusta lo que ve y cree que soy mejor, el puesto será mío por derecho. Me muero de ganas de demostrarles de lo que soy capaz con esta oportunidad.

En cuanto cuelgo el teléfono después de hablar con Anders y con mi mánager, empiezo a meter todo lo que se me ocurre en mis bolsas de viaje. Saldremos hacia Baréin dentro de menos de veinticuatro horas, y todavía me faltan muchas cosas que preparar.

Anders me ha comentado que debía estar calladito hasta que se publicara oficialmente la noticia sobre Elijah, pero la emoción que me recorre me lleva a coger el móvil para llamar a Johannes.

La línea da menos de dos tonos antes de que en la pantalla aparezca su preciosa cara, su piel morena y unos ojos marrón terciopelo que parpadean a medida que corre en la cinta. Lleva una toalla alrededor del cuello y veo gotitas de sudor en la sien de su cabeza rapada.

—Espero no interrumpir —digo con un tono que le confirma que no podría importarme menos haberlo interrumpido.

—Sabes que siempre estoy a tu entera disposición, James. —Se seca el sudor antes de extender un brazo para bajar la velocidad de la cinta.

Veo un trocito de su torso desnudo, con vello castaño rizado y unos pezones rosa oscuro.

Por Dios, se nota lo reprimido que estoy si me voy a empalmar al ver a mi mejor amigo. Todo eso ya lo hemos dejado en el pasado.

—Ah, ya, pero no me gustaría distraerte del sudor que has empezado a acumular —replico.

Él pone los ojos en blanco, pero la cinta se detiene del todo, y tarda un minuto en recuperar el aliento.

—Me entrevistan dentro de diez minutos y todavía me tengo que duchar. Date prisa, James.

—Madre mía, si vas a ser tan desagradecido, a lo mejor decido no contarte el notición.

—Ya sabes que estoy en Baréin preparándome para la pretemporada, nene. No puedo permitir que me despistes…

—Uy, pues vas a tener que aguantarme mucho, de hecho.

Johannes coge el teléfono de la cinta, donde lo había dejado, luego observa mi sonrisilla. Le suena el móvil y empieza a reírse.

—Déjame adivinar —dice mientras se seca el sudor—. ¿Elijah está lesionado y tú te vas a quedar con su puesto?

—¡Qué capullo eres! ¿No podías dejar que te diera yo la noticia? Me cago en la BBC, que vuelve a cargarse mi diversión.

—Les encanta hacerlo. Por lo menos en el artículo hablan maravillas de ti y no han tenido que emborronar la foto para ocultar tus huevos peludos.

Vale, no es algo que me apetezca revivir. Siempre he pensado que, si algún día se llegan a filtrar desnudos guarros míos, enseñarían una de las numerosas ocasiones en las que he dejado que un buenorro me la chupe en el rincón de una disco oscura, no que se debería a que un fan decidiera bajarme los pantalones en plena calle. Por desgracia, alguien hizo una foto que retrató mis partes delanteras antes de que pudiera taparme.

—Bueno, algo es algo, supongo. ¿Han usado una foto bonita por lo menos?

—Una del podio del año pasado.

Me conformo. Hacia el final de la temporada pasada, tomé la decisión de borrarme todas las aplicaciones de noticias del móvil y desactivar las alertas que tenía para cuando apareciera mi nombre en Google. Los medios de comunicación no suelen decir cosas muy

positivas sobre mí y adoran indagar en mi pasado. Yo ya lo he vivido, no hace falta que me recuerden qué ocurrió.

—Estupendo, esa sí es una buena noticia. Aunque me habría gustado que usaran una de mis publicaciones recientes de Instagram.

—No creo que a la BBC le interesen tus fotos provocativas, nene. —Pone los ojos en blanco y me deja en la encimera de lo que parece una cocinita.

No tengo ni idea de dónde me alojaré mañana a esta hora, pero espero que sea un sitio tan chulo como el que ocupa Johannes. Es su segundo año en la categoría superior. Su primer año fue con la escudería Haas, y luego, cuando Ford anunció que regresaba a las carreras con Red Bull, lo eligieron enseguida para su equipo. Encaja muy bien con ese espíritu, ya que siempre ha sido de los que remontan.

—Ellos se lo pierden. ¿Qué estás preparando?

Johannes coge una batidora del armario y se dirige a la nevera antes de enseñarme, de la forma menos sexi del mundo, lo que va a meterle.

—Un batido de plátano, avena y crema de cacahuete. Un poco de proteína después del entreno. ¿No hay nada más que quieras decirme? Tengo que ducharme antes de la entrevista, James.

—Estoy superceloso. Mándame un montón de fotos.

—Ya no tienes ese privilegio. —Menea un poco el culo en los ceñidos pantaloncitos de correr al estirarse para coger un vaso alto del armario.

No echo de menos ese culo como seguramente piensan algunos de nuestros amigos y él. Ahora mismo, echo de menos cualquier culo.

Tampoco es que esté en fase de sequía —acción no me falta—, pero me aburren un poco los ligues de discoteca. No sé por qué mis últimos escarceos no me están sirviendo como antes, pero por algún motivo no llego a saciarme del todo. Si digo la verdad, en realidad no sé qué es lo que quiero ni cómo ir a buscarlo.

Johannes siempre ha sido un poco distinto. Corrió con karts cuando era pequeño y adolescente, luego a los diecinueve se rompió

la cadera y tuvo que dejar las carreras. Su rehabilitación fue muy dura tanto física como mentalmente, y estuvo a punto de no regresar a la competición. No me atrevo a decir que cuidé de él durante esa temporada, pero vivíamos juntos y, cuando se recuperó y le dieron el alta, empezamos a acostarnos. Fue una buena época. Éramos follamigos, pero Johannes decidió que quería encontrar a alguien con quien tener algo más. Quería exclusividad y una relación.

Por cómo me lo dijo, quedó claro que esa persona no podía ser yo. Era lógico. Soy el tío bueno al que le tiran los tejos en una discoteca, no el tío del que se enamoran.

Y a mí no me importa, ojo.

Nuestra amistad no se rompió, pero sí pasé página. Cuando por fin me llamó un equipo, me alegró que no fuera el suyo. Seguíamos haciendo videollamadas por FaceTime a diario y salíamos por ahí y de fiesta cuando estábamos en la misma ciudad. Puede que a veces me trate como si fuera su irritante hermano pequeño, pero sé que le gustará que nos veamos más ahora que los dos estamos en la Fórmula 1.

Por delante de nosotros se extiende una temporada entera. Puede que no le apetezca ir de bares a ligar como antes, pero sé que accederá gustoso a acompañarme.

—Ya está. Sabes que me aburre ver ese melocotoncito tuyo —lo provoco. Nos echamos a reír, y por suerte ese tema de conversación muere—. En fin, gracias por cargarte mi anuncio. Voy a terminar de hacer las maletas y ¡nos vemos mañana!

—Adiós, guapo. Nos vemos. —Saluda hacia la cámara y pone fin a la llamada.

Ha sido un día bastante raro. Por la mañana me he despertado pensando que sería un día como otro cualquiera porque faltan unas cuantas semanas para que empiece la temporada de la categoría inferior, y en estos momentos estoy haciendo las maletas para subirme a un avión rumbo a Baréin para las pruebas de pretemporada.

Supongo que debería ponerme las pilas. O hacer algo. ¿Qué hace la gente normal cuando se entera de que su carrera va a pasar a

otro nivel? Al nivel con el que llevan soñando desde que eran lo bastante mayores como para sentarse detrás de un volante.

La mayoría llamaría a su familia, imagino, pero yo no tengo de eso. Ya se lo he contado a la persona más importante de mi vida, así que… seguiré haciendo las maletas.

Diez horas más tarde, Hendersohm envía un coche a recogerme al aeropuerto de Gatwick. Es una limusina negra con ventanillas tintadas y asientos de suave cuero italiano. No es algo que haya experimentado antes. Por fin. ¡Por fin he llegado a lo más alto!

Ni siquiera tengo que recorrer el aeropuerto, algo que me deja con el culo torcido. Revisan mi pasaporte cuando nos detenemos en la pista y luego me acompañan hasta las escaleras de un *jet* privado que solo se puede describir como la personificación del gran lujo.

Por dentro, no se parece a ningún avión que haya visto. Para empezar, en el fondo hay una barra, y, si no tuviera muy presente la advertencia que me han hecho tanto mi mánager como Anders para que me porte bien, me sentaría allí con una copa tras otra durante todo el vuelo. Sin embargo, supongo que me tendré que conformar con uno de los sillones mullidos con un montón de botones. Espero que uno haga que el asiento se recline del todo, porque nunca he podido tener una cama para mí solo en un vuelo. Asientos de clase *business* sí, claro, pero ¿asientos de primera clase en *jets* privados? El corazón me late desbocado al visualizar el resto de mi vida como un deportista de élite.

Por cierto, en esta parte del avión no hay más de quince asientos. La mitad está ocupada por el equipo principal y por miembros séniors que suelen reunirse detrás de la pared de los boxes durante las carreras. Creo que sé cómo se llama cada uno, aunque la única a la que conozco de verdad es Anna Kash, la relaciones públicas de Hendersohm. Nos conocimos hace tiempo cuando yo estaba en el equipo de la categoría inferior de la escudería. Seguro que ella diría: «Ya nos hemos visto demasiado».

Me odia.

—Anna, mi salvadora, ¿cómo estás, tía? —Le tiendo el puño para que me lo choque, pero ella se limita a mirarme con ojos cansados desde detrás del portátil.

—Sería estupendo que este año intentaras no sacártela de los pantalones, James. No salgas tanto de fiesta, porfa, y deja de bailar semidesnudo encima de las mesas con tus rivales, por el amor de Dios.

Se refiere a Johannes, claro. Me muero de ganas de verlo cuando lleguemos a Baréin.

—Tomo nota —contesto antes de irme a un asiento en la otra punta del pasillo.

Supongo que no debería tentar a la suerte con Anna. Necesito que hable bien de mí para conseguir los contratos con todos los patrocinadores sobre los que mi mánager no deja de insistirme.

El año pasado gané más dinero que nunca. Mi cuenta corriente estaba rebosante por primera vez en mi vida, aunque no demasiadas marcas se pusieron en contacto conmigo. Es probable que sea culpa mía, pero bueno. El dinero que me embolsaré este año hará que lo que gane con las carreras sea una minucia en comparación. Los asientos reclinados del todo en *jets* privados serán mucho más habituales, fijo.

Espero que mis padres lean el comunicado de prensa.

Espero que se sientan como el culo cuando se den cuenta de que lo he conseguido, a pesar de todo lo que me han hecho. Y a pesar de todo lo que nunca hicieron.

El dinero, el avión lujoso y todos los contratos que están por venir…; en fin, es el principio de una vida totalmente nueva para mí. Son las cosas que más me motivan para esforzarme al máximo, pero no puedo ignorar la emoción que me recorre al pensar en conocer a Kian Walker como Dios manda; o, por lo menos, en ser su compañero de equipo.

Lleva ya casi quince años en la Fórmula 1. Ha ganado cuatro campeonatos y, en mi opinión, es una absoluta leyenda. Puede que durante mi adolescencia hubiera un par de pósteres de él en las paredes de mi habitación. También algunos de su padre. Tyler Heath fue una leyenda que despertaba tanta emoción en la pista como

fuera de ella. Era famoso por la sucesión de mujeres que lo seguían por todo el mundo y por la masa de hijos que en teoría había engendrado. Es evidente de dónde sacó Kian su físico y su talento.

Cuando empecé con los karts, vi muchísimas de las carreras de Tyler Heath. Encontré un montón de viejos vídeos de él en YouTube y estudié sus habilidades. Su forma de pilotar era muy emocionante, imprudente y estimulante, siempre al límite. Pero un buen día le dieron la patada y ya no volvió a pilotar. Demasiados escándalos, y pasó de héroe a villano. Seguro que debería aprender algo de su historia, pero los detalles de por qué se convirtió en intocable son un secreto muy bien guardado.

Me he cruzado con Kian un par de veces en alguna que otra fiesta, pero nunca he mantenido una conversación de verdad con él. Siempre está demasiado ocupado, es demasiado inaccesible, como para hablar. No me lo tomo como algo personal; todo el mundo quiere un poco de atención del rey de los circuitos. Pronto ese seré yo. La gente llamará a mi puerta y querrá mi atención, pero estaré demasiado ocupado.

Mentiría si dijera que no me muero de ganas de conocer a Kian para así poder acribillarlo a preguntas sobre los años que lleva en este deporte. Quiero saber todo lo que sabe. Quiero interesarme por su padre.

Tengo veinticinco años y por fin subo a la categoría superior; él, en cambio, tenía dieciocho cuando lo fichó un equipo de los grandes. Supongo que no debería decirle que sé que corrió su primera carrera el día que cumplía diecinueve; quedaría como un pelota.

Me hundo en el sillón, me quito las zapatillas y descanso los pies en el asiento de piel al comenzar a reclinarlo. Es un vuelo de siete horas y tengo ganas de ponerme cómodo. No me puedo creer que esté aquí; no me puedo creer que por fin vaya a conseguir lo que siempre he querido. Una sonrisa absurda se me extiende por la cara.

El avión es un hervidero, con grupitos de gente importante hablando y llamando por teléfono, hasta que se oyen pasos en las escaleras y todo el mundo guarda silencio cuando aparece Kian Walker.

Madre de Dios. En persona está más bueno aún que en las fotos.

Mi gran bocaza, que no tiene ningún tipo de filtro, coge el control de mi cerebro antes de que pueda pensarlo mejor y termino diciéndole:

—¿Qué tal, Walker? ¿Cómo te va, colega?

La mueca que pone me deja sin palabras, pero luego mira de reojo a todos los peces gordos que nos observan y rápidamente me dedica una sonrisa forzada.

—Harper. Bienvenido al equipo.

Es lo único que me responde. Se ajusta la mochila y se dirige derecho al asiento más alejado del mío.

Todos vuelven a sus cosas hasta que el capitán nos dice que nos abrochemos el cinturón y se cierran las puertas. Estamos moviéndonos hacia la pista antes de que pueda comprender hasta qué punto Kian Walker ha pasado de mí.

Más allá de sus estadísticas, en realidad no sé gran cosa sobre él. Es una persona muy reservada que no publica demasiado en internet ni habla abiertamente con la prensa sobre su vida. Sé que tiene dos padres famosos: Tyler Heath, por supuesto, y su madre es Chastity Walker. En su época, fue una superestrella mundial, con una serie de éxitos pop que todavía suenan en la radio y de los que sacan remixes. Tyler Heath lo tenía todo, pero su vida se vino abajo tras engañar a su esposa embarazada… y dejó embarazada a la otra mujer al mismo tiempo.

Chastity desapareció durante un par de años de la escena pública, desconsolada y humillada. Tyler fue despedido de su equipo —por razones desconocidas— y nunca más lo contrató nadie. La oscura nube de sospecha que lo rodeaba ensombreció su increíble carrera, así que no volvió a aparecer en el deporte.

Y aquí estoy yo, en el mismo equipo y en el mismo avión que su hijo. Tiene toda la destreza de su padre al volante, también la ética de trabajo y la creatividad de su madre. ¿Cuántas veces se tiene la oportunidad de conocer a tu héroe? Más aún, de ser su compañero de equipo.

Mientras el avión empieza a estabilizarse en el cielo, y antes de que el posible movimiento pueda impedírmelo, me desabrocho el cinturón y me dirijo hacia Kian. Ha elegido un asiento para él solo en

la parte de atrás, y yo me acerco hasta sentarme en una mesita baja junto a su sitio.

Tiene los ojos cerrados y está recostado, pero eso no me detiene. Nunca he sido muy bueno con el autocontrol, y en este momento ni se me ocurre ejercerlo.

—Hola, Kian.

No hay respuesta.

Muevo la mano delante de su cara como un idiota, como si así pudiera llamar su atención. Obviamente, no puede verme.

—¿Kian?

Nada.

Le pongo la mano en la rodilla y se la agito. Abre los ojos de golpe.

—¿Qué cojones haces? —gruñe, quitándose los auriculares. No los había visto bajo su mata de pelo, que necesita urgentemente un buen corte.

—Lo siento, tío. Se me ha ocurrido venir a ver cómo estabas…, y así conocer a mi nuevo compañero de equipo.

Niega con la cabeza como si no pudiera creérselo, aunque no estoy seguro de qué he hecho para provocar esta reacción. Hay muchos otros pilotos a los que he cabreado a lo largo de los años que tendrían motivos para reaccionar así, o peor. Me he acostado con algún que otro hermano o le he tirado una copa a alguien en una mala noche. Pero ¿qué le he hecho a Kian Walker? Nada. Ni siquiera un error por estar borracho. No necesito más de una mano para contar las veces que lo he visto salir de fiesta. Creo que el año pasado ni siquiera se presentó en la fiesta de Navidad de Hendersohm.

—Todo bien. Creo que ya te conozco suficiente —me contesta.

«Ya te conozco suficiente». ¿En serio me suelta eso? A ver, que me alegro de que por lo menos sepa quién soy, porque de lo contrario sería aún más humillante, pero la forma en la que lo dice me hace pensar que todo lo que sabe de mí es malo. Estoy al tanto de que en la prensa tengo mala fama, pero también soy un piloto excelente.

—Vale. Muy bien. Bueno, pues ya está todo claro. —Me levanto y prácticamente corro de vuelta a mi asiento.

Me dejo caer en el sillón y me cuesta encontrar una postura cómoda. No es algo que pensara que tendría que hacer en un *jet* privado; sin embargo, cierta extraña energía me está inquietando.

Doy vueltas sin parar, incluso reclino el asiento y me tapo con una manta mullida, pero no funciona. Al final, saco el móvil, me conecto al wifi del avión y le envío un mensaje a Johannes.

Creo que Kian Walker me odia.

Por suerte, en la pantalla aparecen enseguida tres puntitos.

No le vas a caer bien a todo el mundo, James.
Además, es muy sieso, y, conociéndote, seguro que le estás tocando los huevos.

Frunzo el ceño al leer el mensaje.

Lo único que he hecho es saludarlo e intentar conocerlo, pero me ha dicho, y cito textualmente: «Ya te conozco suficiente».

Las palabras de Kian siguen reproduciéndose en bucle en mi cabeza. ¿Qué coño ha querido decir con eso? Y ¿cómo me va a conocer suficiente? Conmigo nunca se tiene suficiente.

Ah. Bueno, con el resto de los pilotos no es el tío más sociable del mundo, pero con Elijah se lleva muy bien.
A lo mejor está cansado o no le gusta volar o algo.

Asimilo sus palabras. Puede que tenga razón o puede que Kian esté molesto por haberse quedado sin su mejor amigo y tener que aguantarme a mí.

A lo mejor sí.

Asomo la cabeza entre los asientos hacia el gran Kian Walker. Tiene los ojos cerrados y está acurrucado de lado, pero tampoco consigue dar la sensación de estar supercómodo.

Es un tío distinto. Distinto en un sentido que aún no he llegado a entender.

El avión sobrevuela Europa, y el último pensamiento que me inunda la cabeza antes de quedarme dormido es el siguiente: ¿cómo puedo convencer a Kian Walker de que no me conoce lo suficiente?

Capítulo 3

Kian

Hoy es el tercer día de la pretemporada, y por fin me da la sensación de que estoy recuperando la rutina. Me alegra estar de vuelta en el circuito y en el poco espacio que hay en el monoplaza. Para alguien a quien no le gusta estar apretujado, debería sentir bastante claustrofobia, pero en realidad es el único sitio donde siento que tengo totalmente el control.

Las últimas sesiones de pruebas han sido brutales. He visto las mejoras que le han hecho al coche, y pilotarlo una y otra vez me ha vuelto más confiado en lo que está por venir en mi decimocuarta temporada. Que les den a los medios, que no dejan de especular con que pronto voy a retirarme.

Cuando me dirijo hacia los boxes y salgo de un salto del monoplaza, veo a Harper James. Deambulando por ahí. Otra vez.

Está en todas partes.

Ahora no tengo escapatoria, no puedo hacer nada para evitarlo por mucho que lo intente. Ni siquiera puedo bajar del monoplaza sin que me atosigue.

Me tomo unos segundos para acostumbrarme a estar en vertical después de haberme pasado casi una hora dando vueltas por el circuito. Estiro la espalda y las piernas, aflojo los músculos que se me han empezado a tensar y, mientras tanto, observo de reojo el perfil de Harper.

No deja de clavar los ojos en mí, sé que está esperando a hablar conmigo cuando pase por su lado. No puedo negar que yo también lo he estado observando a él. He examinado varias de las vueltas que ha dado este fin de semana. En la pista es otro. Parece que como persona sea incapaz de controlarse, aunque en el monoplaza siempre tiene el control; toma decisiones audaces y estratégicas, pese a que también podrían considerarse imprudentes, y es el resultado de un talento y un instinto naturales. Para mi fastidio, he

visto cómo algunas de esas decisiones tienen consecuencias increíbles. Después del primer día, volví a mi habitación de hotel y analicé algunas de sus grabaciones. Es un genio en el circuito. Ojalá pudiera ver lo que le pasa por la cabeza cuando examina el trazado, porque pilota como si tuviera todas las curvas del recorrido impresas en el cerebro. Siempre parece saber qué vendrá y nunca piensa demasiado las cosas. Es un nivel de conducción inteligente que solo he visto en algunos de los campeones del mundo. Cuanto más lo observo, más crece la reacia admiración que siento por su técnica.

En cuanto abre la boca, sin embargo, lo manda todo a la mierda.

—Madre mía, se nota a leguas que tienes todos los genes buenos de Tyler Heath.

Se me ha acercado mientras me sumía en mis reflexiones, y mi ingeniero Cole le ha pisado los talones. Veo a Cole poner una mueca donde está, agachado para ver cómo han respondido los neumáticos, y tengo que contenerme para no gruñirle a Harper por haberse interpuesto entre los dos.

Harper se fija en la mirada que me lanza Cole, pero o es imbécil o intenta enfadarme, porque sigue hablando por los codos.

—¡Coges las curvas igual que tu padre, tío! Estoy muy celoso. Tienes la pizca de intrepidez que tenía él.

Con los ojos cerrados, respiro hondo y poco a poco me quito el casco. Miro directamente a Cole e ignoro a Harper.

—Los C4 me han dado muy buenas vibras en estas vueltas. Creo que irán bien para la fase de clasificación, pero quizá optaría por los C2 para el inicio del gran premio.

—Tomo nota. —Cole asiente con la cabeza—. En las últimas vueltas, hemos visto un poco de degradación en los neumáticos, así que habrá que tenerlo presente para cuando tomemos las decisiones finales. —Escribe a toda prisa en el iPad que lleva.

Nuestros mejores técnicos e ingenieros están reunidos alrededor de las pantallas, analizando los datos proporcionados por el monoplaza y apuntando estadísticas.

He hecho cerca de 120 vueltas en las dos sesiones de hoy, y en los tres días van ya 347, casi tantas como en mi récord de la tercera temporada, que fueron 368. Y haré más si es necesario, porque el

compromiso, la dedicación y la disciplina son tan importantes como el talento natural que se pueda tener. Harper James deberá asimilar que está en una liga totalmente distinta a las categorías inferiores; además, no va a durar demasiado por aquí si hace el gilipollas y no se lo toma en serio.

Me enseñan muchas pantallas con tiempos de vuelta, incluidas las diez más rápidas y lentas del día, y me rodean todos los técnicos sénior. Quiero echar un buen vistazo a los resultados y digerirlo todo; sin embargo, Harper se ha situado delante de las pantallas como si estas mostraran información de su rendimiento. Está con los ojos como platos y emocionado como un cachorro, y su actitud me seca la energía. ¿Me comporté así durante mi primera temporada en la Fórmula 1? Su entusiasmo lo hace más joven y me convierte a mí en un anciano. Tampoco es que haya una enorme diferencia de edad: él tiene veinticinco y yo estoy a punto de cumplir treinta y cuatro, pero, en lo que a carreras al volante y a nuestros niveles de experiencia se refiere, es una vida entera. Y cómo me gusta a mí sentirme viejo cuando tengo que estar día sí y día también esquivando preguntas sobre cuándo me voy a retirar.

—Esta vuelta… —Harper da un golpecito a la pantalla y señala mi segunda vuelta más rápida— ha sido una locura. El monoplaza parecía muy aerodinámico cuando has cogido la segunda y la tercera curva, y he pensado que ibas a salir volando del circuito, pero se te ha visto muy controlado.

Oigo el asombro de su voz; seguramente debería halagarme que me esté piropeando así, pero estoy acostumbrado a cómo trabajamos Elijah y yo como compañeros de equipo. Siempre nos relajamos un poco y luego nos reunimos de regreso en el hotel para analizar los datos con la cabeza fría, con calma y objetividad.

A veces, cuando bajo del monoplaza, necesito un poco de espacio. El silencio es a menudo imposible porque siempre tienes cámaras en la cara y te rodean los miembros del equipo y los jefes. Por lo general, suelo irme a un rincón vacío, sentarme en una silla y respirar durante un par de minutos. Todos los que llevan tiempo en el equipo están acostumbrados; ojalá alguien apartara al niño entusiasmado y le dijera que se calme de una puta vez, porque está

empezando a sacarme de mis casillas. Una gran parte de este deporte es la mentalidad, y sé en qué estado debo estar para responder de la mejor manera, y el puñetero de Harper James se está cargando la rutina que Elijah y yo hemos perfeccionado en el último año. Sin embargo, como no se me dan muy bien las confrontaciones, me digo que ignorar a Harper es la mejor solución posible.

Ya lo pillará. O alguno de los ingenieros le dirá a las claras que se está pasando de la raya.

Pero yo no pienso hacerlo. Las confrontaciones no son muy buenas para mantener la mentalidad correcta. No es algo que me salga natural por culpa de la ansiedad que me inunda. Ash o Cole se lo dirán. Confío en ellos, saben lo que me sienta mejor.

Me aparto de Harper y sigo con la boca cerrada. Es obvio que esperaba una respuesta, y la sorpresa que se lleva basta para que esté un par de minutos calladito. Para ocultar la confusión, se inclina hacia Kev, uno de los técnicos, y se sumerge en los gráficos que muestran mis rendimientos con el nuevo monoplaza.

—No te preocupes, tío —me dice Cole en voz baja—. Hemos preparado una carpeta de tu pretemporada para que le eches un vistazo más tarde. Ya nos contarás todo lo que se te pase por la cabeza en los dos próximos días.

Cole sabe leer entre líneas. Lleva casi tanto como yo en el equipo, y doy gracias por que todas las temporadas se preste a hacer lo imposible para tenerme contento.

—Eres el mejor. Gracias, Cole. —Le doy una palmada en el hombro y cojo mi mochila para hurgar en busca de mis auriculares.

Al ponérmelos y activar el modo de cancelación de ruido, puedo dejar atrás el caos durante un rato. Con el tiempo he aprendido que, cuando no puedo estar en la pista o en un simulador, visualizar la conducción lo es todo para mí. Me imagino cada curva, noto la sensación de los frenos en el circuito y cómo responde mi cuerpo en el momento en que la fuerza de la gravedad es más intensa de lo que he experimentado nunca.

Pongo una meditación guiada de mis listas preferidas de Spotify y me hundo en un sillón cómodo. Controlo la respiración, me fijo en

cómo se me tensan y se me destensan los músculos y procuro recorrerme todo el cuerpo, concentrado y relajado. Es un ejercicio de calma, justo lo que necesito después de la oleada de adrenalina del circuito.

Sin embargo, la calma no dura demasiado, ya que, cuando llevo menos de dos minutos con el pódcast, noto una enorme mano que me sacude el hombro, y sé que solo puede tratarse de una persona. No me hace falta abrir los ojos para saber que es él. Por lo visto, es su forma preferida de abordarme.

—Dime, Harper. —Me quito uno de los auriculares y abro un ojo.

—Ay, perdona. Es que llevo unos tres minutos aquí, y ni siquiera te has movido. Pensaba que estabas en trance o algo.

Es como un niño pequeño que irradia energía y puro entusiasmo. Lo entiendo, es su primera pretemporada en la Fórmula 1, pero este finde también ha hecho más de trescientas vueltas, y pensaba que estaría un poco más cansado.

—Solo intento conseguir un poco de paz. —Aunque no me está sirviendo de gran cosa. O lo está haciendo a propósito o no sabe interpretar el ambiente.

—Unos cuantos vamos a ir a cenar y tomar algo esta noche. ¿Te apuntas?

Se ha quitado el mono de carreras y se ha puesto unos pantaloncitos de gimnasio y una camiseta corta que le deja el ombligo a la vista. Creo que nunca he visto nada parecido en los boxes de Hendersohm.

Tampoco sé a quién se refiere al hablar de «unos cuantos». Los últimos días lo he visto charlando con pilotos de otros equipos, y estoy bastante seguro de haber visto cientos de fotos en las que sale con Johannes, del equipo Red Bull Ford.

—No, gracias. Pero pasadlo bien. —Con tono seco, está claro que insinúo que quiero que me dejen tranquilo.

Vamos a disfrutar de dos semanas de «tiempo libre» en Baréin antes de que llegue el finde del primer gran premio, por lo que los técnicos tendrán tiempo de sobra para hacer los últimos ajustes a los monoplazas y pulir los últimos detalles. El lujo de este deporte es

que no estamos atrapados en el mismo hotel ni compartimos *suite*, como sé que ocurre en otras disciplinas cuando viajan por ahí.

—Pues nada. De todas formas, nos vemos dentro de una hora para la entrevista con los de la revista *Sports*. —Se va tras Ash con un torrente de preguntas saliéndole de la boca sobre la posibilidad de incluir un *sidepod* en nuestra carrocería.

Ahora mismo, no envidio el papel de Ash.

De repente, lo que ha dicho cala en mí. Enseguida abro el calendario y lo veo: entrevista de la revista *Sports UK* con Harper. No sé cómo no me he fijado esta mañana. Supongo que se debe a que nuestro desayuno ha consistido básicamente en el cotorreo de cierto novato en mi oído en lugar de mi rutina normal con la que me preparo para el día.

A regañadientes, me levanto del sillón y voy a buscar a Kelsey, la encargada de los detalles relacionados con el transporte. Tengo que volver al hotel a darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Te veo muy guapo, Ki. —Siempre nos dedica halagos, aunque soy yo quien debería piropearla. Hasta el momento, los trayectos y el alojamiento han sido de diez.

—Gracias, Kels. ¿Te importaría buscarme un coche con el que volver al hotel?

—Estás de suerte. Acabo de pedir uno para Harper. Si te das prisa, lo alcanzarás.

Durante un segundo, analizo el dilema. Kelsey es maravillosa y no me apetece darle el doble de trabajo, aunque lo último que me apetece es irme con el novato. Aun así, me limito a sonreír y a darle las gracias rápido antes de dar media vuelta y marcharme por donde se ha ido Harper, gruñendo para mis adentros. Por desgracia, llego a tiempo, a pesar de haber ido a paso de tortuga. Harper está abriendo la puerta trasera del vehículo, y ojalá no fuera de mala educación por mi parte subirme en el asiento delantero.

—Sabía que no podrías alejarte mucho de mí —me suelta con una sonrisa.

¿Acaba de…? ¿Está intentando ligar conmigo?

El revuelo causado por la emergencia médica de Elijah y por la repentina llegada de Harper en el equipo está haciendo que analice

demasiado las cosas. Es uno de mis peores hábitos, también el motivo por el que paso tanto tiempo meditando y desarrollando mi concentración mental. Enseguida expulso las suspicacias de la cabeza.

—Kels me ha dicho que te acababa de pedir un coche, y no he querido pedirle que llamara a otro, teniendo en cuenta que vamos al mismo sitio.

—Si es lo que necesitas decirte, Kian, adelante. Sé que te mueres de ganas de conocerme. ¿A lo mejor al final te apuntarás a la cena y todo?

Le brillan los ojos por el entusiasmo. Tan de cerca, y bajo la luz dorada del sol de última tarde, resplandecen con un color turquesa muy claro.

Son hipnotizantes.

Aun sin querer, entiendo por qué todo el mundo quiere acostarse con él.

Aparto la mirada de sus ojos y recuerdo lo mucho que me irrita. Quizá su superpoder sea en realidad la persistencia. Nunca parece aceptar un no por respuesta.

—Pues no es lo mío. Quiero darme una ducha, hacer la entrevista y llegar a tiempo para mi clase. —Es obvio que las sutilezas no van con él, así que intento dejárselo claro con contundencia.

—¿Clase? ¿Qué estudias? —me pregunta, retomando la conversación, cuando a mí lo que me apetece es ponerle fin de una vez.

—Yoga.

La flexibilidad es vital para los deportistas. No es que mi entreno físico no sea ya conocido en todo el mundo, así que no sé por qué me siento tan incómodo hablando de ese tema con él.

Me observa repasándome de arriba abajo. Me examina de la cabeza a los pies. Le centellean los ojos por la emoción, como si le gustara lo que ve, y no sé cómo tomármelo. Su actitud no entra dentro de lo permitido.

—¡James! —le suelto.

—Perdona. Es que intentaba imaginarte haciendo yoga. No me pareces un tío que irradie elegancia.

—Es yoga, no *ballet*. Se trata de controlar, de respirar y de explorar los límites de nuestros músculos y extremidades. ¿Te suena de algo?

Sé que estoy siendo muy borde, pero es que tengo la mente embrollada y empiezo a estar harto de él. Cada vez echo más de menos a Elijah.

Por una vez, Harper no me contesta. Quizá sea porque está de acuerdo conmigo o porque por fin ha captado la indirecta. O porque le siguen ardiendo los ojos y es incapaz de seguir mirándome. Sea lo que sea, doy gracias por el silencio.

El trayecto hasta el hotel dura solo cinco minutos; sin embargo, la atmósfera es tan tensa que esos cinco minutos parecen una eternidad hasta que por fin nos detenemos frente a la entrada y el conductor nos abre la puerta para que bajemos.

Los dos atravesamos el vestíbulo con grandes zancadas y acabamos metiéndonos en el mismo ascensor, que sube hasta la misma planta.

Cuando lo dejo atrás por el pasillo en dirección a mi habitación, me coge del brazo.

—¿Quieres que quedemos aquí dentro de media hora para ir juntos a la entrevista? —me pregunta, delante de la puerta de su *suite*, con la tarjeta ya metida en la ranura.

El espacio que nos separa apesta a sudor y al material cuyo olor se te pega a la piel por más tiempo que haga que te has quitado el mono.

No sé por qué, pero cedo. A fin de cuentas, no está bien visto darle una patada a un cachorro.

—Vale.

Creo que lo he pillado por sorpresa, ya que saca la tarjeta al mismo tiempo que se dispone a cruzar la puerta, así que me regala la escena en la que se golpea la cabeza contra la madera cuando no se le abre la puerta.

Gracias, universo.

Es mi recompensa por haber soportado su cansina presencia y me deleito con cada segundo del momento.

Su cara es la viva imagen de la vergüenza y de la confusión. Abre la boca para decir algo, pero opta por volver a pasar la tarjeta en silencio y desaparecer en su habitación.

Media hora más tarde, nos encontramos en el pasillo. Corto de raíz sus intentos de entablar conversación —o, sería más preciso decir, de elogiar sin parar a mi padre— y caminamos lo que falta hasta el ascensor en silencio. Qué paz. Espero que tal vez, solo tal vez, Harper al fin haya captado el mensaje. En cuanto entramos en el ascensor, sin embargo, pulsa los botones de todas las plantas que nos separan del vestíbulo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Mi arrebato de exasperación nos sorprende a los dos.

—¿A mí? ¿Se puede saber qué coño te pasa a ti? ¿Por qué estás siendo tan capullo?

—¿Perdona? —¿Que yo estoy siendo un capullo?

—Es la primera entrevista que damos juntos. ¿Podrías aparentar…, no sé, que estás un poquito emocionado de tenerme en el equipo?

—Van a preguntarnos lo de siempre. ¿Qué sensaciones tenéis sobre la temporada que se avecina? ¿Estáis preparados para el finde que viene? ¿Quién es vuestro mayor rival este año? Da respuestas generales y todo te irá bien.

—Pues perdone usted, don Llevo Quince Años Aquí, pero algunos de nosotros no tenemos tanta experiencia como tú.

Vale, supongo que en eso tiene razón.

—De acuerdo. A ver, la entrevistadora, Ava Gonzalez, es una máquina. Pero también es muy respetuosa. Ni siquiera tú podrías cagarla.

Veo de reojo cómo Harper retrocede claramente.

Puede que esté siendo un cabrón, pero todo lo que hace me fastidia que no veas.

Volvemos a quedarnos en silencio, aunque esta vez la quietud hace que me hormiguee la piel como nunca me ha pasado. Suspiro al entrar en la sala de prensa, pero ha llegado el momento de poner

cara de póker e impedirle que me afecte su comportamiento. Esta va a ser mi temporada.

Después de peluquería y maquillaje, nos llevan al plató y nos indican dos taburetes diminutos en los que sentarnos antes de saludar a una entrevistadora a quien fijo que conozco, aunque no sé de qué. Me dispongo a decirle a Harper que no es la periodista de la que le he hablado, con la advertencia en la punta de la lengua, pero es evidente que están esperando a que empecemos de una vez. He hecho miles de entrevistas parecidas, y siempre son iguales. Será coser y cantar.

Lo que no sabía era que se trataba de la calma antes de una furiosa tormenta de rayos y truenos.

—Bueno, Kian, ¿qué sensaciones te dan todos los cambios? Sobre todo la ausencia de Elijah y el ascenso de Harper cuando falta tan poco para que comience la temporada.

Es una pregunta para la que llevo preparándome desde que se anunció la noticia de la lesión de Elijah. La respuesta es directa: le envío mis mejores deseos a Elijah, reacciono de forma positiva a los cambios y le digo que sigo con muchas ganas de empezar la temporada. Chupado.

—Antes de dejar que Kian responda a la pregunta, déjame que diga que quiero mandarle los mejores deseos a Elijah —interviene Harper antes de que yo siquiera pueda abrir la boca, y me roba la frase.

Como si le importara Elijah.

Noto que empieza a hervirme la sangre.

—Todo el equipo desea que se recupere rápido, y les mandamos todo el ánimo y el cariño del mundo a él y a su familia —prosigue Harper.

Que yo sepa, se han visto una o dos veces, nunca han salido por ahí juntos y apenas se conocen.

No puedo añadir nada a su respuesta sin sonar falso y sin limitarme a repetir lo que acaba de soltar, así que me quedo callado sin más.

—Debes de echar de menos a tu compañero de equipo y viejo amigo, ¿no? —me pregunta la periodista.

—Estando yo en el equipo, no lo echará de menos mucho tiempo —me vuelve a interrumpir Harper, esta vez añadiendo una sonrisa de oreja a oreja que parece conquistar a la entrevistadora, cuyo nombre sigo sin recordar.

—Claro que echo de menos a Elijah —agrego antes de que el muy idiota pueda añadir algo más. Me aclaro la garganta y fulmino a Harper con la mirada—. Elijah Gutaga es uno de los mejores pilotos del mundo… y el mejor compañero con el que he tenido la suerte de compartir equipo. Ya no sale nadie como él. Esta temporada se le echará muchísimo de menos en la pista, yo sobre todo, pero se recupera bien y estará de vuelta antes de que nos demos cuenta.

Se hace un breve silencio incómodo. De repente soy sumamente consciente de la multitud de cámaras de vídeo que captan cada ángulo, preparadas para subir enseguida trocitos de la entrevista a los canales de las redes sociales. No es algo inusual, pero odio estos taburetes minúsculos, y de pronto me siento cohibido junto a Harper. Cada vez que intenta invadir el espacio que nos separa, me inclino en dirección contraria. Me desconcentra. Se muestra demasiado amistoso. Se me acerca demasiado. Todo el rato, joder.

—Por lo visto, no crees que Harper James esté preparado para ocupar el puesto de Gutaga.

Devuelvo mi atención a la entrevistadora.

Ay, mierda.

—No es lo que…

Sin embargo, Harper resopla cabreado, y, antes de que me deje continuar, la mujer se gira hacia él.

—Harper, ¿qué opinas tú de ocupar el puesto de Elijah en el equipo? Según tu nuevo compañero, tienes el listón muy alto. —La muy lista usa un tono de voz provocativo, y no me gusta. Lo que le he dicho a Harper en el ascensor regresa a mí para atormentarme.

—No me preocupa en absoluto. Elijah Gutaga ha tenido una carrera estupenda, pero va siendo hora de que haya sangre nueva en el equipo Hendersohm, y es obvio que los de arriba han pensado en mí.

¿Qué cojones dice?

Vuelvo la cabeza para mirarlo a los ojos. La periodista sonríe, radiante, y los tíos que están detrás de las cámaras están encantados con lo que están grabando. Es probable que se haga viral.

No pienso permitirlo.

—La sangre nueva no necesariamente vence la destreza y la experiencia. Si Elijah no se hubiera roto la pierna, nos habría deparado una temporada fantástica, sobre todo con todo el trabajo que el equipo ha hecho en el monoplaza en los últimos dos meses.

No voy a quedarme sentado y dejar que el niñato imbécil critique a uno de los grandes, a mi mejor amigo, ¡al piloto al que le ha robado el puesto!

—Pero, Harper, el año pasado tuviste una temporada estupenda con la escudería Hendersohm en la categoría inferior, con tu primer podio, y ya se ha especulado mucho sobre la posibilidad de que te suban a piloto sustituto este año en el equipo de Fórmula 1 —dice la entrevistadora.

Está claro que huele el drama y que piensa hacer lo que esté en su mano para convertir la conversación en una historia.

Yo también he visto las especulaciones, pero también he oído rumores de que a los jefes no les gusta la actitud de Harper y estaban divididos entre si darle o no una oportunidad. Y no podría estar más de acuerdo.

—Cuando dices «estupenda», te refieres a que batí récords, ¿no? He sido el mejor piloto que ha habido nunca en la categoría inferior. La puntuación fue brutal —se regodea Harper, mirándome con un brillo desafiante en los ojos.

Nunca he sido capaz de ocultar del todo lo que pienso, así que seguro que todos ven sin problemas lo que me está pasando por la cabeza.

—Sí, es cierto —replica la entrevistadora—. Y, de hecho, el récord anterior lo ostentaba tu padre, Kian. Tyler Heath. —Se gira hacia mí.

Hasta este segundo, estaba decidido a ser un profesional, a cerrar el pico y a rezar para que el micrófono no capte cómo estoy apretando los dientes hasta hacerme añicos las muelas. Sin

embargo, tras oírla mencionar como si tal cosa a mi padre, puede pasar cualquier cosa.

—¡Menuda leyenda! —tercia Harper—. Es un honor que me comparen con Tyler Heath. Cuando era pequeño, era un gran fan suyo. Fue uno de los motivos por los que empecé a interesarme por los karts. A él no le daba miedo arriesgarse ni probar cosas nuevas.

La pulla de Harper da en el blanco, y noto cómo se me va escurriendo el control.

—En el circuito uno se puede arriesgar de forma calculada, y luego está lo que sea que hagas fuera de la pista —contesto con frialdad —. A lo mejor te llaman el nuevo Tyler Heath por los motivos inapropiados. —Este comentario no debería haber abandonado mi cerebro, aunque ya es demasiado tarde. No vamos a conseguir que editen este trozo, ni de coña.

—¿A qué te refieres exactamente? —me pregunta Harper—. El año pasado lo demostré y ya estoy empezando a demostrarlo en esta categoría también. Las estadísticas no mienten.

Se cree un absoluto dios, pero no tiene ni idea de qué está diciendo. Yo tuve un mejor año como novato que la supuesta leyenda Tyler Heath, y se necesitaría un tío mejor que Harper James para superarlo. Él no está a la altura.

—Solo era un comentario. —Me encojo de hombros.

—Pues parece que insinúes que no soy lo bastante bueno para estar aquí, Walker. Me he ganado mi puesto igual que tú, y mi forma de conducir es lo único que importa —protesta Harper.

La entrevistadora se gira hacia los productores, como si nuestros micrófonos no estuvieran captando ya este desastre catastrófico. Harper se vuelve para mirarme a la cara, pero me echo un poco hacia atrás. Va siendo hora de que aprenda a ser un poco humilde.

—No, estás aquí porque Elijah Gutaga se ha roto la pierna. De lo contrario, seguirías languideciendo en la categoría inferior. —Dejo que las palabras floten en el aire.

—Vale, hagamos una pequeña pausa —interviene Anna con un tono que implica que no va a aceptar un no por respuesta.

Me pregunto por qué ha permitido que la periodista llevara la conversación por esos derroteros durante tanto tiempo. Ha sido un

caos de principio a fin. Seguro que la revista está encantada, ya que las grabaciones se reproducirán una y otra vez, llenando interminables columnas y ocupando pantallas acerca del drama y de la rivalidad en el seno de la escudería Hendersohm.

Anna me saca del plató por los hombros, sujetándome con las manos como si fueran garras.

Supongo que me lleva a otra habitación para calmarme o algo, pero en realidad me lleva hacia un conductor, al que le pide que me acompañe hasta el hotel.

—Lo siento —digo, arrepentido de inmediato—. ¿Y el resto de la entrevista? —le pregunto cuando el hombre abre la puerta del coche.

—Ya la reprogramaremos —responde Anna.

Sé que no será así.

Me hundo en el asiento trasero del coche y me recuesto en el frío reposacabezas de piel, con los ojos cerrados. Durante mi carrera como piloto, me han formulado muchas preguntas peliagudas. Cuando estaba empezando, a los periodistas les encantaba compararnos a Tyler Heath y a mí. Les encantaba decir la suerte que había tenido de que mi padre me hubiera inspirado y ayudado a hacer realidad mi sueño.

Siempre me he mordido la lengua, me he aferrado a mi autocontrol y he respirado hondo para superar el trago sin transmitir lo que pienso de verdad de Tyler Heath y de sus gilipolleces. Han transcurrido años, casi dos décadas desde que comencé a dar entrevistas, y nunca he tenido ningún problema.

Sin embargo, han bastado un par de palabras de Harper James para casi sacarme de mis casillas. Y delante de una cámara, para colmo.

Mierda.

Capítulo 4

Harper

Kian Walker no se parece en nada a su padre. Es un capullo estirado y criticón.

Un día vi un vídeo de Tyler Heath bebiendo una cerveza directamente de un casco de competición, de un casco usado y sudado. Era asqueroso, pero me encantó verlo. Era entretenimiento puro. Creo que Kian no tiene ni idea de qué es la diversión.

Aun así, tiene una lista interminable de marcas importantes que se mueren por trabajar con él y le pagan millones de dólares. Además, lo invitan a todos los pódcast y programas deportivos más famosos. Es un desperdicio increíble que le hagan hablar durante horas sobre los beneficios del yoga y de irse a la cama a la misma hora que una abuela. ¡Menudo cabrón más aburrido!

No lo he visto desde que Anna lo sacó de la entrevista. Dios no quiera que su preciada reputación se vea empañada por tener que enfrentarse a algunas verdades incómodas pronunciadas por el nuevo del equipo.

Furioso, regresé a mi habitación y me calmé mientras intentaba averiguar qué coño le pasa.

Ayer por la noche recibí un mensaje que nos convocaba a los dos a una reunión en la sala de conferencias del hotel a primera hora, pero esta mañana no consigo ponerme en marcha. Recuerdo la advertencia que me soltó Anna Kash cuando me llamaron para decirme que querían que ocupara el puesto de Elijah Gutaga durante esta temporada. Hay que ponerse las pilas, nada de provocar mala prensa, y concentrarse en el trabajo.

Es probable que ya la haya cagado.

Cuando abro la puerta de mi *suite* un minuto antes de bajar, me encuentro cara a cara con Kian, que está dando vueltas por el pasillo. Hablando del rey de Roma…

Todavía estoy medio vestido porque me he despertado hace apenas cinco minutos, cuando la alarma que he pospuesto por quinta vez se ha puesto insoportable. Cojo mi sudadera y me pongo las Crocs, con la tarjeta entre los labios, cuando levanto la vista y lo veo. Esta puerta debe de estar gafada.

—¿Me estás tomando el pelo? —me pregunta entre dientes.

La verdad es que no sé si lo estoy haciendo o no. Quizá vaya sin camiseta por el pasillo para tocarle los huevos, ya que es la única reacción que puedo obtener de él.

Al final me pongo la sudadera e intento seguirle el ritmo mientras caminamos hacia el ascensor. Porque Kian Walker no puede llegar tarde, claro. Me apuesto algo a que el gran Tyler Heath llegaba tarde siempre que le daba la gana. Seguro que a él se la pelaba. Era una estrella tan grande que podía seguir su propio horario.

—¿Mejor así? —digo, ya completamente vestido y atrapado en un ascensor para bajar treinta plantas con él.

Me responde con una mirada silenciosa; es uno de los cascarrabias más buenorros que he visto en mi vida. Son las siete de la mañana de nuestro día libre; hoy no hay prensa a la que atender ni entrenamientos en el circuito. ¿Por qué cree que es necesario estar así de guapo tan temprano por la mañana?

—¿Me estabas esperando? —le pregunto, y le lanzó una mirada de reojo, incapaz de evitar provocarlo. Aunque intento ser amable.

Resopla con desdén, pero no sé si está molesto consigo mismo o conmigo, porque sin duda alguna me estaba esperando.

—Estaba esperando… llegar a tiempo para la clase de yoga al amanecer en la azotea.

«Claro. Es algo aburridísimo, claro. Qué idiota».

—Fijo que mañana vuelve a salir el sol. —El ascensor se queda en silencio cuando él no se digna a contestar. Aún no se ha dado cuenta de que su silencio solo me anima a bombardearlo con preguntas molestas y charlas sin sentido. El silencio me pone nervioso—. ¿En qué tipo de lío crees que nos hemos metido?

Es posible que no sea la mejor pregunta antes de reunirnos con el jefazo, pero quiero saber de verdad qué opina de nuestra situación.

Kian reflexiona durante un segundo, y lo observo en el espejo mientras sus engranajes mentales se ponen en marcha.

Ahora que me fijo bien en su cara, creo que no se parece tanto a Tyler. Tyler es bastante alto, mide más de un metro ochenta, si no recuerdo mal su ficha de piloto. Sin embargo, Kian no llega a esa altura, mide alrededor de un metro ochenta. Tyler tiene el pelo casi negro azabache, mientras que el de Kian es castaño claro, y con cierta luz parece casi rojizo. Eso sí, comparten los mismos ojos, de un penetrante color avellana. Vale, sí, cuando era adolescente miré tantas fotos de Kian que podría describirlos a la perfección. Sin embargo, ahora que los veo tan a menudo en persona, me da la sensación de que cambian de color cada dos por tres. A veces verde musgo, a veces marrón claro, todo mezclado con tonos amarillo mostaza y dorados que rodean la pupila.

Tendrían muchísimo éxito si alguna vez saliera por ahí a ligar. No es que pueda imaginármelo en una discoteca, por la pista de baile en busca de un ligue. ¿A lo mejor en un restaurante sofisticado o en el bar de un hotel elegante? Tendré que preguntarle cómo liga la próxima vez que lo incordie con preguntas molestas, pero quizá no cuando estemos en el estrecho espacio de un ascensor y pueda darme un puñetazo.

La puerta se abre con un chasquido y, como si él ya conociera el hotel —que seguro que sí—, Kian recorre otro pasillo antes de entrar en la sala de conferencias.

Parece un poco grande para la ocasión, teniendo en cuenta que solo hay cuatro personas y las mesas están puestas para treinta o más.

Anna está sentada junto a Anders, el jefe del equipo. Sus asistentes les sirven té y café hasta que se marchan, y se hace un profundo silencio. Kian y yo nos sentamos en el lado opuesto de la amplia mesa. Me doy cuenta de que no nos han ofrecido té ni café, pero me muerdo el interior de la mejilla para no preguntarlo. Ni siquiera yo soy tan tonto como para ponerme tiquismiquis ahora mismo.

—A ver, ¿qué pasó? —pregunta Anders.

El silencio que nos rodea es ensordecedor. Ninguno de los dos quiere admitir que ayer jodimos la entrevista, y Anders parece cada vez más furioso.

—Lo siento. La cagamos —dice Kian finalmente, retorciendo las manos encima de la mesa—. Creo que solo necesitamos un poco más de tiempo para encontrar una dinámica entre nosotros que funcione.

«¿Nosotros?».

—No sé a quién te crees que representas, Walker, porque desde luego a mí no. —Lo fulmino con la mirada mientras él pone los ojos en blanco y extiende una mano, en plan «¿Veis lo que tengo que aguantar?».

Aprieto los dientes.

—Mirad, aún es pronto y sé que el cambio en el equipo ha sido repentino. Ni siquiera hemos participado en una carrera todavía, pero no podemos permitirnos el lujo de desmoronarnos el primer día, así que os hemos reservado a los dos una sesión privada de formación sobre la prensa para que arregléis vuestras chorradas. —Anders no se anda con rodeos.

Siempre he admirado eso de él, incluso ahora que soy yo quien sufre las consecuencias.

La cara de Kian es un poema. Que le digan que necesita una sesión sobre la prensa debe de ser sumamente humillante para alguien que lleva más de una década en los circuitos y ha sido el centro de atención la mayor parte de su vida, gracias a sus padres. La horrible entrevista de ayer y esta reunión insoportable de hoy casi merecen la pena solo por este momento.

Estoy a punto de echarme a reír. Hasta que recuerdo que voy a tener que soportar horas y horas de presentaciones tediosas sobre la forma correcta e incorrecta de responder preguntas con Don Sieso. Pero las cosas como son: el problema en la entrevista no fui yo. Fue Kian quien básicamente le dijo al mundo que no soy lo bastante bueno como para estar en este equipo y que está deseando que Elijah vuelva.

Kian acepta al instante la sesión. Como si estuviera encantado de organizar la formación con Anna.

Para sorpresa de nadie.

Obviamente, no puedo protestar delante de Anders, aunque no pienso a asistir a esa gilipollez.

—Claro. Contad conmigo. —Fuerzo una sonrisa y dejo que Anna siga comentando que nos enviará un correo electrónico y que añadirá la sesión a nuestro calendario compartido.

Genial. Vamos, equipo.

Aún no hemos salido de la sala cuando nos suena la notificación en nuestros móviles, y suelto un gruñido al ver que la primera sesión es esta misma tarde.

—Anna es muy rápida —dice Kian sin más al adelantarse, siempre con ganas de alejarse de mí.

—Su trabajo consiste básicamente en hacer control de daños. —Soy directo, pero ahora mismo no tengo ganas de aguantar estas tonterías.

Odio que sus comentarios me estén llegando a afectar. Supongo que debería preguntarle por qué se comporta como un capullo; sin embargo, eso significaría seguir soportando su actitud de mierda.

No pienso ir a esa formación de prensa, aunque por ello me expulsen del equipo.

No lo digo en serio, aunque así es como me siento ahora mismo. Soy más bien de los que actúan antes de pensar.

—Creo que iré a la piscina —anuncia. Se pasa una mano por el pelo, dudoso, y casi puedo oír cómo rechina los dientes, como si intentara tenderme una ofrenda de paz, como si estuviera a punto de invitarme.

¿Es lo que hace falta para que Kian sea amable? ¿Que su jefe le suelte una buena bronca?

Pero la invitación no llega, y me quedo mirándolo con cierta expectación al subir en el ascensor. Seguro que parezco un niño desesperado por que lo inviten a una fiesta. No es mi estilo para nada. Aun así, quiero que me lo ofrezca.

Resoplo, y él tiene los cojones de enarcar una ceja mirándome en el espejo.

—Supongo que volveré a la cama un rato —replico, aunque no ha tenido la decencia de preguntarme si tenía algún plan.

De repente, se me ocurre una imagen y no puedo quitármela de la cabeza. Kian Walker en un diminuto bañador Speedo. ¿Por qué sigue resultándome tan atractivo cuando en la vida real me ha demostrado que es un gilipollas?

—¿En qué nadas? —La curiosidad me puede, casi necesito saber la respuesta para quedarme tranquilo.

—Pues… ¿en la piscina del hotel? —Lo dice como si el tonto fuera yo—. Hay dos. Una cubierta y otra al aire libre.

Qué sieso llega a ser. Sonrío y niego con la cabeza, aunque él me mira fijamente como si no entendiera qué me ha hecho gracia de lo que ha dicho.

—Me refería a la ropa —le aclaro; lo miro a los ojos y le devuelvo la mirada desafiante.

—Ah. —Mi comentario lo deja perplejo.

A estas alturas, debe de saber que soy gay. Si no, vive completamente aislado del mundo. A lo mejor he conseguido incomodarlo.

Se le tiñen las mejillas con un ligero rubor y aferra con las manos la barandilla del ascensor. Debería echarme a reír porque no quiero que piense que soy un pervertido que lo va a espiar mientras se cambia en el vestuario, pero su reacción me parece de lo más interesante.

No parece que lo moleste de verdad que meta la nariz donde no debo. «Muy interesante, sí, sí».

Pasan doce plantas antes de que finalmente se recomponga:

—En un bañador normal y corriente. —Lo dice como si tal cosa. Pero lo he observado antes de que contestara y creo que le ha dado muchas vueltas a la pregunta.

No digo nada más. Me ha soltado la respuesta más aburrida del mundo, claro; sin embargo, su reacción me ha dado algo en lo que pensar.

A lo mejor no es tan heterosexual como me pensaba.

—Qué decepción —murmuro, pero ya no me apetece hacer coña. Kian le quita la gracia a todo.

Cuando el ascensor llega a nuestra planta, sale disparado tan rápido que me quedo parpadeando bajo el resplandor de las luces

mientras él desaparece por el pasillo hacia su *suite*.

Me encanta que nos llevemos tan bien.

Cumplo mi palabra y vuelvo a la cama, ya que todavía no son ni las nueve. Aunque irme a dormir imaginándome a Kian en bañador no es una buena idea.

Porque termino soñando con él en una piscina desierta, con el diminuto Speedo abandonado a un lado, los dos en pleno polvo bajo el resplandor de mil estrellas.

Hasta que Anders entra en el sueño y se lo carga todo.

Son casi las once cuando me despierto de golpe, con gotas de sudor en la frente y una erección espectacular. Suelto un gruñido. Estupendo, otro problema provocado por Kian.

¿De verdad puedo culparlo? ¿O es mi castigo por haberme metido con él? Recuerdo cuando se ha ruborizado en el ascensor, imagen que no ayuda en nada a mi situación actual. Me lo imagino aferrándose a la barandilla y deseo volver a perderme en mi sueño.

Cojo el móvil para ver las notificaciones. Necesito una distracción. No aparece nada interesante, salvo un mensaje de Johannes diciendo que nos alojamos en el mismo hotel y preguntándome si esta noche quiero que cenemos juntos. Pues claro que sí.

En el cuarto de baño, le respondo para quedar en el restaurante del hotel, antes de meterme en la ducha y lidiar con mi siguiente problema con Kian.

Ni siquiera es un orgasmo satisfactorio cuando, con solo un par de sacudidas y la imagen de Kian agarrándose a la barra del ascensor, cubro los azulejos y el suelo de la ducha con mi corrida. Bueno, soñar es gratis.

Mi mánager me llama justo cuando salgo de la ducha, y me paso el resto de la tarde revisando los portafolios de las marcas interesadas en trabajar conmigo, una pila mucho más grande después de ver mi desempeño durante la pretemporada. Hay tantas que casi llego tarde a cenar con Johannes.

—Lo siento, lo siento —digo al llegar a la mesa donde Johannes está esperándome—. Ha sido un día inesperadamente ajetreado. Pero ya

estoy aquí, tienes toda mi atención.

En cambio, no la tiene porque el móvil empieza a sonarme. Ni siquiera necesito mirar la pantalla para saber que es Kian quien me llama porque no he asistido a nuestra sesión de formación. Si me conoce tan bien como asegura, fijo que no esperaba que fuera.

—¿Seguro que no necesitas cogerlo? —me pregunta Johannes, pero me limito a negar con la cabeza—. Nils cenó aquí anoche; por lo visto, la ensalada de bistec y queso azul está buenísima.

—Vaya, si a tu nuevo mejor amigo le gusta, supongo que la probaré —bromeo, aunque envidio que Johannes haya tenido la suerte de contar con un compañero de equipo tan bueno, alguien que parece disfrutar de su compañía.

—Es majo. Déjalo en paz. Que a tu ídolo no le caigas bien no significa que tengas que amargarte.

Pedimos la ensalada recomendada y nos dejamos caer en el reservado con vasos de agua helada con limón.

—No me puedo creer que nos portemos así de bien —refunfuño.

—Mañana tengo una sesión de fotos en la que necesito ponerme al volante de un coche; no puedo ir con resaca, tío. Además, ¿no sales mañana en el programa matutino de Sky Sports? Sabes que querrán que estés en el set a primera hora, ¿verdad?

Lo sé. Por suerte, mi mánager me consiguió a un asistente que me organiza muy bien la agenda y que me explica fácilmente dónde tengo que estar y cuándo. Aun así, después de lo de esta mañana me vendría bien tomar un par de copas.

El teléfono empieza a sonarme de nuevo y le enseño a Johannes la pantalla.

—Mi ángel de la guarda. Por lo visto, no se cansa de mí.

Johannes se ríe entre dientes y cuelgo la llamada otra vez, que empieza a sonar inmediatamente.

Por Dios, Kian. Pilla el mensaje.

Me suena el teléfono por cuarta vez, y el nombre de Kian vuelve a llenar la pantalla.

—Madre mía, está obsesionado contigo —exclama Johannes.

—A mí me lo vas a decir. Y es porque no he ido con él a la sesión de prensa. —Bloqueo el teléfono y lo dejo bocabajo encima de la

mesa.

No pienso dejar que su humor de perros me arruine la noche.

—Un momento, ¿se supone que ahora mismo deberías estar ahí?

Asiento con la cabeza.

—Por Dios, Harper. Sé que cenar conmigo es lo más importante de tu vida, nene, pero estás en la Fórmula 1. Tienes que esforzarte más por el equipo, sobre todo si la sesión la ha agendado tu jefe. Mañana te vas a meter en un buen lío.

Es probable que tenga razón, pero todavía no estoy preparado para afrontar las consecuencias. Ese problema lo dejo para mañana.

Poniendo los ojos en blanco, ignoro sus comentarios.

—Joder, ¿desde cuándo eres tan sensato?

—Desde que me di cuenta de que soy reemplazable. Hay muchos pilotos jóvenes que están subiendo puestos con un talento increíble; si me desvío del camino, no dudarán en echarme. Para ellos todo se resume en el dinero, Harps. Si no lo conseguimos, o si perdemos patrocinadores y les generamos mala prensa, se acabó.

Sus palabras me golpean como el agua helada que he estado bebiendo, frías y asfixiantes. Johannes era el alma de la fiesta, era como yo. Solo me lleva un año; el año pasado por estas fechas estaba en su temporada de debut en la Fórmula 1. Ha aprendido la lección, y seguro que debería hacerle caso. Sin embargo, echo de menos al tío que era pura diversión cuando estábamos en las categorías inferiores, que se escapaba cuando teníamos dieciocho o diecinueve años a un bar de cada ciudad para emborracharse y ligar con buenorros.

—Entiendo lo que dices, pero no necesito formación con los medios —protesto—. Fue Kian quien básicamente dijo que no me puedo comparar con su amigo. Es un llorón. Y luego se enfadó porque la entrevistadora comentó que batí el récord de su padre y comparó mi talento con el de Tyler Heath en lugar del de Kian.

—He visto el vídeo. Se ha vuelto bastante viral, Harps. Solo digo que tienes que jugar un poco al juego. Desde que pasé por el aro, siento que me dejan en paz. Gano puntos y no dicen nada cuando salgo demasiado, siempre y cuando no me saquen fotos haciendo

alguna tontería. A nadie le importa lo que hagas en tu tiempo libre cuando estás en las categorías inferiores. Ahora es diferente.

En el fondo, sé que lleva razón, pero ya es demasiado tarde. Me he perdido la sesión y estoy seguro de que Kian les ha contado a los jefes que no he asistido. Fijo que él se ha sentado allí como un niño bueno y ha aceptado su castigo.

—La reprogramaré. No te preocupes. Kian seguiría enfadado conmigo, aunque hubiera ido.

Sentados en el despacho improvisado de Anders como dos niños traviesos, le salía humo de las orejas. Sé que me culpa y que me guarda rencor por haberle buscado problemas, aunque en realidad fue culpa suya.

—¿Intentas calmar la situación con él?

—Es él quien no intenta nada conmigo.

—¿Tú te estás oyendo, Harp? Hablas como un niño pequeño.

Le saco la lengua para darle la razón antes de recostarme en el reservado.

—¿Podemos cambiar de tema? Estoy harto de hablar del idiota de Kian Walker. Disfrutemos de la noche y brindemos con estos aburridos vasos de agua por nuestro primer gran campeonato juntos.

Entrechoca el vaso con el mío y el mundo vuelve a la normalidad. Así es como imaginaba que sería cuando Jo y yo éramos unos novatos en los karts y las carreras de Fórmula 1 eran solo un sueño. Míranos ahora. Lo hemos conseguido.

Johannes me acompaña de vuelta a mi habitación y, de repente, nuestra bonita felicidad estalla al ver a un furioso Kian merodeando junto a mi puerta.

Mira a Johannes con cansancio.

—Johannes. —Y asiente con la cabeza.

—Kian. —Johannes me da una palmada en el hombro y me empuja hacia mi nuevo compañero de equipo—. Es todo tuyo.

—Traidor —mascullo entre dientes cuando Johannes se dirige al ascensor para ir a su planta.

—¿Qué coño haces, Harper?

—¿Cómo que qué coño hago?

Sé por qué está aquí, pero ahora estoy relajado y no puedo resistirme.

—¿No te tomas nada en serio o qué?

Es un milagro que le queden dientes en la boca con la fuerza con la que los aprieta para intentar controlar su mala hostia. Kian ve la sonrisa burlona que esbozo, y sé que eso es lo que lo saca de quicio.

—No sé si te crees demasiado bueno como para que te despidan o si eres un imbécil integral sin más.

—Es una sesión de nada, Kian. Cálmate.

Resopla y niega con la cabeza.

—No sé para qué me molesto. Espero que sigas cagándola a lo grande, James, porque entonces Anders te echará y tendré un compañero de equipo decente que sí tenga posibilidades de ganar.

Dicho esto, se marcha con la cabeza bien alta. Qué capullo. ¿Cómo se atreve a subestimarme?

Casi desearía que Johannes se hubiese quedado para que viera lo que tengo que aguantar.

Mi primera prueba clasificatoria llega antes de lo que esperaba, y, aunque soy el novato de la pista, el público me aclama cuando entramos en los boxes de Hendersohm. Los aficionados nos lanzan camisetas; me sorprende que Kian se detenga a firmarlas y a estrechar la mano de todos los niños que buscan obtener algo de su ídolo. Siempre está muy concentrado en el trabajo. No tiene tiempo para nadie ni para nada. O quizá es que no tiene tiempo para mí.

El ambiente dentro de los boxes es único, lleno de técnicos, analistas, diseñadores, agentes y el mismísimo jefe, Anders. Todos se preparan para el inicio de la temporada. Me alegro mucho de incorporarme a una temporada en la que los monoplazas solo han necesitado algunos ajustes respecto al año pasado, porque fueron buenísimos, así que no tengo que solucionar los problemas de un coche completamente nuevo y reconstruido que aún está siendo revisado por los técnicos.

Anders se regodeó mucho durante la pretemporada de que en Hendersohm no había un piloto número uno porque no es la filosofía

de su equipo, pero todos saben que el puesto de líder pertenece a Kian. ¿Acaso no se da cuenta de que el equipo al completo gira en torno a él y a sus deseos? Es la llama que brilla entre las polillas, que revolotean sin rumbo. Supongo que este fin de semana veremos qué pasa.

¿Me frenarán si me acerco a Kian? ¿Cuántos técnicos estarán pendientes de mi monoplaza para asegurarse de que mis cambios de neumáticos sean tan rápidos como los de Kian?

Va a ser interesante, como poco.

Y resulta incluso más interesante de lo que jamás habría imaginado.

El tío al que he seguido y admirado durante años se desmorona.

Le cuesta arrancar y no puede mantener el ritmo en algunas de las curvas más duras del circuito de Baréin; en general, su actuación deja mucho que desear.

De hecho, termino por delante de él, marcando un tiempo de vuelta que me llena de alegría, tanto a mí como a todo el equipo de Hendersohm. Ash, mi ingeniero y el tío que me dará consejos durante toda la temporada, no para de elogiar lo bien que lo he hecho para ser un novato.

Kian sigue intentándolo hasta el último minuto, aunque no es suficiente. Oigo a Cole decirle a Ash que Kian solo ha llegado a la octava posición, mientras que yo estoy en la cuarta. Es un cambio de posiciones que creo que nadie esperaba; Kian menos aún. Imagino lo que estará pensando él al oír que ha quedado octavo y yo, cuarto.

¿Quién es el piloto número uno ahora, Kian? ¿Quién corre el riesgo de ser despedido? Sesión de formación, los cojones. Todavía no ha habido ninguna consecuencia por mi ausencia; si tenían alguna duda sobre si valía la pena como piloto, pues parece que sí…

El ambiente se enrarece en los boxes cuando entra Kian. Al principio está en silencio, y luego nunca lo he visto tan enfadado. Golpea su casco con tanta fuerza que prácticamente rebota en la mesa y cae al suelo, me sorprende que la visera no se rompa con el ruido que ha hecho. Tiene todo el derecho a estar frustrado. Terminar octavo en la fase clasificatoria cuando debería haber

estado entre los tres primeros no es bueno. Ni yo mismo estoy seguro de qué ha pasado hoy.

Nadie dice ni mu y la tensión se puede cortar con un cuchillo. La rabia de Kian anula el bullicio del público del circuito. Me fascina la sucesión de emociones que le cruzan el semblante y no puedo apartar la mirada.

De pronto, suelta un suspiro; es como ver un globo desinflarse. La imagen me resulta cinematográfica y parece ocurrir en una especie de cámara lenta espantosa. La lucha y la angustia desaparecen de su expresión y de su cuerpo hasta que vuelve a ser el sereno e imperturbable Kian Walker y enseguida comienza a disculparse con todos.

No encuentro la palabra adecuada para describirlo. Es como las cuatro estaciones en un día, una fuerza de la naturaleza que contiene caos y calma en una brillante y hermosa coraza. Anna lo lleva aparte; antes de que me dé cuenta, ya se ha ido. Para él ahora mismo no existe la prensa, y es probable que sea lo mejor si ha abollado un casco. Cuestan miles de dólares y se ciñen perfectamente al cráneo para que nos protejan de todo lo que nos pueda deparar la pista.

Me toca enfrentarme al equipo solo. Es todo muy raro, y curiosamente estoy decepcionado. Debería estar emocionado, pues he obtenido el cuarto puesto en mi primera clasificatoria; sin embargo, la prensa solo quiere hablar del decepcionante resultado de Kian, así que mi logro queda completamente eclipsado.

Porque todo tiene que girar en torno a Kian Walker, claro.

Me cago en Kian Walker.

Capítulo 5

Kian

Después de haber visto cómo lo ha hecho Harper en la pretemporada y de saber que el año pasado ganó la categoría inferior con récord de puntos, no debería sorprenderme que quedara cuarto en la clasificatoria; sin embargo, me sorprende. No tengo ni idea de cómo lo consigue sin prepararse nada y comportándose como si todo fuera coña. ¿Cómo se recompone cuando algo sale mal? ¿Cómo se concentra? ¿Qué estrategias de superación utiliza? No entiendo cómo salir de fiesta con sus rivales ayuda a su conducción.

Pese a todo, los dos han quedado por delante de mí. Ambos.

¿Qué cojones está pasando?

Como el gran premio es mañana, esta noche no podrán salir y emborracharse. La noche antes de una carrera es sagrada. Harper no es tan tonto. O, por lo menos, no creo que lo sea. Puede que idolatre a Tyler Heath, pero no cometería el mismo error que le costó a mi padre su puesto en el equipo.

¿O sí?

Tyler siempre afirmó que lo despidieron injustamente porque a los jefes del equipo no les gustaban algunas de las decisiones que había tomado en su vida personal; sin embargo, mi madre me contó que le hicieron una prueba de alcoholemia la mañana de una carrera y dio positivo. No era la primera vez que tenía problemas con la bebida, y supongo que al final se hartaron. Era un peligro para sí mismo y para los demás. Además, siempre hacía lo que quería sin pensar si hacía daño a alguien ni si los demás sufrían. Siempre.

Que lo despidieran por borracho fue una humillación que quiso mantener en secreto, y por eso pagó mucho dinero. Todavía me sorprende que la historia no se haya filtrado. Obligó a mi madre a firmar un acuerdo de confidencialidad como parte del acuerdo de

divorcio. Estoy seguro de que, si mi hermana y yo hubiéramos sido mayores, nos habría obligado a firmar uno también.

Por suerte, no tiene ningún poder sobre mí y nunca lo tendrá.

En mis primeros años como piloto profesional, me esmeré en modificar la historia para que todo girara en torno a cómo nuestra madre nos había enseñado a mi gemela y a mí a soñar a lo grande y a perseverar. El trabajo duro y la dedicación me habían llevado hasta la Fórmula 1. Nada de genética. Les debo mi éxito a mi madre y a Elise; mi padre no tiene nada que ver. Poco a poco, la gente dejó de hacer preguntas al respecto.

Y aquí estoy, echándolo todo a perder y quedando octavo. ¡Octavo! No es propio de mí. No es propio de mí para nada, pero no consigo concentrarme. Desde que supe que Harper se uniría al equipo, mi cabeza está hecha un lío.

De vuelta en el hotel, sumido en la ansiedad, me doy una ducha para quitarme el estrés del día e intento desesperadamente recomponerme cuando me suena el teléfono. Es una videollamada de Elise.

De más joven, eran mis momentos favoritos del día. Me llamaba y me contaba qué tal le iba en Enfermería, que había empezado a salir con su novio y ahora marido, y me hablaba de todas sus amigas, que se divertían sin parar en la universidad. Ahora, cada vez que suena el teléfono, me da miedo que me llame con malas noticias sobre nuestra madre.

Aunque eso no me impide contestar a toda prisa. No es demasiado tarde en el Reino Unido; una enorme sonrisa se me dibuja en la cara al aceptar la videollamada y ver a mi sobrina ocupando casi toda la pantalla.

—¡Tío Ki! —exclama alegre, aplaudiendo mientras mi cara llena su pantalla—. Tío Ki, hoy he pintado con los dedos.

Elise cambia la vista a la cámara trasera y me encuentro con al menos diez hojas de papel cubiertas de remolinos de pintura de diferentes colores. Es lo que me hacía falta para recuperar la alegría.

Suspiro hondo y dejo que Cassie me explique sus pensamientos dispersos sobre un par de pinturas antes de que se distraiga por

completo hablándome de un programa de televisión de cuentos para dormir que le han permitido ver.

—Te echo de menos, tío Ki. Mamá dice que vas a ganar algo, como papá cuando vamos a la feria.

El corazón me late más rápido al oírla. No puedo decepcionarla. Está tan emocionada… Me partiría el corazón.

—Claro que lo voy a intentar, cariño. Una gran copa de oro. ¿Qué te parece?

Suelta un aullido de alegría y luego deja caer el teléfono. Su voz se desvanece en el fondo al correr para ir a buscar a su padre y contárselo.

Elise lo recoge del suelo y, por una vez, me sorprenden las manchas de pintura de su cara en lugar del cansancio de sus ojos.

—Lo siento. Ha comido demasiado azúcar. Grant hoy la ha llevado a la feria del parque. Ha cenado una mezcla de dónuts y algodón de azúcar.

Niego con la cabeza porque quiero demasiado a la pequeña como para preocuparme por que me haya tirado al suelo.

—No pasa nada. Te veo muy bien, El.

—Ha sido un buen día. Los niños están contentos. Es agradable tener a Grant en casa. Mamá ha acunado a Jesse y ha sabido quién era, así que tengo el corazón lleno de alegría.

Recuerdo lo que me dijo cuando me sentó y me contó que el párkinson ya se consideraba avanzado, que deberíamos crear todos los recuerdos posibles con nuestra madre, atesorando los buenos días y alegrándonos de que siga aquí durante los malos. No me sorprende que esté contenta.

—Vaya, El. Siento no haber estado allí. —Noto una pesadez en el corazón por perderme todos estos buenos momentos. Debería aprovecharlos al máximo.

—Te enviaré todas las fotos, no te preocupes. Esta noche ha preguntado por ti. Aunque no estés cerca, sigues en su mente.

Ahogo un gran sollozo al oír sus palabras. Hoy los echo muchísimo de menos a todos.

—No hemos estado atentos a las clasificatorias, pero en las noticias he visto que has acabado octavo. Recuerda que mañana

será otro día y que los grandes premios siempre se te dan mejor que los entrenamientos.

No se equivoca. Para alguien que se niega activamente a ver la mayoría de mis carreras por miedo a verme estamparme, sabe mucho sobre mis estadísticas.

—Te queremos mucho, Ki. Solo me apetecía charlar un poco contigo antes de acostar a los niños. Ya deberían estar durmiendo.

Le agradezco que haya sacado tiempo; es probable que viera el resultado de hoy y supiera que ahora mismo los necesitaba.

Quiero muchísimo a mi hermana.

—Yo también os quiero a vosotros. Dales un beso de buenas noches de mi parte.

—Espero que no te olvides de mí —tercia Grant, su marido, con una sonrisa detrás de ella, con Jesse profundamente dormido en su cadera, mientras se dirige a las escaleras.

—Dale un beso al bebé grande también de mi parte. —Hago ruiditos de besos ante la cámara, luego se corta la llamada y me quedo solo en mi hotel otra vez.

Otra vez.

A la mañana siguiente, susurro un mantra en voz baja mientras me dirijo a los boxes y me visto.

«El ayer está olvidado, hoy es un nuevo día, está todo controlado».

Lo repito una y otra vez mentalmente para intentar llegar a un estado de concentración absoluta.

Ya no noto los músculos de la nuca tan tensos por la ansiedad y mi mente está centrada en el gran premio. Me quedé dormido imaginando entregarle la copa a Cassie. Esa es ahora mi motivación. Las victorias no son para mí: son para ella y para Jesse. Todo lo que hago es por ellos, no solo para darles trofeos, sino para darles una vida mejor. Una vida que yo no tuve.

Que nadie me malinterprete. Mi madre siempre se aseguró de que no nos faltara nada, pero los regalos que nos dio eran para llenar el vacío que dejaba la ausencia paterna. Nuestro padre no estaba

físicamente y muchas veces parecía que nuestra madre se ausentaba mentalmente. A Cassie y Jesse no les va a pasar. Sabrán en todo momento que los queremos y los valoramos.

«El ayer está olvidado, hoy es un nuevo día, está todo controlado».

Echo los hombros hacia atrás mientras me dirijo a los boxes de Hendersohm. El estruendo que me rodea me resulta tan familiar que ni siquiera me distrae. Hay gente en las gradas sosteniendo carteles con mi nombre. Está todo controlado.

No sé dónde está Harper James y no me importa. No es mi problema.

—El ayer está olvidado, hoy es un nuevo día, está todo controlado —susurro.

La multitud aplaude cuando saludo y siento el rugido que crece dentro de mí.

—El ayer está olvidado, hoy es un nuevo día, está todo controlado —repito.

Es una mala clasificación. No es un resultado definitivo hasta que bajen la bandera a cuadros. Basta de dramatismo.

Cuando me subo al monoplaza, estoy tranquilo y en control. Cole se asegura de que me encuentre cómodo y de que todo vaya bien.

«El ayer está olvidado, hoy es un nuevo día, está todo controlado».

Asiento con la cabeza cuando se aparta y el halo se instala a mi alrededor.

—Muy bien, Kian. Mantén la concentración. Lo tienes controlado. —La voz de Cole me ha estado resonando en los oídos durante años, y me tranquiliza saber que él tampoco ha perdido la fe en mí.

—Gracias, Cole. ¡Vamos a por ello!

Ayer estuve un poco nervioso, la verdad, pero siempre rindo mejor cuando conduzco junto a todos los demás pilotos en el circuito. Aunque eso incluya a Harper, a quien no puedo evitar ver que espera para salir cuarto.

Empezar octavo no es lo ideal; sin embargo, en cuanto empieza la carrera, siento que recupero la concentración que me ha traído hasta aquí.

Todo es positivo a mi alrededor: el halo está seguro, la dirección es más suave, el derrape en la pista es mucho mejor que ayer. No tardo en sentir la emoción de volver a pilotar.

Comienzo a remontar, primero me pongo séptimo y luego sexto. Me siento bien, me siento cómodo y empiezo a disfrutar. El trofeo será de Cassie, tal como le he prometido.

Tardo un par de vueltas, pero subo a la quinta posición, con Harper justo delante de mí. No ha conseguido avanzar nada, aunque ha mantenido su posición, así que por lo menos tengo que reconocérselo. Estoy decidido a adelantarlo. No puedo terminar detrás de un capullo que parece saber cómo sacarme de mis casillas.

Sin embargo, tiene unas técnicas impresionantes que me obligan a colocarme en posiciones desfavorables detrás de él, por lo que no puedo adelantarlo. En Hendersohm no tenemos una política de prioridad para el piloto número uno. Sé que algunos equipos siguen una estrategia y trabajan juntos como un dúo; en cambio, nosotros no hacemos las cosas así. Elijah y yo siempre hemos sido iguales en la pista, y nos ha funcionado.

Pero en la forma de pilotar de Harper hay algo que me pone de los nervios. Es como si me estuviera tentando con oportunidades y luego me las arrebatara en cuanto caigo en la trampa y me lanzo. Está jugando conmigo.

Aunque tengo años de experiencia. Conozco el circuito, conozco el coche y sé lo que hago.

—Cole, ¿a cuánto estamos? —le pregunto.

—A cero coma seis —me responde.

Tan pronto como veo la oportunidad, activo el DRS y consigo cierta ventaja, que me permite adelantarlo con la gracia y la elegancia de un bailarín de *ballet*.

Qué satisfacción más increíble.

Chúpate esa, imbécil arrogante. Observa y aprende cómo lo hacemos los profesionales.

Cuando subo a la tercera posición, Harper está justo detrás de mí.

Solo necesito ignorarlo y concentrarme en mi propia carrera, en mi propio tiempo, en mi propia rutina. Es un novato. Es bueno; aun así,

es un novato. Soy el vigente campeón y estoy defendiendo mi título. Una mala entrevista con la prensa no lo va a cambiar.

Estoy haciendo adelantamientos que me resultan tan naturales como respirar, hasta que casi llego a la cabeza de carrera, donde me corresponde. Es fácil sentirse satisfecho aquí, sobre todo cuando durante la última media vuelta solo he podido ver a una persona delante de mí. Sea quien sea, estoy lo bastante cerca como para ver que su monoplaza rebota casi descontrolado. Si no estuviéramos pilotando, pensaría que está escuchando a AC/DC.

—¿Me puedes confirmar que voy segundo, Cole? —pregunto a través del intercomunicador, por si acaso he estado tan concentrado que he pasado algo por alto.

—Segunda posición confirmada. Solo tienes delante a Yorris.

De modo que solo me queda adelantar a un Ferrari rebelde y, con lo mal que lo veo y lo bien que me siento yo, confío en que no será tan difícil.

El último tercio de la carrera, en cabeza, casi liderando el pelotón, es el paraíso que he estado construyendo durante la última década y media. Tengo la vista fija en la pista y, con Cole hablándome al oído, no hay nada que no podamos hacer. Somos imparables. Ni siquiera Yorris va a detenerme.

—Tres vueltas para el final, Ki. Se acerca la recta.

Tomo las curvas, prestando especial atención a la más estrecha, y, en cuanto llego a la recta, acelero a fondo, buscando el mejor sitio por donde dejar atrás a Yorris y cualquier problema que tenga.

—¡Vas primero! —Cole intenta no gritar, pero oigo un revuelo detrás de él en los boxes.

Estoy a tres vueltas de petarlo en la primera carrera de la temporada, con la mente despejada y el coche rindiendo al máximo, mientras cruzo la línea de meta por antepenúltima vez. Dos vueltas, solo dos vueltas para la victoria. Tan cerca y a la vez tan lejos, porque antes de que me dé cuenta un coche se me pega, y puedo sentir cómo otro coche lo presiona justo detrás.

—Dime quiénes van segundo y tercero, Cole.

Necesito saber a qué me enfrento ahora mismo para poder planificar cómo afrontar las últimas vueltas y mantener la primera

posición.

—Yorris va segundo y James, tercero —me informa Cole.

Durante un segundo casi pierdo la concentración. No puede ser.

—¿Me confirmas el tercer puesto otra vez, por favor?

Es imposible. Una cosa es que un novato haga una buena vuelta en la clasificación, y otra muy distinta que esté luchando por el podio en su primera carrera.

—Es Harper, tío. Está peleando codo a codo con Yorris. Podría ser uno de esos momentos que pasan a la historia.

«A tomar por el culo». Descarto cualquier pensamiento sobre quién está detrás de mí. Ahora mismo tengo que concentrarme en mi conducción. Me duele muchísimo la espalda de tanto empujar contra el asiento, como si así fuera a incrementar la velocidad. Sé que puedo ignorarlo durante dos vueltas más y mantener el ritmo sin salirme de la pista hecho un montón de metal.

—El ayer está olvidado, hoy es un nuevo día, está todo controlado.

Me anuncian la última vuelta por los auriculares. Ahora estoy apretando a tope. No es como en otras temporadas, cuando en las últimas vueltas me daba la impresión de que luchaba contra el coche, pero todavía siento la fuerza de gravedad al frenar antes de la curva para evitar chocar con el muro. Me duelen el cuello y la espalda, y a la vez es emocionante.

«Para esto vivo».

—¿A cuánto estamos? —pregunto al acercarme a la última curva de la vuelta.

—El segundo a dos coma ocho. El tercero, a uno coma cuatro del segundo.

Me tranquiliza bastante oírlo. No pinta mal la cosa.

Sigo adelante. Acelero a fondo en la última recta y vuelo sobre la línea de meta como si mi vida dependiera de ello. En mis oídos, los boxes estallan en un caos de estruendosa celebración. No veo la hora de salir del monoplaza y celebrarlo con mi equipo.

—Gracias, Cole —murmuro por el auricular, contentísimo de que uno de mis compañeros favoritos esté conmigo por quinto año consecutivo.

—De nada, superestrella. Anders está llorando. Primera carrera y tiene en el podio a los dos pilotos de Hendersohm.

De fondo oigo tantos gritos que tengo que comprobar si lo he oído bien.

—¿Harper ha aguantado la tercera posición?

—Pues sí. Todos estamos flipando, pero en plan bien.

Los boxes son un caos. Me duele la espalda tanto por las palmadas y los abrazos que me han dado como por las dos horas que he pasado soportando la fuerza de la gravedad en el monoplaza. Los corchos de champán vuelan por todas partes y el estallido solo hace que la gente coree el nombre de nuestro equipo cada vez con más fuerza. Me dan una botella de la marca Hendersohm y le doy un trago antes de dársela a Ash. Segundos después, tiene a Harper de rodillas frente a él y le vierte la espumosa bebida a chorros por la garganta.

El cámara de Netflix está por ahí, así que promete ser una grabación interesante.

No es mi problema, me repito enseguida.

Necesito concentrarme en lo que estoy haciendo; que Harper James se las apañe solito. Si Anders está encantado de darle una oportunidad, es decisión suya.

Sin embargo, la frustración amenaza con cargarse mi alegría. Harper James ha llegado aquí como si nada, ha ignorado todo el cuidadoso entrenamiento, la planificación y las claras instrucciones del jefe del equipo; aun así, ha subido al podio.

Hablando de podios, cuando Harper pasa junto a mí para subir en tercer lugar, me da un buen empujón con el hombro, lo bastante fuerte como para que tropiece ligeramente. A la vista de todos los aficionados, de la prensa, de todo el mundo.

Eso sí que es deportividad de novato. Es un mal perdedor.

Hace falta tener elegancia, dedicación y compromiso para ser un ganador. Todavía no lo domina y acaba de demostrar lo arrogante y gilipollas que es.

Cuando subo al podio y recibo la medalla del primer puesto, puedo sentir las oleadas de cabreo que desprende. Yorris, al otro lado, parece ajeno a la tensión.

Entonces, llega el momento de darnos la mano para las inevitables fotos de prensa; me dirijo primero a Yorris y nos felicitamos. No lo conozco demasiado, pero hemos compartido podio muchas veces y sabemos cómo funciona. Saludo, contacto visual y luego mirada a las cámaras para la foto. Pero, cuando me giro hacia Harper y voy a estrecharle la mano para repetir el gesto, finge no verme —o no entender el protocolo— y se desvía para estrechar la mano de Yorris y felicitarlo.

Me quedo con la mano extendida, haciendo el ridículo enfrente de miles de aficionados y medios de comunicación internacionales. Las cámaras disparan un sinfín de fotos, y sé que será una noticia que ocupará la primera página de la prensa deportiva.

Cuando de aleja de Yorris, Harper actúa como si yo no existiera y se da la vuelta para bajar del podio.

—Qué mal perdedor eres —le digo en voz baja.

Me fulmina con una mirada que podría matarme en el acto.

No puedo evitar reírme de su petulancia, aunque admito que es fácil ser la persona madura en esta situación, pues he sido yo el que ha ganado. Al girar la cabeza, veo que Anders nos observa y me siento reprendido.

Anders es como un padre para mí. Sin duda, ha sido más padre que el biológico. Ha impulsado mi carrera, y por la forma en la que me apoyó cuando a mi madre le diagnosticaron párkinson, además de por cómo sigue apoyándome, siempre estaré en deuda con él.

Ahora me siento mal por haberlo avergonzado de esta manera. Es muy importante la imagen que da el equipo en público. Es muy importante nuestra reputación. Es muy importante para los patrocinadores, los dueños de la escudería y las ganancias del equipo. No es tanto pedir que evitemos trasladar las hostilidades privadas. Tenemos aproximadamente treinta minutos de alboroto para disfrutar de las celebraciones, estrechar la mano de los VIP, los patrocinadores y los cazadores de autógrafos antes de que Anders me haga señas para que me acerque. Ya tiene a Harper pegado a él con un brazo alrededor de los hombros, una postura que parece jovial, aunque probablemente sea una atadura de hierro.

No me cabe ninguna duda de que esto no va a terminar bien. Cuando Anders nos tiene a los dos entre los brazos, en medio del ruido ensordecedor de las celebraciones del equipo, nos dice en voz baja para que solo Harper y yo podamos oírlo:

—Muy bien hecho, chicos. Un excelente inicio de temporada. Pero escuchad con atención lo que os voy a decir. Se acabaron las chorradas, las peleas internas y las tonterías. A partir de ahora, formaréis un frente unido. Es la última advertencia que os doy. Arreglad lo vuestro o fingid, me la pela, pero, como la prensa, los patrocinadores y los VIP no se lleven la impresión de que sois los mejores amigos del mundo, tendréis que buscaros otro equipo. ¿Queda claro?

Siento un nudo en el estómago. Tengo la garganta seca y no puedo tragar saliva. No puedo perder mi puesto en este equipo. No así. Me destrozaría.

Que me echen como a mi padre por algo tan tonto… Creo que jamás lo superaría.

—Claro. Pido disculpas por mi falta de profesionalidad. Sé que no me adapto bien a los cambios y me parece que no he manejado bien la situación. Pero eso no justifica mi comportamiento…

Hasta a mí me suenan desesperadas las palabras, y puede que lo sean. Puede que sea un tío de treinta y tres años que se enfrenta al final de su carrera y que se muere por no convertirse en la persona a la que más desprecia del planeta, pero me iré cuando y como lo decida yo. Me he pasado toda mi vida esforzándome para deshacerme de las comparaciones entre nosotros y no voy a ceder en el último momento.

Harper gira la cabeza tan rápido para mirarme que casi le da un latigazo cervical. Me observa como si no supiera muy bien qué pensar de esta versión de Kian Walker. Espero que no vaya a discutir conmigo sobre esto. Al fin y al cabo, es principalmente culpa suya.

—Creo que solamente necesitáis conoceros un poco mejor. No tenéis que adoraros, seguís siendo rivales, pero debéis controlaros. Este es un deporte de espectadores, todo el mundo os contempla. La forma en la que habláis del otro y entre vosotros en público es

importante. También es un deporte de equipo, así que comportaos como un puñetero equipo. ¿Entendido?

Asiento rápidamente; en cambio, Harper sigue guardando silencio.

—Vale —accede al final.

De nuevo me recuerda a un niño caprichoso. En ese sentido, tendré que ser yo el adulto.

Estoy tratando de pensar en una actividad que podamos hacer juntos, algo que tengamos en común y que podamos usar para resolver esta situación entre nosotros.

—¿Vamos al gimnasio? —le propongo.

—¿Eh? —responde Harper, sin entender mi idea.

—Podríamos empezar a entrenar juntos y subir algunos vídeos a las redes sociales. Será bueno para nuestra conducción, y así podremos conocernos un poco mejor.

Harper sigue comportándose como un adolescente cabreado al que regaña un profesor al que claramente no respeta. Lo único que puedo hacer es mantener la calma. Puede que él no entienda lo que está en juego, pero yo sí. Quizá tengo más que perder.

—Fue culpa mía. Debería haberte dado la bienvenida al equipo como es debido, tío.

A lo mejor no lo he recibido bien y he rozado la hostilidad. Él no sabe que compararme con mi padre me haría enfadar, pero tampoco me importa ser el más maduro de los dos. Harper siempre parece saber exactamente qué decir y hacer para provocarme. Justo cuando creo que lo tengo todo bajo control, hace un comentario que me saca de quicio.

Anders nos sonríe a los dos; está claro que mi sugerencia ha dado en el clavo, pero Harper sigue tomándose su tiempo para aceptar. Durante un segundo, casi creo que no lo hará, que prefiere desperdiciar la mayor oportunidad que ha tenido en su vida por su propio orgullo.

—Vale. —Es lo único que vuelve a contestar. Tendrá que bastar.

—Genial. Sabía que no me defraudaríais. Los patrocinadores están muy entusiasmados con vuestro dúo y con lo que lograréis esta temporada. No lo desaprovechemos.

Anders siempre se ha preocupado mucho por el equipo, sé mejor que nadie que el equipo es más importante que cualquier piloto individual. El automovilismo es una industria multimillonaria, y dirigir un equipo implica ser implacable a la hora de ganar dinero. Puede que Anders adore Hendersohm, pero no está en esto por diversión. Si no consigue controlar a sus pilotos, los dueños podrían despedirlo. Si nuestros desacuerdos desaniman a los patrocinadores y empiezan a buscar otras opciones… En fin, no hace falta decir que no puede ser un negocio que no dé beneficios. Por eso entiendo su necesidad de contentar a todo el mundo.

Harper se une de nuevo a la celebración, mientras yo me escabullo de vuelta al hotel. No tengo ánimos para sumarme a la fiesta. Lo único que necesito ahora es hablar con mi familia y dormir. ¿Cuándo empezó a ser tan agotador ganar?

Enciendo el móvil y me llega un aluvión de mensajes, principalmente de amigos y familiares de mi ciudad natal. Pero también hay varios de Elijah, que me felicita por mi primera victoria de la temporada.

Por desgracia, las payasadas de Harper en el podio se han vuelto virales. No me extraña que Anders estuviera tan cabreado. Algunos periodistas incluso afirman que la supuesta ruptura entre Harper y yo es culpa mía. Por lo visto, a pesar de mi carrera de hoy, mis mejores días ya pasaron y estoy estorbando a una nueva generación de pilotos superestrellas. La misma gente que me consideró el niño prodigio del campeonato durante más años de los que puedo recordar ahora me llama abuelo. ¿De dónde sacan esas tonterías? A ver, ¿acaso no me han visto hoy?

Casi me entran ganas de plantearme seriamente retirarme esta temporada. Darle a la prensa lo que quiere.

Sin embargo, no soy de los que se rinden. Y no voy a dejar que un novato arrogante me saque de mi juego.

Capítulo 6

Harper

Estoy delante del gimnasio, cuya puerta está entornada lo justo como para ver a Kian por el espejo. Con los hombros encorvados, espera junto a la máquina de *curl* de bíceps. Tiene una capa de sudor en la frente que anuncia que ha empezado sin mí, pero, como no deja de echar miradas al reloj, sé que piensa que a lo mejor aparezco.

Sé que me hace quedar como un niño quejica; aun así, no es culpa mía que él decidiera comportarse primero como un capullo. No me puedo creer que admirase a ese tío, que lo único que hace es mirarme con altivez. ¿Qué problema hay con querer pasarlo bien? ¿Qué problema hay con trabajar y disfrutar con la misma intensidad? No es culpa mía que él sea un pelmazo y que se comporte como una mujer de mediana edad. ¿Quién quiere hacer yoga y acostarse a las nueve cuando estamos en el mejor momento de nuestras vidas?

A pesar de todo, debería entrar. Una parte de mí quiere, aunque sea para comerme con los ojos a Kian y los pantaloncitos cortos que lleva.

Sin embargo, hay algo que me lo impide.

Si hubiera continuado con la terapia a la que me obligaron a asistir a los dieciocho años cuando salí del sistema de acogida, probablemente me habrían dicho que se debe a que no lidio bien con la ansiedad y con ceder el control a otras personas. Tendría mucho más sentido si alguna vez conocieras a mis padres. Aunque ahora mismo, en el pasillo del hotel, no necesito reflexionar sobre mi trauma emocional.

Estoy paralizado, observando cómo Kian camina hacia la pared, colocando una cuerda de saltar y un montón de pelotas con peso a sus pies. Luego se saca una pelota de tenis del bolsillo del pantalón corto y la hace rebotar rápidamente contra la pared, haciendo algunos ejercicios antes de su entrenamiento de fuerza.

Ojalá no admirara su absoluta dedicación al deporte. Sería más fácil odiarlo así. Hace esto todos los días, excepto los que hay carrera. Lo es todo para él. Está claro que ha dedicado toda su vida al automovilismo, y eso significa que el automovilismo tiene el poder de destrozarlo.

Yo también adoro este deporte y espero tener una larga carrera, pero no le daré ese poder a nada ni a nadie. Quiero disfrutar del presente. Y ahora no quiero darle a Kian la satisfacción de entrenar con él.

Decisión tomada, me piro. Huyo de algo que no quiero hacer. Otra vez.

De hecho, convenzo a Johannes para que cene conmigo en el restaurante del hotel. Nos hacemos un montón de selfis y los publico en mis historias. Inmediatamente las ven y las comparten cuentas de medios de comunicación y fans; juro que el mundo entero está observando cada uno de nuestros movimientos. Es emocionante sentir que a tanta gente le importa lo que hago.

Estamos pagando la cuenta cuando veo a Kian salir del gimnasio y subir en el ascensor del vestíbulo del hotel. Durante un segundo, se le ve muy abatido, moviendo los ojos entre los platos y vasos vacíos sobre nuestra mesa y observando cómo Johannes se ríe de algo que su compañero de equipo, Nils, hizo en el vuelo hasta aquí.

De pronto, me pilla mirándolo y enseguida pone la cara de enfado que reserva para mí.

Soy un cabrón, y lo sé.

Lo está intentando. De verdad que lo intenta, y yo estoy siendo un capullo. Lo peor es que lo sé; aun así, me cuesta aceptar la maldita rama de olivo que me ofrece.

—¿Hola? Tierra llamando a Harper. —Johannes chasquea los dedos delante de mi cara, y veo cómo Kian camina con aire derrotado hacia los ascensores.

—Perdona, perdona. Creo que estoy cansado. Un momento, necesito hacer una cosa.

Salgo del reservado y cruzo el vestíbulo del hotel a grandes zancadas hacia el ascensor que espera Kian. Las puertas empiezan a

abrirse cuando estoy a solo cinco segundos, entonces acelero el paso para llegar justo a tiempo y mantenerlas abiertas.

—¿Estás de coña? —me gruñe.

Ahora mismo huele a vestuario de gimnasio y odio que sea tan atractivo. Quiero acercarme a él, estar cerca y respirar hondo, inhalar su aroma amaderado y masculino. Recuerdo cómo estaba en el gimnasio con la camiseta de tirantes y pantalones cortos; entonces tengo que sacudir la cabeza para borrar la imagen.

Se empieza a formar una cola detrás de nosotros, así que nos apartamos para dejar pasar a la gente al ascensor.

—Eres gilipollas —dice entre dientes mientras el vestíbulo se vacía a nuestro alrededor y el ascensor se marcha—. ¿Por qué me has dejado plantado?

No vuelve a llamar a otro ascensor; está claro que vamos a hablar de eso aquí y ahora.

Suspiro.

—A ver, técnicamente no te he dejado plantado. Me mandaste una hora y un lugar. No te dije que fuera a ir. —Es una tontería, porque le respondí al mensaje con un pulgar hacia arriba. Tenía toda la intención de ir, y he ido… más o menos. Es decir, he ido. Pero no he entrado.

—Por favor, explícame el significado del emoji del pulgar hacia arriba, anda.

—Era para avisarte de que había visto el mensaje, no para decirte que iría. No me apetecía, así que he decidido ir a cenar.

Kian mira por encima de mi hombro en la dirección por la que he llegado y ve a Johannes en la mesa donde lo he dejado.

—Ya veo. No se te ocurra perder la oportunidad de actualizar tus redes sociales y juntarte con la competencia. Está claro que emborracharse y posar para las fotos es más importante que el equipo en el que estás. ¿No te ha entrado en la cabeza nada de lo que nos ha dicho Anders?

—Mi mejor amigo. —Cuando Kian me mira con una ceja levantada, inclinando ligeramente la cabeza, le aclaro—: Es mi mejor amigo. Y no nos estábamos emborrachando. Estábamos cenando. Si no me crees, ve a oler mi vaso. Me he pasado toda la noche con agua con

gas y limón. —No le digo que ha sido idea de Johannes, no mía, y que me habría tomado un vodka con soda si no me hubiera prohibido beber alcohol.

—Es nuestro rival. Uno de los principales, si nos guiamos por las predicciones. No lo entiendo. ¿No te importa tu carrera o qué? ¿Todo esto te parece una broma? Elijah está sentado en casa soñando con estar aquí, y su puesto se está desperdiciando contigo.

Estoy harto de sus constantes juicios y críticas. Está hablando de mi mejor amigo del mundo. La única persona que ha estado a mi lado a las duras y a las maduras, y no hay nada que pueda sustituir a Johannes. Ni un equipo ni este deporte.

—Tú también eres uno de mis mayores rivales —replico—. Aun así, has intentado quedar conmigo en el gimnasio, en la piscina o en esas aburridas sesiones de prensa. ¿En qué quedamos? ¿Deberíamos socializar o no?

Se gira y da un paso hacia mí.

—No es lo mismo y lo sabes. ¡Estamos en el mismo equipo, coño! ¿O es que no entiendes el concepto de equipo? ¿No hay nada dentro de esa cabecita tuya o qué? Se supone que debemos ayudarnos mutuamente a mejorar por el bien del Campeonato Mundial de Constructores y de Hendersohm como equipo.

Sé que tiene razón, pero se está comportando como un idiota. Creo que la única forma de ser que conoce es la de condescendiente. En las categorías inferiores, siempre me esforcé por ser como mínimo amable con mi compañero de equipo. Quizá demasiado amable, teniendo en cuenta que le metía la polla a Johannes cuando pilotábamos para el mismo equipo.

Así que me pongo de nuevo a la defensiva.

—Johannes y yo hemos estado presentes en la vida del otro desde nuestros inicios con los karts. Me niego a renunciar a eso solo porque compitamos el uno contra el otro. ¿Dejarías de socializar con Elijah si el año que viene estuvierais en equipos diferentes?

Me responde un silencio antes de que suspire. Un punto para mí.

—Vale, haz lo que quieras. Lo he intentado. Que no te sorprenda cuando Anders te vuelva a dejar en el banquillo porque no demuestras ningún compromiso.

—A lo mejor te dejan a ti, viejo, ahora que tienen sangre nueva en el equipo.

Los ojos de Kian se oscurecen durante unos segundos y no puedo evitar que me haga gracia. Si las miradas mataran, ahora estaría enterrado bajo el circuito de Albert Park.

—No te confíes demasiado, novato. Un par de buenas carreras no significan nada cuando aún quedan veinte. Puede que hayas hecho alguna maniobra arriesgada, pero no me ha costado demasiado adelantarte. Cuando todos los demás también vean que eres un hazmerreír, no volverás a subir al podio.

Está tan seguro de que sabe cómo soy que casi me mina la confianza. Sin embargo, son solo palabras, y ya tengo un tercer puesto en mi haber.

No soy tan ingenuo como para pensar que soy el mejor del mundo… Todavía no. Pero me he ganado esta oportunidad, aunque haya sido a costa de la pierna rota de Elijah. Quizá haber terminado en el podio en mi primera carrera se me ha subido a la cabeza, pero no puedo olvidar que soy el segundo mejor piloto, ya que Kian está compartiendo conmigo toda su sabiduría y experiencia.

Aún queda mucho camino por recorrer, no se equivoca. No voy a confiarme pensando que podría llevarme el título a casa después de quedar tercero un par de veces.

Kian parece satisfecho al pulsar el botón del ascensor y se apoya contra la pared, como si me hubiera dejado sin palabras. No lo ha hecho. Jamás podría. Voy a estar aquí todo el tiempo que me necesiten, compitiendo contra el puñetero Kian Walker hasta que haya demostrado mi valía.

Tal vez Elijah vuelva dentro de tres meses, con la pierna ya curada, y ocupe mi puesto. O tal vez en Hendersohm se den cuenta de que Kian ya lleva suficiente tiempo aquí y necesitan sangre nueva. Para mí, todo está por decidirse.

—Bueno, pues disfruta de la noche. Iré al gimnasio a las siete de la mañana. Te apuntarás si sabes lo que te conviene, pero casi puedo garantizarte que es probable que no lo hagas.

El ascensor suena a sus espaldas con una sincronización perfecta, y él entra con paso tranquilo. Pulsa el botón y las puertas se cierran,

dejándolo con la última palabra.

Mierda. Me quedo plantado como un idiota mientras observo cómo el número sube y sube, y creo que no podría haber ido peor. Johannes aparece detrás de mí.

—No te voy a mentir, me ha gustado mucho ver cómo Kian te cantaba las cuarenta. Ahora me cae aún mejor.

—Piérdete —digo—. ¿Podemos ir a por un postre? Sé que no deberíamos, pero ahora mismo necesito algo dulce.

En el menú he visto una foto de la porción más grande de pastel de chocolate y no hay nada que me apetezca más, salvo quizá emborracharme. Gracias a Dios que este hotel tiene un restaurante de lujo aquí mismo, en el vestíbulo.

—¿Quieres ahogar las penas en comida, Harp? Debes de estar destrozado porque tu ídolo no te aguanta ninguna tontería.

—No me obligues a decirte que te pierdas otra vez.

—¿No me digas que te has desenamorado de él? Hace tiempo, te gustaba…

Me apresuro a taparle la boca con las dos manos hasta que se rinde y me lame la palma para que lo deje ir.

—Me gustaba, en pasado.

Tras poner fin a la conversación, volvemos al restaurante. Hago señas a una camarera y pido un gran trozo de pastel de chocolate para compartir. Ya lo pagaré mañana. Aunque no en el gimnasio a las siete con Kian.

—Te odio —dice Johannes cuando nos traen rápidamente la tarta junto con dos tenedores—. No tanto como te odia Kian, pero bueno.

—¿Es demasiado tarde para ver si otro equipo me quiere? ¿Crees que a Nils le gustaría cambiar?

—Te quiero, pero que volvamos a estar en el mismo equipo sería una pesadilla.

Seguramente mataría por volver a estar en el mismo equipo con él, como estuvimos hace tiempo, pero puede que tenga razón. Nos meteríamos en demasiados líos, y el equipo no podría con nosotros.

—Sí, ahora soy demasiado bueno para ti. Te haría quedar mal.

—Lo que tú digas, James, lo que tú digas. ¿Qué tal si mañana vas a lamerle el culo a tu amaaante y arregláis las cosas?

Aunque no puedo negar que lamerle el culo a Kian Walker suena de lo más excitante, no creo que pudiera conseguir que se quitara el palo tieso que se ha metido el tiempo suficiente como para introducirle la lengua.

—Paso. Dame el tenedor, anda. Lo necesito.

Johannes me lo da, pero el pastel no soluciona el hecho de que sé que mañana tendré que rendirme ante Kian y entrenar con él en el gimnasio.

Capítulo 7

Kian

Desde Baréin, Harper y yo nos hemos llevado bastante bien. Si es que se puede llamar llevarse bien a entrenar juntos y sentarse uno frente al otro en el avión sin discutir. Ni siquiera el maldito *jet lag* nos ha hecho chocar. Todavía. Sobre todo porque el *jet lag* en Australia parece ser peor que en cualquier otro país. Me cae como un jarro de agua fría cada año. Aunque no parece afectar a la brillante personalidad de Harper, que sigue funcionando a toda velocidad. Además, se ha portado bien. Incluso lo he oído rechazar la invitación para salir esta noche cuando Johannes se lo ha propuesto justo delante de mí.

El reloj de la mesilla parpadea y marca las cinco de la mañana. No sé cuánto tiempo llevo dormido ni si he dormido algo.

Por desgracia, las cortinas no protegen mis ojos irritados de la luz del sol cegadora, así que no hay manera de que vuelva a dormirme, por más que lo intente.

En el Reino Unido es de noche. Podría llamar a Elise para ver cómo está, pero hablé con ella hace solo ocho horas, cuando no podía quedarme dormido. Al final, decido encender el portátil para ver qué ofrece Netflix en Australia. Un programa de cocina me llama la atención, y me acurruco delante del ordenador con la esperanza de tener una mañana tranquila.

Harper y yo no hemos hecho planes de ir al gimnasio hasta las nueve de la mañana porque insiste en que mis entrenamientos a las siete son demasiado temprano para él. Es un pequeño compromiso para que Anders no nos incordie. Más vale que aproveche que ya estoy despierto, pero sin tener nada que hacer.

Voy por la mitad del primer episodio cuando el teléfono empieza a sonarme. Para mi sorpresa, es Harper. Antes de las siete de la mañana, nada menos.

—¿Diga? —respondo con cautela. ¿Qué querrá a estas horas de la mañana? O, pensándolo bien, a cualquier hora.

—¿Puedes venir a mi habitación? —Habla con voz baja y ronca.

Casi me da miedo preguntar por qué.

Una cosa es ser educado e intentar aprender a ser compañero de equipo. Otra muy distinta, pedir favores antes de que amanezca.

¿Acaso hay alguien en su habitación que no debería oír esta llamada? ¿En qué lío se ha metido esta vez? Otro desastre al que quiere arrastrarme y luego espera que yo lo solucione. Sea lo que sea, no quiero tener nada que ver.

—Hola, Kian, ¿cómo estás? Gracias por preguntar, Harper, estaba genial hasta que me has llamado. ¿No te han enseñado modales? —Suspiro exasperado—. No, no puedo ir a tu habitación. Son las cinco de la mañana.

—Kian. —Uf, no. Ese tono de súplica es nuevo, y a mí me pueden las causas perdidas—. Es que…

La línea se queda en silencio durante un par de segundos, luego oigo el ruido espantoso de alguien vomitando y, lo que es peor, el vómito chapotear en una superficie de agua.

—¿Te encuentras bien? —Qué pregunta más tonta. Está claro que tiene la cabeza metida en el váter. Mi destello de compasión se esfuma en un abrir y cerrar de ojos—. ¿En serio me llamas porque estás de resaca? ¿Qué crees que puedo hacer por ti?

—Mmm… No estoy de resaca. —Empieza a toser, y debo apartarme el móvil del oído cuando vuelve a vomitar en el váter.

—Vale, vale. Los enfermos nunca mienten.

—Que no estoy de resaca, joder. —Suena cabreado—. Me he pasado la noche en vela. Llevo con el estómago revuelto desde que me metí en la cama.

Oigo un lastimero temblor en su voz. Supongo que, si estuviera de resaca, no tendría motivos para llamarme a mí. Por las juergas que se pega, tiene que estar roto, así que, si hay alguien capaz de soportar una resaca, ese es él. Si se parece tanto a mi padre como creo, es probable que sea su especialidad.

Aunque anoche lo vi con mis propios ojos rechazar una noche de fiesta en la ciudad con algunos de los demás pilotos y preferir ir a

cenar algo rápido con Johannes.

—Sigo sin saber el motivo por el cual me has llamado a mí —insisto.

—Por favor, ayúdame.

¿Por qué soy tan débil? Odio estar a punto de ceder.

—¿No hay nadie más a quien puedas llamar? ¿A Johannes, por ejemplo, o al médico del equipo, si tan mal estás?

—No puedo. Es muy temprano, y tú siempre estás despierto.

Ah, o sea que soy la opción más conveniente. Estupendo.

—¿Qué pretendes que haga yo?

—Me he bebido todas las botellas de agua y *ginger ale* de la mininevera. ¿Te queda alguna a ti en la tuya? ¿Podrías traerme algo que beber a sorbos mientras siga en el suelo del baño? ¿Y a lo mejor un poco de hielo? Porfa. —Suena patético y desesperado.

Tengo que contener las ganas de ceder al instante a sus peticiones. Sin embargo, de pronto caigo en la cuenta de que es la primera vez que me habla con cierta amabilidad.

—Vale. —Cuelgo el teléfono, salto de la cama y me pongo unos pantalones de chándal y una camiseta limpia.

En nuestras minineveras hay un montón de botellas de agua y de bebida isotónica, así que cojo un par de cada y cruzo el pasillo hasta su habitación. Al llamar a la puerta, me dice que ha quitado el pestillo. Bajo la manecilla y entro.

«¡Por Dios!». Aquí huele a muerto.

En el aire flota el hedor espeso a enfermedad, y enseguida dejo las botellas en su cama, me tapo la boca y la nariz con el bajo de la camiseta e intento no tener arcadas al correr a abrir las ventanas. Cuando ya están abiertas, doy gracias por el aire fresco que entra en la habitación. Por suerte, ha dejado de vomitar en el cuarto de baño, aunque cuando abro la puerta me encuentro con una escena de lo más lamentable.

Está pálido como un fantasma, con los ojos inyectados en sangre y la cara roja. Está acurrucado alrededor de la base de la taza de váter, con la mejilla arrimada a los fríos azulejos del suelo.

—Qué mala cara tienes.

Me mira con el ceño fruncido y ve que llevo las manos vacías, entonces me doy cuenta de que he dejado las botellas encima de su cama.

—Gracias por verbalizar lo obvio —musita, con la garganta completamente seca.

Lo señalo con un dedo para indicarle que espere donde está, aunque es evidente que no se moverá. Voy a por las bebidas y vuelvo.

—Bebe esto —le digo, arrodillado a su lado, y le tiendo la botella de agua—, y luego un poco de esto. —Le acerco la bebida isotónica —. Después de tanto vomitar, te habrás deshidratado, así que más vale que también te metas en el cuerpo algún electrolito.

Desenrosca el tapón a toda prisa y empieza a beber. Casi me entran ganas de quitarle la botella de las manos, porque a este ritmo no hará más que volver a tener arcadas. Me limito a sujetarle la mano y a acercarle la botella.

—A sorbos —le ordeno—; de lo contrario te pondrás malo otra vez.

Me fulmina con la mirada como si se cuestionara por qué diablos debería hacerme caso. Le empieza a rugir el estómago, y al final obedece y se conforma con beber a sorbos. Es él quien me ha llamado a mí en lugar de a cualquier otra persona del planeta; yo sigo sin tener ni idea del porqué.

Después de haber cumplido con mi misión, sopeso la posibilidad de irme. En realidad, debería… Pero es que parece un muerto; además, tiene los ojos cerrados por el dolor. Por primera vez desde que comenzamos a trabajar juntos, lo veo vulnerable y solo. Puede que mi hermana sea la enfermera de la familia, pero no está aquí, y no puedo dejarlo en este estado. Por irritante y exasperante que sea. Tiene una capa de sudor en la frente y, cuando me inclino para ver si le ha subido la temperatura, enseguida noto que está ardiendo.

—Creo que tienes fiebre. ¿Qué te parece si te voy a buscar ropa limpia para que puedas cambiarte y volver a la cama?

Gruñe, aunque termina asintiendo con la cabeza.

Es un poco raro hurgar en las bolsas de viaje de Harper, que están llenas hasta los topes, pero encuentro lo que busco en forma de una camiseta holgada y un bóxer, que me parece de una talla demasiado grande. Aunque tampoco es que sepa si está muy dotado o no. Enseguida expulso ese pensamiento de mi cabeza.

Regreso al cuarto de baño y veo que sigue donde lo he dejado, con la barriga pegada al suelo.

—¿Crees que puedes levantarte? —le pregunto desde la puerta.

Él niega con la cabeza antes de beber un par de sorbos de agua.

La madre que lo parió, me va a obligar a ayudarlo.

Me agacho a su lado y señalo la camiseta empapada en sudor que se le pega al torso.

—¿Te parece bien que te la quite?

Asiente, pero, en cuanto toco con los dedos el dobladillo de su camiseta, suelta una temblorosa exhalación. No hace falta que me diga lo raro que es esto. Voy rápido, aunque se la quito con cuidado. Tiene una capa de sudor en el pecho y en la barriga.

—Un segundo. —Me detengo, cojo una toallita de las que da el hotel y la empapo en agua fría antes de pasársela por el cuerpo.

A continuación, es el turno de los pantalones, que por suerte, como está tumbado en el suelo de baldosas, puedo quitárselos en un santiamén. No me sorprende que no lleve nada debajo; parece el típico tío al que le gusta ir sin ropa interior. Ponerle un bóxer limpio resulta mucho más complicado que quitarle el pantalón; incluso conseguimos llevarlo a cabo sin que el mundo llegue a su fin por lo incómoda que es la situación.

Le doy otro segundo para disfrutar de la frialdad de la toallita sobre el torso antes de secarlo con la toalla de manos y ponerle la limpia y gigantesca camiseta por la cabeza.

Me observa en todo momento, con los ojos entrecerrados. Describiría su expresión como de asombro si no estuviera a punto de caer inconsciente.

—Venga, vamos a la cama.

Le paso los brazos por debajo del hombro para levantarlo del suelo y le rodeo la cintura para que se apoye en mí cuando

caminamos hacia la habitación. Acto seguido, lo dejo encima de la cama.

Está aletargado y parece cansadísimo al arrastrarse por la cama. ¿Por qué verlo así me da ganas de hacer cosas buenas por él?

Al final acabo retirando la colcha que cubre la cama y cojo una sábana extra del armario para taparlo.

—No querrás sobrecalentarte, así que ponte cómodo debajo de la sábana y, cuando se te baje la fiebre, vuelves a taparte con la manta. Supongo que debería llamar al médico del equipo y preguntarle su opinión por si es algo más que una intoxicación alimentaria y hayas cogido una infección o algo.

—¡No! —se apresura a interrumpirme con un grito—. No avises al equipo. Se pensarán que estoy de resaca, y ahora mismo no necesito un rapapolvo.

—Vale, vale. —Levanto las manos, a la defensiva, aunque entiendo lo que dice. Últimamente, los jefes ya nos han reprendido suficientes veces—. Es que no quiero que empeores y no sé qué hacer. —De repente, una idea me asalta—. Mi hermana es enfermera. ¿Te parece que la llame si no mejoras en las próximas doce horas? Una intoxicación alimentaria, si es que es lo que tienes, puede ser muy fea, o a lo mejor es otra cosa y necesitas que te vea algún médico.

—Vale. Pero tu hermana no trabaja para el equipo ni nada, ¿no?

A estas alturas, a Harper le cuesta tener los ojos abiertos, pero, cuando parece que se ha recuperado un poco, se ve obligado a levantar una mano y apartarse los rizos apelmazados y sudados de la frente.

Algo extraño se ha apoderado de mí, ya que al cabo de unos segundos estoy en su cuarto de baño para humedecer otra toalla con agua fría, que escurro y doblo hasta que tiene el tamaño perfecto de la frente de Harper. Hoy soy la puta personificación de la enfermera Florence Nightingale.

—¿Me dejas que te ponga esto en la cabeza? —Muevo la toalla delante de él, y asiente, así que le aparto los rizos de la frente y los sustituyo por la tela calmante.

El ruido que le sale de los labios al notar la frialdad en la frente debería ser ilegal, y yo no debería sentir un hormigueo en la

entrepierna.

El tío está enfermo, Kian. Venga, hombre.

—Gracias —murmura cuando por fin se relaja sobre la almohada.

No sé cuánto tiempo llevo junto a su cama, pero sin duda habrán pasado un par de horas. Entre cotillear en las redes sociales y enviar algunos correos, he comprobado su temperatura cada media hora más o menos, y ya lo he hecho tres veces. Sigue ardiendo, pero no tanto como al principio.

También lleva un rato sin moverse. Durante la primera hora aproximadamente, se ha contorsionado bajo la sábana, con los brazos alrededor de la barriga, y me ha parecido que iba a despertarse y a vomitar de nuevo. Al final, sin embargo, se ha calmado.

Miro el reloj de mi móvil con horas de todo el mundo. Es probable que ya sea una hora decente para llamar a Elise y confirmar que estoy haciendo todo lo que debería, así que me meto en el cuarto de baño y pulso su nombre en la pantalla.

—Buenos días —me saluda animada.

Me alegra oírla así, si soy sincero. Las últimas veces que hemos hablado, estaba decaída, aunque sé que no admitirá abiertamente que la situación está siendo muy dura.

—Buenos días —murmuro, y enseguida se echa a reír—. ¿Qué pasa?

—Pensé que nunca llegaría este día. Con lo pronto que es, ¿en la habitación de quién estás que te ves obligado a susurrarle a tu hermana mayor?

Ah, estupendo. No sé quién se cree que soy, pero no pensará en ningún momento que estoy escondiéndome en el cuarto de baño de una cita, ¿verdad?

—Por Dios, El. Quítate esas ideas de la cabeza. Solo necesito consejo médico. Sobre una intoxicación alimentaria.

—¿No te encuentras bien?

—No, no es para mí.

—¿Para quién, entonces? Tengo que saber de quién se trata para decirte cómo arreglarlo.

Pongo los ojos en blanco porque tampoco es que le esté pidiendo que diagnostique una enfermedad dramática. Solo quiero saber si he hecho todo lo que hacía falta.

—Elise…

—Kian, dale el gusto a tu hermana mayor, venga. Nunca me cuentas historias divertidas.

Sí, porque cuidar a un novato que vomita ha sido divertidísimo, vamos.

—Parece que Harper se comió un burrito en mal estado y se ha pasado media noche vomitando. Tenía fiebre, pero ya ha empezado a bajarle. Lo he hidratado antes de que se fuera a dormir y he intentado que no pasara calor. Quiero saber si puedo hacer algo más.

—Vaaaaya, no me puedo creer que ahora estés cuidando de Harper James. Te juro que no has dejado de repetir por activa y por pasiva lo tocapelotas que es.

—Estaba enfermo, El. ¿Qué querías que hiciera? ¿Abandonarlo? —Mi respuesta la hace callar porque no existe un mundo en el que mi hermana fuera a decirme que abandone a alguien a su suerte si esa persona no se encuentra bien—. ¿Puedo hacer algo más por él?

—Asegúrate de que, cuando se despierte, se toma el analgésico que quiera. Es probable que tenga la garganta irritada por haber vomitado y que le duela muchísimo la cabeza por la deshidratación, aunque le hayas dado agua. También debería comer algo, poco y a menudo es lo mejor: tendrá el estómago vacío.

No era mi intención marcharme enseguida, aunque tampoco tenía pensado quedarme hasta que se despierte. Sin embargo, ahora no me queda otra. Elise se decepcionaría si lo dejo solo en un momento de necesidad.

—Vale. Haré todo eso. Llamaré al servicio de habitaciones o algo cuando se despierte. —Si les pido que dejen la comida en la puerta, no tienen por qué enterarse de que estoy aquí. Puedo hacerme pasar por Harper al teléfono.

—Eres buena persona, Kian, por cuidar de él cuando contigo se ha portado como un capullo.

Hablando de cuidar a la gente…

—¿Qué tal por casa? —le pregunto como todos los días, pero sigue sin parecerme suficiente.

—Todo bien. Los niños están en la cama y Grant se pasará otro día aquí porque han cancelado una conferencia que tenía que dar. Mamá se ha pasado todo el día en la silla. Le he dado el desayuno allí y todo. Ha recordado lo mucho que le gustan los cereales, así que Grant ha ido a comprar varias cajas. —Elise suena contenta, eufórica incluso, porque nuestra madre haya tenido un buen día.

Me alegro muchísimo de oírlo.

Aun así, me escuecen los ojos y tengo que controlar la respiración. Expulso todo el aire para no echarme a llorar por unos momentos que puede que no vuelva a presenciar nunca. Y por la culpa. La culpa porque El lo esté haciendo todo…

—Qué bien, Els —murmuro, con la garganta seca al contener una nueva oleada de lágrimas—. Dales a todos un besazo de mi parte, sobre todo a mamá. Dile lo mucho que la quiero.

—Se lo digo cada día, Ki. Ya lo sabe.

No estoy seguro de que mi madre lo sepa. Ni Elise ni yo tenemos la certeza. Puede que nunca vuelva a saber que su hijo la quiere muchísimo… o que tiene un hijo siquiera. ¡Joder! No puedo llorar en la habitación de Harper. Como se despierte ahora, no dejará que lo olvide jamás, y a saber a quién se lo contará. Seguro que a Johannes.

Después de despedirme de mi hermana, me dispongo a ocuparme del desastre en el que ha convertido su habitación. No hay nada como ordenar y organizar para sentir que tengo el control de la situación.

El hotel nos proporciona una bolsa de ropa sucia en cada habitación y, si bien yo procuro aprovecharlo al máximo cuando estoy de viaje, parece que Harper no. Hay montoncitos de ropa sucia por todo el suelo, además de la ropa que manchó de vómito, que he dejado en el cuarto de baño. Lo meto todo en la bolsa, relleno el formulario para que la laven en el servicio exprés de veinticuatro horas y la dejo al otro lado de la puerta para que la puedan recoger.

Es otra cosa que Harper no me agradecerá, pero no hay nada peor que estar enfermo y encontrarse en una habitación desordenada. O tener que ponerse ropa sucia.

Una siestecita no nos hará daño a ninguno de los dos. Nos acercamos ya a la media mañana y las cortinas no consiguen impedir que entre la luz del sol. Cierro las ventanas y pongo el aire acondicionado; el olor por fin ha desaparecido, y el calor pronto será insoportable. Fijo las cortinas en los extremos con los zapatos de Harper para que no se muevan. La oscuridad es un alivio, pronto el aire acondicionado empieza a reducir el calor que se estaba acumulando en el cuarto.

No estoy preparado para acabar con dolor de espalda por dormir en una de las butacas. Soy demasiado mayor y mi cuerpo es demasiado importante para mi carrera. Me digo que, si me quedo en el lado derecho de la cama, no será tan raro. Me quito la camiseta y me meto en la cama, encima de la sábana que le he dado, obviamente, y recuesto la cabeza en la almohada.

Me alivia cerrar por fin los ojos. El *jet lag* me ha dejado el cerebro un tanto grogui. Un par de horas de sueño harán que vuelva a ser yo mismo; este día ya ha sido una experiencia de otro mundo. Pongo una alarma porque esta tarde he quedado con el equipo de comunicación para grabar unos cuantos vídeos para la cuenta de TikTok de Hendersohm.

Y me permito dormir.

En la cama de Harper.

Puede que sea una estupidez, pero ya es demasiado tarde porque el mundo se vuelve negro.

Capítulo 8

Harper

No sé qué hora es, en qué día estamos ni dónde estoy siquiera.

Me ruge el estómago y me palpita la cabeza. La habitación está a oscuras, pero me da la sensación de que hay la misma negrura que la última vez que me he despertado, así que soy incapaz de precisar cuánto tiempo ha pasado.

Mierda, no recuerdo haberme sentido nunca así de mal. Abro un ojo y la habitación da unas cuantas vueltas. Es entonces cuando me doy cuenta de que la cortina está pegada contra la ventana para crear un efecto de sombra total. Eso de ahí… ¿son mis zapatos?

¿Cuándo los he puesto ahí? ¿Y cómo? ¿Acaso estoy teniendo pérdidas de memoria? ¿Es normal después de una intoxicación alimentaria?

Intento rodar por la cama, aunque termino estampándome contra otro cuerpo caliente.

Hostia puta.

¿Qué está pasando? ¿Estoy soñando? Jamás dejo que un ligue se quede a dormir. Cómo odio esta situación. Odio no poder pensar, y cuando vuelvo a moverme me duele una barbaridad la espalda.

Oigo suaves ronquidos de mi compañero de cama. En cuanto intento salir de debajo de la sábana, golpeo con el pie una tela fría y húmeda. ¿Qué ha pasado en mi cuarto?

Me detengo unos instantes mientras la habitación deja de dar vueltas y procuro pensar.

Salí a cenar. Con Johannes y con unos cuantos tíos de los boxes. ¿Quizá con Cole y con Ash? Con uno de los asistentes más jóvenes. Volvimos después de cenar para mantener la promesa que le hice a Kian de que no iría a tomar algo para conseguir estar en planta a las nueve para entrenar. Comimos en un restaurante mexicano, creo. Los vívidos colores de un local parecido a un antro de mala muerte regresan a mi cerebro.

Aunque yo no bebí, Johannes sí. Se fue de copas él solo después de haberse bebido varios margaritas ya en el restaurante mexicano y de haber apurado un par de chupitos en la barra cuando intenté convencerlo para regresar al hotel. Recuerdo estar preocupado. Lo vi algo alterado. No sé si le pregunté qué le pasaba; así que tomo nota mental hasta que pueda analizar mi situación actual.

El estómago me ruge y la sequedad de garganta, sumada al mal sabor de boca que tengo, empieza a tener sentido. Me puse malo.

Aquí.

Me acuerdo de la frialdad de las baldosas del baño sobre mi piel cuando vomité. Aun así, eso no da explicación a mi compañero de cama, que no deja de roncar.

El tío semidesnudo elige este momento para darse la vuelta, dormido como un tronco, y… Vaya, vaya, vaya. No estoy en mi mejor momento, está claro, pero es difícil sentirse como el culo cuando tienes a Kian Walker en tu propia cama.

Todo comienza a despejarse. Regresé al hotel y me puse tan malo que no podía moverme del suelo del baño. Notaba el cuerpo muy pesado, y, cada vez que intentaba levantarme, me daba un vuelco el estómago y volvía a vomitar.

Ay, madre… Fue ahí cuando llamé a Kian. ¡Precisamente a él! ¿Por qué? Cojo el móvil y me sorprende ver que también le mandé un mensaje a Johannes. Por lo visto, lo llamé un par de veces, pero no me lo cogió. Es raro, sobre todo porque nos alojamos en el mismo hotel, aunque no me parece que se encontrara mal cuando fue a emborracharse después de salir del restaurante. Es probable que se desmayara por ahí y que por eso no pudiera responder al teléfono.

Así que Kian vino a cuidar de mí, ¿eh? Cierro los ojos y recuerdo su gran mano en la espalda cuando me llevó del cuarto de baño a la cama. Pues sí, me acuerdo sin problemas de la toalla fría que me puso en la frente y la sensación de que se preocupaba por mí.

Debería darme vergüenza que me viera en un estado tan lamentable, y es probable que luego sienta esa vergüenza, pero ahora mismo siento… gratitud. En mi vida no ha habido muchos momentos en los que sentirme así. Johannes me ha acompañado durante las resacas y durante el extraño caso de gripe que cogí

cuando empecé a viajar por todo el mundo por primera vez; sin embargo, él se comporta de forma despreocupada y tranquila, mientras que ahora… No sé, es agradable. Aunque también me extraña que viniera Kian. Intento, sin conseguirlo, relacionar al capullo tieso que sé que es con el tío amable y preocupado que me metió en la cama con un cuidado inesperado. No hace falta decir que ahora mismo este escenario me tiene de lo más confundido.

Imagino contarle al Harper de catorce años que algún día estaría semidesnudo y compartiendo cama con su amor platónico. Pegado a la tele, vi la primera temporada de Kian cuando él empezó a ponerse el mundo por montera, esquivando cualquier comentario sobre su padre en todas las entrevistas. No podía comprender por qué Tyler Heath era una leyenda, pero me ponía el vello de punta.

Yo no era más que un adolescente enfadado en su enésimo hogar de acogida, intentando convencer a sus nuevos padres de que gastaran en los karts una parte del dinero que les pagaban cada semana por cuidar de mí. Y, de pronto, aparecía ese nuevo piloto, que se negaba a ser definido por quiénes eran sus padres. No quería ser un fenómeno mundial por el simple hecho de que su madre había sido una gran estrella del pop, y su padre, un campeón de Fórmula 1. Quería triunfar por mérito propio o no triunfar, y era emocionante verlo correr.

Podía entenderlo, aun siendo adolescente.

Me giro para mirarlo; entonces la habitación empieza a dar vueltas de nuevo. Es difícil distinguir algo en la oscuridad que ha creado en la habitación; sin embargo, no voy a perder la oportunidad de observarlo bien. El dolor de cabeza no mejora, así que me deslizo de nuevo bajo las frías sábanas y me permito disfrutar de la situación.

Puede que el sol de Melbourne le haya bronceado la cara y los hombros, pero tiene el torso y el estómago pálidos, cubiertos de espesas matas de vello castaño. Yo me depilo porque sé que me sacan fotos sin camiseta; bueno, reconozcámoslo: me gusta lucirme, pero está claro que a Kian le da igual. Quiero alargar una mano y tocarlo. Quiero pasarle los dedos entre el pelo y ver si es tan suave como parece.

Los hombres como él nunca han sido mi tipo. Normalmente me gustan los tíos delgados y espigados que quieren ser dominados, tíos con rasgos delicados y que disfrutan de los halagos; Kian no encaja en ninguna de esas categorías. Tiene rasgos marcados y solo necesita pasar un par de días sin afeitarse para lucir una barba impresionante. No puedo ni imaginarme disfrutando de decirle qué hacer. De hecho, seguro que sería al revés.

Y esa posibilidad me provoca una sensación emocionante.

Me sorprende descubrir que me gusta ver a Kian así. Me había acostumbrado tanto a que fuera un gilipollas insoportable que el cambio me está asustando. Bueno, no del todo. De hecho, estoy tranquilo. Cómodo.

En paz. Es la única expresión que se me ocurre para describir el estado de Kian en este momento. Una tupida hilera de pestañas castañas le roza las mejillas y en la piel clara tiene algunas pecas, producto del sol. No esboza la sonrisa forzada y tensa que suele poner conmigo, como si se estuviera mordiendo la lengua constantemente, intentando ocultar al mundo lo mucho que me desprecia.

Sonrío para mis adentros al admirarlo. De repente, esas mismas pestañas comienzan a revolotear, y me sumerjo en el momento más incómodo de toda mi vida cuando intercambiamos una mirada.

¡Me ha pillado!

Compartimos cama y estoy aquí tumbado, despierto, contemplándolo fijamente, mientras él está sin camisa y babeando sobre mi almohada. Una línea de sudor me recorre la espalda, no creo que pueda fingir que la causa es otra que el hombre que está en mi cama.

Me cuesta demasiado apartar los ojos de él; cuando vuelvo a mirarlo, ya se ha levantado de un salto.

Con una expresión de pánico en la cara, camina de un lado a otro, como si intentara recordar por qué está aquí. Sigo observándolo —es que no puedo parar— y, al darse cuenta, desaparece en el cuarto de baño.

Supongo que está pensando cómo irse sin que esto sea incómodo, aunque quizá ya sea demasiado tarde. Ha estado aquí durante horas

y horas, cuidándome, y se ha quedado dormido a mi lado. Es más de lo que debería hacer alguien que se comporta como si me odiara.

Oigo el agua correr en el lavabo y me preparo para la inevitable excusa forzada que está a punto de darme y para la rapidez con la que huirá de regreso a su habitación. Odio que casi me decepcione que se vaya, porque ¿por qué debería importarme lo que haga o deje de hacer Kian Walker en su día libre?

Sin embargo, cuando vuelve del baño, se limita a darme otra toalla húmeda, y no puedo negar que el tejido frío contra la frente me hace sentir cien veces mejor. Tampoco puedo negar, aunque me provoque un retorcido nudo en el estómago, que me gusta cómo me cuida.

—Mira —le digo—, a estas alturas, seguro que podemos encontrar la manera de llevarnos bien. ¿Una tregua?

No estoy seguro de si lo que me hace querer intentarlo es el hecho de que me siento completamente agotado o el hecho de que me mire con algo más que pura repugnancia en los ojos, pero me dejo llevar.

—¿Una tregua? ¿Un compromiso? —me pregunta con cansancio desde donde está sentado, en el borde de la mesa. Por desgracia, se ha vuelto a abrochar la camisa.

—Ponerse en la piel del otro. Quieres que pruebe tu yoga, tus sesiones de formación sobre los medios, tu vida de acostarte temprano, pero tú también deberías probar mi método. ¿Acaso no es esa la definición de compromiso?

Durante unos segundos, creo que no va a aceptar. Ha dejado bien claro que no aprueba mi estilo de vida. Ni siquiera sé si se lo pasaría bien si saliera a tomar algo después de una victoria o algo; sin embargo, merece la pena intentarlo.

—¿Cómo defines tu método?

Pongo los ojos en blanco. Por su culpa, ahora parece un aburrido trato de negocios.

—Relajarse un poco, salir a tomar algo para celebrarlo, tal vez ir incluso a una discoteca.

Pone cara de absoluto terror y casi me echo a reír, pero la carcajada se me queda atascada en la garganta, completamente

irritada, hasta convertirse en una tos.

Kian me pasa enseguida una botella de agua fría, y una vocecilla en mi cabeza me recuerda que debo beber a sorbos, no a grandes tragos.

—Mira, tú haz lo que quieras, ¿vale? Pero eso no va conmigo. ¿Te imaginas que me emborracho en una discoteca? Porque yo soy incapaz de imaginármelo. ¿Y bailar? Bailar es un no rotundo.

Claro, supongo que al principio se sentiría un poco incómodo, pero sé que conseguiría que se soltara. Si me dejara las riendas a mí, lo tendría bailando sin parar en un abrir y cerrar de ojos. Un poco de orientación nunca viene mal.

—No hace falta beber ni bailar para pasarlo bien. Basta con… relajarse un poco. Intentar desconectar. No lo entiendo… Eres simpático con todos los demás pilotos y con el resto del equipo, pero parece que no quieras tener amigos.

Una expresión pensativa le cruza el rostro, con las cejas fruncidas, como si estuviera pensando en cómo responder. Sé que se está preguntando si debe sincerarse conmigo o no. Está intentando decidir si puede confiar en mí.

—No es eso… Es que…

Vale, creo que ya tengo la respuesta. Si no se sincera es que no hay confianza.

—Si sales conmigo después de nuestra próxima victoria, me uniré a tus entrenamientos y asistiré a la dichosa sesión de comunicación…

Esta vez es él quien se dispone a interrumpirme a mí.

—Te resultará útil. Te ayudará a moderar tus respuestas sarcásticas y a pensar antes de hablar.

Me da igual lo que haya hecho por mí… ¡No pienso acatar nunca esas instrucciones!

—Y eso lo dices tú, que eres incapaz de controlar tu mala hostia cada vez que se menciona a tu padre. Yo tampoco lo entiendo; ya has tenido una carrera mucho mejor que la suya, y seguro que si no te retiras este año podrías triplicar sus resultados.

Salta a la vista que está molesto. Vaya, acabo de tocarle la fibra sensible.

—¡Odio ese puto verbo! ¡Retirarse, retirarse, retirarse! ¿Por qué es lo único de lo que habla la prensa? ¿Por qué no del increíble inicio de temporada? ¿Ni del trabajo que hago como embajador de la organización benéfica juvenil de…?

—Venga, viejo… —bromeo, pero me callo al ver su cara.

«No es el momento, Harper. No es el momento».

—Pensaba que era una de esas cosas que el equipo había filtrado a la prensa —lo intento de nuevo—. Que ya lo habías comentado y que el equipo les estaba dando a los periódicos pistas y detalles, creando expectación sobre tu último año para generar interés en los medios. Ahora entiendo que no es así, ¿no?

—¡No! Joder. No. He hablado con Anna sobre la posibilidad de parar, pero a todo el mundo le encanta especular, y últimamente es lo único que me preguntan. No sé si… No he pensado si… Todavía no he cumplido los treinta y cuatro. —Pone una expresión entre contrición y tortura.

Puedo ver cada una de las dificultades que está atravesando con esta decisión.

Aunque solo tengo veinticinco, entiendo que tomar esta decisión es complicado, independientemente del deporte que practiques, y decidir si retirarse en la cima o desvanecerse poco a poco es difícil.

—Entonces, ¿todavía existe la posibilidad de que sí?

—¿Acaso no existe la posibilidad de que sea la última temporada de cualquiera? Este finde podría tener un accidente y no volver a pilotar nunca más, o Hendersohm podría decidir no renovar mi contrato y que ningún otro equipo me fiche. Lo mismo se aplica a todos los demás. Es lo que hay, y ya me ocuparé de eso al final de la temporada. Pero, si me voy, será mi decisión. —Sus palabras y su tono son firmes, aunque a ningún periodista le importaría. Publicarán de todos modos los motivos por los que creen que podría retirarse.

Incómodo con la intimidad de la conversación, decido que es hora de levantarme. Me incorporo y noto que en la habitación hay algo diferente. Las alfombras están limpias, mis bolsas de deporte están guardadas en el armario y las cartas de los fans que me dieron al

llegar están ordenadas sobre la mesa. Es imposible que lo hiciera yo anoche.

—Mmm… ¿Ordenaste mis cosas? —le pregunto mientras busco con la mirada toda la ropa que antes estaba tirada en el suelo. Tenía una prenda en cada rincón.

A lo mejor todo esto es una broma cuidadosamente planeada y me ha escondido toda la ropa o la ha quemado en plan venganza. Tendría más sentido que ordenar mi habitación.

—Sí. Era un auténtico desastre. ¿Cuándo fue la última vez que lavaste la ropa?

Me devano los sesos, pero no lo recuerdo. Desde luego, no lo he hecho desde que llegué. ¿Quizá en Arabia Saudita? No me acuerdo.

—Tengo mucha ropa, así que no hay problema. ¿Dónde está… lo que llevaba anoche?

—En la bolsa de la ropa sucia, que es su sitio. Mientras dormías, cogí un montón de tu ropa sucia y la mandé para la lavandería exprés.

Lo dice como si nada, pero me quedo sin palabras, en estado de *shock*.

Es casi demasiado: las toallas frías, el orden, los cuidados…

Noto cierta tirantez en la piel. No puedo imaginar por qué haría todo eso por mí.

—Eh… ¿Gracias? No tenías por qué hacerlo.

—No, claro que sí. De lo contrario, seguro que la ropa se habría metido sola en la bolsa. ¿Tus padres no te enseñaron a recoger tus cosas?

Jamás de los jamases hablo de mi infancia en público ni con los medios de comunicación. No hay manera de que Kian sepa que no tengo padres ni nadie que se haya ganado ese título. No hay manera de que Kian sepa que ese comentario es como una puñalada en el corazón; sin embargo, rompe por completo el hechizo bajo el que estaba.

—Creo que estaré bien. Puedes irte. —No quiero sonar borde porque, objetivamente hablando, en las últimas horas se ha portado muy bien conmigo, pero ya no aguanto más. No quiero seguir con esta conversación.

—Mi hermana me ha dicho que necesitas comer poco y a menudo para asentar el estómago. Iba a pedirte unas tostadas o algo al servicio de habitaciones. —Habla a la defensiva, como si no entendiera por qué el ambiente se ha enrarecido de repente.

No puedo culparlo, pero estoy harto de este cuento de hadas doméstico y necesito mi espacio.

—Seguro que puedo arreglármelas solito. —Cruzo los brazos sobre el pecho para que quede claro, y por fin lo capta.

Se dirige hacia la puerta.

—Como quieras, pero te espero en el gimnasio mañana por la mañana. Y, si ganamos, saldré por ahí contigo, ¿vale?

Casi había olvidado, con el silencio que se ha instalado en la habitación, que lo habíamos acordado. Asiento rápidamente con la cabeza.

—Sí, sí, mañana —replico. Tengo la mandíbula tan apretada que seguramente necesitaré su puñetera rutina de yoga para relajar el cuello y los trapecios.

Abre la puerta un poco y mira cómicamente a izquierda y a derecha para asegurarse de que nadie lo vea salir, aunque no hayamos hecho nada malo; luego sin mediar palabra se escabulle por el pasillo. La puerta se cierra tras él con una sensación de final que es un alivio y también una pérdida.

El aire vuelve a entrar en la habitación, y por fin puedo respirar de nuevo. En realidad, no es respirar; más bien jadear, como si mis pulmones intentaran desesperadamente, y sin éxito, aprovechar todo el aire que aspiro; pero lo prefiero a no poder respirar en absoluto.

Sumado al dolor de garganta por los vómitos y a mi estómago vacío, el jadeo no me ayuda en absoluto. Necesito recomponerme urgentemente y borrar de mi mente todo lo que ha pasado esta mañana. Dedicar lo que queda de este día libre a descansar e hidratarme. Kian me ha dicho que es lo que le ha aconsejado su hermana, y como es enfermera supongo que debería hacerle caso. Aunque no voy a pedir un par de tostadas del menú del servicio de habitaciones solo porque me lo haya indicado él, desde luego.

Me da igual lo que piense Kian.

Capítulo 9

Kian

En el Gran Premio de Australia, volvemos a petarlo. Es la segunda vez en la temporada que Hendersohm consigue dos podios, y yo no podría ser más feliz por ocupar nuevamente el primer puesto.

Es un inicio potente de temporada; mientras analizo algunos de los motivos, debo admitir a regañadientes que Harper ha sacado mi lado competitivo…, que quizá me esté dando cierta ventaja en la pista. Haber cuidado de él el otro día ha tenido una consecuencia positiva: por fin lo he convencido para que entrene conmigo. Se está esforzando de verdad, en lugar de comportarse como si solo asistiera para contentar a nuestro jefe, y no está nada mal.

Todo empieza en la cinta de correr. Él elige la que está justo a mi lado. Al principio, calentamos suavemente. Aumento la velocidad hasta trotar, y Harper me sigue enseguida. Vuelvo a aumentar la velocidad y él me iguala; la subo de nuevo y, a mi lado, Harper aumenta la suya para alcanzarme; entonces yo subo la mía. Seguimos así hasta que los dos nos esforzamos al máximo, prácticamente corriendo a toda velocidad, pero no puedo parar. No soporto dejar que gane. ¿Ganar qué?, no tengo ni idea, pero es estimulante. Todo el cuerpo me arde, tanto por la emoción como por el esfuerzo que estoy haciendo. No recuerdo la última vez que me sentí tan vivo, sin contar cuando me siento en el monoplaza.

Finalmente, pulsa el botón de parar y experimento un momento de intenso triunfo, antes de apresurarme a hacer lo mismo. Jadeamos como perros mientras las máquinas nos ralentizan hasta alcanzar un ritmo de recuperación, y nuestras toallas de gimnasio no logran absorber el sudor que nos cae a chorros por la cara.

Es lo más divertido que he hecho en mucho tiempo. ¡Y con Harper James, nada menos!

—¿Cuánto peso levantas en sentadillas? —pregunta entre tragos de una bebida isotónica de color lila.

—Ciento cuarenta kilos. Depende de las repeticiones. ¿Y tú?

—Ciento cuarenta. —No parece muy seguro.

Me da la sensación de que es probable que intente demostrármelo a la fuerza y que acabemos con otro piloto lesionado.

—Bueno, hoy voy a entrenar el tren superior ahora que he terminado el cardio —le digo—, así que puedes guardar tus habilidades de sentadillas para otro momento… Si vamos a repetir lo de entrenar juntos, claro.

No intenta protestar, algo que por una vez se agradece, y decide seguirme hasta una máquina de bíceps.

Sin embargo, continuamos compitiendo, intentando superarnos mutuamente en cada ejercicio. Pero lo curioso es que, en realidad, me lo paso bien y disfruto de mi rutina más de lo normal. Sin duda, me exijo más de lo habitual; además, tengo que admitir que quizá esta nueva inyección de motivación era muy necesaria en mis entrenamientos.

Ahora, por desgracia, me toca a mí cumplir con mi parte del acuerdo. Llevo puesto lo que Harper ha considerado mi atuendo para salir: una camisa azul marino de manga corta y unos pantalones cortos tejanos que me quedan un poco ajustados. Estamos en un bar que él considera apropiado para la celebración y al que jamás habría venido si no hubiera hecho un trato con él.

Harper y Johannes se dirigen a toda prisa a la barra, mientras yo me dispongo a buscar una mesa un poco más apartada. Odio sentirme como si estuviera en el punto de mira en todo momento.

Regresan enseguida, con dos vasos de algo oscuro y fuerte en las manos de Johannes y una botella de cerveza en las de Harper. ¡Joder! Les he dejado bien claro que solo quiero beber agua. Ninguno dice nada mientras se sientan a la mesa a mi lado, con sonrisas cómplices, porque está claro que han ignorado a propósito todo lo que he dicho.

Creo que nunca me había sentido tan incómodo. Echo un vistazo a mi reloj. En Inglaterra, es temprano. Podría estar charlando con Elise, teniendo una conversación de adultos antes de que los niños

se levanten y ella tenga que empezar con la rutina matutina de nuestra madre. La necesidad de estar presente, aunque sea virtualmente, es mayor cuando Grant está en una conferencia.

—Así que, Kian, este por fin te ha sacado por ahí, ¿eh? ¿Qué tal te lo estás pasando en Australia? Supongo que llevas diez años viniendo aquí. ¿Te has llegado a aburrir?

Sé que Johannes intenta ser amable, pero yo suelo ver únicamente el interior del hotel, el circuito y los lugares a los que me arrastran para las entrevistas.

Me devano los sesos intentando recordar cómo era hace diez años, cuando tenía más o menos su edad, cuando la vida era más fácil y la presión no era tan grande. Nunca fui muy fiestero, pero sí que hacía algo de turismo de vez en cuando.

—Es agradable estar en un lugar cálido, pero no puedo decir que esta vez haya visitado muchos sitios.

—Te aseguro —empieza Harper, con el borde de su vaso de lo que sea apoyado en el labio inferior— que no sale del hotel hasta las clasificatorias. ¡Hace yoga en su habitación!

Pongo los ojos en blanco y casi suelto un gruñido. Dale con lo del yoga. Es probable que no deje de mencionarlo nunca.

—Hacer yoga no tiene nada malo —replica Johannes, y casi me quedo boquiabierto. Estaba preparado para que los dos se unieran contra mí. Me imaginaba que pasaría la siguiente hora, que es el tiempo que he acordado estar por ahí, siendo objeto de burlas—. El preparador físico del equipo es un gran defensor. Me lo recomendó el año pasado y me ayuda a relajarme después de estar encerrado en el monoplaza durante horas. La temporada pasada tuve una distensión en el cuello, ¿te acuerdas? El yoga fue lo que me la curó. Bueno, como mínimo ha impedido que vuelva a salirme. Te lo juro.

—Ay, dios. Antes de que te des cuenta, estarás haciendo la postura del perro bocabajo juntos, y me veré obligado a unirme.

Me río por la nariz. Lo dudo mucho. Pero recuerdo que es la primera temporada de Harper en la máxima categoría. Nunca ha tenido a tantos entrenadores, especialistas y profesionales intentando controlar cada detalle de su estado físico. Además, aún conserva la invencibilidad propia de la juventud que te hace

despreciar los consejos de los mayores. Todavía no ha sufrido lesiones graves y no ha sentido que el cuerpo le falle. Su energía es contagiosa; yo deseo por su bien que su arrogante confianza no lo lleve a tomar una decisión imprudente de la que se arrepienta en el futuro.

Madre mía, ¿cuándo he empezado a preocuparme por el futuro de Harper James?

Por suerte, Johannes se ríe de la sugerencia de Harper y yo me hundo un poco en el asiento. El reloj parpadea en la esquina de la pantalla de televisión, donde echan un partido de *rugby.* Cincuenta minutos más y me piro.

Hablamos un poco más sobre los resultados de hoy y sobre el vuelo a Azerbaiyán para la próxima carrera. Al parecer, es uno de los circuitos favoritos de Johannes. Nunca he oído a nadie decir algo parecido. Pensaba que era un circuito que no despertaba pasiones. A mí no me desagrada, pero está demasiado dividido en dos zonas como para que pueda disfrutarlo de verdad. Un lado es ancho y abierto, lleno de rectas preciosas donde puedes llevar la velocidad al máximo. El otro es estrecho y sinuoso, repleto de curvas jodidas que te hacen pagar diez veces cada pequeño error. Hay que estar muy concentrado para alternar entre las dos zonas. Supongo que forma parte del reto, aunque no es donde me siento mejor.

—Bailemos —sugiere Harper al poco, cuando se acaba la conversación sobre automovilismo.

Niego con la cabeza enseguida; antes de que me dé cuenta, Johannes se levanta de la mesa y arrastra a Harper a la pista de baile, gritando algo sobre que es su canción.

Mientras Harper se contonea —sí, se contonea desenfrenadamente— contra Johannes, desearía no haber aceptado venir. Aún no ha terminado la hora, pero le prometí a Anders que cumpliría: me esforzaría, cedería y sería un buen compañero. Bueno, aquí estoy, ¿no? Aunque ahora mismo no veo cómo me convierte en un mejor compañero, porque en mi interior se está gestando un abismo ardiente de algo que no quiero nombrar. Es feroz y ataca mis niveles de estrés más que la culpa.

Las manos de Johannes recorren el cuerpo de Harper. Cuando las baja hasta las caderas, la camisa que lleva puesta se sube, dejando al descubierto una deliciosa cantidad de pelo rubio que cae sobre sus ridículamente ajustados pantaloncitos tejanos.

No es que esté ni haya estado ciego a Harper James. Me niego a aceptar que sea la sensación que dicen sus fans. Vale, está bueno, eso es innegable, pero es más que eso. Es atractivo en el sentido más clásico de la palabra. Sus rasgos son los que tallaría uno de los grandes escultores del pasado: divinos, perfectos, impecables. Y luego está su culo. Es esbelto, firme y bien formado, y tentaría a cualquiera a pecar. Pues claro que me he fijado en él. Pero también está su lengua afilada y sarcástica…

Él echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en el hombro de Johannes. Con los ojos cerrados, un par de rizos brillantes se adhieren a su frente húmeda mientras se retuerce y se contonea en la pista de baile. Joder. No quiero que esta imagen de Harper James se me quede grabada en la mente.

Sin embargo, no puedo apartar la mirada. Noto una incómoda sensación en los pantalones cortos que hace que estar sentado en esta mesa pegajosa sea aún más incómodo. No quería venir aquí y ahora no puedo irme, atrapado entre los términos de nuestro acuerdo y la obligación de seguir mirándolo.

No está bien. No está nada bien. Me muero por irme, aunque también me apetece muchísimo levantarme y colocarme entre ellos. Quiero ser yo el que se retuerza contra Harper. Quiero olvidarme de toda la mierda del mundo, de toda la presión, de todas mis responsabilidades y de todas las maneras en las que le estoy fallando a mi hermana, y simplemente perderme en Harper. Eso es lo que quiero.

Se supone que estoy aquí para construir una relación con mi compañero de equipo. Para hacernos amigos y poder trabajar juntos.

Pero el deseo ardiente que me recorre no es de amistad. Se debe a él. Quiero sentir su cuerpo pegado al mío. Su culo en mis manos. Los labios sobre los suyos…

Debería irme, pero si salgo ahora todo el mundo va a verme la tienda de campaña, y es probable que termine en la portada de algún periódico australiano. O en el perfil de Instagram de alguien.

Todo el mundo se enteraría. Y aún sería peor que se entere él, que Harper vea cómo lo estoy mirando.

Siento que me invade un pánico repentino y se me corta la respiración. Entonces sucede.

Mierda.

Sucede como en una cámara lenta febril y no puedo apartar la mirada. Abre los ojos e intercambiamos una mirada. Es eléctrica, con fuegos artificiales instantáneos. Es casi como si pudiera oír cada uno de mis pensamientos guarros, porque me mira de arriba abajo con ojos escrutadores, y luego sonríe como el gato de Cheshire.

Demasiado tarde. Es demasiado tarde. Lo sabe.

Me hace una seña con un dedo. Ni por todo el oro del mundo, vamos. El único lugar al que voy es de vuelta al hotel. Ni en sueños me sacará a la pista de baile.

Niego con la cabeza y él pone morritos, morritos de modelo, pero enseguida vuelve a concentrarse en bailar con Johannes.

El hechizo se ha roto.

El momento se ha acabado.

Harper no sabe nada y, sinceramente, no le importa.

He aprendido qué es lo que pasa con Harper. Estoy bastante seguro de que en su vida todos los tíos son de usar y tirar. Nadie pasa más de una noche en su cama. Solo tiene ligues y follamigos. Nadie significa nada para él y nadie penetra en su corazón. Johannes y él son amigos, claro, pero no sé si han estado juntos o no. En cualquier caso, no creo que ahora mismo se acuesten. No me da esa impresión.

Es bonito en el sentido más retorcido de la palabra. Harper parece sentir aversión o desconfianza hacia la mayoría de las personas de su vida; sin embargo, Johannes es su persona especial. El único a quien deja acercarse a su corazón.

Si ignoro el sentimiento al que me niego a llamar celos, veo que podrían hacer muy buena pareja. No estoy muy familiarizado con las estadísticas de Johannes, ya que el año pasado no tuvo demasiados

buenos resultados en el campeonato, pero esta temporada es diferente. Sus payasadas fuera de la pista se han calmado y está progresando a pasos agigantados para convertirse en un verdadero rival. Sobre todo desde que forma parte del nuevo equipo Red Bull Ford. Solo espero que Harper aprenda de su amigo y encuentre la manera de concentrarse en la conducción. Este momento quizá no sea el mejor ejemplo, aunque en medio de la presión de la competición es importante desahogarse. Al verlos ahora, es evidente que lo que tienen en común es la forma en la que eligen hacerlo. Son solo las nueve y ninguno está borracho, así que es bastante tranquilo comparado con lo que podría ser.

Intento asimilarlo y relajarme como ellos, pero estoy tenso como un palo. Esta no es mi manera de desahogarme. Al contrario, estoy a punto de estallar.

Mierda.

¿Por qué he aceptado venir?

Miro la comida que han traído a la mesa y considero devorarla toda para así tener algo que hacer. Sin embargo, sigo una dieta estricta, ya que cada gramo de peso está cuidadosamente controlado para que el monoplaza y yo alcancemos la masa perfecta para un rendimiento óptimo. Aparto la comida y me concentro en hacer girar la botella de cerveza, que ya se está calentando un poco, entre las palmas de las manos y jugar con la etiqueta. Cualquier cosa con tal de no verlos a los dos en la pista de baile.

Debo de parecer aburrido porque, cuando la canción animada se convierte en una melodía más lenta, Harper reaparece de repente en la mesa.

—¿Qué tengo que hacer para que salgas a la pista de baile?

Se inclina sobre la mesa, apoyándose en los codos e invadiendo mi espacio. Su cara está demasiado cerca para mi gusto; además puedo olerlo, algo que definitivamente no ayuda.

Es casi como si me estuviera provocando. A lo mejor piensa que, si se acerca lo suficiente, conseguirá lo que quiere.

Quizá siempre se comporte de esta manera. Es probable que sea así como conquista a todos los hombres. Pero ¿por qué usa esa

técnica conmigo? No tiene ni idea de que soy bisexual ni de si estoy interesado. Que no es que lo esté. No estoy interesado en él.

—Aquí estoy bien, «colega». Vuelve y disfruta… con Johannes. Te lo pasarás mejor sin mí. —Odio cómo sueno.

Debería haber cerrado el pico después de decirle que estaba bien. Ahora me mira como si fuera un gato que se ha apoderado de la leche. No lo sabe, me digo a mí mismo. No lo sabe. Es solo que estoy alimentando su puto ego, que ya es enorme.

—Ah. Aaah. —Me sonríe con su dichoso ego hinchado aún más—. El verde no te sienta bien, guapetón.

Finjo mirar mi camisa azul marino y frunzo el ceño, confundido.

—¿Eres daltónico?

—Te veo verde de envidia…

—Vete a la mierda.

—¡Ja! ¡Lo sabía!

Dios, cómo odio sus aires de superioridad.

—Sabía que estabas disfrutando del espectáculo. Gracias por confirmarme eso al menos.

—Enhorabuena, Sherlock. Soy bisexual. Avisa a los medios. ¿Qué quieres, una medalla?

¿Por qué me molesta tanto que lo sepa? No es ningún secreto. Es que nunca lo he anunciado oficialmente al público. Pero, si alguien me lo pregunta, no intento ocultarlo.

Lo que me jode es el modo en el que sonríe con sorna, como si pensara que he estado comiéndomelo con los ojos. Y que conste no lo he hecho, salvo ahora mismo, claro.

—Vaya, el campeonato de este año es muy *queer*.

No le pregunto qué significa. Obviamente, sé que se refiere a mí, a él y a Johannes, aunque no sabía que alguien más lo era. Ni siquiera lo sospechaba. Hay una forma de que él sepa quién más no es heterosexual, pero no había caído. O no demasiado. Seguro que esta noche, cuando no pueda dormir, le daré vueltas y vueltas a la idea de que Harper se esté acostando con otros pilotos.

—¿A alguien le importa a estas alturas?

Ninguno de los equipos se ha mostrado especialmente homófobo. Si lo son, lo han mantenido en secreto.

—Tengo uno de los mejores radares de maricas que existen, y ni siquiera yo me había dado cuenta de que eras bisexual. ¿No ves que aparentas ser heterosexual o es que lo haces a propósito? Cuando publican algo en Instagram sobre mí o sobre Johannes, uno de cada tres comentarios de la página se refiere a nuestra sexualidad.

Eso sí que no lo sabía. Tampoco quiero averiguarlo; no me apetece leer las porquerías que seguro que estarán diciendo algunos aficionados odiosos.

—Bueno, quizá sea porque no me sacan fotos saliendo de discotecas con ligues evidentes ni con la polla por la calle —replico.

Sé que es solo la mitad de la historia, pero el comportamiento de Harper no ayuda demasiado.

—¿Así que es mi culpa? ¿Merezco que me insulten unos imbéciles ignorantes? ¿Merezco recibir amenazas de muerte porque no estoy haciendo yoga solo en mi habitación a las tres de la mañana?

—No he dicho eso. Digo que…

—¿Qué es lo que dices? Porque ahora mismo lo único que haces es cargarte el buen rollo. Te he invitado a relajarte y a disfrutar, no a sentarte aquí a juzgarlo todo como una pasa seca.

—Sí, claro, échame la culpa a mí. Siempre es mi culpa, ¿verdad? ¿Cuándo aprenderás a responsabilizarte de tus actos? Algunos nos tomamos nuestra carrera en serio. —Estoy tan alterado que no puedo parar—. Sabía que venir aquí era un error. No sé en qué estaban pensando cuando te metieron en el equipo. No vales nada comparado con Elijah. Eres un niñato.

Veo en su rostro el impacto de mis palabras y al instante me arrepiento de haberlas pronunciado, aunque ya es demasiado tarde. Muy pero que muy tarde.

—Lo que tú digas, abuelo. No me extraña que todo el mundo hable de cuándo te vas a retirar. Por lo menos tu padre se retiró a lo grande. Yo he pisado charcos con más personalidad que tú.

Sé que es probable que me lo merezca, pero tiene una forma de meter el dedo en la llaga que toca todas mis inseguridades. Durante unos segundos, me quedo sin palabras.

Lo único que quiero es largarme de aquí.

—En fin, ha sido divertido —digo con sarcasmo mientras me levanto—. Que disfrutes del resto de la noche.

Nuestra tregua temporal ha terminado, me doy la vuelta y me largo.

Le oigo murmurar algo entre dientes que suena a «gilipollas aburrido», pero no me detengo. Estoy harto de estas tonterías. También estoy harto, muy harto, del puñetero Harper James.

Valoro la posibilidad de llamar un Uber para regresar al hotel, pero decido ir a pie. En Melbourne las noches todavía son templadas, y necesito despejarme.

Harper no ha dado más que problemas desde que ocupó el lugar de Elijah. Lo he intentado, de verdad que sí, pero hay algo en él que me pone histérico. La idea de los beneficios de la sangre nueva y del espíritu competitivo se ha desvanecido y me siento… vacío. Solo. Y muy pero que muy cansado.

Me aterra volver a estar de malas con él, y sé que no intentará ocultar su desprecio delante de Anders, de la prensa ni de nadie que quiera escucharlo. Se suponía que iba a ser una temporada brillante, incluso la mejor hasta la fecha, y ahora se está convirtiendo en una batalla constante sin ganadores claros.

Me digo a mí mismo que me la pela lo que piense Harper. No puede preocuparme porque no me lo puedo permitir. No soy el alma de la fiesta. Nunca lo he sido. No tiene nada que ver con ser viejo en este deporte, a pesar de lo que Harper pueda decir al respecto. Si miras la edad promedio de los pilotos de ahora, solo estoy un poco por encima de la media. Hay pilotos cinco, seis y siete años mayores que yo que siguen siendo competitivos en lo más alto. Empecé joven, nada más. Alonso tiene más de cuarenta. Si quiero, puede quedarme otra década por delante. Si no hubiera tantos jóvenes que vienen de las categorías inferiores, ahora mismo estaría en la media. Es que la generación actual me está empujando hacia la edad avanzada.

Pero eso no tiene nada que ver con por qué no encajo con Harper y Johannes. Nunca me ha interesado ese ambiente, ni siquiera cuando era adolescente o veinteañero. Nunca entendí la fascinación.

Yo quería pilotar y ganar. Es lo que siempre he querido. Pilotar, ganar y luego irme a dormir. ¿Es mucho pedir?

Puede que sí.

Según Harper, sin duda. Quizá es lo que él necesita para estar en su mejor momento, pero desde luego no es lo que necesito yo. A lo mejor…

No. Seguro que no.

Se me ocurre una idea. ¿He subestimado a Harper? ¿Todo esto forma parte de un plan elaborado para desconcentrarme? ¿Es en realidad… un estratega? ¿Es un maestro de ajedrez zen que me lleva diez pasos de ventaja?

Ahora sí que se te está yendo la olla, Walker.

No es más que un novato demasiado entusiasmado que no puede tener el culo quieto.

No pienses en su culo.

Noto que me sumo en un torbellino de pensamientos. Nada de esto me está ayudando.

Respiro hondo e intento controlar la mente. Me miro el reloj. Aún tengo tiempo de llamar a Elise, y nada me ayuda más a mantener los pies en la tierra y recordar mis metas y prioridades que mi hermana y sus hijos. Un trofeo para Cassie. Defender mi título en la pista. Conseguir que mi familia se sienta orgullosa de mí.

Que le den a Harper James.

Capítulo 10

Kian

Cuando nos sentamos el uno al lado del otro en el *jet* privado, hay por lo menos seis pares de ojos clavados en nosotros.

Anna se queda prácticamente con la boca abierta al levantar la vista del portátil, en el que no deja de escribir. Su sorpresa enseguida se transforma en una sonrisa radiante que le ilumina toda la cara. En todos los años que hace que la conozco, creo que nunca la he visto tan feliz. Me guiña un ojo y me enseña un pulgar hacia arriba sutilmente.

Buf.

Nadie tiene que saber que Harper y yo discutimos en la discoteca después de subir al podio en Melbourne. Desde entonces, hemos arrasado en el gran premio de Azerbaiyán. Lo más destacado fue que no me quedé solo con la *pole position*, sino que volví a subir a lo más alto del podio. Ya van tres de cuatro en lo que va de temporada. Otra prueba más, si es que era necesaria, de que mi estrategia funciona.

Harper terminó cuarto tanto en la clasificatoria como en la carrera, algo bastante impresionante para un novato en su primera temporada. Quizá a él le funciona su estrategia, reconozco a regañadientes.

Desde la noche que salí con Harper y Johannes, estoy más tranquilo. Un poco. Como mínimo, ya no estoy tan enfadado. La verdad es que no puedo negar que mi forma de ver a Harper ha cambiado un poco. Es algo que jamás admitiría en voz alta ni, dios no lo quiera, pondría en práctica, pero algunos pensamientos fugaces sobre él se repiten en mi mente. Puede que esté frustrado sexualmente; no recuerdo la última vez que eché un polvo. Sin embargo, por mucho que medite o me dé duchas frías, no consigo borrar de mi cerebro la imagen de su camisa subida, de la piel tostada de su vientre con vello rubio. Ni del pelo rizado contra su

frente húmeda mientras se retorcía contra Johannes en la pista de baile. Ha alimentado muchas pajas intensas. El agua fría, como mil agujas diminutas perforando mi piel, solo me ha excitado más al cogérmela con una mano y fantasear con darle una lección al novato metiéndosela en la boca. Incluso ahora, sentado a su lado, con su aroma en las fosas nasales, tengo que recurrir a todos los mantras de meditación de mi arsenal para mantener una expresión neutral y no perder la compostura.

Después de que todos termináramos entre los cinco primeros en Azerbaiyán, Harper salió de fiesta con algunos de los otros pilotos, incluido Johannes, y yo incluso me arrastré a la cena de la celebración. Lo vi como un compromiso, esta vez con mis propias condiciones. Hablé con los otros pilotos y técnicos, y ni siquiera miré el reloj. Disfruté de un vaso de agua con gas helada y nadie esperó que me levantara y moviera el culo. Mejor aún, no tuve que ver a Harper menear el suyo.

—¿Por qué nos miran como si tuviéramos dos cabezas? —me susurra mientras se cierra la puerta del *jet* y se retiran las escaleras de la pista.

El resto de Hendersohm sigue observándonos como si fuéramos animales de un zoológico. Es obvio que esperan algún tipo de espectáculo, pero no voy a poner en riesgo todo lo que me ha costado tanto conseguir. En público, Harper y yo somos exactamente lo que Anders nos exigió: un equipo.

En privado… Bueno, eso es otra historia.

—A lo mejor tiene algo que ver con que respiramos el mismo aire y no nos peleamos por quién se queda con la porción más grande.

Me responde con una carcajada relajada, y poco a poco todos vuelven a lo que estaban haciendo antes.

Es evidente que tenemos la misma idea sobre cómo contentar a Anders. No lo habíamos planeado. He ocupado mi asiento habitual junto a la ventana, mi favorito, con vistas al ala, y él se ha sentado tranquilamente a mi lado, como si fuera lo más natural del mundo.

De modo que sí es capaz de comportarse como un adulto cuando quiere.

«No seas capullo, Walker», pienso para mí mientras me pongo los auriculares con cancelación de ruido y me desconecto del mundo durante el vuelo hasta Miami. Le ofrezco un chicle para compensarlo, que él acepta.

«Todo irá bien —me digo—. Todo va a salir bien».

Es justo entonces cuando todo se va a la mierda.

El móvil me despierta en medio de la noche.

Parpadeo mientras el mundo se enfoca ante mí. Son las 04:18 de la madrugada y el nombre de Harper aparece en la pantalla.

Un nuevo nivel de frustración se desbloquea en mi interior, ya que esta llamada se carga los esfuerzos que hemos hecho hasta ahora. Estoy a punto de no responder, pero con el sexto tono pulso el botón verde, una música estridente y metálica me taladra los oídos.

No espero a que hable.

—¡Eres un puto egoísta, James! No sé por qué te crees que está bien lo que haces. Sabes lo importante que es dormir los días previos a una carrera. Tengo una rutina. Tengo un sistema. Necesito concentrarme. Lo sabes de sobra; aun así, ¡me despiertas en mitad de la noche a días de la carrera!

—¿Kian? —Suena lastimero. Desorientado.

—¿Harper? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Mi mente se acelera al imaginar todo tipo de escenarios horribles. Un accidente terrible, una lesión que acabe con su carrera, violencia armada.

—¿Harper? ¿Qué coño está pasando?

—Kian… Ven… ¿Puedes… a venir buscarme? —Arrastra las palabras y apenas puede pronunciarlas en el orden correcto—. No puedo re-re-recordar el nombre del… hotel.

De pronto, ato cabos. Está borracho. Harper James está como una cuba.

«Otra vez con esas».

¡Justo cuando empiezo a bajar la guardia con él! ¡Justo en ese momento, joder!

De todos modos, bajo las piernas de la cama y me pongo unos pantalones deportivos holgados. Pido un Uber y, en los seis minutos que dice que tardará en llegar, cojo una camiseta, una sudadera con capucha, el móvil y mi tarjeta de acceso. Me calzo los zapatos y parpadeo ante las luces brillantes mientras me tambaleo hacia el ascensor y pulso el botón.

Sí, voy a buscarlo, pero que quede clara una cosa: estoy que echo chispas por los ojos.

—Sube —le ordeno a mi compañero bruscamente al tiempo que lo meto a la fuerza en la parte trasera del Uber.

Me lo he encontrado medio desplomado en la acera, delante de una discoteca, donde un portero lo había dejado y a duras penas lo vigilaba. Asiento con la cabeza al hombre y espero desesperadamente que no nos reconozca o que no le importe.

«Mierda».

Me siento junto a Harper y le pido al conductor que nos lleve de vuelta al hotel. Harper tiene suerte de que no estemos solos; de lo contrario, me habría puesto hecho una furia. No podemos permitirnos que nada de esto se filtre a la prensa.

—Mmm… Me ha abandonado —murmura Harper al golpearme el hombro con la cabeza—. Todo el mundo me abandona. Menos él. Esta noche… me ha abandonado.

Sus palabras dan pena, y durante unos segundos me preocupa que vaya a echarse a llorar, pero solo está borracho. Es lo que pasa cuando bebes como un cosaco, cuando dependes del alcohol para animarte, hundirte o hacerte olvidar. Empieza a consumirte. Te nubla la mente. Te convierte en otra persona.

Que me lo digan a mí.

No sé qué decirle, aunque da igual, porque su respiración se normaliza y unos suaves ronquidos llenan la parte trasera del coche mientras recorremos las calles de Miami. Son las cinco de la mañana, pero me sorprende el tráfico que hay.

Tardamos cuarenta minutos en regresar al hotel, y Harper se pasa casi todo el trayecto durmiendo. Aunque agradezco el silencio, por

dentro estoy que trino.

Ahora entiendo perfectamente que idolatre a Tyler Heath. A mi padre. El gran Tyler Heath. Uy, sí, era estupendo.

Un borracho estupendo.

Un falso fantástico.

Y un mentiroso aún mejor.

Solía entregarse más durante las fiestas de las carreras que en los circuitos. Hasta que todo le pasó factura y ya no importaba lo bueno que fuera al volante. Nada importaba.

Que se joda. Y que se joda Harper James.

Aun así, me pregunto: ¿quién lo ha abandonado? Ni siquiera sé con quién ha salido esta noche. No paso mucho tiempo en las redes sociales, sobre todo durante la temporada. Me desconcentran y me quitan la posibilidad de centrarme. Una decisión de una fracción de segundo en la pista podría costarme el título. O la vida.

Saco el móvil del bolsillo de mi pantalón de chándal y abro las historias de Instagram de Johannes; me ha parecido un buen punto de partida. Y ahí está. El tío cuyo cuerpo me ha estado rondando la cabeza en la ducha estaba entre Johannes y el perfil de un chico que me resultaba familiar. Tenía el pelo largo, castaño y ondulado, y si no estuviera tan cansado seguro que recordaría quién es. Hay una serie de fotos en las que etiquetan a Harper. Los tres se han relajado en la discoteca, con varias poses, durante toda la noche, emborrachándose y descontrolándose poco a poco.

La última foto muestra a Johannes abrazando al de los rizos de color chocolate. Por la forma en la que se miran, es evidente que estaban a punto de besarse; a unos metros, con la cara medio en la sombra, aparece Harper. Al principio, la expresión de sus ojos parece difícil de descifrar, no lo es si lo conoces como yo ahora. Dudo de que Johannes supiera siquiera que Harper estaba en la foto cuando la ha subido, pero la amplío para verla mejor. Sin duda, hay dolor en su mirada; aun así, lo que me llega hasta lo más profundo del estómago es la desesperación.

Sigo observando las publicaciones y hay un lapso de cuatro horas sin nada, antes de que aparezca una imagen borrosa. Parece mostrar unos abdominales contra una sábana blanca arrugada,

iluminados artísticamente de lado, y sobre el pecho se extiende una melena rizada que es fácil de identificar, ya que corresponde al guapo del bar. No hay texto que la acompañe; solo un pequeño corazón rojo en la esquina inferior.

No hace falta ser un genio para leer entre líneas: Johannes se ha acostado con el tío bueno del bar y Harper ha ahogado sus penas en alcohol. No entiendo por qué Johannes ha publicado esas historias, y sospecho que recibirá una llamada temprano por la mañana de su equipo de relaciones públicas para que las borre, pero el daño a Harper ya está hecho.

¿A eso se refería Harper? ¿Piensa que Johannes lo ha abandonado esta noche por quienquiera que sea este tío? Observando el rostro de Harper, intento descifrar si se refleja en él la tristeza.

¿Será eso? ¿Harper está enamorado de Johannes? Casi siento lástima por él porque ese tipo de amor no correspondido debe de ser terrible. Ver a la persona a la que quieres irse a casa con otro tiene que ser desgarrador.

Todo cobra sentido cuando recuerdo las últimas semanas. Harper se movía con mucha libertad al bailar con Johannes. Se le iluminaban los ojos con cada caricia; además, parecían encajar a la perfección.

Suspiro y recuesto la cabeza. A mi lado, Harper se revuelve y luego se queda quieto, con la mejilla apoyada en mi cuello.

Ojalá no empatizara tanto con él. Sería más fácil odiarlo, pero no lo odio.

El sol empieza a salir cuando lo guío por el pasillo hacia su habitación, con su brazo alrededor del cuello y el mío prácticamente sosteniéndolo por la espalda. Como nos vea alguien ahora mismo, daremos muy mala imagen.

Está empezando a volver en sí; es evidente que las luces brillantes del hotel le afectan, aunque le dificultan la coordinación al rechazar mis manos.

—¿Dónde está tu tarjeta? —le pregunto.

No quiero arriesgarme a registrarle los bolsillos porque lleva los tejanos más ceñidos que he visto en mi vida, y se le marcan los muslos.

Se encoge de hombros de una forma que sería graciosa si no estuviera cabreado con él, así que lo apoyo contra la pared mientras decido qué hacer.

No hay nada que hacer. Tengo que registrarlo, pero mi registro resulta frustrante e infructuoso. Ha logrado conservar la cartera y el teléfono —gracias al portero, supongo—, pero no hay ni rastro de su tarjeta de acceso.

Genial. Simplemente genial.

—Eres imbécil —le suelto—. No puedo pedir otra tarjeta de acceso en la recepción sin avisarles de tu situación. En cualquier caso, no puedo dejarte aquí solo y no voy a arrastrarte de vuelta abajo. ¡Argh! ¡¿Por qué eres tan idiota?!

Faltan dos días para las clasificatorias. Dos días, y decide ser así de irresponsable. No importa el impacto que su propio rendimiento tenga en el equipo; ahora también me afecta a mí.

—Pues llévame a tu cama —me sugiere el muy descarado, y durante un segundo esboza la sonrisa más maliciosa que jamás le haya visto. Es tan fugaz que, si no lo hubiera estado mirando fijamente, me la habría perdido.

Casi me entran ganas de dejarlo en el pasillo para que se las apañe por sí mismo.

Y aquí estoy, tan responsable como siempre, llevándolo a mi habitación como a un perro con correa. Esto no debería estar pasando. No me apetece dormir en el suelo, pero no podemos volver a compartir cama. De ninguna manera. Aunque son casi las seis de la mañana, con el *jet lag* y todo lo demás, todavía necesito unas desesperadas horas más de sueño, pero parece que no tengo otra opción.

Un profundo gemido escapa de los labios de Harper cuando lo dejo caer sobre mi cama. Abre los párpados de golpe y sus ojos brillantes me sorprenden, como si su mente sobria y racional finalmente hubiera despertado. Si es que tiene una.

—Mmm. ¿Por qué tu cama es más cómoda que la mía? —Coge una de las almohadas y la golpea para crear un pequeño nido para su cabeza—. Es como una nube. Supersuave. La mía es demasiado… elástica.

No quiero saber cómo lo ha comprobado; mi cerebro no necesita imaginarse ahora mismo a Harper rebotando. Desnudo. Con otro tío.

—¿Quieres algo? —le pregunto—. ¿Un vaso de agua, quizá?

Niega con la cabeza, cómo no.

Saco una manta y una almohada del armario y empiezo a improvisar una cama en el suelo. Tanto mi espalda como mis caderas van a odiar a Harper por esto; sin embargo, me parece la opción más inteligente comparada con el impacto que dormir a su lado tendrá en mi psique.

Me doy la vuelta y lo veo desabrocharse los pantalones e intentar quitárselos a patadas. Por supuesto, se le quedan atascados a medio muslo, dejándolo atrapado en calzoncillos y con la camisa desabotonada. Los problemas de coordinación que tiene serían cómicos si no fuera porque la imagen de él desnudándose se me está grabando en la retina.

—¿Q-qué haces? —balbucea—. No muerdo… —Me lanza una descarada mirada de reojo—. A menos que me lo pidas.

Negando con la cabeza, intento disimular mi reacción con una mirada de desaprobación. Él, en cambio, parece impasible y sigue pateando la rígida tela vaquera sin éxito. Podría dejarlo así, inmovilizado por su propia incompetencia, pero no creo que me tranquilice demasiado la idea de verlo sometido físicamente de esta manera.

—¿Necesitas ayuda, tío? —le pregunto.

Asiente con un murmullo y, en un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a ponerle las manos encima. ¿Cómo es posible que ya sea la segunda vez que desvisto a Harper James?

—¡Deja de patear, lo estás empeorando! —le digo, exasperado por sus inútiles gestos.

—Johannes dice que me hacen un culo de escáááándalo.

Ni siquiera yo puedo negarlo.

—¿Has tenido mucho éxito?

—No. Qué va. Ki-Kian. —Pronuncia la respuesta con un esfuerzo intenso y luego me mira a los ojos. Deja de moverse y añade—: La-verdad —dice—, no estoy solo, ¿verdad? Estás aquí conmigo. —Me sujeta la muñeca para impedir que me vaya.

—Tampoco es que me hayas dado opción, ¿no? Cuando me llamas borracho y solo, expulsado de una discoteca por quién sabe qué, no puedo abandonarte a tu suerte, ¿no crees?

—Todos los demás lo han hecho —replica con una risa amarga y autocrítica.

Cada vez me cuesta más ignorar sus comentarios despectivos. Me recuerdan que, en realidad, no lo conozco. Sé que es un juerguista que no se toma nada en serio y que sabe cómo sacarme de quicio, pero ya está. No sé nada de su familia, de sus metas ni de su vida fuera del campeonato. Somos compañeros de equipo y, a la vez, unos desconocidos.

Suspiro. ¿Cuándo empezó a darme pena el capullo que ha convertido los últimos meses en una auténtica pesadilla? Bueno, no han sido una auténtica pesadilla, pero sí más difíciles de lo necesario.

Sigue aferrado a mi muñeca como si fuera su salvavidas. Se incorpora hasta que estamos tan cerca que puedo sentir su aliento en la cara. Espero que huela a cerveza y decepción; aun así, percibo un aroma dulce y afrutado, como si se hubiera pasado toda la noche bebiendo cócteles.

—A veces, creo que eres una de las personas más aburridas que conozco. —Sonríe mientras habla, de repente capaz de articular palabras como si la niebla de la borrachera se hubiera disipado momentáneamente para poder pronunciar una píldora de infinita sabiduría—. Pero otras veces me miras de una manera tan… primitiva, ¿sabes? Y me pregunto si…

—No, no lo sé. ¿De qué estás hablando? —Salto a la defensiva y espero que esté demasiado enfadado como para darse cuenta.

De pronto, aprieta la mano con la que me sujeta la muñeca.

Con esas manos que tiene no me extraña que controle tan bien el volante.

—¡Vaya! ¡Mira…! Se te han iluminado los ojos. Fijo que te encantan las esposas, malote.

—Cállate, James. —Intento zafarme, pero, aun cuando afloja el agarre, algo me sigue reteniendo.

Él no lo sabe. No puede saberlo. Nadie lo sabe.

He salido con hombres y con mujeres; sin embargo, solo he tenido una relación sentimental con una persona —que resultó ser una mujer— y no he dejado un rastro de musculosos, estrellas o aspirantes a estrellas para vender historias a la prensa sensacionalista sobre cómo soy en la cama. Así que nadie lo sabe. Salvo…

Está claro que Harper es un poco más observador que el resto.

—Díselo a tu amiguita, Doña Media Asta. —Se queda mirando fijamente mi entrepierna.

Tiene razón. No hay manera de disimular la semierección con los pantalones deportivos grises que llevo puestos, sobre todo porque no me he puesto ropa interior en la confusión de las cuatro de la mañana, cuando he corrido a buscar mi Uber.

—¿Por qué no te das la vuelta y empiezas a dormir para recuperarte de la inevitable resaca? Tienes cosas más importantes en las que pensar que si la tengo dura o no.

—Si casi no te estoy tocando.

Esta vez, me lo quito de encima como es debido, y me suelta sin oponer resistencia. Aunque mueve una mano hacia mi muslo y desliza los dedos por el suave algodón de mis pantalones, y no quiero que pare.

—Eres tan… sensible.

Sus dedos suben cada vez más por mi muslo hasta que me roza la erección con las yemas. Ahora la tengo dura del todo. Es imposible negarlo. Pero no soy el único. A él se le marca la polla en los calzoncillos, y no puedo evitar relamerme los labios.

En el pasado, he visto titulares sensacionalistas sobre hombres que contaban historias sobre la «mejor noche de su vida con Harper James». La mayoría de las veces pensé que eran cazafortunas que buscaban cinco minutos de fama o que intentaban que Harper repitiera con ellos. Hasta yo sé que no funciona así. Con Harper James solo tienes una oportunidad y se acabó.

¿Es esta la mía?

Ya me había hecho esa pregunta antes de tener la oportunidad de decidir si quería que lo fuera.

Casi niego con la cabeza al pensarlo.

Ni hablar. De ninguna manera quiero ser un nombre más de su enorme lista de conquistas. Además, está demasiado borracho como para poder dar consentimiento a nada.

Sin embargo, me está acariciando a través del chándal y no quiero que pare.

—¿Qué haces? —le pregunto, con la voz entrecortada.

—Lo que quieras, cariño. —El apelativo cariñoso suena obsceno en sus labios.

¿Qué significa «lo que quieras»? ¿Una mamada? ¿Una paja? ¿Quiere que me lo folle? ¿Es pasivo o activo? ¿O versátil, como yo?

He estado con hombres, pero hace tiempo que no. Tengo experiencia, pero es que nunca pensé que podría hacerlo con Harper James.

Aunque me apetece. Cada caricia, por leve que sea, me está volviendo loco. El latido de mi propio corazón me resuena en los oídos, y sé que empiezo a jadear. Es casi una sobrecarga de sensaciones. Es demasiado. Demasiado Harper.

—¿Qué quieres, Kian Walker? —Pronuncia mi nombre y mi apellido como si yo tuviera algún poder aquí.

No lo tengo. Me inundan las ganas de someterme y dejar que me haga lo que quiera. Estoy seguro de que en este momento cualquier cosa me sentaría bien.

Su otra mano se acerca para acariciarme la mejilla y me inclina la cabeza para obligarme a mirarlo a los ojos. Hace media hora estaban vidriosos y él estaba casi inconsciente, como si el alcohol hubiera apagado su brillo. Ahora son del azul más claro que he visto jamás. Cristalinos, como el color del mar. Por lo visto, ha recuperado el control por completo. El borracho que estaba molesto porque su amigo lo ha abandonado ha desaparecido, y ha vuelto el arrogante y fanfarrón Harper James, el novato y capullo de las redes sociales.

No puedo hablar. ¿Qué voy a decir? Me limito a arrimarme a su mano hasta que quedamos rodilla con rodilla en la cama. Si él no quiere esto, o si no lo quiero yo, ahora es el momento de apartarnos. No se habrían cruzado límites imposibles. Podríamos atribuirlo a un error suyo por estar borracho y a un error mío por falta de sueño.

Pero no. Nos inclinamos y, en un instante eléctrico, nuestros labios se tocan. Suavemente al principio, con indecisión, casi como si hubiera habido algo más que cinco minutos de coqueteo previo. A lo mejor sí. A lo mejor han transcurrido algunas semanas. A lo mejor ha pasado más tiempo.

El deseo ha estado ahí, en el fondo de mi mente, cada vez que he vislumbrado su piel desnuda, su sonrisa juguetona, sus hermosos ojos azules. La vulnerabilidad que se esconde debajo de la máscara.

Ese sarcasmo que siempre me ha sacado de quicio. Sí, llevo tiempo fijándome en él.

Aunque no me lo esperaba.

En un movimiento rápido, lo inmovilizo en la cama y nos refrotamos la erección a través de la ropa mientras peleamos por el control del beso. Es salvaje. Emocionante. Como nada que haya experimentado antes.

Hacía años que no estaba tan cachondo, como si pudiera correrme solo con estas caricias. La mano de Harper se desliza por mi cintura y me baja el pantalón, dejando al descubierto mis nalgas. Giro las caderas para que el pantalón desaparezca del todo y mi polla tenga espacio.

Harper interrumpe el beso solo para quitarse la camisa y tirarla al suelo. Consigo quitarme el pantalón de los tobillos mientras intento mantener los labios en contacto con cualquier parte de su piel a la que pueda acceder.

Es una locura. Soy un animal salvaje que busca su próxima comida. Le mordisqueo la piel de la mandíbula, del cuello, de la clavícula y hasta del pezón. Perdido en el sabor de su piel salada, me da la impresión de que se me está yendo la cabeza. Es pura perfección cuando le rodeo los pezoncillos rosados con la lengua, y la mano de Harper por fin me sujeta la erección. Es a la vez un alivio y un tormento.

Me aprieta la polla con el puño y gimo contra su boca. Ay, dios, es increíble. Es demasiado y no suficiente al mismo tiempo, noto una gran ola que comienza a crecer dentro de mí.

—Kian… —gime, y su voz ronca pronunciando mi nombre me pilla completamente por sorpresa.

Es como si me lanzaran una jarra de agua helada que detiene todos mis movimientos y lo miro a los ojos.

La mirada interrogante que me recibe es de preocupación, pero también de confusión.

—Joder.

Suspiro con dificultad y apoyo la frente contra la suya. La ola retrocede como una enorme marea baja cuando al final recobro la cordura.

Me aparto de Harper y él me suelta la polla para levantar las dos manos en una especie de horrible parodia de un hombre que es arrestado por la policía. La cara que pone es de dolor, también de resignación, como advierto a mi pesar. En cierto modo, sé que no es la primera vez que lo rechazan así, y quiero consolarlo, tranquilizarlo, decirle que no es culpa suya, sino mía, pero no lo hago.

—No podemos hacer esto. ¡Joder! Ha sido una estupidez.

Me pongo el chándal tan rápido que el tejido me quema la piel caliente. Tropiezo al intentar meter los pies en las sandalias y el impulso de mi huida me desequilibra en mi deseo de salir de la habitación.

En cuanto estoy en el pasillo, recuerdo que esta es mi habitación y que Harper no tiene la tarjeta de la suya, que esta situación va a ser más incómoda de solucionar.

Me cago en la puta.

Con el torso desnudo y avergonzado, me humillo en la recepción haciéndome pasar por Harper y les digo que he perdido mi llave. Después subo en el ascensor hasta nuestra planta, me meto en su habitación y me tumbo en la cama, desesperado por fingir que nada de esto está pasando.

Porque, por lo visto, lo único que se me da bien hacer esta noche es evadir la realidad.

Capítulo 11

Kian

Al cabo de un día y medio, sigo desmoronándome. No puedo pensar, no puedo dormir, no puedo concentrarme.

Y el maldito de Harper James irradia una especie de brillo extraño. Diría que es el posorgasmo, a pesar de que ninguno de los dos se corrió.

Sin duda, envidio lo rápido que se ha recuperado de nuestro fallido polvo. También estoy… ¿dolido? ¿Ofendido? No consigo expresar con palabras lo que siento al ver que parece completamente indiferente a lo que pasó entre nosotros. Sobre todo porque me da la sensación de que mi mundo entero se ha sumido en un caos que no augura nada bueno para mi rendimiento. Cada vez que me mira, se me eriza la piel y tengo que apartar la vista; estoy con los nervios de punta. No puedo dormir; cada vez que cierro los ojos, veo su mano en mi polla, noto la presión de su agarre, el movimiento con el que me pajeó, la tensión en los huevos… Me cuesta recordar hacer incluso las cosas más básicas mientras me preparo para entrar en el monoplaza.

Idiota de mí, no he traído los auriculares al circuito porque esta mañana, cuando me he despertado con los ojos legañosos por haber dado vueltas en la cama, debería haber visualizado el trazado de Miami y pensado en lo que necesitaba hoy. Sin embargo, solo podía pensar en Harper.

¿Estará pensando él en mí?

Es probable que no, me digo con dureza. Siempre hace lo mismo. Está acostumbrado, acostumbrado a la descarga de adrenalina, a la sensación de ingravidez y a la deliciosa anticipación.

¡Hablo como un puto adolescente obsesionado con alguien, joder!

Me digo a mí mismo que me resulta tan desconcertante porque la última vez que tuve sexo fue hace unos ocho meses. Fue rápido,

como rascarse una picazón, y justo lo que los dos buscábamos: relajarnos un poco.

No he tenido ninguna relación seria en casi cuatro años. Christine y yo estuvimos dieciocho meses juntos. Rompió conmigo poco antes de que me fuera a la pretemporada porque no estaba el tiempo suficiente en casa y no podía soportar otra temporada sin recuperar lo poco que podía ofrecerle. Afirmó que no estaba presente, ni siquiera cuando estaba con ella. Y no la culpo; mi capacidad de concentración siempre ha sido mi mayor fortaleza. Es una de las razones por las que tengo una rutina tan estricta y disciplinada. Por eso no bebo ni salgo de fiesta. Cuando me pongo al volante, necesito saber que estoy comprometido al cien por cien con la victoria. Sin distracciones.

En esa época, lo que empeoró las cosas fue que, durante el descanso entre una temporada y otra, a mi madre le diagnosticaron párkinson y mi hermana estaba muy enferma con náuseas matutinas crónicas. Me sentía agobiado y ansioso, y después de cuidar de mi madre y de mi hermana no me quedaban fuerzas para Christine.

Fue una separación amistosa, luego comencé la pretemporada sin mirar atrás. Cualquier espacio mental o emocional que me sobrase lo dedicaba a asuntos familiares, y en la pista podía separar una cosa de la otra sin problema.

Ahora ya no.

La sensación de los labios de Harper sobre los míos se me ha quedado grabada en la mente. Todavía noto sus huellas en cada centímetro de mi piel, incluso en lugares donde no me tocó.

Con Harper no ha habido separación amistosa. Se pavonea con su habitual arrogancia; en cambio, yo soy un manojo de nervios y de torpeza. En público, delante de Anders y del equipo, de los medios y de prácticamente cualquier otra persona, mantenemos lo que se considera una tregua amistosa.

En privado… En fin, no hay privacidad. Me aseguro de que nunca estemos solos. Hago lo imposible por olvidarlo. Sí, ya lo sé, muy maduro por mi parte.

—¿Estás bien? —me pregunta Cole—. Te late el corazón a mil.

Tiene todos los datos de los distintos monitores, tanto del estado del coche como del mío, en una pantalla, claro.

Genial. Simplemente genial.

Mientras estaba absorto en mis pensamientos, viajando al pasado, Cole me ha visto sufrir un miniataque al corazón. Saber qué es tener a Harper James debajo de mí está afectando mucho a mi concentración. No es demasiado agradable. Un cero sobre diez, no lo recomiendo.

¡Ya basta, Walker! Por el amor de Dios.

No sé qué decirle a Cole. Él es mis ojos y mis oídos cuando me subo al monoplaza, así que supongo que debería sincerarme sobre lo que me pasa por la cabeza, pero no existe forma humana de que admita lo que me ocurre. ¡Negación al poder!

—Intento concentrarme. He olvidado los auriculares y me está empezando a doler la cabeza. —Me froto las sienes por si acaso.

Noto cómo el estrés me agarrota la nuca y me tensa la frente. Menos mal que solo es un entrenamiento, el último antes de las fases clasificatorias, y no el día de la carrera.

—Déjame pedirle a uno de los chicos que te lleve algo con electrolitos para que no te agotes. Te lo bebes y luego te pones en marcha —dice, indicándole a un miembro del equipo que coja una bebida de la nevera de los boxes.

Ojalá los electrolitos pudieran sacarme a Harper del sistema.

Uno de los *coaches* de deportistas de élite que Hendersohm contrata dice que a veces la única salida es afrontar las cosas. No puedes evitar un problema para siempre ni puedes encontrar una manera de rodearlo; tienes que aceptar la verdad y enfrentarte al problema con valentía. «Déjate sentir, pero sigue adelante», suele decir. Si Harper es mi problema, entonces…

Mierda. Quizá la única solución sea una revancha sin ropa. Quizá esa sea la única manera de quitármelo de la cabeza.

Uno de los chicos viene corriendo con mi bebida isotónica favorita, la azul. Le doy las gracias, aunque ya lo están llamando para que haga otra cosa.

—No es más que un entrenamiento —me tranquiliza Cole—. A ver qué tal te sientes en la pista, y mañana darás lo mejor de ti. Da

unas cuantas vueltas para quitarte de encima lo que te esté chupando la energía.

Ahora me imagino a Harper haciéndome una mamada. Gracias, Cole, qué útil.

Me siento culpable al instante, porque ¿cómo iba a saberlo mi ingeniero?

—Sí, gracias, tío. Creo que solo estoy un poco deshidratado.

Por culpa de la sed que me provoca ver a Harper James.

Cole me mira raro mientras sigo bebiendo la bebida isotónica. Me señala algo en el monitor que reproduce imágenes de esta mañana. Espero mi turno en la pista, pero Yorris, Johannes y los dos suecos de McLaren ya han dado sus vueltas. Creo que son mis mayores rivales esta temporada.

Supongo que debería incluir a Harper en la lista, ya que suele terminar entre los cinco primeros. Me cuesta admitirlo, pero lo está haciendo mejor que Elijah a estas alturas de la temporada pasada.

Cole y yo buscamos las debilidades de los monoplazas de nuestros competidores y señalamos los microerrores que indican sus puntos débiles al volante. Sobre todo de los suecos, que son hermanos. Se compenetran muy bien e intentan quedar los dos primeros, justo lo que Harper y yo no hacemos. Siempre estoy buscando oportunidades para adelantarlos o para mantener el liderato. El hermano mayor es intrépido, con un instinto asesino en el circuito. Es como un don natural. El hermano menor a veces entra en pánico si lo presionas lo suficiente. Es el más débil de los dos, y siempre confío en que puedo vencerlo.

Es una dinámica interesante, la de dos hermanos que compiten juntos. Me alegra no tener que hacerlo, eso seguro. Elise es dura como ninguna y siempre la he admirado, aunque tiene el instinto asesino de un nenúfar.

—¿Preparado para salir? —me pregunta Cole después de que me beba la mitad de la botella de líquido azul.

Asiento con la cabeza. Necesito una buena sesión de entrenamiento para ir con buena mentalidad a las clasificatorias de mañana. También para asegurarme de estar concentrado.

Tras ponerme el pasamontañas y el casco, me subo en el monoplaza. Es mi segundo hogar. La voz de Cole me resuena en los oídos; la cadencia familiar de su respiración me tranquiliza mientras espero a que me digan que puedo arrancar.

El circuito de Miami tal vez sea nuevo, pero fue mi favorito para correr el año pasado. Son solo tres largas rectas que sé cómo aprovechar a mi favor, y luego algunas elevaciones en ciertas curvas que son emocionantes de sobrevolar.

Bajan la bandera para que pueda arrancar y el jefe ya está animándome al oído.

—Dalo todo, dalo todo —me dice Cole.

Acelero a fondo y me lanzo a toda velocidad por la primera recta.

—Ah, y una cosa, Kian. Intenta divertirte, ¿vale?

El comentario me hace sonreír y reír para mis adentros al tiempo que preparo el cuerpo para la fuerza de la gravedad de la primera curva.

En Miami, los entrenamientos libres son divertidísimos. Puede que esté haciendo un sol de justicia, pero en la pista hay una atmósfera que me saca del bajón de las últimas treinta y seis horas al pasar a toda velocidad junto al estadio de los Miami Dolphins. Aumento la velocidad y siento cómo responde el coche. Es entonces cuando por fin empieza la diversión.

Intento no pensar demasiado en nada más que en el pie con el que piso el acelerador, en sujetar el volante con las manos y en la forma en la que el asiento ergonómico se ajusta a mi cuerpo. Analizo mentalmente todo lo que no funciona bien en la pista y le paso la información a Cole, que trabajará con los técnicos antes de las clasificatorias de mañana. Al fin vuelvo a ser yo mismo.

Entro en los boxes después de quince vueltas y salgo del coche para hablar con Cole y con el equipo sobre qué ajustes podemos hacer para solucionar mañana el flojo tercer parcial. Cole y yo analizamos los datos específicos, luego le entrego mi informe general sobre la sesión de hoy.

Las quince vueltas eran lo que necesitaba. A veces necesito más; en cambio, hoy no me hace falta. Me alegra tener la agenda llena. Necesito mantener una mentalidad positiva y el ritmo que he

encontrado en el circuito. Tengo una gran entrevista «desde la pista» para el canal ESPN, a continuación una sesión de gimnasio con mi entrenador personal, seguida de una tarde de masaje deportivo y estiramientos. Perfecto.

Me encanta mi rutina. Me ayuda a estar cuerdo… y a ganar.

Cuando llego a la entrevista, me sorprende que la presentadora meta una serie de preguntas sobre mi padre. Busco a Anna con la mirada. Definitivamente, este no está en mi lista de temas aprobados. De hecho, está en la lista negra, lo único que Anna sabe recalcar a cualquiera que quiera entrevistarme.

—Esta mañana hemos hablado con Tyler Heath sobre cómo te está yendo la primera parte de la nueva temporada y sobre el equipo de Hendersohm. ¿Qué crees que nos ha dicho sobre tu rendimiento? —me pregunta Kelly Sikes.

Hasta ahora, era una de mis presentadoras deportivas preferidas.

Me da igual lo que haya dicho de mí. Seguro que han sido cosas buenas, porque le encanta hablar de mí cuando me va bien y siempre que pueda ganar un dineral a mi costa. Pero, sinceramente, su opinión es irrelevante.

—Tengo la vista puesta en volver a lo más alto del podio esta temporada —afirmo.

A pesar de que me obligaron a hacer sesiones de comunicación al comienzo de la temporada, algo de lo que sigo culpando a Harper, lo cierto es que se me da bien. No es la primera vez que evito con destreza cualquier mención al infame de mi padre y a mí.

Me río mientras me pone fragmentos de los vídeos. Dice cosas como: «En la pista es igual que su padre» y «No podría estar más orgulloso del piloto en el que se ha convertido Kian en la última década».

Me dan ganas de vomitar; sin embargo, finjo aceptarlo con una sonrisa y rápidamente encuentro la manera de cambiar de tema.

Por suerte, el resto de la entrevista transcurre sin problemas. Hablamos de cómo el gran premio de Miami se está volviendo tan importante como la Super Bowl y de lo que tengo ganas de ver y hacer mientras esté en los Estados Unidos.

Seguro que no espera que me deshaga en elogios sobre el yoga en la playa, pero Anna siempre me dice que necesito mostrarme un poco más accesible y «emocionalmente auténtico». Sé que es para contrarrestar mi negativa a hablar de Tyler Heath y para buscar patrocinadores, así que hablo un rato sobre la atención plena y también muestro entusiasmo por la gente que disfruta del amanecer en la playa. Si Kelly se sorprende, lo disimula bien.

Y luego me vuelve a sorprender.

—Me ha llegado que en uno de los bares del barrio gay va a celebrarse una noche en tu honor. ¿Vas a asistir?

Ni siquiera he oído hablar de esa noche, que al parecer se organiza en mi nombre, aunque está claro que no iré.

—Aunque suena genial y es un honor, no es mi estilo. Sin embargo, si me dices a mí o le cuentas a mi equipo qué bar es, les enviaré algunos artículos firmados.

Es lo mínimo que puedo hacer si no voy a ir, y no creo que Anna ponga ningún problema.

Terminamos la entrevista y la asistente de Kelly me da una tarjeta de visita con el nombre del bar para que pueda ponerme en contacto con ellos. Se la pasaré al equipo de relaciones públicas de Hendersohm de inmediato para poder concentrarme en la carrera de mañana.

Tengo la suerte de no cruzarme con Harper en lo que queda de día. Físicamente, estoy logrando evitarlo. Mentalmente, me siento bastante fuerte después de la sesión de esta tarde en el circuito. Estoy tan concentrado en no pensar en él que dejo pasar la oportunidad de llamar a Elise para darles las buenas noches a los niños.

Ceno solo en la cama de mi habitación. Me mantengo alejado de las redes sociales y sigo mi rutina de meditación previa a la carrera. Cuando por fin cierro los ojos para dormirme, Harper James se cuela en mis pensamientos como si nunca se hubiera ido.

Hacía mucho tiempo que no tenía sueños eróticos.

Ni que decir tiene que llego a las clasificatorias medio dormido. Quizá incluso peligrosamente cansado, hasta el punto de tomarme

dos cafés en los boxes y tener que refrescarme la cara con agua helada.

No es mi mejor calentamiento previo a la carrera, pero es lo que hay. Las dos primeras eliminatorias van bien; nada del otro mundo, aunque tampoco terrible. Estoy en sexta posición al entrar en la ronda final de clasificación, que no es donde quiero estar, aunque sin duda podría ser peor.

Sin embargo, en cuanto nos dejan arrancar por tercera vez hoy, sé que algo va muy pero que muy mal. Acelero a fondo y sigo avanzando; aun así, el coche tiembla. El motor vibra y da tirones como si no tuviera la energía suficiente como para ir más rápido.

Puede que el motor y yo seamos uno, porque esa sensación me resulta extrañamente familiar. Es inquietante ver mi tormenta interior reflejada en la bestia inanimada que suele rugir y retumbar con una potencia apenas controlada. Hoy ninguno de los dos tiene fuerza.

—¿Qué pasa, Ki? —pregunta Cole.

—¡Dímelo tú, tío!

Todavía no avanzo con dificultad, pero, después de una vuelta medio decente, todos me adelantan y solo quiero arrastrarme de vuelta a los boxes. Por primera vez en mi carrera, me entran ganas de rendirme e irme a casa.

Cole me está dando consejos y sugerencias al oído, pero no funciona nada.

—Es que no arranca. Parece que el coche ni siquiera llega a la mitad del acelerador, y mucho menos al máximo.

—El motor parece destrozado, lo siento. No está dando la potencia que quisiéramos. Aquí todos estamos cabreados ahora mismo —se apresura a contestar Cole.

Golpeando el volante con los puños, suelto un grito profundo y ensordecedor de frustración.

—¡Creía que ayer lo habíamos solucionado!

Me hierve la sangre. Estoy muy cabreado, y solo una parte de mi cabreo se debe al fallo técnico del coche. Sé que estoy molesto conmigo mismo: por perder la concentración, por distraerme con Harper, por una oportunidad perdida que podría costarme el trofeo.

Siento que el motor está a punto de fallar por completo, así que no me queda más remedio que bajar aún más el ritmo. Avanzo a duras penas, intentando no ensordecer a Cole al descargar mi frustración en sus tímpanos. No he llegado a ponerme las pilas en las clasificatorias y las estadísticas que me da Cole demuestran que no he alcanzado ni de lejos los números que esperaba. El día de la carrera estaré mirando los tubos de escape de gente a la que debería tener en el bolsillo. No necesito ver los tiempos de vuelta de nadie más para saberlo.

Por lo menos seguiré estando entre los diez primeros. Odio depender de que otros tengan un peor día para poder hacerlo bien. El rendimiento de élite no va de eso.

—¿En qué puesto estoy? —le pregunto a Cole mientras el motor tiembla.

—Noveno. Todos los demás casi han terminado, así que ahí es donde acabarás.

Se refiere a que ni siquiera debería intentar finalizar la ronda. Debería salirme ya y dejar que recojan el coche y lo lleven al garaje. El equipo va a pasarse la noche en vela para arreglarlo y tenerlo listo para mañana. No los envidio, pero no son ellos los que están conduciendo. Lo más útil que puedo hacer es descansar y volver con una buena estrategia para la carrera.

Por suerte, no es un fin de semana al *sprint*, así que no pierdo puntos extras. Siempre hay un lado positivo.

—¿Posición de Harper? —le pregunto en cuanto me detengo junto a la pista.

Espero la señal para bajar y quiero tener tiempo para tranquilizarme antes de enfrentarme a nadie.

—Cuarto.

¡Joder! ¡Será cabrón!

Es su primera vez en el circuito de Miami y ha arrasado.

Es como si fuera de teflón. ¡No se le pega nada!

Si no estuviera tan enfadado conmigo mismo y con la situación, seguro que su destreza me pondría cachondo.

—La pista está despejada. Ya puedes venir.

Siguiendo las instrucciones de Cole, recorro los últimos metros hasta la meta. Cruzarla a pie en lugar de pasar a toda velocidad es una sensación extraña.

Por supuesto, lo primero que veo es a Harper dándole un puto abrazo a Johannes. Los dos dan saltitos como niños pequeños en Navidad.

¿Acaso no entiende el concepto de equipo?

¿No estaba llorando por Johannes el otro día?

¡La madre que lo parió!

—¿Quién ha terminado primero?

Me alegra seguir con el casco puesto para que nadie me vea la cara.

—Johannes —me informa Cole sin más.

Joder. Vaya mierda.

Van a ser insufribles.

Desde donde estoy, me pregunto si podré pasar por delante sin tener que saludarlos, aunque estoy seguro de que todas las miradas están puestas en mí por mi mal desempeño de hoy, y, si evito a dos de los mejores clasificados —uno de los cuales es mi compañero de equipo—, nos perjudicará a todos.

Hora de actuar con madurez, Walker.

Me acerco a ellos, los felicito, chocamos los puños y nos damos palmadas en la espalda y los hombros antes de retirarme al foso de Hendersohm para lamerme las heridas. Me preparo para un aluvión de preguntas de los técnicos sobre las sensaciones del coche en diferentes momentos y participo en la conversación porque necesito que el monoplaza esté perfecto mañana si quiero tener alguna esperanza de dejar atrás el noveno puesto.

Solo tengo cinco minutos de descanso antes de que Harper pase a buscarme para la reunión posterior a la clasificación en el box de Hendersohm.

—¿Estás bien? —me pregunta Harper.

Es la primera vez que estoy a solas con él desde la otra noche.

Respondo con un gruñido porque no sé muy bien cómo expresarme adecuadamente en esta situación. No quiero hablar de

lo que pasó, es evidente. Lo único que quiero saber es cómo lo hace. ¿Cómo logra seguir adelante sin que nada le afecte?

—No sé cómo lo has hecho. —La pura y amarga verdad me brota de la boca.

—¿El qué? ¿Quedar cuarto? Tío, normalmente estás por encima de mí. Sabes cómo hacerlo mejor que yo.

No sé si está malinterpretando la pregunta a propósito o si es así como lo hace: sin pensar demasiado.

O sin pensar en absoluto.

—Eres un gusano que se arrastra por mi cerebro, James.

Intento restarle importancia, pero este momento es demasiado crucial. Necesito ganar en Montreal para seguir en buena posición y llevarme el trofeo del campeonato de pilotos.

—¿Han sido mis besos mágicos? —bromea.

Me horroriza el calor que me sube a las mejillas y la forma en la que mi cuerpo me traiciona. Siempre parece saber qué teclas exactas tocar para desequilibrarme.

—¡Hostia! A lo mejor debería ir besando a todos los rivales si voy a conseguir ese efecto.

—Vete a la mierda. —Es lo único que consigo decir antes de que nuestra conversación deje de ser privada.

Cuando llegamos a la reunión del equipo, estoy tan tenso que apenas puedo hablar. Harper James está viviendo gratis en mi cabeza, y él lo sabe.

El muy cabrón lo sabe.

Va por ahí haciendo lo que se le antoja, besando a quien se le antoja, acostándose con quien se le antoja, ¡y aun así arrasa en la pista!

Le basta con mirarme como no debe para hacer que me derrumbe.

No me puedo creer que ayer me convenciera de que la solución era acostarme con él para calmar mi ansiedad y dejar que los pensamientos intrusivos me dominaran.

Puede que sí me esté haciendo viejo.

Harper no da besos mágicos, pero me distrae, y ahora mismo no puedo soportarlo.

Solo necesito alejarme de él. Ese va a ser el truco.

Capítulo 12

Harper

Jamás pensé que un beso pudiera tener el poder de convertir a un hombre adulto en un manojo de nervios. En Miami hubo un problema técnico, pero sin duda mi beso afectó al rendimiento de Kian en Mónaco y en España, relegándolo al segundo puesto en ambas carreras. En los boxes se comentó que su monoplaza tenía problemas recurrentes; sin embargo, los dos sabemos que ese no es el motivo.

Al principio, imaginé que lo superaríamos en un visto y no visto, pero él se toma todo demasiado a pecho. Cualquiera diría que nunca ha tenido un rollo de una noche. Ni siquiera llegamos a follar antes de que se asustara. Le iría muy bien relajarse un poco.

Ha pasado de mirarme con el ceño fruncido constantemente a evitarme por completo. A menos que estemos rodeados del equipo de Hendersohm o en público, es un fantasma. Además, ha modificado su rutina para estar donde yo no esté. ¡Y luego me llama inmaduro a mí!

Creí que a lo mejor se aislaría de todo menos de la conducción, de la prensa y del gimnasio; sin embargo, me doy cuenta de que, mientras evita mi compañía como si yo fuera el portador de una plaga contagiosa que pudiera transformarlo para dejar de ser un pelmazo, se ha hecho amigo de Jackson, el hijo de Anders.

Jackson creció entre carreras. Come, duerme y respira por y para el automovilismo. Empezó con un blog que acabó siendo un famoso pódcast con invitados de renombre, y a menudo lo llaman como experto en la industria para comentar cualquier detalle, desde el diseño del chasis hasta la seguridad de un trazado, pasando por las estadísticas de un piloto. Es un enchufado, sí, pero sabe de lo que habla.

Esta temporada no ha aparecido tanto en los medios de comunicación; al principio me sorprendió. De hecho, ha viajado

mucho con nosotros, trabajando codo con codo con su padre y asistiendo como invitado a reuniones de jefes acerca de estrategia y finanzas. Si no conociera bien a Anders, pensaría que está preparando a su hijo como relevo.

No sé cuánto tiempo se quedará Jackson entre nosotros, aunque está claro que no quiere desaprovechar la oportunidad de trabajar con el legendario Kian. Ni idea de quién le hace la pelota a quién, pero que disfruten de su pequeño *bromance*. A mí me da absolutamente igual.

Preocuparse por chorradas como esa, anticiparse a las cosas e inquietarse por el futuro es más propio de personas como Kian. Yo me encargo de lo que tengo delante de mí, tanto en la vida como en la pista, y hasta el momento no me ha ido mal. Sobreanalizarlo todo es la mejor manera de dejar que te superen los más jóvenes, rápidos y ávidos, dispuestos a correr riesgos que a ti te dan miedo. Si Elijah vuelve el año que viene, otro equipo me querrá a mí, y ya ganaré para ellos. En cualquier caso, lo mejor que puedo hacer es ganar y esperar que Anders no sea tan tonto como para dejarme escapar.

Dicho esto, últimamente parece que, cada vez que entro en una habitación, Kian siempre está en medio de una conversación con Jackson. Siempre se miran o van juntos al gimnasio. No estoy celoso, es que me resulta una coincidencia demasiado conveniente. Una persona paranoica podría preocuparse de que Kian esté convenciendo a Jackson para que le comente a su padre que me eche del equipo, pero yo no soy así. ¿Y por qué me despediría Anders, si mis resultados hablan por sí solos?

Si Kian me lo pregunta, le diré a la cara que se está comportando como un niño pequeño. ¿Qué más da que nos besáramos? Fue hace semanas, que lo supere. Y, sí, quizá me cautivara tanto que en las últimas cuatro semanas no he mirado a ningún otro tío.

Nunca pensé que terminaría tercero en el gran premio de Mónaco y que después no saldría de fiesta con al menos un multimillonario buenorro. Llegué al casino y ni siquiera me fijé en los bellezones que había allí. Sé que había más de un aristócrata apostando sus joyas

familiares que no podía quitarme los ojos de encima, pero no me interesaban.

Me entran escalofríos solo de pensarlo.

Aunque se debió al cansancio, sin duda. El salto desde las categorías inferiores era evidente a medida que avanzábamos en la temporada. Además, Johannes casi no salía por ahí, así que perdí a mi compañero habitual. Esa es la explicación que daré si alguien me pregunta.

Ahora estamos en Montreal, uno de mis lugares favoritos del mundo, y me siento más yo mismo. Más tranquilo. Estoy preparado para dejar atrás para siempre cualquier recuerdo de aquella noche en Miami. Hasta que Johannes me pregunta si en Mónaco me tiré a alguien.

Estamos en una cafetería de Montreal, observando a la gente y poniéndonos al día —últimamente no lo he visto mucho, ha estado ocupado con alguien o algo que no me cuenta—, cuando Jackson y Kian entran en el local.

Se ríen y bromean, y Jackson le da palmadas en los hombros mientras le dice que lo invita al café.

Los rizos castaños oscuros de Jackson están tan empapados de sudor que casi parecen negros y Kian está ruborizado. Llevan chándal, es evidente que han salido a correr, aunque durante un segundo mi mente divaga hacia otra actividad que los dejaría sudorosos y jadeantes. De repente, me pongo de mala leche. Lo atribuyo a la tensión que aún siento con Johannes después de que me abandonara por un tío cualquiera del que se niega a hablar. Aunque normalmente puedo restar importancia a esas cosas. ¿Quería follar con Kian esa noche? Sí, quería follar con él. Pero no es que me haya obsesionado con el motivo por el que se puso tan nervioso cuando nos acercábamos a lo bueno. Es un estirado, y, aunque sé que se lo pasaría mejor metiéndose mi polla que el palo que lo tiene tan tieso, ese es su problema, no el mío. Apenas he pensado en eso. De verdad que no.

Sin embargo, verlo con Jackson y comprobar lo relajado y tranquilo que parece me molesta bastante. ¿Por qué reserva para mí lo peor de su personalidad? Creía que Kian no hacía estas cosas.

Creía que no se liaba con cualquiera. Que yo sepa, no se ha tirado a nadie en toda la temporada, ni a hombres ni a mujeres. Entonces, ¿por qué de repente está tan obsesionado con Jackson? Ni siquiera ha entablado amistad con mucha gente del campeonato, sin contar a Cole. Sí, es amable con todos, pero entre ser amable y la amistad hay una diferencia.

—¿Hola? Tierra llamando a Harper —exclama Johannes agitando una mano delante de mi cara para apartar mi atención del brazo de Jackson, que descansa despreocupadamente sobre el hombro de Kian mientras piden las bebidas.

—Perdona —murmuro, y vuelvo enseguida la mirada hacia ellos para comprobar si el brazo de Jackson sigue siendo despreocupado en lugar de posesivo.

—Es un poco raro, ¿no? —Johannes parece casi tan preocupado como yo, aunque es probable que sean imaginaciones mías, porque quiero que todos compartan mi frustración con Kian para no sentirme como un imbécil.

—No sabía que fueran tan amigos. Se llevan muy bien.

Johannes me mira con curiosidad. Me doy cuenta de que no puedo sostenerle la mirada.

—Mucho. ¿Hay alguna posibilidad de que haya algo entre ellos?

No voy a sacar a Kian del armario. Sé que dijo que no le importa que la gente sepa que es bisexual; aun así, no me corresponde a mí comentar nada. Si quiere que Johannes lo sepa, se lo contará él o se lo dirá al mundo entero. Tampoco creo que pueda decírselo yo sin delatar mi interés.

Los observo, escuchando el sonido de la cafetera. Cuando aceptan las bebidas, los vasos no son para llevar. De repente, se acercan a nuestra mesa.

—Mierda —murmuro entre dientes—. Vienen aquí.

—Hola, Harper —me saluda Jackson alegremente.

Es hora de fingir. No puedo permitirme enemistarme con el hijo del jefe.

—Jackson, ¿qué tal? ¿Cómo estás?

—Bastante bien, tío. Pero este de aquí… —le da un codazo a Kian en el hombro, por si acaso no sé de quién habla— me tiene agotado.

¡Nado a las seis de la mañana y luego corremos por la tarde! ¿No para nunca o qué?

—Bueno, ya conoces a Kian. Dedicación es su apellido. —Todos ríen, aunque suena un poco forzado—. Disculpa, no es que necesite presentación, teniendo en cuenta que escribiste muchas entradas en tu blog sobre su rendimiento del año pasado, pero este es mi mejor amigo, Johannes Muller.

—Claro, claro —contesta Jackson, ofreciéndole la mano a Johannes para estrecharla.

Sé que Johannes no está muy contento —puede que Jackson calificara en su pódcast como «mediocre» la temporada de Johannes del año pasado—, pero acepta la mano de todos modos. Como es muy educado, le pregunta a Jackson qué tal le está yendo en Canadá, y eso da pie a una conversación sobre los estudios de Jackson en el extranjero.

Kian no interviene, se limita a beber un sorbo de café con calma, como si no hubiera otro lugar donde preferiría estar. Lo observo e intento captar su mirada, pero se niega a desplazar la vista hacia mí.

Me fijo en una gota de sudor que se le desliza por la mejilla, le pasa por la oreja y por el borde de la mandíbula. Sigo el recorrido mientras se adhiere a su cuello y luego desaparece bajo el escote de la camiseta de correr. Sé muy bien cómo es su torso, y me detengo un instante para imaginar el recorrido de esa gota a lo largo de todo su cuerpo.

Tengo que moverme en mi asiento para disimular lo que me está provocando esta pequeña fantasía; cuando vuelvo a mirar el rostro de Kian, capto un fugaz destello de una expresión que me indica que él es tan consciente de mi presencia como yo de la suya.

Pillado.

No puedo evitar sonreír.

Entonces Kian interrumpe para disculparse. Cómo no.

—Aunque ha sido un placer —dice—, tengo que volver para llamar a mi hermana por FaceTime.

Lleva los vasos vacíos de vuelta al mostrador y luego se marchan. Juntos.

—Nos vemos luego —se despide Jackson por encima del hombro mientras sale de la cafetería.

—Vaya, qué raro —digo una vez que Jackson y Kian ya no me oyen.

—Todo bien, tío, todo bien —responde Johannes, pero le tiembla el ojo derecho. Como lo conozco, sé que es una señal inequívoca de que está mintiendo.

—No es más que un simple comentarista deportivo. No dejes que te afecte.

Johannes le resta importancia con un gesto y enseguida cambia de tema para hablar de un restaurante que cree que deberíamos visitar mientras estamos aquí. Habla con aires de superioridad sobre cómo va a darme una paliza el próximo fin de semana, y me apunto a las coñas porque así me distraigo de lo que podrían estar haciendo Jackson y Kian en el hotel.

Kian ha dicho que iba a hacer una videollamada con su hermana, aunque a lo mejor ha sido solo una excusa. Puede que ahora mismo estén follando, con la ropa sudada en el suelo y un enredo de cuerpos en la cama de Kian.

Vale, a lo mejor Johannes no me está distrayendo tanto de la parejita.

—Hoy estás muy descentrado.

Parpadeo y Johannes se levanta y empieza a mirar el móvil mientras nos retiran de la mesa las bebidas vacías.

—Lo siento —me disculpo—. Creo que necesito irme a dormir temprano. Estoy agotado. ¿Por qué no ponen seguidas las carreras de Montreal y Miami? ¿Por qué nos hacen ir a Mónaco y a España para después traernos de vuelta aquí?

Obviamente, no voy a admitir que estoy furioso porque mi compañero se tire a otro.

—Si te vas a acostar temprano, es que Kian te está influyendo mucho. ¿También vas a dejar de beber?

Le doy un codazo en el hombro al salir de la cafetería.

—Capullo. El que se ha convertido en un viejo aburrido eres tú. No puedo creer que ni me acompañaras al casino de Mónaco.

En Mónaco, Johannes estuvo desaparecido; ni siquiera pude localizarlo durante un par de días.

Quiero indagar, pero sé que si pasa algo malo me lo contará.

—Ya estuve ahí el año pasado cuando corrías en la categoría inferior, pesado.

Seguimos hablando así hasta que llegamos al hotel. Los aficionados que esperan frente a las puertas hacen mucho ruido y la multitud casi se ha triplicado desde que hemos salido esta mañana.

Me alegro de que haya seguridad y de que hayan puesto cuerdas a lo largo de la calle para mantener a la muchedumbre a raya; sin embargo, eso no impide que nos lancen cosas para llamar nuestra atención. Una mujer incluso me tira un sujetador.

—Lo siento, tesoro. —Me lo quito del hombro y me echo a reír—. A mí esto no me afecta. Te has equivocado de tío.

Se lo toma con humor, ya que me molesto en devolverle su ropa interior.

—Había que intentarlo —responde con una mirada pícara.

Lo entiendo.

Quien no arriesga no gana.

Al poco, Johannes y yo nos reímos con los fans, que están contentos de que nos detengamos a firmar camisetas y programas.

Jo y yo nos despedimos en el ascensor después de hacer planes para mañana.

Pero no lo vuelvo a ver hasta la clasificatoria. Se le ve cansado junto a su ingeniero en la pista, que lo ayuda a subirse al monoplaza.

Mentiría si dijera que no estoy preocupado. El silencio de Johannes no es habitual, para nada. Siempre tiene el teléfono en la mano, listo para planificar el día si no está ocupado.

Por lo visto, ha estado ocupadísimo.

Pero no dejo que me afecte; nunca dejo que estas cosas me afecten en la pista, y consigo marcar muy buenos tiempos.

Mi buen rendimiento me beneficia en la reunión del equipo Hendersohm, ya que Anders está muy entusiasmado con el día de hoy. En Montreal se reparten puntos extras porque el día anterior al evento principal hay una carrera de velocidad. Hendersohm está en

una reñida batalla por el liderato del Campeonato Mundial de Constructores contra los suecos de McLaren. Necesitamos cada punto posible para tener cierta ventaja. Anders nos presiona, y yo lo disfruto como si me fuera a convertir en un diamante. Kian está serio, como de costumbre, y ni siquiera me mira.

He quedado en la cuarta posición, aunque a mí me encantan las carreras de velocidad: es donde puedo demostrar mi potencial; también me dan la oportunidad de asegurar una mejor posición en la parrilla de mañana.

Entiendo por qué es el circuito favorito de tantos pilotos. Si bien tiene muchas curvas cerradas, la baja carga aerodinámica del tercer parcial nos permite ser rápidos y fluidos. Luego está la precisión milimétrica necesaria para evitar estamparse contra el Muro de los Campeones. Debes alcanzar el punto más alto justo en el momento preciso, pero cuando lo consigues es pura magia.

Tras la reunión, lo repaso todo con Ash y con mi equipo técnico; luego me subo al monoplaza. Un repentino ataque de nervios me da adrenalina. Estoy casi más nervioso que en un día de carrera real. No es más que una prueba. Veintidós vueltas, en lugar de las setenta que haremos mañana.

—La victoria es tuya, Harper —me susurra Ash al oído—. Controlaremos el coche, así que acelera cuando te lo diga. Concéntrate en el objetivo.

Entiendo por qué Kian y Cole se han compenetrado tan bien, ya que las palabras de Ash me animan y me dan la seguridad de que puedo ganar.

Arranco a toda velocidad y empiezo a quemar rueda.

Salgo disparado, manteniéndome en la cuarta posición, tomando las curvas cerradas sin problemas, pero en cuanto llego al tercer sector vuelo. Me siento ingrávido, como si volara por el aire literalmente.

Es una carrera perfecta. Hay un momento, un instante muy breve, en el que voy primero. Es como si fuera el único coche en la pista durante unos cinco segundos; entonces, el cabrón de Kian hace una maniobra y me adelanta a toda velocidad.

Es una maniobra increíble, y todavía estoy tan eufórico por la sensación que ni siquiera me enfado. Cuando cruzo la línea por última vez, he bajado al tercer puesto, pero Kian ha quedado primero. Me aferro al recuerdo de haber ido delante. Es mi primer año en la Fórmula 1. Ya llegará mi momento.

Kian está eufórico. No siempre gana estas carreras, a pesar de ser uno de los mejores pilotos del mundo. Es mucho más feliz dando vueltas, alcanzando a los demás, esperando su momento y atacando cuando las condiciones son las adecuadas. Tiene resistencia y aguante, aunque hoy es como si le hubiera dicho al mundo: «Que os follen, sé ir rápido. Aún me queda mucho por ofrecer».

Al final, quizá los rumores de su retirada sean una tontería.

La alegría pura que irradia Kian es contagiosa, así que me acerco a él.

Le doy una palmada en el hombro, muy feliz por él, y no estoy seguro de si se da cuenta de que soy yo, pero me acerca hacia sí.

Nos estrechamos. Me rodea la cintura con los brazos, yo le paso los míos por los hombros y bailamos como locos, con pura euforia desenfrenada. Todo el mundo está de celebración y el ruido es ensordecedor. Noto cómo el corazón me late con fuerza, retumbando y tronando. ¡Este es mi sitio!

Conseguir ocho y seis puntos extras en esta carrera de *sprint* provoca una emoción brutal. Me habría gustado conseguir siete en lugar de seis, claro, pero Yorris ha sido muy astuto y me ha rozado la rueda para obligarme a frenar durante menos de medio segundo.

Sin embargo, no importa. Todo el box de Hendersohm está lleno de vida y Kian me toca, agarrándome con las manos la parte trasera de la camiseta, mientras Cole y Ash se unen al abrazo, seguidos por los técnicos, hasta que quedamos atrapados en medio de un enorme abrazo grupal.

La victoria sabe aún mejor ya que a los suecos les ha costado arrancar. El hermano menor ha acabado octavo, mientras que el mayor ha quedado sexto. Eso nos da una ventaja de veinticuatro puntos sobre McLaren. Anders está incluso más emocionado que nosotros, si cabe. Nos dirigimos a la fase principal europea del campeonato.

Kian se aparta para mirarme. La emoción le llena las comisuras de los ojos y me sonríe de verdad. Es una sonrisa sincera, de esas que no puedes contener. El momento es fugaz y su sonrisa se desvanece, casi como si se diera cuenta de quién tiene delante, pero me da un vuelco el corazón. Nunca lo había visto así. Es… fascinante.

Algo estalla dentro de mí, algo que solo he sentido con una vuelta perfecta o con un podio. Mariposas. Un aleteo que me revuelve las entrañas. Kian Walker me ha provocado mariposas en el estómago.

El grupo se dispersa y alguien abre una botella de champán. Evidentemente, nadie puede beber porque todavía tenemos la carrera principal de mañana y esta noche hay trabajo que hacer, pero contribuye a animar el ambiente cuando nos rocían a todos. Es lo que siempre soñé cuando estaba en las categorías inferiores, cuando intentaba que se fijaran en mí e intentaba tener la oportunidad de pasar a la élite.

Por una vez, me alegra relajarme charlando con Ash sobre mis tiempos de ayer, a la vez que veo al resto del equipo celebrarlo.

Kian está en su salsa, disfrutando de los elogios y hablando eufórico con Jackson y Cole sobre el que ha resultado ser un tiempo récord en la carrera de velocidad de hoy. Parece casi extasiado: todos sus músculos están relajados, con la mirada un poco perdida, y no se está poniendo los auriculares ni corriendo de vuelta al hotel para estar solo. Me pregunto cómo será en la pretemporada, cuando se permite ser él mismo. ¿Sonríe así siempre? Me gustaría verlo.

La situación mejora aún más al día siguiente cuando regresamos junto al equipo después de haber mantenido nuestras posiciones de salida, primero y tercero, aunque hoy no hay abrazos eufóricos. Llaman a Kian para atender a los medios con los suecos, con Dorris y con Johannes; me molesta no estar con los grandes nombres después de un rendimiento excelente en lo que va de temporada. Sé que no soy un aspirante al Campeonato de Pilotos, pero me jode igual.

La próxima temporada, me digo a mí mismo. La próxima temporada estarán llamando a mi puerta para hablar conmigo.

Me ofende aún más que Kian no se acerque a felicitarme cuando desaparecen todas las cámaras. Ha vuelto a su táctica de evasión total. En el hotel, intento hablar con él en el camino entre el ascensor y nuestras habitaciones; sin embargo, me mira como si no estuviera allí y desaparece por la puerta, dejándome solo en el pasillo.

Vale, que intente ignorarme tanto como quiera, aunque no le va a funcionar mucho.

Durante la etapa europea de la gira, Hendersohm nos ha conseguido una autocaravana de lujo de última generación. Exacto. Una autocaravana, en singular.

Que habrá que compartir.

Las doce semanas que pasemos por Europa.

No habrá escapatoria para ninguno de los dos, y estoy deseando que llegue el momento. Tarde o temprano, tendremos que hablar de lo que pasó.

Capítulo 13

Kian

Nunca había sopesado la posibilidad de ser un pirómano hasta que me he visto obligado a compartir una autocaravana con Harper James. Ahora mismo me parece una buenísima idea prenderle fuego al vehículo para así volver a mi silenciosa habitación de hotel.

Compartir una con Elijah durante las tres últimas temporadas fue chulísimo. En la primera temporada, nos ayudó a estrechar lazos; en la segunda, nos mantuvo cuerdos cuando hubo muchas situaciones climáticas que amenazaron con cargarse varios grandes premios durante la fase europea; y la temporada pasada fue donde cenamos *pizza* y bebimos cerveza muchas noches para celebrar cada victoria.

Este año me parece una cárcel. Son las mismas cuatro paredes, pero por algún motivo me resultan más pequeñas y asfixiantes.

Está a punto de hervirme la sangre, y no es más que el quinto día.

—¡Tiene que ser coña! —grito.

Harper ha vuelto a dejar la ropa de anoche tirada por el suelo del comedor, y hay tantas migas de pan en todas las superficies de la cocina que podrían juntarse y formar una buena hogaza.

Harper abre los ojos de golpe desde donde está apoyado, medio dormido, contra la encimera, comiendo tostadas solo con los calzoncillos puestos. Si no estuviera tan enfadado, me permitiría apreciar un poco más la escena que tengo delante.

—¿Qué? —gruñe, pasándose una mano untada de mantequilla por los rizos para apartárselos de la frente.

Es asqueroso, aunque la erección que intenta asomar en mis pantalones cortos no está de acuerdo.

—Es repugnante, Harper. ¿Cómo puedes vivir así?

—Oye, ni siquiera ha salido el sol. No son ni las ocho de la mañana. ¿Por qué gritas?

Las persianas siguen bajadas y está claro que tiene resaca —me llega el olor a cerveza rancia del aire—, así que no tiene ni idea de

que el sol ha salido hace horas y que no son las ocho de la mañana, para nada.

Voy abriendo las persianas una a una para demostrárselo. Se tapa los ojos, los entrecierra y gimotea. El sol austriaco no calienta, pero es innegable que es de día.

—Tenemos que compartir este espacio —digo, señalando con enfado el desorden que ha provocado tras prepararse un par de tostadas.

—Vale, abuelo. Lo recogeré después de dormir un par de horas. Cálmate, anda.

¿Que me calme? Para calmado ya está él, que se toma con suma tranquilidad su aventura en el campeonato.

—Madre mía, cualquiera diría que te estoy pidiendo un imposible, no el mínimo.

Quizá Harper viva así. Quizá nunca ha tenido que ordenar nada en toda su vida. La verdad es que no sé gran cosa de su pasado. A lo mejor tenía un mayordomo siguiéndolo a todas partes con escoba y recogedor o a lo mejor es una forma de incompetencia convertida en arma.

—Siempre pienso en limpiar y, cuando voy a hacerlo, ya lo has hecho tú —dice.

—Porque dejas los platos y los cuencos en el fregadero durante días. Vamos a acabar con una puta plaga de moscas.

—Están en remojo. Se supone que hay que dejarlos en remojo.

Esta conversación no va a ninguna parte y sé que estoy perdiendo el tiempo. Lo dejo solo en la cocina discutiendo consigo mismo, cojo mi bolsa de deporte y me doy un último vistazo en el espejo para asegurarme de estar presentable.

—¿A dónde vas? —me pregunta, inclinándose sobre mi hombro mientras intento arreglarme el pelo en el espejo junto a la puerta.

Seguramente no debería preocuparme mi aspecto cuando estoy a punto de ir al gimnasio a sudar, pero ahora mismo hay prensa y aficionados por todas partes. Tengo que pasar por el control de acceso para llegar al gimnasio; aunque suene creído, no quiero que circulen por las redes sociales fotos en las que salgo como el culo.

—Al gimnasio, pero no es asunto tuyo.

—¿Siempre te arreglas tanto para ir a entrenar?

—He quedado con Jackson. —No sé por qué siento la necesidad de añadirlo. No es que tengamos una cita; solo vamos al gimnasio.

—Últimamente sois inseparables. ¿Hay algo que quieras contarme?

—No.

—Me sorprende. No pensé que fuera tu tipo.

—¿Mi tipo para entrenar? —le respondo, aunque sé perfectamente a qué se refiere. Aparte de que los dos tienen el pelo rizado, no hay ninguna otra similitud entre Harper y Jackson.

—Mmm. Bueno, pues que tengas un buen día. —Cambia de tema mucho más rápido de lo que esperaba y vuelve a coger su tostada a medio comer de la encimera de la cocina.

Para mi exasperación, deja el cuchillo —con mantequilla untada tanto en la hoja como en el mango— a un lado, sin molestarse siquiera en ponerlo en el fregadero y mucho menos en lavarlo.

Me tienta lavarlo yo, pero si lo hago nunca aprenderá, así que me voy, ya que no me importa llegar demasiado pronto para encontrarme con Jackson. Ahora mismo solo necesito estar en cualquier sitio lejos de Harper.

Jackson, a diferencia de Harper, es puntual y no me deja plantado sin avisar. Al llegar, me está esperando fuera del gimnasio. Parece que los dos nos hemos adelantado.

Sé que tengo cara de pocos amigos porque los fans que formaban un pasillo por el que he tenido que pasar me decían que me animase.

Agradezco que Jackson no me pregunte directamente qué me pasa, porque es probable que estalle. Nos dirigimos al vestuario, dejamos nuestras mochilas y chaquetas, y empezamos a calentar.

Me mira de reojo mientras usamos las elípticas contiguas, como si estuviera intentando averiguar cómo preguntarme qué me ocurre. Me entra un poco de paranoia porque me da la impresión de que se entera de todo. No sé qué le habrá contado Anders sobre la bronca que nos echó al principio de la temporada, ni si Anders sabe que Harper y yo nos tomamos al pie de la letra su sugerencia de fingir amistad en público. Tampoco sé qué influencia tiene Jackson en la

toma de decisiones dentro del equipo, por lo que esta situación se convierte en un delicado equilibrio político.

A lo mejor no debería haberle contado a Jackson lo del beso. No mencioné a Harper, pero tengo la sensación de que sospecha que fue con él. Es que me iba a dar algo; me estaba afectando tanto mentalmente que se reflejaba en mis estadísticas de conducción. Y no me lo puedo permitir. Ya no podía seguir guardando esos pensamientos intrusivos y repetitivos, y entonces un día se lo solté mientras tomábamos un café. Además, conozco a Jackson desde hace casi una década, aunque esta sea la primera temporada que se une a nosotros en la gira como parte del equipo directivo de Hendersohm. Solo es un año menor que yo y, si las circunstancias fueran diferentes, creo que nos habríamos hecho muy amigos hace mucho tiempo.

Su padre es mi jefe, algo que al principio no ayudó, y Jackson siempre ha sido un poco distante. Es difícil escribir de forma objetiva y crítica sobre tus amigos; así que, dado que se ha forjado una carrera y una reputación como periodista deportivo especializado en la Fórmula 1, sé que para él es complicado. Cuando empezaba, surgieron las típicas acusaciones de nepotismo porque su padre es el jefe de uno de los equipos más exitosos y competitivos. En algunos de sus primeros artículos extensos, en artículos para revistas de automovilismo y en un documental de televisión que recuerdo en particular, en mi opinión se pasó de la raya e hizo algunas declaraciones injustas y mordaces sobre los pilotos de Hendersohm, yo incluido; también sobre su padre y las últimas decisiones de los ingenieros. En retrospectiva, creo que tan solo intentaba consolidarse; ahora, más de una década después, se ha ganado una reputación como crítico perspicaz, buen entrevistador y uno de los mejores expertos en automovilismo.

Su año sabático como parte del equipo directivo de Hendersohm es por petición de su padre. Sé que Anders está orgulloso de la carrera de su hijo; sin embargo, creo que también quiere animar a Jackson a cambiar de bando y usar sus conocimientos y experiencia para convertirse en jefe de equipo y, tarde o temprano, en el jefe

supremo, como él. No estoy seguro de que sea lo que Jackson desea, pero supongo que para eso lo va a probar.

Sentados uno frente al otro en el suelo mientras estiramos, hablamos sobre qué pesos vamos a levantar hoy. Sigo dándole vueltas al asunto de Harper, obviamente no lo estoy disimulando bien.

—¿Estás bien? —pregunta mientras me froto la frente sudorosa con la toalla con más fuerza de la necesaria.

Estamos alternando giros rusos y balanceos con *kettlebells*, y estoy canalizando mi frustración en repeticiones más rápidas, que me dejan jadeando más de lo normal.

—Mmm. Una serie más.

—¿Cómo va todo? —insiste Jackson evitando el tema de Harper, como si no quisiera indagar ni revelar lo que cree saber. Y es probable que sea lo mejor.

—Buf —resoplo mientras me tumbo en la colchoneta para no tener que mirarlo a los ojos—. Nunca he vivido con nadie como Harper James. Han pasado cinco días, y ya no lo soporto. Echo de menos a Elijah. Él nunca dejaba migas de pan tostado ni cuchillos con mantequilla tirados por ahí, como si esperara que fuera su criado personal.

—¿Es un poco desordenado?

Miro a Jackson con furia. ¿Un poco desordenado?

—Y más cosas . Es un gilipollas egoísta y desconsiderado. Llega a las tantas por la noche, haciendo estragos en la cocina y armando escándalo. Inunda el baño cada vez que se ducha porque no consigue cerrar la puerta de la ducha del todo. Además, siempre va desnudo.

—Madre mía. Imagínate tener que pasarte todo el día viendo a un atleta sexi y medio desnudo. Debe de ser muy duro para ti.

Ojalá Jackson supiera lo difícil que es. El otro día vi a Harper secándose con la toalla. ¿No sabe cerrar la puerta o qué?

Jackson sabe que soy bisexual y, como no especifiqué ningún pronombre al contarle lo del beso, no sabe que es un tío el que me está volviendo loco.

—Preferiría que se pusiera una camisa y lavara los platos de vez en cuando.

—No, no lo preferirías.

Qué cruel. Finjo arcadas, pero Jackson no me deja en paz. Supongo que años de entrevistas le han dado un buen radar para detectar mentiras.

—Eres la única persona que conozco que no quiere ocupar un asiento en primera fila para presenciar el espectáculo que es Harper James —comenta.

—He venido al gimnasio para alejarme de él. ¿Podemos hablar de otra cosa? —Estoy harto de oír su nombre.

—Vale, vale —accede Jackson—. ¿Tienes ganas de volver a casa un par de semanas después de esta carrera? Silverstone siempre es un circuito muy bueno para ti.

—Y que lo digas. —En Silverstone nunca he quedado por debajo del tercer puesto, ni siquiera en el año en el que debuté. Es mi tierra y tal. Pero, sobre todo, tengo muchas ganas de ver a Elise y a los niños; a mi madre también, por supuesto. Es lo más importante de regresar al Reino Unido—. Me encanta Silverstone, sí. Un primer puesto delante de mi público sería genial. Además, necesito ver a mi familia. Me da la impresión de que he estado fuera demasiado tiempo.

—Sí, la familia es importante —prosigue Jackson—. Nunca lo oirás de él, pero creo que mi padre nunca superó la muerte de mi madre. Está emocionado de que vaya a pasar unas semanas de gira con él.

Hace cinco años, en plena temporada, Brita, la esposa de Anders, falleció de pronto, y le afectó mucho. De hecho, se cogió un día libre durante la temporada y todo, algo que nunca había hecho. Durante meses anduvo como una nube negra, dando órdenes a gritos y saliendo furioso de las reuniones. Llegó un punto en el que la gente tenía miedo de acercarse a él; al final uno de los peces gordos, un viejo amigo de Anders, lo llevó aparte y habló con él. No sé si fue a terapia o no, pero para cuando empezó la siguiente temporada ya casi había recuperado su estado normal, al menos en público.

—Debe de ser duro —digo—. ¿Y tú?

—Ah, pues ya te imaginas. Me sentí muy perdido durante una época, pero… —Jackson traga saliva y parpadea varias veces—. La echo muchísimo de menos, claro, pero para mi padre es diferente. No se le da muy bien estar solo.

—Está contento de tenerte aquí —opino—. Parece un poco más relajado.

La cara que pone Jackson me indica que quiere añadir algo más, pero al final cambia de opinión. Mi presentimiento me dice que algo se está gestando entre la alta dirección, algún gran secreto que se supone que yo no debo saber. Sin embargo, Jackson enseguida recupera la expresión abierta, amigable y accesible que suele poner, y la tensión desaparece.

He estado a punto de preguntarle qué sucede, aunque si quisiera contármelo lo haría. Somos amigos, ¿no? Debería preguntárselo.

Sin embargo, una parte de mí tiene un poco de miedo. Me preocupa que se trate del futuro, del año que viene, y no sé qué pensar al respecto. En todas las entrevistas me siguen preguntando si me voy a retirar al final de la temporada. Pese a que siempre lo esquivo y doy una respuesta llena de frases hechas que no significan absolutamente nada, la verdad es que no lo sé. Este año está siendo mucho más difícil, más duro para mi cuerpo y más complicado aguantar el caos que Harper ha traído al equipo, y me está costando mucho más mantener la concentración.

Y, a pesar de todo el caos que ha provocado Harper, sus resultados han sido increíbles. Aunque Elijah se recupere antes del final de la temporada, podrían decidir quedarse con Harper de todos modos. Incluso podrían elegirlo a él en lugar de Elijah para la próxima temporada. Es impensable.

La única persona con la que quiero hablar de este tema es Elise, y no está aquí. Además, ya tiene demasiados problemas, así que no quiero añadirle más. Creo que Jackson y yo estamos forjando una verdadera amistad; aun así, sigue siendo el hijo de mi jefe, y es evidente que tengo problemas de confianza.

—¿Listo para el *press* de banca? —le pregunto.

Quiero terminar el entrenamiento para poder afrontar con algo de ganas el desastre que Harper me tendrá preparado en la

autocaravana.

Pero, cuando Jackson y yo terminamos y vuelvo a la autocaravana, Johannes está en la sala de estar y los recipientes de cáterin de Hendersohm están esparcidos por el suelo. Los dos han puesto los pies encima de la mesa de centro y están jugando a videojuegos a todo volumen.

—¿En serio? —pregunto, limpiándome los pies en el felpudo con el logo del equipo.

Sé que parezco un pesado, pero no puedo disimular la molestia de mi tono. Una cosa es salir con Johannes y otra muy distinta, traer a un rival a nuestra casa, donde podría ver documentos confidenciales del equipo o escuchar alguna conversación.

—Yo también me alegro de verte, Kian —responde Johannes, como si tal cosa.

—No tengo nada en tu contra, Johannes, pero me pregunto si podrías llevarlo a clases de adiestramiento canino, porque estoy hasta las pelotas de vivir con alguien que no está educado.

—Estoy aquí —tercia Harper, como si pudiera ignorarlo.

—Voy a echarme una siesta antes de la reunión de estrategia. ¿Hay alguna posibilidad de que bajéis el volumen durante la próxima hora? —Es poco probable, pero, como estoy siendo lo bastante amable como para pedirlo, él a lo mejor es lo bastante educado como para acceder.

—Sí, claro —contesta Harper, aunque ninguno de los dos me mira mientras siguen con el puto juego de disparos al que están jugando.

El volumen se queda como estaba.

Me cago en la leche.

Estoy a punto de perder los estribos con él.

Capítulo 14

Harper

He alcanzado un nuevo nivel de mezquindad. Pongo la alarma diez minutos antes de que suene la de Kian. Es muy estricto con su horario, así que es fácil darse cuenta. Me preparo una tortilla de champiñones y jamón, además de un vaso de zumo de grosella negra, asegurándome de ensuciar todo lo posible, y luego me dejo caer en el sofá del salón y espero. La emoción me recorre el estómago y se extiende por todo mi cuerpo.

A las 06:28 de la mañana, Kian sale como un reloj de su habitación para comenzar su clase de yoga de las 06:30. Al principio, como todavía está oscuro, no me ve. Pero cuando enciende la luz se sobresalta.

Es graciosísimo.

—¡Capullo! ¿Qué haces? —gruñe, con la voz ronca y áspera de la mañana.

Dios, casi me pone cachondo. Si consigo que diga mi nombre ahora mismo, es probable que me corra en el pijama.

No digo nada, solo apoyo los pies en la mesa de centro mientras le doy otro bocado a mi tostada.

—¿Te importa? —pregunta, irritado.

Está desenrollando su esterilla de yoga morada en el salón. Lleva una camiseta sin mangas enorme y los pantalones cortos más ajustados que he visto en mi vida. Se pegan a los troncos de árbol que él llama muslos y me hipnotiza la forma en la que tensa los cuádriceps al enfadarse.

—¿Si me importa el qué? —Me hago el tonto porque es que es muy divertido verlo enfadado.

—No es un deporte con público. —Lo dice con su mejor voz de profesor, pero no me desanima.

—Pues cualquiera lo diría —digo, mirando su entrepierna en esos ajustados pantalones cortos.

Esta imagen llenará mi reserva de fantasías durante años. No voy a desaprovechar la oportunidad de verlo hacer la postura del perro bocabajo por nada del mundo.

—No te mueves.

—Gracias, Capitán Obvio. —Meto los pies debajo de mí y me acomodo.

El aceite gotea de mi tortilla doblada y me cae en los dedos. Lamo las gotas y lo oigo respirar de manera entrecortada.

¡Es demasiado fácil!

Ayer por la mañana fui tambaleándome al baño para mear y vi el final de su rutina. Al principio estaba medio dormido, pero enseguida me desperté del todo. Observé todos y cada uno de sus músculos, extendidos y abultados, mientras mantenía la posición. Era precioso. Tenía los ojos cerrados y la respiración controlada, el rostro relajado y sereno. Creo que nunca me he sentido como Kian. No sabía si quería acostarme con él o ser como él.

Incluso me había preparado un tentempié matutino. ¿Qué quería que hiciera? ¿Que lo tirara?

—Pues nada —murmura, y procede a empezar la rutina sentándose con las piernas cruzadas y cerrando los ojos.

Luego mueve el cuello y los hombros con fluidez en un ritual de cuerpo completo que hace que parezca elástico o como si estuviera hecho de agua. No sé cómo describirlo, solo sé que es toda una experiencia verlo tan centrado, tan relajado y tan increíblemente sexi a la vez.

De hecho, empiezo a sentirme como un *voyeur* al observar algo tan personal e íntimo. Tiene culazo, fuerte y musculoso, con hoyuelos en las nalgas al apretarlo.

Sobre todo cuando se inclina en lo que creo que es el saludo al sol.

—Así me gusta, adórame.

Se ríe antes de fruncir el ceño rápidamente y darse la vuelta por completo.

No es que me queje, porque así consigo otra vista perfecta de su culo respingón, ceñido por la finísima capa de licra. Si no conociera a Kian, pensaría que lo hace para provocarme.

Pero lo conozco y sé que es probable que exista una razón por la que lleva esos pantalones cortos. Fijo que es para respirar o moverse con más facilidad.

No me importa cuál sea el motivo. Le agradezco que haya decidido ponérselos esta mañana.

Quiero inclinarlo sobre la mesa de café y follármelo por detrás. Las ganas son tan potentes que he olvidado la bebida y la tostada que tenía en la mano. Estoy hipnotizado por la forma en la que mueve el cuerpo. Hasta que llega al final y termina con algunos ejercicios de respiración.

Se tumba bocabajo, con las palmas de las manos planas sobre la esterilla, y luego se incorpora de modo que curva la columna y echa la cabeza hacia atrás. Observo cómo le palpita una vena del cuello y pienso en el pastizal que podría ganar en OnlyFans vendiendo vídeos de sí mismo haciendo estas cosas.

Empiezo a valorar la posibilidad de probar el yoga; ¿será muy chungo?

Tengo la boca seca.

Ya ni siquiera sé por qué sigo aquí; bueno, es obvio por qué sigo aquí. Es decir, para provocarlo. Para irritarlo. Para intentar obtener una reacción de él. Cuando anoche puse la alarma, me reí con malicia al imaginar lo mucho que se cabrearía; en cambio ahora, aquí sentado, el único que está sufriendo soy yo.

Kian se ha esforzado por dejar claro que el beso fue un error. Pillo las indirectas al vuelo y, como se larga de cada habitación en la que entro, lo he captado a la perfección. Hasta el punto de que me está empezando a enfadar.

Ahora mismo, sin embargo, haría cualquier cosa para convencerlo de que me vuelva a besar. Quiero sentir el roce de sus labios sobre los míos, sus dedos hundiéndose en la piel de mis caderas, mi estómago, mis muslos. Me muero por cualquier caricia suya. Solo una, una vez. Necesito algo que me calme.

Pero sé que no sería suficiente. Una vez nunca será suficiente con él.

Lo sé tan bien como sé cómo me llamo.

Y ese es el problema, en resumidas cuentas.

Soy un lobo solitario, no un animal de manada. Nadie ha creído jamás en mí como yo creo en mí mismo. Siempre me han dicho que nunca llegaría a nada. Siempre me han abandonado, me han dejado atrás, me han desechado como si fuera basura. La única persona con la que puedo contar soy yo mismo. Incluso Johannes, la única persona en la que he confiado durante toda mi vida, apenas está presente ya. Sé que ha encontrado a otro, y al principio me pareció que el mundo se me venía abajo. No podía respirar, no podía pensar, no podía ver. Así que empecé a beber hasta que ya no me importaba nada.

Y entonces llamé a Kian.

Pero no quiero una relación. No quiero depender de nadie, necesitar a nadie, amar a nadie.

Sería mi perdición.

Eso era lo que necesitaba recordar para no hacer ninguna tontería.

Querer estar con alguien más de una vez no funcionaría. Para mí no. Nunca.

Me escabullo mientras él está acurrucado en una especie de contorsionismo encima de la colchoneta. Se acabó la diversión.

Aunque sigo tensando la tela del pijama, así que necesito solucionarlo.

No puedo acostarme con Kian, pero eso no significa que no pueda cascármela mientras me lo imagino estirándose para la postura del saludo al sol.

No necesito mucho, un par de sacudidas y me corro en el puño. Debería bastar. Debería estar agotado, pero no funciona.

Quiero más. Quiero meterle la polla en la boca. Quiero que sus manos me aprieten el culo mientras me chupa los huevos.

¡Jodeeeer!

Por suerte, mi día está repleto de entrevistas, un masaje deportivo y algo de fisioterapia, seguido de compromisos en redes sociales para promocionar el campeonato austriaco. Me han llamado a mí, junto a uno de los suecos, Johannes y Yorris. Por lo menos han elegido a algunos de los pilotos más divertidos, los que tienen más personalidad, así que seguro que nos reiremos.

Lo mejor es que después saldremos todos juntos a cenar y tomar algo. Puede que Kian no quiera socializar con sus rivales, pero yo no veo cuál es el problema.

Yorris es interesante. No lo conozco muy bien, y de primeras no me convence. Transmite una vibra de cabrón total, en un sentido que no mola ni es sexi, pero cuando se toma un par de copas es divertidísimo.

—Ese tío lleva toda la noche mirándote. —Yorris apunta con el cuello de su botella de cerveza a un chico guapo que, como bien ha dicho, no puede quitarme los ojos de encima.

El tío ni siquiera intenta disimular y, cuando intercambiamos una mirada, me hace señas para que me acerque.

—Bueno, chavales —digo, dándome palmadas en los muslos—, disfrutad del resto de la noche. No hagáis nada que yo no haría.

Johannes se levanta del reservado para que yo pueda salir y me lanza una mirada de desaprobación casi idéntica a la de Kian, pero no hay quien me pare.

El guapo es presa fácil. Le pongo una mano en el hombro y tres segundos de mirada fija bastan para que acepte irse conmigo. En cuanto salimos del bar y nos subimos al Uber que he pedido, me doy cuenta de que no sé a dónde lo voy a llevar.

Mi cama de la autocaravana es muy cómoda, pero las paredes son delgadísimas, y Kian seguro que me oirá.

Es perfecto.

Le voy a enseñar lo que se está perdiendo.

—Nunca me ha follado un famoso —comenta él tan pronto como entramos en la autocaravana.

Se me baja todo de golpe. Son todos iguales, solo buscan cinco minutos de fama.

Al principio no me molestaba; hasta me gustaba que me adoraran. Últimamente me repugna. Casi me entran ganas de parar y mandarlo a casa.

Sin embargo, no lo hago. Al final lo llevo a mi habitación y empezamos a sobarnos en la puerta. Él intenta desabrocharme los vaqueros y yo voy bajando por su camisa abotonada, dándole besitos y mordisquitos por su clavícula hasta que su piel se enrojece

y gime cada vez que le clavo los dientes un poco más de lo que debería.

—Joder, qué bien se te da. Mi amigo tenía razón cuando me habló de ti el año pasado.

¡Hostia puta! ¿Por qué no cierra el pico? Me arrepiento de no haber metido una mordaza en mi bolsa de viaje.

No se lo corroboro con una respuesta, sino que me limito a morderle en el hombro, y esta vez se encoge.

Estupendo.

Pero le doy un beso rápido para que se le pase. No quiero que mañana los titulares de los tabloides me llamen mordedor o una especie de caníbal fetichista friki.

A Anders no le haría ninguna gracia.

El chaval me baja los tejanos y los calzoncillos por los muslos hasta dejarlos a la altura de los tobillos, luego se sienta en el suelo. Está delante de mi polla y empieza a pasar la lengua por la punta antes de recorrer la parte inferior. Ahogo un gemido. Busco algo donde apoyarme y encuentro el marco de la puerta mientras este tío me hace maravillas con la boca.

Está disfrutando de cada segundo, ahueca las mejillas y succiona con fuerza mientras se mete en la boca todo lo que le cabe.

Le entra una leve arcada cuando le golpeo el fondo de la garganta con el rabo.

Tiene talento, hay que reconocerlo, y por lo menos ha evitado cargarse el buen rollo diciendo chorradas. Necesito de verdad desahogarme después de lo que ha pasado esta mañana en la autocaravana. Con los ojos cerrados, evoco el recuerdo de la sesión de yoga matutino y casi puedo imaginar que es Kian el que está de rodillas frente a mí.

Nada va a impedir que me corra ahora mismo.

—¡Tiene que ser una puta coña! —sisea Kian desde la puerta. El tío, cuyo nombre no recuerdo, se sobresalta y se atraganta con mi polla—. Haz lo que quieras en tu habitación, pero esto sí que no. Tenemos que compartir este espacio. No quiero pisar tu corrida de camino al baño.

El chaval está aterrorizado y se levanta. Tengo suerte de que no me arranque la polla con lo rápido que se ha apartado.

—¡Joder! ¿Es Kian Walker? ¿Compartes la caravana con Kian Walker? Qué suerte, tío. Preferiría mil veces hacerle una mamada a él que a ti. No te ofendas.

¿Por qué la gente comenta eso cuando es obvio que acaba de decir algo ofensivo?

—No, gracias —dice Kian.

Eso no consigue curar mi maltrecho ego. Yo también preferiría estar comiéndole la polla a Kian Walker.

—Deberías irte —le sugiero, y sale de aquí más rápido que una rata por una alcantarilla—. Muchas gracias, ¿eh? —añado girándome hacia Kian.

La luz del porche lo ilumina en la puerta. No está contento, tiene la punta de las orejas y la parte alta de las mejillas rojas como un tomate, y no estoy seguro de si es porque me ha pillado recibiendo una mamada o porque lo hemos despertado.

En cualquier caso, está muy mono tan descolocado.

De repente, recuerdo que me sigue colgando el rabo, que no se ha enterado de que es hora de bajar. Creo que estoy incluso más cachondo ahora que cuando se lo he metido hasta el fondo al tío del bar.

Pero sé que, si no me subo los calzoncillos, puede que Kian me ampute la polla, así que me los subo enseguida, seguidos de los vaqueros.

—Ya era hora, joder —dice, sin moverse de la puerta, como el pervertido que es.

—¿Decepcionado?

Incluso con la poca luz que hay, es difícil no ver cómo se le oscurecen los ojos, casi como si estuviera decepcionado. O tal vez solo sea una ilusión.

—Es que tengo que compartir este sitio contigo durante otras once semanas.

Es una mentira descarada. Ni siquiera él se la cree, y yo menos aún.

—Si tú lo dices… —replico, soltando la bomba casi tan rápido como me he bajado los pantalones para el tío cuyo nombre no recuerdo.

Vuelvo a mi habitación y cierro la puerta de golpe, imaginándolo corriendo para espiar por una rendija mientras me corro.

Es una paja rápida e intensa, y ni siquiera intento no hacer escándalo al llegar al orgasmo.

Lo único que lamento es que la puerta no tenga una mirilla para ver lo mucho que lo he sorprendido.

Capítulo 15

Kian

Ver a ese chico arrodillado delante de Harper me afectó de una forma que soy incapaz de admitir.

El motivo original por el que los vi —la necesidad de orinar— ya no era factible, porque se me puso durísima, y tuve que pajearme al volver a la cama. Lo que me dejó al borde de la locura fue ver a Harper poner los ojos en blanco cuando el chaval le comía la polla entusiasmado. Es como si la imagen se me hubiera grabado en la retina, de modo que, al regresar a la cama y mirar fijamente al techo, solo conseguía ver el absoluto placer que le irradiaba el rostro. Me empalmé más y más, quizá incluso más cuando Harper se dio cuenta de que había estado inmóvil en el marco de la puerta observando en silencio durante un par de segundos antes de anunciar mi presencia.

Tuve que recolocarme para que no quedara clarísimo que la escena me ponía cachondo, pero él se dio cuenta. Lo sé por la sonrisilla pícara que esbozó.

Sin embargo, en cuanto salí del trance no me quedaba nada más que rabia. Una cosa es ser un poco desordenado, dejar platos sucios a un lado y ropa tirada por el suelo, pero ¿tener sexo en nuestro espacio compartido? Es una falta de consideración, es imperdonable y, francamente, asqueroso.

Sigo pensando en eso al despertar. Me ha costado años de práctica concentrarme durante las clasificatorias, y necesito la estructura de mi rutina más que nunca para centrarme y afrontar la carrera con la mentalidad adecuada, pero las imágenes de anoche se reproducen en bucle en mi cabeza. Por la noche me desplomo en la cama y vuelvo a dormir fatal.

Como resultado, llego tarde a mi sesión de yoga matutino. Son mucho más de las ocho cuando por fin extiendo la esterilla y

empiezo en el salón, pero tengo que confiar en el proceso y seguir los pasos que sé que me funcionan.

Estoy en la postura del saludo al sol cuando aparece Harper. Pienso durante un segundo que está a punto de cabrearme y volver a observarme desde el sofá, pero está completamente vestido con la ropa del equipo y sale corriendo antes de que pueda siquiera saludarlo. No dice a dónde va, y, cuando termino el yoga y reviso nuestro calendario compartido, no veo nada en su agenda tan temprano.

Qué raro. Casi me preocupa un poco qué estará tramando, aunque me basta con un recuerdo de su polla dura para expulsar cualquier preocupación. Harper es un egoísta de mierda, y necesito concentrarme en mi propio rendimiento.

Varias horas después, regresa de donde sea que haya estado, dejando tras de sí una estela de furia silenciosa. Se encierra en su habitación. Una inquietante quietud se apodera de la autocaravana hasta que llega la hora de ir a la pista.

Lo más extraño es que no dice nada en todo el camino. Por lo general, no para de hablar de todo y de nada, o se burla de mí por hacer yoga y la meditación que me ha «pillado» haciendo más veces de las que me gustaría admitir.

Si alguien me acusara de haber empezado a practicar en el salón para que me viera, lo negaría hasta la saciedad. Pero en el amor y la guerra…

En cuanto entramos en el box, me hacen un par de entrevistas previas a la carrera. Siempre es mucho más emocionante cuando te entrevistan delante del público. La gente aplaude y corea, y veo por lo menos a una docena de personas con ropa de Hendersohm, algunas con carteles con mi nombre. El ambiente no perjudicará a mi reputación y mi ego se llena de alegría. No me preguntan cuándo voy a retirarme.

—Siempre te vemos con auriculares puestos cuando calientas cerca del trazado. ¿A quién o qué estás escuchando? —se interesa la presentadora de Sky Sports.

Hacía tiempo que no me formulaban esta pregunta, quizá porque cuando me la hacían mucho al principio de mi carrera como piloto

mis respuestas siempre eran las mismas.

Ya no.

—A veces es un pódcast de meditación guiada, a veces es Noah Kahan u Hozier.

Ella asiente como si fuera a dar más detalles, pero de repente me quedo paralizado. Harper, con la capucha puesta, está de pie a la sombra de una bandera con los logotipos del equipo y de nuestros principales patrocinadores, y se está secando las lágrimas. Nunca pensé que vería algo así.

La reportera vuelve a hablar, y doy gracias a Dios de que no sea en directo, ya que no oigo ni una de las palabras que dice. Toda mi capacidad mental está centrada en Harper.

¿Qué coño está pasando?

—Lo siento mucho, ¿podrías repetirme la pregunta? —digo con la mayor cortesía posible, intentando no parecer un capullo arrogante.

—Te preguntaba que por qué meditación guiada.

—Me ayuda a concentrarme. Las carreras son tanto mentales como físicas. Estar en el estado mental adecuado es tan importante como entrenar en el gimnasio o en la pista. Afecta enormemente a mi rendimiento. Sé que la mayoría de los pilotos prefieren música más animada para motivarse, pero a mí esto es lo que me funciona.

O, como mínimo, lo que me suele funcionar. Últimamente me ha fallado un par de veces.

Pero hoy no. No voy a dejar que me falle hoy.

Hoy tengo que estar alerta. No puedo permitirme preocuparme por lo que le pasa a Harper. Él no se preocupará por lo que me pase a mí, desde luego.

Los dos ocupamos buenas posiciones de salida, pero ese es el último momento en el que la situación pinta bien.

En la primera vuelta, perdemos a dos pilotos enseguida. Justo delante de mí ocurre un pequeño accidente, del que ninguno de los monoplazas puede recuperarse. Aunque haya pocos restos en el circuito, tengo que esforzarme para evitar chocar contra ellos, y eso me ralentiza la vuelta.

Es su accidente, pero para mí es de lo más frustrante cuando cada segundo cuenta.

Al cabo de dos vueltas, vuelve a suceder.

—¿Qué está pasando, Cole? —pregunto cuando aparece otra bandera amarilla y tengo que reducir la velocidad de nuevo.

—Es un Ferrari. Estamos a la espera de saber qué pasa. Podría ser grave. Ha chocado con la barrera. Puede que entre el coche de seguridad. Te mantendré informado. —Este circuito no es precisamente conocido por los accidentes, así que me sorprende que haya tantos.

—¿A cuántos pilotos hemos perdido ahora mismo?

—A cuatro.

—¿Quién va primero?

—Yorris. Pero estás cerca. Sigues segundo. No dejes de apretar.

—¿Y Harper?

Se hace un breve silencio, casi como si quisiera dejarme terminar la vuelta antes de contestar. Aunque me conoce bien y ha sido mi ingeniero de carrera durante unos cinco años, no se da cuenta del estrés que me genera su silencio.

Sobre todo después de cómo he visto a Harper esta mañana.

Cruzo la línea de meta a toda velocidad, preparándome para otra vuelta, cuando me informa:

—Decimosexto.

Todavía tengo tiempo de presionar a Yorris e intentar llegar al primero puesto, pero está claro que Harper está teniendo una pésima carrera.

—¿Qué le pasa? —me extraño, pero Cole no lo sabe.

Harper debe de estar destrozado. En un día como hoy, nadie quiere ocupar el último puesto.

Por suerte, consigo expulsar de mi mente la idea de que esté molesto. No logro adelantar a Yorris y tengo que conformarme con un segundo puesto, pero lo acepto.

Harper, en cambio, llega al box cojeando.

Espero que alguien esté pendiente de él y que no esté solo. Seguro que Ash se encarga. Es muy fácil que un mal día, después de haber tenido un buen desempeño, se convierta en un momento muy difícil. Es un golpe duro que no deja de afectarte mientras tu estado mental se hunde. No es algo que puedas olvidar, porque tendrás que

responder preguntas de la prensa sobre tu desempeño y leer el análisis de tus errores. Luego, antes de la siguiente carrera, te preguntarán cómo vas a corregir esos errores y qué haces para recuperarte tras semejante fracaso. Es como recibir una bofetada justo cuando más necesitas animarte.

Cuando salgo del monoplaza, el box está más silencioso de lo normal después de que un piloto de Hendersohm haya terminado segundo, y sé al instante que es por Harper.

Está sentado en un rincón, con una sudadera del equipo encima del mono, con los cordones ajustados alrededor de la cara para no ver y que nadie lo vea a él. No sé ni qué decir. Es una imagen desoladora, y sospecho que está llorando. Terminar fuera de los diez primeros puede ser devastador, y él no tiene la resiliencia de un piloto experimentado. A veces olvido que todavía es un novato y que esta es su primera temporada.

Seguro que se siente aún peor por el hecho de que vayamos a caer al segundo puesto en el Campeonato de Constructores como consecuencia de su resultado. Sabe que es su culpa, no hay ninguna duda. Esto no es como el fútbol, donde un error lo pueden cometer tres, cuatro o más jugadores, o verse agravado por diferentes incidentes y provocar la derrota. La forma en la que se reparten los puntos en este deporte lo deja claro.

Cuando lo veo ahí sentado, completamente desanimado, sobre todo después de lo callado que ha estado esta mañana, se me pasan las ganas de enfadarme con él. Tiene que olvidarse de Austria y centrarse en lo que viene: Silverstone. Es nuestro hogar y tenemos que arrasar. Tampoco es que yo haya quedado primero hoy; también podría haber hecho más para quedar primero en lugar de segundo.

Solo espero que Harper sepa afrontar los contratiempos y no se hunda en la desesperación, y que Johannes sea de esos amigos que no hacen leña del árbol caído.

Normalmente, a estas alturas del análisis posterior a la carrera, Harper bromea con Ash, busca los tiempos de vuelta específicos y repasa los momentos de la carrera en los que los neumáticos no se comportaron bien o ve imágenes de los momentos clave.

Ash lo intenta, pobre. Le muestra los mejores momentos de las vueltas, pero no funciona. Harper está a punto de estallar y, como es la primera vez que le pasa, nadie sabe cómo ayudarlo. ¿Se convierte en un torbellino de ira, destroza cosas o se enfurruña? Hay una especie de contención colectiva mientras esperamos a ver qué pasa.

Al final, tan solo se derrumba.

Se cierra en banda. Es como si le hubieran succionado el alma. Es una devastación total.

Por suerte, Anders lo libera de cualquier entrevista, y Harper se va tan rápido que casi parece que se evapora. Por desgracia, ya hay periodistas merodeando cerca, así que tiene que esforzarse para llegar a un coche mientras le bombardean con preguntas implacables sobre su desempeño. Ojalá esté diciendo: «No haré declaraciones», sobre todo para que no comente nada de lo que se arrepienta más tarde.

Anders corre tras él y le grita que «nada de prensa» no significa que pueda irse, pero Harper ya se ha marchado.

Me quedo solo ante los medios y ninguno quiere hablar de mi segundo puesto. Todos quieren saber qué le ocurre a Harper James.

—¿Ha sido un problema técnico o de ingeniería? —pregunta uno de ellos, con el micrófono colgando sobre un grupo de columnistas y locutores de radio.

—Que nosotros sepamos, no. Se hará un análisis exhaustivo del coche tras la carrera, claro, pero no parece ser un fallo mecánico.

—En ese caso, ¿su mal desempeño de hoy se debe a un error de conducción?

La pregunta me enerva un poco. ¿Podría haberlo hecho mejor? Claro que sí, pero no ha provocado ningún accidente en la pista ni ha dañado el monoplaza; solo ha tenido un día de lo más malo.

—Todos tenemos un mal día. Nadie es perfecto, no somos robots. Pero la temporada todavía no ha terminado. Eso es lo bonito del automovilismo. Aprendemos de la carrera y lo ponemos en práctica para la próxima.

Doy respuestas así a cualquiera que intenta provocarme para que critique a Harper, más cuando mencionan que Harper podría habernos costado la victoria del Campeonato Mundial de

Constructores. Mi tono se vuelve más cortante a medida que se suceden las preguntas. No sé cuándo empiezo a proteger a Harper James; sin embargo, no tiene nada que ver con las amenazas de Anders, sino con la imagen de él acurrucado en un rincón, con el corazón a punto de romperse.

Quiero volver a casa, sobre todo al Reino Unido, donde veré a mi familia y sentiré la fuerza de su amor y apoyo, pero también a la autocaravana.

Aunque no estoy del todo seguro de lo que me voy a encontrar.

Con lo angustiado que estaba cuando ha salido furioso del box, desquitando la frustración con todos los periodistas que lo esperaban e ignorando las súplicas de Anders para que parara, no tengo ni idea.

Quizá ha destrozado la autocaravana, le ha prendido fuego o está ahogando las penas en vodka o con la mamada de un desconocido. Es difícil predecir lo que hará Harper.

Al entrar, reina el silencio. Todas las luces están apagadas. Cuando las enciendo una a una, veo que no hay nada roto, destrozado ni ardiendo.

Hay una espeluznante quietud. Es casi demasiado. No me he quedado mucho tiempo después de la reunión del equipo, así que me sorprende que haya podido llegar a casa, ducharse y marcharse en este tiempo, aunque ya nada debería sorprenderme de Harper James. Hace lo que le da la gana y le importan poco las consecuencias o los daños colaterales.

Estoy a punto de ir a darme una ducha, con la mano sobre el interruptor, cuando un leve ruido se filtra por debajo de la puerta del baño compartido. Es casi inaudible, como si mi mente me estuviera jugando una mala pasada. Hasta que pego la oreja a la puerta y ahí está de nuevo: pequeños sollozos. Casi puedo imaginarlos recorriendo su cuerpo, su pecho subiendo y bajando mientras intenta controlar los gimoteos.

Me rompe el corazón. Más aún viniendo de un tío que tiene una coraza tan dura.

No puedo dejar de escuchar, así que me siento como la peor persona del mundo por estar escuchando a escondidas su dolor en

lugar de acercarme y ver cómo está.

Pero ¿qué le digo a un tío que tiene una dura capa de arrogancia alrededor que utiliza como armadura? ¿Qué le digo al tío que seguramente rechazaría con vehemencia cualquier intento de consolación?

¿Qué le digo al tío al que he besado una vez y en el que no he podido dejar de pensar desde entonces?

Capítulo 16

Harper

Cuando vuelvo a la autocaravana, me zumban los oídos con palabras como «última oportunidad», «la hora de recomponerse» y «estás a una cagada de tener que buscar otro equipo». Dejo atrás a los periodistas echando chispas por los ojos, pero ellos no se inmutan y siguen metiendo el dedo en la llaga de mi fracaso.

Decimosexto. He quedado decimosexto, joder. No recuerdo siquiera cuándo fue la última vez que quedé tan mal. No recuerdo haber quedado nunca lejos de los diez primeros puestos, ni en la categoría inferior ni en la Fórmula 1.

Lo peor de todo es que hemos cedido el liderato del Campeonato de Constructores. Es horrible. Solo me ha parecido más horrible ver la cara de todo el mundo cuando han comprendido lo que significaba…, y entonces a Kian se le ha caído el alma a los pies. Anders no estaba nada contento.

Es totalmente culpa mía. Soy el culpable.

Siempre ignoro a los remilgados y puritanos que intentan entrometerse en mi forma de vivir la vida, pero no soy un imbécil integral. Desde que me llamaron para subir a la Fórmula 1, hasta yo he ido con más cuidado. Al principio de la temporada, Anna me comentó una serie de expectativas relativas al comportamiento de un piloto de Hendersohm. Una lista básica de cosas que hacer y no hacer, por llamarlo de alguna manera. Desde que firmé el contrato, no me he alejado demasiado de esas directrices. No he hecho nada que pueda provocar mi despido. Me da igual lo que piense Kian: quiero estar en el equipo. Lo curioso es que lo que va a provocar que me despidan es algo que hice antes de que empezara siquiera la temporada.

Hace un par de años, hice una orgía con tres tíos, y ahora lo voy a pagar caro porque alguien hizo un vídeo, cómo no. Por lo visto, el equipo de relaciones públicas de mi mánager se las ha visto y

deseado para intentar retener la historia. Supongo que antes yo no era un perfil lo bastante conocido, por lo que mi chantajista ha esperado hasta que subiera a la categoría superior para ver si podía sacar algún dinero con las imágenes. Tenía la intención de vendérselas a los medios, pero al parecer voy a ser yo quien se las compre, con una considerable parte de las ganancias de esta temporada.

No hay nada malo en hacer una orgía, ya que fue consensuada y todos éramos mayores de edad; aun así, Anders se puso como loco porque a los propietarios, los patrocinadores y los VIP no les haría ninguna gracia, claro. Esta temporada no he cruzado ninguna línea roja; sin embargo, sé que me he acercado a zonas grises y, tras la bronca que nos echó Anders en Baréin, no puedo tentar a la suerte. Sin embargo, aunque me hubiera comportado como el niño bueno, como Don Pelmazo, mi pasado habría vuelto de todos modos a tocarme los cojones. Por lo visto, hubo una reunión con el equipo sénior, que decidió que me iban a dar una última advertencia. Otra cagada y adiós, muy buenas. Es evidente que lo que Kian le haya susurrado a Jackson al oído ha llegado hasta Anders. Tengo suerte de que Elijah no esté todavía lo bastante recuperado como para regresar, porque de lo contrario ya me habrían puesto de patitas en la calle.

La gente lleva toda la vida diciéndome que siente la cabeza. Que no haga nada que pueda poner en riesgo mi carrera. Siempre les he dicho que me dejen en paz. En cambio, tenían razón. Siempre la han tenido. Quizá por eso me esfuerzo tanto y conduzco tan rápido, porque intento escapar de los demonios que sé que me persiguen. Los demonios que siempre me persiguen. Los errores que ya he cometido. Si bebo mucho, follo mucho, gano mucho, algún día seré lo bastante mayorcito como para que los demonios ya no puedan hacerme daño. ¿Acaso no es con eso con lo que sueña un niño como yo, con dejar atrás el miedo de que algún día lo señalarán y lo llevarán de vuelta a la pocilga de la que salió? Hace tiempo, oí que alguien lo apodaba «el síndrome del impostor», aunque creo que es poner palabras de terapia a una mierda muy gorda. Es distinto para

la peña como yo, los que no tenemos donde caernos muertos, ningún sitio al que ir ni nadie a quien recurrir.

La estoy cagando por activa y por pasiva: con el equipo, con Kian, con mi vida en general. Es probable que la esté cagando desde que aparecí en este mundo.

Ahora le he costado puntos al equipo y, posiblemente, el Campeonato Mundial de Constructores. ¿A cambio de qué? De un par de orgasmos mediocres de tíos que son unos cabronazos.

Ni siquiera puedo llamar a Johannes. Últimamente, apenas nos vemos. Siempre está ocupado con el secreto que me oculta, y creo que de todos modos tampoco me entendería. ¿A quién más iba a importarle? En mi móvil hay muchos nombres y teléfonos, pero no puedo llamar a nadie para contarle lo que está pasando.

De ahí que me vaya a la autocaravana y me encierre en mi habitación.

Durante lo que parecen horas, aunque en realidad no son más que unos minutos muy largos mientras reflexiono acerca de lo que ha ido mal, me quedo tumbado mirando el techo oscuro. No estoy acostumbrado a tanto silencio.

Hay tanta calma que oigo cuándo vuelve Kian y cómo deambula por el comedor. Es probable que esté ordenando, pero ¿quizá me esté buscando a mí? O quizá es un delirio pensar que a Kian pueda preocuparle lo que esté haciendo yo. Me resulta un tanto reconfortante oírlo dar vueltas por la caravana. Supongo que está aliviado por poder tenerla para él solo durante un rato. Quiere que me vaya, claro. ¿Quién no lo querría?

Bueno, pues pronto se le cumplirá el deseo. Sabía que esto no podía durar. Sabía que tarde o temprano lo mandaría a la mierda. Como siempre lo mando todo a la mierda. A fin de cuentas, este no es mi sitio.

Me acurruco contra la almohada y me la meto en la boca para ocultar los sollozos, pero no puedo parar de llorar.

Al cabo de un rato, oigo que abre el grifo de la ducha, y casi siento alivio al pensar que el ruido del agua salpicando contra los azulejos ahogará mis sollozos. Quizá también ahogue el ruido de mi cabeza.

Sin embargo, dura poco. O Kian se ha dado la ducha más rápida de la historia o la ha abierto para que no lo oiga cagar. No sabría decir qué es peor, porque siempre se necesita una ducha larga después de un día de carreras para quitarse la peste a goma y a gasolina. Sigo llorando contra la almohada hasta que no puedo más. Me parece oír a Kian salir, y espero que solo esté siendo amable y dándome espacio, aunque sé que no me lo merezco.

Cuando llama ligeramente a mi puerta, es a la vez esperado e inesperado.

Esperado porque pensaba que entraría enseguida en cuanto llegara a la autocaravana, despotricando sobre lo malo que soy, lo decepcionado que está, cómo lo he arruinado todo para los dos. Y ni siquiera lo habría culpado.

Inesperado porque, cuando le susurro que entre, tiene una bolsa de comida para llevar en una mano y un par de cervezas colgando entre los dedos de la otra.

—¿Te parece bien que pase? —me pregunta desde la puerta, un rayo de luz que se cuela en mi habitación.

No recuerdo la última vez que alguien me vio llorar. Tenía a lo mejor… ¿catorce años? Una tarde, en aquella maravillosa casa de acogida, la familia que pensé que por fin me adoptaría me pidió que entrara y me sentara. Supe exactamente qué tipo de conversación se avecinaba.

Hora de irse. Otra vez.

Para entonces ya había superado la etapa de sollozar como un niño pequeño, pero no pude evitar que varias lágrimas silenciosas corrieran por mi rostro cuando me dijeron que la asistente social llegaría por la mañana y que me ayudarían a guardar mis cosas en un par de bolsas de basura. Las cosas que habían hecho de la habitación de la planta de arriba mi hogar.

Aunque todavía está bastante oscuro, me esfuerzo por secarme las lágrimas por si así consigo que no se dé cuenta. Deja la comida para llevar a los pies de mi cama antes de sacarse dos bandejas de debajo del brazo. Se mueve con torpeza hasta que enciende la lámpara de mi mesita de noche, que nos ilumina con una luz cálida. La luz justa para servir la comida.

Ha traído una mezcla de todo: fideos, arroz, una variedad de carnes con diferentes salsas de frutas. Y lo más importante: patatas fritas con sal y pimienta. Ni siquiera sé qué está pasando ni por qué, pero no puedo decirle cuánto necesito esto ahora mismo. No tengo palabras para expresar lo reconfortante que es esta comida y cuánto me recuerda a las cenas baratas de mi infancia. No importaba dónde viviera, las patatas fritas con sal y pimienta del restaurante chino sabían igual, y me llenaban.

—No es que no te esté agradecido —empiezo a decir, sorbiendo por la nariz mientras intento encontrar la mejor manera de terminar la frase—, pero… ¿por qué?

No es elegante, pero tampoco lo es la forma en la que me limpio la nariz mocosa con el edredón, pero así soy yo.

—Hoy ha sido un día de mierda y es comida china para llevar. Creo que a los dos nos sentará muy bien.

Tranquilo y sereno, se sienta en mi cama y recuesta la espalda contra la pared. Con el festín chino situado entre los dos, se pone a comer.

—Ha sido un día de mierda solo por mi culpa. Que conste que lo siento.

Me mira como si un conejo blanco acabara de salir de mi boca y estuviera bailando alegremente en el suelo.

—¡Vaya! Nunca pensé que oiría esas palabras brotar de la boca de Harper James. —Abre una cerveza y me la da antes de hacer lo mismo con la suya.

—Estás bebiendo cerveza sin que nadie te coaccione. Yo tampoco pensaba que llegaría a verlo.

Brindamos con las botellas y comemos. Bebo un sorbo y luego miro la etiqueta. Es cerveza sin alcohol. Supongo que hay cosas que no cambian nunca.

El silencio vuelve a instalarse a nuestro alrededor, pero con cada bocado puedo sentir su mirada. Tiene varias preguntas en la punta de la lengua y dudas en la forma en la que se le han suavizado los ojos al ver las marcas de lágrimas que aún están en mi cara. Por una vez, casi quiero que me lo pregunte. Quiero que me lo pregunte para poder contárselo. Creo que quiero que lo sepa.

Pero no hablamos hasta que no recogemos nuestros platos y guardamos las sobras. Cuando sale de la habitación para meterlas en la nevera, después de haber apurado la cerveza, no estoy convencido de que vaya a volver. Ya ha hecho su buena acción del día, no tiene ninguna responsabilidad conmigo. Podría irse a su habitación, llamar a su hermana y fingir que esto no ha pasado, que no hemos tenido un momento civilizado en el que hemos podido respirar el mismo aire sin necesidad de discutir ni de follar.

Al final, sin embargo, regresa, con una segunda cerveza en cada mano, y se acomoda de nuevo en el borde de mi cama. Tal como estamos sentados, nos rozamos con los pies, y ninguno de los dos hace el menor intento por apartarse.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta por fin—. Has estado entero toda la temporada. Hasta los críticos más duros dicen que has tenido una primera mitad de temporada increíble para ser un novato. Dejando a un lado los titulares sensacionalistas, tu rendimiento en la pista ha sido excelente.

—Me sorprende que no lo sepas ya. Parece que todo el mundo lo sabe. Es mi última oportunidad, ¿verdad?

—¿Y has pensado que cargarte también tu rendimiento era la manera de afrontarlo?

Casi le gruño en la cara.

—Claro que no. No podía concentrarme, ¿vale? Estoy donde siempre he querido.

—Pues no entiendo por qué te comportas como si no te importara. Tantas juergas, tantas borracheras y polvos de una noche… Eres tu peor enemigo. Es como si te estuvieras autosaboteando… —Se detiene de repente, como si se diera cuenta justo antes de decirlo—. Te estas autosaboteando, ¿verdad, Harper?

Me da un empujón en el hombro.

—La he cagado, ¿eh? —Me encojo de hombros porque no tiene sentido intentar ocultar nada. Como si no estuviéramos hablando de mi futuro en el deporte que adoro, lo único que sé hacer—. No sé cómo parar.

—Pero ¿por qué? Ahora mismo, tienes el mundo a tus pies. ¿De qué tienes tanto miedo?

«De que lo que más deseo en el mundo no me corresponda».

Las lágrimas me escuecen en los ojos. ¿Cómo es posible que me quede algo en los lagrimales?

—Creo que se llama problemas de abandono.

Por lo menos, fue lo que dijeron los terapeutas. Fui a varios cuando era adolescente, pero siempre fue intermitente e inconsistente, dependiendo de dónde viviera en ese momento. Nunca estuve con ningún terapeuta el tiempo suficiente como para aprender a abrirme o ser vulnerable, y la vida me enseñó a no confiar en nadie más que en mí mismo.

—Es probable que también tenga problemas de confianza.

Siempre he logrado esquivar a los psicólogos de equipo y el entrenamiento de rendimiento como parte de mi carrera profesional, y aquí estoy ahora.

«Aquí estamos», pienso. Él está aquí y me está preguntando, y quiero contárselo.

Respiro hondo y me lanzo:

—Fui un accidente. Padres adolescentes que todavía estudiaban y que obviamente no me querían, pero se enteraron demasiado tarde como para hacer algo al respecto. Creo que aun así lo intentaron. No me acuerdo de ellos, la verdad, pero me cuidaron hasta que tuve casi seis años y luego me dejaron con mi abuela y se esfumaron. O eso es lo que dice mi expediente. Mi abuela era estupenda, pero cuando cumplí diez años le diagnosticaron cáncer en etapa cuatro y falleció al cabo de cinco meses.

Kian extiende un brazo y dejo que me arrime a él. No debe de estar cómodo, aunque para mí es agradable.

—En ese momento entré en el sistema de acogida. Ningún otro familiar me acogió y mis padres ya habían muerto. Tenía la edad suficiente para comprender que a nadie le importaba, que nadie se preocupaba por mí y que no había una sola persona en el mundo que me quisiera.

Kian se tensa a mi lado. No sé qué esperaba, pero seguro que no era esto. Me estrecha con fuerza con el brazo, como si su vida dependiera de ello. O como si la mía dependiera de ello.

—Durante los siguientes ocho años, pasé por nueve familias de acogida diferentes; ninguna me quiso, como mínimo no lo suficiente como para quedarse conmigo. A otros niños a los que conocía los acogieron, y nunca volvieron. Fueron adoptados, mientras que yo no, y creo que eso fue el detonante de todo.

—No lo sabía… —empieza a decir.

Niego con la cabeza para interrumpirlo, es obvio que no lo sabía. No es algo de lo que haya hablado públicamente.

—No me malinterpretes, la mayoría de las familias fueron buenas conmigo. La última lo intentó de verdad: me pagaron los karts, intentaron que fuera a terapia, procuraron que me sintiera integrado, pero creo que para entonces ya había levantado un montón de muros. El daño ya estaba hecho. Es más fácil estar constantemente a la defensiva. Nadie puede hacerte daño si no les das una oportunidad.

—¡Por Dios, Harper! Si antes no tenía sentido, ahora sí. Sé que quieres estar aquí porque salta a la vista, pero la cagas sin parar porque quieres asegurarte de tener un montón de excusas guardadas para explicar por qué te han echado, y que no sea porque no eres lo bastante bueno.

—Madre mía. Quizá deberías hacer terapia cuando te retires.

—No pronuncies esa palabra —gruñe.

—¿Por qué te cabrea tanto?

Veo la frustración reflejada en su rostro cada vez que un periodista le pregunta sobre sus planes una vez que termine la temporada.

—No me cabrea. Es que me da la impresión de que los demás ya lo han decidido, pero yo no. No voy a sopesarlo hasta que termine la temporada. Estoy aquí y quiero conservar mi título, eso es lo único que me importa. No sé si será el último o si ganaré cinco más.

—Estás teniendo una gran temporada, pero a veces parece que no estás disfrutando. Como si ya no te gustara. Como si no quisieras estar aquí.

Me he fijado, ahora me doy cuenta. Todavía se entusiasma con cada victoria; sin embargo, al mismo tiempo se mantiene alejado de la magnitud de lo bueno que es y no puede llegar a disfrutar del todo de la experiencia.

—No siempre quiero estar aquí; es eso —replica sin más, y sé que lo dice en serio.

—¿Por mi culpa? —Casi me da miedo preguntarlo, pero a lo mejor es mi única oportunidad.

—Sabes lo de mi madre, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Claro que sí. Todo el Reino Unido se conmocionó cuando se anunció que a Chastity Walker le habían diagnosticado párkinson en etapa temprana.

—Su salud ha empeorado mucho y mi hermana es ahora su principal cuidadora. Elise ha sacrificado muchísimo para cuidarla, y luego estoy yo, vagabundeando por el mundo como si no fuera mi responsabilidad.

—No me imagino a tu madre desaprobando que vivas tu sueño. O sea, ¿no fue lo que hizo ella? Creo que leí un artículo que decía que os llevaba a ti y a tu hermana de gira cuando erais pequeños.

No voy a admitir que he leído todos los artículos que existen sobre Tyler Heath y Chastity Walker.

—La diferencia es que ninguno de los dos estaba enfermo. No nos abandonó para ir a perseguir sus sueños. Se aseguró de que tuviéramos la mejor vida posible, incluso cuando vivíamos en un autobús de gira.

—Pero tú no tuviste una vida normal. No debió de ser una infancia fácil, y pagaste el precio de que ella alcanzara sus sueños. Eso demuestra que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por su carrera. ¿En qué se diferencia de lo que estás haciendo tú?

Se queda perplejo, casi como si se estuviera devanando los sesos para demostrarme que me equivoco. Aunque no puede, y debería ser positivo, pero está claro que no lo es. Lo veo tan destrozado como me siento yo por dentro.

Los dos seguimos oliendo a circuito, y por desgracia no a pilotos rociados con el champán de la victoria, algo que debería haber ocurrido en Austria. Éramos los favoritos para ocupar el primer y segundo puesto, y lo hemos mandado todo a la mierda. Bueno, como mínimo yo.

Puede que seamos un equipo, pero ahora mismo no siento que haya nada que podamos hacer para arreglar las cosas. Entonces me

doy cuenta de que quiero arreglar las cosas por Kian. No porque su padre sea Tyler Heath ni porque fuera mi ídolo, sino porque esta noche ha intentado animarme.

Así que hago lo único que se me da bien fuera de las carreras. Me inclino hacia él, buscando con la mirada cualquier señal de que él no lo desea. Como no veo ninguna, planto los labios en los suyos y le suplico en silencio que se abra más a mí de esta manera.

Cuando los separa, lo noto al instante y no dudo. En cuestión de segundos, me siento encima de él, con las lenguas entrelazadas, acariciándonos la cara con las manos en un momento que resulta dulce y sensual. No es la explosión de pasión que he imaginado mil veces con Kian mientras estaba solo en la cama, preguntándome si él también pensaba en mí. En cierto modo, sé que esta vez no se apartará, así que voy más despacio y me tomo mi tiempo. Ya no tengo prisa por entrar y salir antes de que me rechace.

Como resultado, todo es completamente diferente. Desde la lentitud con la que nos movemos juntos hasta el hecho de que los dos la tenemos dura como una roca, pero ninguno tiene prisa por desnudarse o pasar a la siguiente fase.

Incluso el beso no parece una simple antesala del sexo, aunque espero que tarde o temprano lleguemos a ese punto. Es casi como si por fin estuviéramos obteniendo lo que queremos del otro, lo que he necesitado de él desde el segundo en el que me puso en mi lugar en el avión a Baréin.

Es como si estuviera consumiéndolo, saboreando todo lo que puede ofrecerme y disfrutándolo plenamente como si bastara con esto. Pero de pronto, al explorarlo con las manos, encuentro el dobladillo de su camiseta. Jugueteo con la tela hasta que él capta el mensaje e interrumpe el beso para quitársela.

Kian es un espécimen precioso. Tiene un pecho ancho y tonificado, con algunos vellos oscuros y un surco en forma de V que sé que es el resultado de un entrenamiento espectacular en el gimnasio y del yoga. Necesita depilarse todo el cuerpo pronto para que el traje no irrite sus perfectos pezones rosados, con los que me muero por jugar. Quiero venerarlos y dedicarles la adoración que sin duda merecen.

Pero él toma el control. No sé por qué me sorprende, ya que rinde mejor cuando está al cargo, y sinceramente me alegra relajarme y dejarme llevar. Lo bueno de ir despacio es que parece que habrá tiempo para todo. Es una experiencia nueva para mí.

Me mordisquea y me succiona el pecho desnudo, mientras con la otra mano desata los cordones de mi pantalón de chándal para poder bajármelo sobre la curva de las nalgas y deslizarlo por los muslos. Su pantalón de chándal enseguida sigue el mismo camino, hasta que nos quedamos en calzoncillos. Los míos no están consiguiendo retener el bulto que se me marca, y espero que sepa que se debe exclusivamente a él.

Mete la mano y enrosca los dedos alrededor de mi polla para frotármela arriba y abajo hasta llegar al glande. Suelto un gemido; no sé por qué estoy tan hipersensible, pero me encanta. Empieza a meneármela, y yo también se la sujeto antes de perder completamente la cabeza. Está tan empalmado como yo; además me encanta notarlo con la mano.

A estas alturas, toda la paciencia se esfuma, de repente somos un desastre sudoroso y frenético, frotándonos el uno contra el otro. Nos quitamos los calzoncillos para poder restregarnos la erección, creando la deliciosa fricción que los dos ansiamos. Le cojo el culo, el culo con el que he estado fantaseando durante semanas —no, meses—, y lo atraigo con fuerza hacia mí. Él me acaricia la cara de nuevo mientras me besa, y creo que me envuelve una dulzura que nunca había experimentado. Hay suficiente espacio entre nosotros para sentir, y descubro que no me asusta.

No tardamos demasiado en ponernos a jadear y gemir como locos. Cuando Kian baja la mano de mi cara para tirarme de los huevos, ya no puedo contenerme.

—Me voy a correr —jadeo.

Él va unos segundos detrás de mí, y dos últimas embestidas hacen que me siga el ritmo.

No hay palabras.

No son necesarias.

La euforia que siento no va a desaparecer enseguida, y en el estado de alegría que le sigue no hay nada más que pueda hacer

que quedarme dormido, acurrucado sobre su costado.

Capítulo 17

Kian

Nunca he deseado con tantas ganas que termine un vuelo. Solo son dos horas de trayecto, pero parecen veinte, ya que no he dejado de contar los minutos.

La tripulación incluso nos sirve la cena, lo que no hace más que incrementar la sensación de que el vuelo dura diez veces más.

Los chicos que han volado con nosotros están todos durmiendo la siesta, preparándose para lo que va a ser una época muy ajetreada de vuelta en el Reino Unido, donde todos querrán un pedazo de nosotros, pero Anna está bien despierta.

Bien despierta y caminando por el pasillo hacia donde estamos Harper y yo, él con la cabeza apoyada en mi hombro y una mano sobre mi muslo, debajo de la manta que convenientemente he extendido sobre mi regazo.

Le doy un codazo para que no nos delate, aunque él se limita a sonreír al abrir un ojo y ver a Anna acercándose. Incluso me roza la polla al retirar la mano, y sé que me está provocando.

Cabronazo.

—Vaya, qué imagen tan bonita. ¿Por fin jugamos en el mismo equipo?

Casi me ahogo con el aire reciclado del avión. Anna no tiene ni idea de lo que pasa, pero su comentario está a punto de hacerme perder los estribos. A mi lado, Harper se parte de risa. Su carcajada suena como el aullido de un lobo y despierta a medio avión.

—Qué raros sois, pero ahora mismo no tenemos tiempo para analizarlo.

Nos entrega unas tarjetas plastificadas que se parecen demasiado a unos horarios de lo más apretados, y suelto un gemido.

Me encanta la atención que recibo en el Reino Unido; además, como durante la última década y media Hendersohm solo ha contratado a pilotos británicos, al equipo se nos trata como si

fuéramos héroes locales, pero me vendría bien un descanso. Sobre todo ahora.

—A ver, esta noche grabaréis para el pódcast de *Need for Speed* y mañana a primera hora tendréis una sesión de fotos de cuatro horas para el nuevo *merchandising* del equipo. Por la noche saldréis en el programa deportivo de la BBC.

Mientras Anna habla, repaso los detalles de las próximas dos semanas. La agenda es una locura. Sigue explicándonos cómo cada minuto se invertirá en sesiones de fotos o en grabaciones; pese a que me encanta esta faceta de ser piloto profesional, no puedo evitar preguntarme cuándo tendremos tiempo Harper y yo para estar juntos. O cuándo podré volver a Norfolk para visitar a mi madre, a Elise y a los niños.

En resumidas cuentas, es mucho jaleo.

—Por lo que comentas, Anna, voy a dormir unas tres horas cada noche, hacer ejercicio y comer a las tres de la mañana. —Es broma, pero también tengo un sistema de preparación que debo seguir para cada carrera. Son cosas importantes que influyen en mi rendimiento.

—Como te vaya bien, Kian. Tan solo asegúrate de llegar puntual y de arrastrar a Harper.

—¡Eh! Cada vez soy más puntual —interviene Harper.

Anna se ríe en su cara. Me encanta que ella no se deje pisotear. Es la persona ideal para ser jefa de relaciones públicas de Hendersohm.

—Si tú lo dices, novato…

Después de acariciarle la parte superior de los rizos rebeldes, regresa corriendo por el avión hacia su asiento.

La semana se convierte en un caos. En la vida había estado tan ocupado. Más aún cuando mi mánager, en una conversación informal, anuncia que mi marca favorita de ropa deportiva quiere que sea una de sus nuevas caras, pero necesitan que haga algunas pruebas de modelo, aprovechando que estoy en el Reino Unido, para terminar de decidirse. Por culpa de la apretada agenda de Anna, no hay manera de que pueda volver a Norfolk a ver a mi familia.

Qué putada. Estoy muy cerca; sin embargo, es como si estuviera al otro lado del mundo.

Entonces, dos noches antes de las clasificatorias, me llega el mejor mensaje de texto de mi vida.

He encontrado a gente que cuidará de mamá, así que Grant, los niños y yo pasaremos el finde en Silverston. Llegaremos a tiempo para cenar contigo después de los entrenos ¡y nos quedaremos hasta el lunes!

Cuando lo recibo, estoy acurrucado junto a Harper en la cama. Estamos desnudos, jadeantes después de otro orgasmo espectacular, así que ve cómo se me ilumina la cara al leer el mensaje.

—¿Debería preocuparme que alguien más te haga sonreír así cuando estoy tumbado a tu lado? —pregunta, incorporándose sobre los codos. Su barbilla descansa sobre mi pecho desnudo, y me mira con ojos burlones que brillan bajo la luz de mi teléfono.

¿De verdad le preocuparía que otro chico o chica me estuviera escribiendo ahora mismo? ¿Le molestaría? ¿Se pondría celoso? No estoy seguro, porque no es muy abierto con sus sentimientos. Y lo que es más importante: ¿quiero que se preocupe?

—Es que Elise pasará unos días aquí porque su marido tiene vacaciones y cree que Cassie disfrutará de la carrera, aunque no termine de verla. Iré a cenar con ellos y puede que me quede en su hotel la noche anterior a las clasificatorias para acostar a los niños.

No sé por qué me pongo tan nervioso al decírselo. Es bastante normal que la familia vaya a ver el gran premio que se celebra en casa, pero este hecho no hace más que resaltar la terrible verdad de que Harper no tiene familia. No soporto que vaya a estar solo. No solo del todo, porque su mejor amigo también está aquí, y yo también, sino solo en el sentido de que este fin de semana no habrá nadie a su lado apoyándolo.

—Me alegro muchísimo por ti. ¡Seguro que te mueres de ganas de verlos! —Por la sonrisa que esboza, sé que lo dice en serio. Tiene una cara tan tonta y bonita…

—Ojalá pudiera ir a casa a ver a mi madre. Me resulta extraño saber que los próximos días estará con cuidadores temporales. Dos desconocidos de los que no sé nada… Pero, bueno, tampoco es que esté allí con ella casi todo el año, así que me siento culpable de todas formas. No sé. Me estresa un poco; además, creo que Elise está…

No consigo decir ni una palabra más porque me da un beso para que deje de hablar. Mi mente se desconecta y me concede unos minutos para olvidarme de mis preocupaciones de fuera de las cuatro paredes de esta autocaravana. Me empuja de nuevo sobre la cama, a horcajadas sobre mis caderas, y persigue mis labios cuando me dejo caer sobre el colchón. Es delicioso en todos los sentidos. Sus labios saben a refresco de cereza dulce con un toque de pasión pura. Suspira cuando abro los labios y lo dejo entrar, como si en este momento no anhelara nada más.

El deseo me recorre el cuerpo, pero Harper no la tiene dura cuando me restriego contra él. A lo mejor necesita un poco más de tiempo para recuperarse, aunque prefiero interpretarlo como una señal de que ahora mismo no quiere nada más. No busca perderse en el contacto físico, sino conexión. Es cariñoso y, me atrevo a decir, amoroso. Me besa para que me calle; también sabe que así me distraerá de mis preocupaciones. Siento que lo hace por mí, no por su propio placer. Tal vez sea lo más desinteresado que ha hecho en toda la temporada.

Hundo las manos en su pelo y le sujeto la nuca para acercármelo más, si es que es posible. Puedo sentir los latidos de su corazón y la forma en la que me devuelve el beso me confirma que se aferraría a mí si pudiera. No sé qué es este sentimiento, sólo sé que quiero más.

Esta noche he dormido de maravilla, como no suele pasarme cuando estoy de viaje, y lo mejor es despertar sabiendo que voy a ver a mi familia por primera vez en cuatro meses.

Primero tengo que cumplir con todos los compromisos de Anna con los medios de comunicación. Pasan volando entre bromas con

Harper, luego Sky Sports hace un reportaje sobre mis mejores momentos de mis quince años en el deporte y finalmente juego a un simulador de la BBC contra otros cuatro pilotos.

Después vienen las clasificatorias, y doy un espectáculo increíble para el público y, sobre todo, para mi familia. No solo arraso y quedo primero, sino que consigo mi mejor tiempo de vuelta en Silverstone. Al poco, llego al restaurante y busco a mi familia con la mirada en cada mesa, histérico.

Como gemelos que somos, Elise y yo nos vemos al mismo tiempo; entonces, echo a correr hacia ella antes de abrazarnos como si fuera la última vez.

—¡Ay, dios, creo que nunca me había alegrado tanto de verte!

Prácticamente salta a mis brazos y la hago girar como si volviéramos a ser pequeños. Se acurruca en mi hombro, y casi al mismo tiempo siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

Siempre ha sido difícil estar lejos de mi familia durante nueve meses al año, pero esta temporada ha sido la peor. Nos estamos haciendo mayores, mis sobrinos están creciendo sin su tío y nuestra madre no va a mejorar. Me estoy perdiendo muchas primeras veces y muchas últimas veces.

Esta situación hace que mi posible retirada no deje de darme vueltas por la cabeza, aún más en este momento.

—No llores, El, por favor. Disfrutemos de la cena y del día de mañana.

—¡Hemos visto que has quedado primero! Lo estás petando, hermanito. —Me da un puñetazo en el hombro y se seca las lágrimas que le caen por la cara.

Grant se acerca con Jesse en un portabebés y la manita de Cassie firmemente agarrada a la suya. Me alegro de cenar a las cinco si así puedo ver a estos dos. Mi cuñado me da un semiabrazo y me arrodillo enseguida delante de Cassie.

Mi sobrina tiene su propio coche de carreras de juguete, que me muestra para que lo examine.

Levanto la vista hacia mi hermana, y ella niega con la cabeza.

—No empieces. Estábamos en la tienda de regalos del Museo de Silverstone mientras tú estabas con tus cosas de prensa y los

entrenamientos libres, y ella lo ha elegido solita. Ni se te ocurra sugerirle que conduzca un kart. No está permitido.

Habla muy seria, pero sé que nunca impediría que su hija persiguiera sus sueños, aunque eso signifique seguir los pasos de su tío.

—No prometo nada —le contesto—. Hola, cariño. —Le doy una palmadita al coche—. ¿Te ha gustado el museo?

Ella asiente.

—Tu foto estaba en el mural.

—Le decía a todo el mundo que pasaba por delante de tu mural que eras su tío. No sé cuántos se lo han creído, pero estaba encantada de la vida.

Recuerdo haber ido a verlo cuando inauguraron la sección «A través de las décadas» del museo. Me sorprendió y me alegró mucho que me incluyeran en la sección de la década de los 2010, junto a tantas figuras importantes, tanto del pasado como del presente. Ojalá hubiera podido ir hoy con ellos.

—Los llevaré de nuevo cuando sean un poco mayores para que puedan experimentar la verdadera magia.

Sé que hay un par de simuladores a los que Cassie no habrá podido subir por su edad, y me muero de ganas de llevar a los dos niños algún día para que vean a qué se dedicaba su tío.

Nos dirigimos a nuestra mesa del restaurante. Jesse sigue dormido en el portabebés, pero siento a Cassie en la trona, a mi lado. No para de hablar de todo lo que ha visto hoy, y la escucho con total tranquilidad, haciéndole preguntas para saber más.

Se come un poco de pasta y un bol de helado y luego se queda dormida en la trona mientras el resto terminamos de cenar.

—Estás guapísimo, Ki —me dice Elise desde el otro lado de la mesa. Grant la abraza y ella inclina la cabeza hacia su hijo para admirar su carita dormida—. Más que nunca. ¿Nueva rutina de cuidado facial? ¿Bótox?

—Ja, ja —replico con sarcasmo. No puedo contarle que he conocido a alguien, que estoy teniendo el mejor sexo de mi vida, que Harper James me hace feliz y me quita un poco de estrés—. Es que mi mánager me ha conseguido una colaboración con Clinique

Men. Anna me trajo dos bolsas llenas de productos después de firmar el contrato.

—Qué envidia. ¿Puedes intentar conseguirme un suministro de por vida de su crema hidratante Dramatically Different? Es mi favorita.

—Lo preguntaré, a ver.

En cuanto llegue a casa, le pediré a Anna que se encargue. Seguro que puede mover algunos hilos para conseguirlo.

—No, en serio. ¿Hay algo que debamos saber? —Los dos me sonríen como si ya supieran mi secreto—. ¿Has conocido a alguien? ¿Quién es?

Técnicamente, nunca he salido del armario con Elise, pero siempre lo ha sabido. Seguro que lo supo antes que yo.

Me encojo de hombros. No quiero mentirles. En la vida le he mentido a Elise, pero todavía no estoy listo para decírselo. Harper y yo no hemos hablado de lo que somos el uno para el otro, y no tengo ni idea de si querría que le contara algo a mi familia.

—A un tío. —Noto las palabras secas en la lengua mientras minimizo todas las emociones que han estado revoloteando en mi interior sobre Harper.

Es la primera vez que pronuncio algo en voz alta sobre él, sobre nosotros.

Mi hermana suelta un gritito, sin usar un tono de voz bajo, antes de apretar el brazo de su marido.

—Te lo dije, ¿a que sí? Sabía que últimamente había algo diferente en ti. El brillo de tener una relación.

—No es una relación como tal.

Harper no es el tipo de persona que busca una relación, ¿no? Que yo sepa, nunca ha tenido pareja. Además, se limita a encuentros casuales, y nosotros no somos así. Somos compañeros de equipo. Somos… amigos, creo. Pero no quiero precipitarme y asumir que somos algo más. Quizá compañeros de equipo… con derecho a roce.

—Vale, hermanito. No quieres hablar del tema. Lo entiendo. No necesitamos que nos cuentes los detalles guarros. —¡Como si alguna vez fuera a contárselos! Ni siquiera pienso decirle su nombre—. Pero te hace feliz, ¿verdad? —Afirmo con la cabeza—. Bueno, pues eso es lo único que necesito saber.

Para mi absoluta sorpresa, no vuelve a mencionarlo durante el resto de la cena.

Harper está ya en la cama cuando regreso. Sabía que esta noche no saldría porque mañana tenemos carrera, pero me alegra muchísimo que esté aquí.

—Hola, guapetón. —Tiene un ojo entreabierto y me observa mientras me quedo en el umbral y lo contemplo con detenimiento.

Tensa los músculos al estirarse, como si intentara espabilarse. El edredón se mueve y deja ver que lleva puestos unos pantalones cortos de gimnasio y nada más.

Casi desearía no estar tan cansado como para hacer algo más que dormir.

Sin embargo, mañana tenemos que correr, y es más importante que nunca que demos una buena actuación para nuestra afición. También necesitamos volver a lo alto del podio para el Campeonato Mundial de Constructores. En cuanto a los aficionados y los medios de comunicación, el apoyo de mañana será inmenso, aunque también lo será la presión.

—¿Has pasado una buena noche? —me pregunta mientras empiezo a quitarme los pantalones, doblándolos cuidadosamente sobre la percha, antes de tirar la camisa al cesto de la ropa sucia que ahora compartimos.

Si la amable señora que gestiona nuestro servicio de lavandería se ha dado cuenta, no ha dicho nada. Al menos, que yo sepa.

—Una noche estupenda, gracias. —Me deslizo en la cama a su lado y le doy un beso en el hombro desnudo. Se acurruca contra mí automáticamente, y le paso un brazo por la cintura para ocupar mi lugar como la cucharita grande, como ha acabado siendo la norma para nosotros—. Los niños se han quedado dormidos después de media hora en el restaurante, así que Elise, Grant y yo hemos podido ponernos al día.

—Qué guay. ¿Qué habéis cenado?

No sé por qué me encanta que quiera saber detalles de la noche, pero la verdad es que es así.

—Ellos han compartido unos nachos, y luego Elise se ha zampado una hamburguesa enorme con patatas fritas de boniato. Llevaba una

croqueta de patata y piña a la plancha. Me ha dado mucha envidia. Grant ha pedido un bistec y Cassie, espaguetis a la boloñesa y un helado. Me lo habría comido todo, pero al final he pedido pescado a la plancha con una guarnición extra de verduras. A Chris no le habría hecho gracia que me comiera un chuletón con patatas fritas, y mañana tendría problemas con el peso.

Nuestro nutricionista nunca nos regañaría por darnos un capricho, pero en la élite cada gramo cuenta, y nuestro equipo está diseñado específicamente para cumplir con las especificaciones tanto de peso mínimo como de peso óptimo. La noche anterior a una carrera tan importante no es el momento de la indisciplina. He hecho muchos sacrificios para llegar hasta aquí, y este no es ni mucho menos el peor. El momento ideal para una comida especial es justo después de la carrera, para que tengas tiempo de metabolizarla y digerirla antes de que afecte a tu rendimiento en la siguiente prueba.

—Qué buena pinta. Yo he pedido una ensalada turca por Deliveroo y he llamado a Jo por FaceTime. Aunque no hemos hablado mucho. Creo que tenía la cabeza en otra parte, y ha sido un poco… raro. Incómodo, de hecho. Es evidente que estaba distraído y parecía estar deseando colgar. No sé por qué no me ha dicho sin más que estaba ocupado.

—¿Le has contado lo nuestro?

Después de la conversación de esta noche con Elise, de repente tengo muchas ganas de saber la respuesta. Si fuera a contárselo a alguien, sería a Johannes.

—No —me contesta.

Una punzada de decepción me recorre la espalda. No sé por qué me duele. No quiero que lo nuestro se haga público cuando ni siquiera sé qué hay entre nosotros, pero Harper se lo cuenta todo a Johannes. No estoy seguro de querer ser su secretito inconfesable.

—Ah. Pues puede que él esté haciendo lo mismo. —No quiero parecer frío, pero no sé qué más decir.

Sin embargo, cuando me agarra del brazo para acercarme y me aprieta la mano sobre el corazón, olvido por qué estoy molesto.

Debería disfrutar del momento y ya está, disfrutar de tenerlo tan cerca, disfrutar de la conversación que fluye con suma facilidad

entre nosotros desde nuestra sesión de sinceridad en Austria.

—Puede. —Se acerca mi mano a los labios y me besa cada nudillo —. Sé que deberíamos dormir, pero mi cerebro está muy despierto ahora mismo.

También ha empezado a sincerarse conmigo. Es como si… desde ese momento clave, desde que me habló de su infancia difícil, se permitiera ser vulnerable conmigo. Confía en mí y me muestra su verdadero yo, y ya no necesita guardarse nada.

—¿Te preocupa algo en particular o son los nervios previos a la carrera? —le pregunto.

—Creo que es por Johannes y el motivo por el que no quiere hablar conmigo sobre lo que le pasa y la persona que ocupa su atención.

—A lo mejor no está preparado. O a lo mejor sabe que no eres precisamente el mayor experto del mundo en relaciones. Sigue intentándolo, y estate ahí cuando esté listo.

—En efecto, oh, gran sabio. —Hace una pausa y luego me pregunta—: ¿Le has hablado a tu hermana de nosotros?

—No. Bueno, más o menos. No les he hablado de ti, pero como me conoce tan bien se ha dado cuenta de que había alguien.

—Ah.

—¿Querías que se lo contara? Tú y yo no hemos hablado de lo nuestro, y no sabía si…

—No, no, lo entiendo. —Me sorprende que suene dolido—. Ni siquiera nos estamos acostando juntos.

Me alegra que esté de espaldas para poder disimular una mueca.

—Ahora estamos literalmente acostados juntos —replico.

Pero sé a qué se refiere. No quiero ser otro chico al que se tira y luego olvida, así que hemos tenido algo, pero nada más por ahora.

—Hablando de eso, ¿podemos dormir ya?

Asiente, pero, cuando lo abrazo contra mi pecho, sus dedos juegan con los míos como si aún estuviera dándoles vueltas a sus pensamientos, y tardamos más de lo que me gustaría en conciliar el sueño.

Sin embargo, lo que sea que estuviera pensando no afecta a su rendimiento del día siguiente, porque arrasamos en primera y

tercera posición. En Hendersohm están contentos, los aficionados están entusiasmados y el Reino Unido está una vez más orgulloso de sus chicos. Además, Elise y los niños estaban ahí para verme lograrlo.

Ha sido un buen día, un día excelente.

Capítulo 18

Harper

Si hace cuatro semanas alguien me hubiera dicho que esta autocaravana se convertiría en una burbuja de felicidad, sexo y mimos, me habría reído en su cara.

En primer lugar, porque nunca he sido un amante de los mimos, y el sexo se resume en una emoción rápida sin repeticiones.

En segundo lugar, porque, aunque hemos hecho todo lo demás, Kian y yo todavía no hemos follado.

Ya lo sé, ya lo sé. No podría alejarse más de mi rutina habitual.

Estoy seguro de que quiere. O sea, estoy bastante seguro de que quiere. Yo quiero.

Y, aunque ninguno de los dos ha descubierto aún las preferencias del otro en cuanto al sexo anal, seguimos con lo demás como conejos.

Resulta que a Kian le encanta el 69, y encima se le da de puta madre. Adopta un ritmo perfecto para comérmela mientras me folla la boca. No me deja más opción que metérmela hasta el fondo.

Es una de las cosas más excitantes que he hecho en mi vida, y en lo que respecta al sexo no soy precisamente un santo. He tenido un montón de experiencias —parejas, grupos, de todo—; aun así, cuando se trata de Kian, es diferente.

Se le da bien tomar el control, algo que yo quizá nunca había deseado. En el pasado, siempre me han gustado los tíos sumisos y afeminados que quieren que los dominen. Siempre he hecho de activo, y me encanta que me la coman. Pero ahora mismo lo que más deseo en el mundo es que Kian me diga qué hacer. Quiero que me domine, y esa es una experiencia totalmente nueva para mí. Por lo general, cojo el control, coloco al chico en posición y me lo follo como me apetece. Sin embargo, me doy cuenta de que no sé cómo pedírselo. No sé cómo decirle lo que quiero.

Un día, al volver del gimnasio, me empotró contra la pared. No dijo ni una palabra; al meterle la mano en los calzoncillos y empezar a pajearlo, me gruñó al oído: «Buen chico». Pensé que me iba a explotar la cabeza. Me puso supercachondo, y cuando se corrió bastó con que me rozara la punta de la polla con la mano, y me corrí con él. Mi obsesión por complacerlo me tiene atrapado. ¿Quién iba a pensar que ser un buen chico sería así?

Y me está yendo de maravilla. Así se elimina el estrés del sexo, que no tiene cabida en la intimidad. No salgo de fiesta. No bebo demasiado. No ligo con desconocidos ni me preocupo por qué tipo de historia venderán a la prensa o publicarán en las redes sociales.

La mayoría de las noches, atravieso el estrecho pasillo, asomo la cabeza por la puerta de Kian y él me invita a entrar. Otras, cuando el día ha sido largo, nos acurrucamos —¡nos acurrucamos!— en el sofá hasta que la cosa se pone más intensa y Kian nos lleva a su cama.

Y no sé por qué, pero siempre termino quedándome dormido después de hacerlo, aunque todas las noches me prometo que volveré a mi cama.

Después de la primera noche, también me prometí que me cansaría de Kian, que me lo follaría él y luego lo dejaría, y ya han pasado semanas. No quiero a nadie más.

Porque con él es una puta pasada.

Por ejemplo, ahora mismo. Estamos en nuestra autocaravana compartida en Stavelot, Bélgica. Dentro de un par de días nos iremos hacia Zandvoort, en los Países Bajos, pero disponemos de un pequeño respiro después de un mes muy ajetreado, y Kian y yo lo estamos aprovechando al máximo.

Los labios de Kian rodean mi polla a la perfección mientras tira de mi culo hacia adelante hasta que toco el fondo de su garganta. Y, como el hombre de mis sueños, se relaja y me deja metérsela más adentro.

Puede que se le acumule saliva en las comisuras de los labios, que están resbaladizas por el líquido preseminal, pero eso solo lo vuelve más atractivo.

Me mira con ojos llenos de lujuria bajo un espeso abanico de pestañas castaño oscuro, y noto cómo se me contraen los huevos.

Está disfrutando de cada minuto mientras vuelve a marcar el ritmo y me da una palmada en el culo cuando intento apartarme para durar más.

El ritmo que alcanzamos es delicioso. Él sabe que estoy a punto; cada embestida va acompañada de un gemido profundo. Las vibraciones de su garganta apretada ahogan mi rabo y me provocan una explosión de sensaciones en la cabeza. Hace un gesto como de tragar; no sé si es por cómo me aprieta la punta de la polla o porque es una orden, pero sé que ahora mismo haría cualquier cosa que me pidiera.

Cuando me parece que estoy a un tris de caerme por el precipicio, desliza un dedo entre mis nalgas y me presiona el ano.

Normalmente, no permito que me follen. Yo soy el que la mete cuando estoy en mi propia cama. Soy el activo, no el pasivo. Sin embargo, no me canso de las sensaciones que me produce la punta de su dedo y me tiene al borde del clímax. Durante unos segundos, me muevo contra él y la yema de su dedo se acerca peligrosamente a la penetración.

—¿A qué esperas? —gimo.

Mi ano está ansioso por sentirlo dentro de mí, aunque sea solo un dedo. Ahora lo deseo con todas mis fuerzas, y la suave sensación de aleteo de caricia alrededor del borde ya me basta.

Sé que se lo está pasando en grande jugando con mi cuerpo, porque se mete mi polla aún más en el fondo de la boca, como el diablillo que es en realidad. A continuación, me retira el dedo del culo.

Echo la cabeza hacia atrás, casi decepcionado, y de pronto desliza los dientes un poco por mi polla, y estoy demasiado sobreestimulado como para que me importe. Sus manos ya han acariciado cada parte de mi cuerpo antes de arrastrarse por la cama para adorar mi rabo. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo vibra con las caricias de Kian. Quiero que me posea, que me domine, que me folle. Es una sensación nueva para mí, y no estoy seguro de qué hacer con ella, pero quién va a culpar a un tío por querer que a su próstata también le den un poco de cariño.

Estamos casi en la línea de meta, yo con los huevos tensos y con una sensación intensa que tira de ellos como si estuvieran a punto de explotar. Las dos manos de Kian están en la base de mi polla, estimulándome al ritmo de su boca, y el orgasmo se acerca cada vez más.

Parece que no le importa tragárselo; aun así, me gusta advertirle por si cambia de opinión.

—Kian —jadeo—, estoy a punto de correrme.

Hago una embestida más profunda hasta que hunde la nariz en la piel suave que mantengo bien depilada para lucir mi marca en forma de V y mi miembro. Justo cuando voy a retroceder para dar otra embestida, un dedo húmedo se introduce en mi culo. Y me presiona justo en ese punto tan sensible.

Pongo los ojos en blanco hasta que veo estrellas, ¡estrellas! Es increíble.

Es pura magia. Él es… mágico, con esa intuición que le permite tener el control total sobre cómo y cuándo hacerme llegar al orgasmo. Entonces me corro. Varias veces.

—Hostia puta, Kian. —Es lo único que puedo decir. Casi quiero darle las gracias, pero me parece raro.

Se recorre el labio inferior con la lengua para relamer cualquier rastro de mí que no haya engullido. Trago saliva como respuesta; es como si me tuviera encadenado y ni siquiera me importara.

Se levanta y acerco su cabeza hacia mí para darle un beso. Siento un impulso primario por saborearme en su boca.

—¿Todo bien? —me pregunta sobre los labios como un idiota.

¿Acaso no me ve bien? Soy un montón de extremidades agotadas, paralizado como si no pudiera moverme aunque lo intentara.

—Mmm —murmuro contra él antes de sellar mis labios con los suyos.

Por dentro, su boca sabe cálida y salada, y mi polla se estremece levemente a modo de aprobación, a pesar de lo agotada que está, la pobre.

Nos besamos durante lo que parecen horas, hasta que no me importa nada más que sus labios. También es algo nuevo para mí.

Aunque nunca me opongo a que un chico me bese, no suelo tomar la iniciativa.

Sin embargo, dejaría que Kian me besara todo el tiempo si me hiciera sentirme así.

—¿Ya no vas a poder estar con ningún otro tío o qué? —me suelta al apartarse.

La habitación se sumerge en una oscuridad tenue. Solo son las nueve de la noche, pero podría ser de madrugada por lo oscuro que está todo.

Incluso en la oscuridad, la forma en la que sus ojos buscan los míos contradice el tono burlón de su pregunta. Busca una respuesta real. Quiere que le diga que sí.

En general, a Kian se le da bien ser sincero, pero ahora mismo noto que está reprimiendo lo que en realidad quiere decir, y no me gusta. Me pone nervioso.

Al no obtener respuesta, se aleja de mí, respirando agitadamente, y estampa la cabeza contra la otra almohada.

—¿A qué te refieres? —le pregunto al final, con la esperanza de que no se ría en mi cara y lo ignore; también con la esperanza de que solo estuviera bromeando y no intentando concretar nuestra situación.

Pasan un par de segundos de silencio, pero luego se incorpora sobre los codos para mirarme a los ojos.

—¿Estás viéndote con alguien más ahora mismo?

¿Eso es lo que estamos haciendo? ¿Viéndonos? ¿Acaso no me había dado cuenta de que era algo más que sexo? El pánico se apodera de mí y me forma una enorme bola en la garganta, y no puedo contenerla.

Kian debe de deducirlo porque enseguida se corrige.

—O sea, ahora mismo solo estás conmigo, ¿no? —Es una pregunta desesperada, y los dos lo sabemos. En su mente, la única respuesta correcta es que sí. Asiento con la cabeza—. Vale. Entonces, no te acostarás con nadie más, ¿verdad?

¿Se refiere a nunca? Porque no puedo prometérselo, la verdad. Ni en un millón de años. Lo nuestro funciona ahora porque estamos atrapados aquí, obligados a estar juntos, pero no siempre será así.

Kian me abandonará porque todo el mundo me termina abandonando. Se aburrirá de mí o lo haré enfadar y ya no querrá estar conmigo. O me sentiré atrapado y necesitaré la emoción de que alguien me desee. Necesitaré sentir que tengo opciones porque no quiero empezar a depender de él. No soy tonto, he ido a terapia. Sé cómo soy.

El pánico aumenta con una sensación de palpitaciones y opresión en el pecho. Noto una jaula alrededor de mi corazón, que lo atrapa de tal manera que le cuesta palpitar correctamente.

Intento articular palabras; sin embargo, tengo la boca tan seca que no me salen.

Ya es superincómodo no haber respondido, y, cuanto más tardo en hacerlo, peor se pone la cosa. Me muero por irme, aunque, al mismo tiempo, no quiero estar en ningún otro sitio que no sea aquí, tumbado a su lado. Quiero que me abrace, sentirme seguro y querido, y, sin embargo, estoy aterrado.

Esta contradicción que no consigo descifrar es la sensación más brutal y abrumadora del mundo.

Por suerte, me salva el pitido fuerte de mi teléfono, que rompe el horrible silencio.

—Perdona —digo al tiempo que saco el móvil de debajo de la almohada. Veo un par de mensajes de Johannes. El primero dice «SOS» y el segundo es un montón de signos de exclamación—. Mierda.

Bajo las piernas de la cama y uso la linterna para encontrar los calzoncillos y el resto de mi ropa cuando recibo un tercer mensaje con la ubicación de un bar.

—Lo siento, pero Johannes acaba de enviarme un mensaje de auxilio, y en nuestra amistad tenemos una regla: si alguno de los dos envía ese mensaje, tenemos que ir.

Kian asiente con la cabeza, comprensivo, pero no dice nada.

Sé que es probable que parezca conveniente para mí que suceda justo cuando está intentando hablar de que seamos exclusivos o algo así, pero esas son las reglas de la amistad.

Es la primera vez en mucho tiempo que Johannes se pone en contacto conmigo, y quiero saber qué le pasa.

Cuando llego al bar, veo que Johannes está buscando un ligue; está merodeando por el local con una determinación que no había visto en mucho tiempo. Han pasado meses desde que se contentó con dejarme a mi bola y dejó de ayudarme a ligar. No sé qué ha cambiado, pero esta noche me está metiendo de lleno en la acción.

Intento que me cuente qué está pasando y qué ha ocurrido; en cambio, no quiere hablar del tema. No ha tenido una buena carrera en el circuito belga, aunque no creo que eso sea lo que lo preocupa.

—¿Qué nos parecen los gemelos? —me pregunta, con el borde del vaso a la altura de los labios.

No sé qué está bebiendo, pero está claro que quiere pasar un buen rato.

Sigo su mirada hacia la barra, donde efectivamente hay dos tíos idénticos, y guapísimos, observándonos. Uno le da un codazo al otro y gira la cabeza para decir algo. Es evidente que están hablando de nosotros.

Si soy sincero, no me interesan lo más mínimo, pero ya es demasiado tarde. Johannes se levanta torpemente de su asiento, sin duda borracho. Lo veo acercarse a los gemelos e invitarlos a nuestra mesa.

Me toca lidiar con el gemelo número 2, que es más aburrido que una ostra y solo está interesado en hablar de su amigo de la universidad, del que claramente está enamorado.

A pesar de todo, me pide que me vaya a su casa.

—Lo siento mucho, pero esta noche no busco nada —le digo.

El gemelo número 2 me mira como si me hubiera vuelto loco, y la expresión de Johannes también es de cómica sorpresa.

—¿Qué haces? —me pregunta Johannes casi gruñendo desde el otro lado de la mesa.

—Irme a casa. Venir ha sido una idea estúpida.

Me siento mal por abandonarlo cuando está borracho, pero es justo lo que me hizo en Miami la noche en la que me dejó por su misterioso hombre.

—¿Vas a estar bien? —le pregunto de todos modos, porque no quiero ser un capullo. Sigue siendo mi amigo de toda la vida.

—Sí, tranqui. ¡A lo mejor tengo suerte doble!

No estoy tan seguro, pero por lo menos me voy tranquilo. El gemelo número 1 levanta el pulgar en mi dirección, y está claro que se va a encargar de Johannes a partir de ahora. Pago la cuenta al salir y sugiero que dejen de servirle alcohol a mi amigo borracho, pero no tengo ni idea de si lo harán o no.

Solo quiero volver con Kian.

—Hola —digo, asomando la cabeza por la puerta de su habitación en cuanto llego a la autocaravana.

Su rostro está iluminado por la luz de su teléfono y capto el momento en el que se da cuenta de que estoy en casa.

Joder, qué idiota soy. No ha intentado atarme al matrimonio ni encerrarme en su habitación para los restos. Solo me ha pedido que no me acostara con nadie más mientras estuviéramos juntos.

Él no estaba siendo irracional, sino yo. Lo sabía incluso en ese momento, pero ahora lo sé con certeza.

No necesito acostarme con nadie más si lo tengo a él. Es más que suficiente. No estoy demasiado familiarizado con esa palabra. Al pasar de la nada absoluta a la vida de lujo de las carreras, es como si nada fuera suficiente: sexo, alcohol, dinero, éxito. Sin embargo, la forma en la que me he sentido con Kian, en la que me siento cuando estamos…, cuando nos acurrucamos sin más…, es una especie de consuelo emocional que nunca había tenido y… me gusta.

¿Quién soy? Últimamente apenas me reconozco.

—Hola —me saluda Kian.

No es gran cosa, pero se mueve en la cama para hacerme sitio, y se me encoge el corazón. Me quito los pantalones cortos y la camiseta por encima de la cabeza y la dejo caer al suelo de su habitación para buscarle un poco las cosquillas.

—¿Puedo? —le pregunto desde el borde de la cama.

Creo que nunca he sentido tanta inseguridad estando casi desnudo y a punto de meterme en la cama con uno de los tíos más atractivos del mundo.

Kian levanta las sábanas y da unas palmaditas en el colchón a su lado. Me meto en la cama, y al instante me refresca la suavidad de

las sábanas contra la piel. Me siento limpio, agradable y casi relajado. Nos tumbamos cara a cara, sin tocarnos, con la mente a mil por hora porque no sé muy bien qué decirle.

Sé que antes he sido un cobarde. Sé que debería disculparme, pero es que no sé cómo. No es algo que haya hecho muchas veces.

—¿Una buena noche? —Jamás había oído tres palabras pronunciadas con tanta cautela. Casi como si temiera la respuesta.

—No. —Niego con la cabeza, y noto cómo Kian la apoya en la almohada—. Lo siento —digo finalmente. ¡Hostia! Debería haber sido lo primero que le hubiera dicho al entrar en la habitación.

—No pasa nada…

—Sí, sí que pasa. He entrado en pánico. No me estabas pidiendo nada descabellado. Es que me he asustado. Es mi problema, no el tuyo, y no debería haberme ido corriendo.

—¿Qué quería Johannes?

—No quería hablar, así que no sé. Ya estaba borracho cuando he llegado. Les había echado el ojo a un par de gemelos.

—¿Gemelos?

—Sí.

—¿Idénticos?

—Sí.

—¿Buenorros?

—Sí.

—Pero estás aquí.

—Sí.

No hace falta ser un genio para leer entre líneas.

—Dos gemelos belgas buenorros son una tentación muy grande —comenta Kian.

—Pero estoy aquí, contigo —contesto. Espero que sepa lo que intento decir sin tener que decirlo directamente.

Sí, ya lo sé, soy un cobarde.

Al final me rodea con los brazos y me acurruco a su lado, con la mejilla apoyada en su hombro. Huele a mi gel de ducha, a pasta de dientes de menta y a una calidez hogareña que es de lo más reconfortante.

—¿Quieres hablar del tema? —susurra en la oscuridad.

En otras circunstancias, le diría que no, pero se lo cuento de todas maneras.

—Esta noche con Johannes ha pasado algo raro. En los últimos meses, cuando hemos estado juntos, se ha mantenido distante. Según él, estaba limpiando su imagen, y me dijo que yo también debería hacerlo. —Incluso en la oscuridad puedo ver la sonrisa cómplice de Kian, que asiente ante las sabias palabras de Johannes —. Vale, a lo mejor todo el mundo me lo ha estado diciendo y no le he hecho caso a nadie, pero no viene al caso. La cosa es que últimamente lo he visto muy poco, y pensaba que se había echado pareja. Además, estaba teniendo una buena temporada hasta el otro día, e incluso yo pensé que quizá estaba tramando algo.

La carcajada de Kian me detiene. Pongo los ojos en blanco y me hace señas para que continúe.

—Pero esta noche estaba borracho y no paraba de mirar hacia la barra. Y es cuando ha visto a los gemelos…

—¿A los gemelos gais idénticos y buenorros?

—El santo grial, ¿verdad? —digo. Kian no responde—. Antes de que me dé cuenta, Jo se levanta de la mesa y los arrastra hacia mí. Le he dicho que no me apetecía… —sigo esperando que Kian entienda el mensaje sin tener que verbalizarlo—, pero no había quien lo parara. Le he dicho que me iba a casa y lo he dejado solo.

—¿Está bien? —me pregunta Kian.

Típico de él preocuparse por si mi mejor amigo está bien, incluso cuando ese mejor amigo esta noche ha actuado en contra de los intereses de Kian. Es tan buena persona… Mucho mejor que yo.

—No lo sé. Estaba bebiendo tequila, así que es probable que no.

—¿Y lo has dejado ahí?

—¡Un momen…! —Mi primer instinto es defenderme, pero sé que no me está atacando ni acusando, porque todavía me rodea con los brazos y tenemos las piernas entrelazadas. Me tomo unos instantes para respirar y respondo con petulancia—: He pagado la cuenta antes de irme y le he pedido al camarero que dejara de servirle alcohol.

¿Soy un amigo de mierda? Sé que Kian habría hecho algo más. Kian cogió un Uber en Miami en plena noche para ir a buscarme

cuando estaba hecho un cuadro. Me cuidó cuando estuve enfermo en Melbourne. Me consuela ahora, aunque sé que antes le he hecho daño al no responder a su pregunta.

—Mándale un mensaje y asegúrate de que esté bien. Pídele un Uber para que vuelva a casa si quiere. No eres un mal amigo —¿acaso Kian también sabe leer la mente?—, pero creo que esta noche los dos teníais muchas cosas en la cabeza y necesitáis mejores mecanismos para afrontarlas.

Me río de su comentario, pero no se equivoca. Necesito mejores mecanismos para afrontar las cosas. Necesito lidiar con todo lo que me hace sentir mal por dentro y me lleva a tomar malas decisiones.

Suspiro y empiezo a escribirle a Johannes. Pase lo que pase con él, quiero asegurarme de que esté bien. Me responde que está en un Uber de camino a casa. No dice si está solo o no, pero el hecho de que conteste a mi mensaje implica que no ha perdido la cabeza del todo.

Quizá la terapia que Anders y mi mánager me sugirieron no sea tan mala idea, después de todo.

—Tienes razón —admito. Me siento muy adulto al pensar con tanta sensatez—. Voy a volver a hablar con Anders sobre la terapia. No me hará ningún daño, ¿a que no?

Me roza la frente con los labios, y mentiría si dijera que no me derrito ante su caricia y su implícita aprobación. Es casi repugnante la alegría que siento ahora mismo. Ha sido un día muy extraño, la verdad.

—Buena idea —replica, y me acurruco más arrimado a él—. Duérmete, anda —susurra.

Mientras me quedo dormido, me doy cuenta de que creo que nunca he sido tan feliz como ahora.

Capítulo 19

Kian

Subir a lo más alto del podio en Hungría, Bélgica y los Países Bajos me ha dado un chute de adrenalina que no veas. Es emocionante estar teniendo la mejor temporada de mi carrera. Incluso es posible que pueda romper el récord de puntos del campeonato, pero no quiero adelantarme a los acontecimientos.

Supongo que también ayuda que por las tardes y en los días de descanso paso tiempo de calidad con Harper. No estoy dispuesto a atribuirle mi buena suerte, pero no niego que con él me siento de maravilla.

Sin embargo, no puedo mentir y decir que no me ayuda. Nunca me ha importado demasiado tener a alguien con quien «volver a casa», aunque ahora mismo le veo el atractivo. Incluso cuando no estamos juntos, siento que apenas nos separamos. Es más fácil en la autocaravana que en los hoteles, cocinamos juntos y no dependemos de las comidas preparadas de Hendersohm. Podemos acurrucarnos en el sofá hasta tarde y ver la tele como una pareja normal —me atrevo a decir—. No lo somos. ¿O sí? ¿No lo sé? No tengo ni idea de en qué punto estamos.

Desde Bélgica, cuando intenté proponerle que tuviéramos una relación de exclusividad, no he vuelto a mencionarlo. No salió del todo bien, y, aunque Harper volvió y dijo todo lo correcto, todavía no hemos definido claramente qué somos el uno para el otro. Intento mantener la calma y la compostura para no abrumarlo ni asustarlo.

El mundo de las relaciones es nuevo para él. No lo ha dicho con esas palabras, pero creo que soy la única persona, aparte de Johannes, con la que ha estado más de una vez. Intento no presionarlo. Creo que por ahora necesitamos ir día a día; aun así, preveo que, en un futuro no muy lejano, tendremos que hablar del tema.

Seguro que será muy difícil, pero no quiero ser eternamente su pareja ocasional. Si decido retirarme al final de la temporada, no quiero que me descarte sin más porque estar conmigo ya no sea conveniente ni fácil. Si esta es mi última temporada, ya no seré su compañero de equipo, no viajaré por el mundo con él ni le calentaré la cama.

Al bajar del podio en los Países Bajos, miro a mi izquierda y veo a Harper haciendo lo mismo desde el tercer puesto, del que parece haberse adueñado. Me lanza la mirada más escandalosa que jamás haya visto. Sus ojos están llenos de fuego, como si quisiera arrodillarse ahora mismo y recompensarme por otra victoria. Me alegra que mi mono de carreras y las capas de protección ignífuga que llevo puestas disimulen mi creciente erección.

Sigo mirando a mi alrededor, escudriñando la hilera de cámaras que nos sacan fotos, y espero que ninguna haya captado esa mirada dirigida hacia mí ni haya interpretado su significado.

Hasta el momento, se nos ha dado genial mantener lo nuestro en secreto, y no quiero estropearlo ahora. No quiero asustarlo. No quiero crear problemas en Hendersohm. Y no quiero distracciones de los medios que interfieran con nuestro rendimiento en las carreras.

Estoy convencido de que los comentarios serían muy homófobos o nos acusarían de hacer trampa empleando tácticas de equipo que han perjudicado a otros pilotos. En cualquier caso, serían una completa tontería, pero nos pasaríamos horas negándolo, y a los patrocinadores no les haría ninguna gracia. Lo que no saben es que nuestra química sexual se nutre de la competitividad. No existe un mundo en el que yo vaya a renunciar a un puesto en el podio para ayudar a Harper a ganar, y sé que él siente lo mismo.

—Muy bien hecho otra vez, Walker —dice Harper en voz baja.

Es un comentario perfectamente inofensivo que no necesita ser susurrado. Para todos los que escriben sobre nosotros, parecerá que somos dos compañeros de equipo que se felicitan sin más, pero yo sé que detrás de esas palabras hay otro tipo de elogio. Un elogio y una promesa.

Volveremos a la autocaravana y bajaremos las persianas de todas las habitaciones. Antes incluso de ducharnos, se pondrá de rodillas y

me demostrará lo orgulloso que está de mi victoria.

«Genial». Ahora sí que estoy luchando contra una erección.

Necesito distraerme, o no habrá forma de ocultarla y entonces sí que tendremos un auténtico escándalo sexual. Los periodistas no son tontos, y les encanta sacar conclusiones precipitadas, pero nos tocaría mentir y negarlo o hacer pública nuestra rela…

Lo que sea que seamos.

—Tú tampoco lo has hecho mal, James. ¿Hay alguna posibilidad de que quedes segundo pronto?

—¿Y quitarle el brillo a una leyenda como tú? Qué va. Pero no te preocupes, ya llegará. No se puede estar siempre «encima».

Si su tono no lo delata, lo delatará su sonrisa traviesa.

Empiezo a planear lo que le voy a hacer cuando estemos de vuelta en la autocaravana, sin ojos ni micrófonos ante nosotros.

Aunque antes que nada tenemos que dar la rueda de prensa. Respiro hondo. El sonido de unas uñas contra una pizarra. Vómito a raudales. Ratas en una bolsa. Accidentes de coche y asesinos en serie. ¡ARGH!

No es perfecto, pero esas imágenes me ayudan.

—Kian, ¿qué se siente al conseguir tres primeros puestos seguidos? —me pregunta la primera periodista. Tiene un micrófono extendido en un palo largo y un cámara se mueve detrás de ella para conseguir la mejor toma. Ni siquiera sé para quién trabaja.

—Es increíble, totalmente increíble. Es el sueño de todo piloto, estar en lo más alto del podio y defender mi título, claro, pero abordo cada circuito como un nuevo comienzo y nunca doy ninguna victoria por sentada.

—Seguro, sobre todo siendo tu última temporada, ¿no?

Me obligo a sonreír al contestar.

—Ya os avisaré cuando llegue mi última temporada. —Es una respuesta diplomática.

Ella se echa a reír. Eso me basta para pasar al siguiente reportero.

—Estás teniendo una temporada espectacular, Kian —comenta el siguiente. Tiene una grabadora de mano extendida por encima de la barrera para capturar mi respuesta a lo que esté a punto de

preguntarme—. Algunos dirían que es la mejor hasta la fecha. ¿Qué dirías que ha contribuido a eso?

«Harper».

Casi se me escapa su nombre, y tengo que esforzarme mucho para mantener la compostura.

El periodista se aclara la garganta para insistir en que le conteste, con una ceja arqueada como si intentara averiguar por qué tardo tanto en responder. Aparte de un puñado de malas entrevistas al principio de la temporada, tengo un buen historial y soy bastante hábil con los medios. Supongo que se debe a que llevo toda la vida acostumbrado.

Cuando mi madre estaba en la cima de la fama, no podíamos salir de casa solos. Nos acompañaban al colegio, a las fiestas de cumpleaños de los amigos, a bares y actividades; a cualquier sitio, en realidad. Había reporteros delante de la entrada, fuera de la puerta, acosándonos desde muy pequeños, desesperados por que los hijos de Chastity Walker dijeran o hicieran alguna tontería.

Estoy tan absorto en mis pensamientos que el periodista repite la pregunta; entonces por fin recupero la voz.

—Perdona, parece que la euforia de la victoria se me ha subido a la cabeza. Debe de ser algo así por lo alto que está el podio, ¿no?

Seguro que dirá que estoy en la cima del mundo o incluso que me estoy regodeando por haber vuelto a ganar. Me da igual.

—Diría que es cuestión de experiencia. Llevo más de una década en este deporte, y en Hendersohm trabajamos como una familia. Somos una máquina bien engrasada y tenemos a unos chicos increíbles en el box que se aseguran de que los monoplazas sean perfectos para nosotros. Esta temporada, el equipo lo ha bordado. Sumado a una buena conducción y a buenas condiciones meteorológicas…, tengo la esperanza de que pueda seguir así el resto de la temporada.

—Aunque esta temporada ha habido muchos cambios en Hendersohm. Al principio parecías algo afectado, tanto dentro como fuera de la pista, por la lesión de Elijah Gutaga y la posterior llegada de Harper James. —Y dale con eso—. ¿Cómo crees que le está

yendo a Harper? Es su debut y está causando sensación. ¿Su presencia ha influido en tu rendimiento?

—Creo que las clasificaciones, tanto las de hoy como de lo que va de campeonato, hablan por sí solas. Harper está teniendo una gran primera temporada después de petarlo el año pasado en la categoría inferior. Se esfuerza una barbaridad y se merece todo su éxito.

—¿Y qué pasará cuando Elijah esté completamente recuperado? ¿A quién preferirías tener como compañero de equipo?

Menudo descarado, el tío. No pienso opinar sobre eso ni en sueños; encima me metería en un buen lío si lo hiciera. Tampoco sé qué responder.

—Sabes que no puedo opinar sobre eso. Estoy seguro de que los jefes tomarán la mejor decisión para el equipo, y tienen la suerte de contar con dos pilotos fantásticos entre los que elegir. —Me alejo rápidamente para evitar decir alguna tontería.

No tengo ni idea de cómo será la alineación cuando Elijah esté mejor o el año que viene por estas fechas. Ni siquiera he decidido si seguiré aquí.

Obviamente, Elijah y yo hemos estado en contacto durante toda su recuperación, sé que tuvo un contratiempo cuando se le infectó una de las incisiones. Todavía le queda un largo camino que recorrer antes de estar de vuelta.

El resto de las entrevistas transcurren de la misma manera. Hay muchas preguntas sobre lo que va bien; por suerte, no muchas preguntas quisquillosas sobre lo que se puede mejorar. Aunque estoy en muy buena posición como para empezar a pensar en batir el récord de puntos del campeonato en una sola temporada, ni yo soy inmune a la idea de que siempre se puede hacer más.

Anders me da una palmada en el hombro cuando me dirijo a los boxes. No se me ocurren muchos equipos donde el jefe esté siempre esperándonos cuando salimos de la pista.

—Hijo —empieza, y tengo que esforzarme para controlar la respiración y mantener la calma. Puede que mi padre sea un cabronazo, pero tengo la suerte de haber tenido una figura paterna en este deporte. Un verdadero ejemplo. Alguien que no solo se preocupa por el dinero que ganamos, sino que realmente ama el

deporte y a su equipo—. Estás brillante. Creía haber visto buenas carreras tuyas en tus comienzos, sobre todo la temporada pasada, pero esta está siendo fantástica. Tu aplomo y tu concentración, además de tu habilidad para decidir cuándo arriesgar y cuándo ir con cuidado… Me asombras. Estoy muy orgulloso de ti.

Son grandes halagos viniendo de él, y me sonrojaría muchísimo si volviera a tener entre quince y veinticinco años. Ahora…, en fin, ahora lo asimilo y ya. Los músculos me protestan por una década de dolores y molestias debidos al desgaste que este deporte supone para el cuerpo, así que me alegra saber que ha merecido la pena.

—Gracias, señor. Se lo agradezco mucho.

—Y la forma en la que has acogido y protegido a Harper… Sé que aún debe pulir algunos detalles, pero está aprendiendo muy buenos hábitos de ti. Se está convirtiendo en un valioso miembro del equipo Hendersohm.

Casi me alegra más oír buenas noticias sobre Harper. ¿Por qué será? Todavía estoy pensando en mi futuro en el campeonato; sin embargo, sé que, tanto si me quedo como si me voy al final de la temporada, será decisión mía. Harper aún no tiene ventaja sobre mí; una buena temporada no le garantiza un puesto el año que viene. Sobre todo si Elijah está en forma y listo para regresar a la competición.

No envidio la difícil decisión que tendrá que tomar el equipo.

—Lo está haciendo genial, pero no creo que tenga nada que ver conmigo. Tiene talento natural.

Unos dedos me recorren la espalda y noto cómo todo mi cuerpo se agarrota. Ni siquiera necesito girarme para saber que está detrás de mí y que ha oído al menos parte de lo que acabo de decir sobre él.

Por suerte, nadie parece ver esas íntimas caricias. Anders felicita a Harper, luego se ponen a hablar de las oportunidades que ha tenido para colarse en la segunda posición, antes de ir con Ash a analizar los datos.

No sé cómo tiene tanta energía. Hoy en día, la emoción de ganar se me desvanece rápidamente; después me quedo con un peso insoportable de agotamiento. Lo siento en los huesos. Lo único que

quiero es desplomarme en la cama y descansar un rato. Hoy ni siquiera tengo energía para mirar los datos.

Con solo treinta y cuatro años, seguramente no debería sentirme así. Estoy en mi mejor momento, pero siento que este deporte me ha envejecido. Estoy seguro de que la mayoría de los pilotos están igual, así como los deportistas profesionales en general. Es una carrera corta para mantenerse en la cima del rendimiento de élite, ya seas piloto, futbolista, yudoca o bateador. Necesito un buen masaje. Se lo pediré al fisioterapeuta antes de ir a Italia, nuestra última parada de la fase europea.

O tal vez le pida a Harper que use sus manos mágicas cuando volvamos a casa. Puede aliviar algunas contracturas de mis músculos más íntimos. Seguro que hoy he forzado muchísimo los glúteos.

Aunque me toca esperar un buen rato. La mente de Harper no para de dar vueltas ni se calla, sentado junto a Ash en su escritorio improvisado en el box, con estadísticas y cifras desfilando por la pantalla mientras Harper analiza cada número. No es que me queje; me alegra sentarme y observar cuánto disfruta de este deporte. Nadie parece gozarlo tanto como él. Independientemente de lo que se pueda decir sobre su actitud relajada hacia el entrenamiento y la autodisciplina, nadie puede negar su pasión.

O a lo mejor sea porque veo todo lo que sucede entre bambalinas. Veo cómo algunas noches se queda en la cama examinando horas de grabaciones para aprender de otros pilotos y de sus carreras pasadas. Reflexiona sobre sus vueltas más lentas, sobre sus errores y sobre sus oportunidades perdidas, también estudia con aún más detenimiento los detalles de sus vueltas más rápidas. Harper James solo quiere seguir mejorando, y es admirable, se mire por donde se mire. Quiero recordarles a todos los periodistas que se olviden de las decisiones que toma en su vida personal y que se concentren en su conducción.

Más de una hora después, se pone la sudadera del equipo y se acerca a mí; estoy revisando el móvil y chateando con Elise.

—No tenías por qué esperarme.

Se le nota la sorpresa en la cara al verme. Lo que no sabe es que habría esperado más. Otra hora. Dos. Incluso más.

—Pensaba que podíamos volver juntos, nada más. —Hablo con calma. Muchos miembros del equipo todavía andan por aquí, recogiendo el equipo para prepararlo y transportarlo a Italia.

—Será mejor que nos vayamos, ¿no? —La sorpresa se transforma en emoción y enseguida en pura lujuria al mirarme a los ojos.

He hecho fisioterapia y estiramientos, pero aún llevo puesto el mono. Creo que nunca antes había recibido una mirada tan elogiosa.

No hablamos durante el camino de regreso a la autocaravana, pero no hace falta. Aunque mantenemos cierta distancia, entre nosotros hay una chispa de electricidad. Es la promesa de lo que está por venir en el instante en el que la puerta al mundo exterior se cierre tras nosotros.

Ni siquiera me he quitado las zapatillas cuando se me sube encima como si fuera un árbol. Por suerte, en la parte superior del cuerpo tengo la fuerza de un levantador de pesas profesional, porque prácticamente me veo obligado a sostenerlo mientras me besa con pasión.

—A veces, desearía poder volver a verte conducir desde el lateral del circuito —me murmura entre besos—. Me pone muchísimo. Cuando me has adelantado, creo que me he puesto cachondo. —Sus labios se posan sobre los míos, luego sobre mi mejilla, mi mandíbula y mi cuello, hasta que tocan la tela de mi camiseta—. Necesito que te la quites.

—Primero yo te necesito a ti en la habitación —contesto.

Aparto los brazos para que pueda bajar al suelo.

Busca mi mano con la suya y me conduce a mi habitación como si hubiera sido idea suya. Mi espalda no aguantará otra sesión en el sofá.

Me desnuda antes siquiera de que pueda cruzar el umbral de la habitación. Él también se desviste, y caemos rendidos en la cama, con manos y labios por todas partes a las que llegan.

Es indudable lo mucho que nos deseamos. Llevamos semanas jugueteando, alternando entre mamadas y pajas, un poco de beso negro y algún que otro dedo en el culo. Aun así, todavía no hemos hablado de qué sigue ni quién hará qué.

Soy versátil, así que me da igual, pero me intriga descubrir cómo un polvo propiamente dicho cambiará nuestra dinámica.

No quiero arruinar el momento, pero ha llegado la hora. Los dos queremos más. La pregunta es la siguiente: ¿me lo follo yo o me folla él a mí?

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —le pregunto, tiñendo mi voz de una naturalidad que no siento.

—Me la metes tú —me contesta.

A pesar de no haber estado seguro de sus preferencias, me sorprende. Me rodea la polla con la mano y le pega un tirón brusco para que empiece la fiesta.

Decido ir despacio, ya que algo me dice que hace tiempo que no se la mete nadie; tampoco quiero preguntárselo. Más vale prevenir que curar.

Tengo intención de ir despacio, pero, en cuanto empiezo a lamerlo y a usar mi saliva para dilatarlo bien, estoy tan ansioso por empezar como él. Le meto primero un dedo húmedo, luego un segundo. Juego al metesaca mientras con la otra mano le estimulo la polla y los huevos. Preparo un tercer dedo y empiezo a presionar.

Harper se retuerce contra mis dedos, pidiéndome más. Se echa hacia atrás y me encanta ver cómo desliza el culo sobre mi mano. Es algo que jamás pensé que vería, pero sé que se quedará grabado en mi cabeza para siempre.

Tengo muchísimas ganas de metérsela, pero cuando saco los dedos me doy cuenta de que no tengo condón.

Ni siquiera recuerdo la última vez que los incluí en mi maleta y mucho menos la última vez que los tuve a mano. No suelo hacer estas cosas.

Una risita se me escapa de los labios. Entonces Harper abre los ojos de golpe, extrañado por el cambio de ritmo. Me muero de ganas de penetrarlo y ahora estoy perdiendo el tiempo.

—¿Qué? —me pregunta, apoyándose sobre los codos—. ¿Por qué paras?

—¿Tienes condón?

—Joder, Kian. Creía que eras Don Preparado.

—Levántate de la cama y ve a buscar uno. Sé que tienes un montón. O eso espero.

Cuando Harper regresa con uno y se sube de nuevo a la cama, le meto de nuevo los dedos y encuentro su próstata enseguida. Hago que sus caderas se muevan como un resorte y se levanten de la cama.

—La madre que te parió —jadea mientras yo acelero el ritmo.

Ignorándolo, junto las dos pollas, que están mojadas, y con cada embestida de mis dedos nos restregamos el uno contra el otro. Es casi demasiado incluso para mí, y eso que no tengo a nadie estimulándome el punto G al mismo tiempo. No puedo imaginarme lo bien que se lo está pasando Harper.

Antes de que los dos lleguemos al clímax, me pongo el condón y empiezo a metérsela. Al principio, solo la punta, pero suelta una exhalación, así que empujo hasta el fondo. Qué maravilla, hostia. Cuando levanto la vista de su culo, que se desliza alrededor de mi rabo, veo que él también lo está disfrutando. Me mira con una intensidad que me sorprende, entonces sé con certeza que no es algo que haya hecho muchas veces.

Jadea entre dientes y gruñe cuando se la meto entera.

—¡Joder!

Se coge la polla y empieza a masturbarse, gimiendo con los ojos cerrados.

Empiezo a embestirlo y tardo poco en llevarlo al límite. El sudor se acumula entre nosotros. Con una embestida más, siento que estoy a punto, pero ver su corrida extendiéndose por su vientre es el detonante final, y me corro a saco, gritando su nombre.

Me desplomo en la cama, luego él se acurruca a mi lado, los dos jadeantes, antes de que la habitación se quede en silencio. Me quito el preservativo y lo tiro. Cuando regreso, me susurra algo al oído que no oigo bien. Quiero pedirle que me lo repita, pero ha cerrado los ojos y está muy relajado.

La respiración de Harper se normaliza, con pequeñas bocanadas que me rozan el vello del pecho, y nos quedamos dormidos enredados, con los cuerpos cubiertos de semen y de sudor, y con el corazón lleno de la ilusión de lo que podríamos llegar a ser.

Capítulo 20

Harper

Son las cinco de la mañana cuando me doy cuenta de que Kian y yo llevamos compartiendo habitación desde Hungría, como si fuéramos pareja. Los cuartos de la autocaravana no son lo bastante grandes como para acoger todos los trastos de dos personas; aun así, poco a poco me he ido introduciendo en su espacio. No hasta el punto de que un observador externo pudiera verlo enseguida, pero hay algunas señales.

Mi ropa está en el suelo, junto a su cama; mi cargador del móvil, enchufado detrás de la cama; mi crema Deep Heat, en la mesita de noche.

Aquí se nota que hay una gran intimidad compartida, y no puedo mentir y decir que no me gusta. Hay algo más que nunca pensé que diría: aunque el sexo es brutal, no tiene punto de comparación con dormir toda la noche abrazado a Kian.

Kian Walker me ha convertido en un tío muy cariñoso. Los hombres con los que he compartido cama en el pasado nunca tuvieron ese placer; con suerte, les dejaba recuperar el aliento antes de que se marcharan. Tampoco fue así cuando Johannes y yo nos acostábamos.

No sé por qué es diferente con Kian. Hay cercanía, obviamente, y química sexual, así que quizá solo sea una opción conveniente. Siempre me ha gustado lo conveniente sin complicaciones.

Sin embargo, está mal en muchos sentidos decir que Kian es solo conveniente.

Sé que esa no es la razón por la que lo nuestro va bien. A lo mejor por eso estoy tan nervioso ahora mismo, porque empieza a ser muy agradable y cómodo y… similar a una relación. A ver, nunca he tenido pareja, así que en realidad no lo sé, pero últimamente, cuando me siento mal, prefiero ir a casa con Kian y acurrucarme con

él en la cama que salir, emborracharme y tirarme a algún desconocido.

Me asusta, pero a la vez lo deseo muchísimo. De ahí que esté tan inquieto.

También me preocupa mucho lo que a veces le provoca pesadillas, que es otra experiencia nueva para mí.

A veces murmura mientras duerme, a menudo son tonterías, pero lo que quiera decir esta noche hace que la lengua le vaya a mil por hora.

—No va ahí —refunfuña.

Me aprieta la cintura con los brazos, me acerca a él y me saca de mis desordenados pensamientos.

Me muero de ganas de preguntarle el qué, qué es lo que no va dónde, pero no sé si debería despertarlo o no. Al final opto por abrazarlo más fuerte para que sepa que no está solo.

—¡No, no, no! —Repite la misma palabra una y otra vez; mientras miro por encima de mi hombro, su rostro se retuerce y se contorsiona de dolor—. ¡Todavía no, no!

No sé si gritar dormido es habitual, aunque cada vez sube más el tono. A estas alturas, casi chilla pidiendo que se detenga lo que sea que esté pasando en su sueño, y me escabullo de sus brazos para darme la vuelta.

—Hey, Kian. Kian, tranquilo. —Le sacudo suavemente el brazo, pero empieza a mover las piernas contra la sábana, como si intentara escapar—. Nene, tranquilo. —Se me escapa el apelativo cariñoso, pero no me importa. Solo quiero borrar la expresión de dolor de su rostro.

Lo sacudo una, dos, tres veces, y solo a la tercera abre los ojos de golpe, respirando con dificultad. Con los ojos como platos, se sobresalta antes de incorporarse.

—Lo siento —susurra, como si mi cara de preocupado fuera porque me ha molestado con su actitud—. Siento haberte despertado.

—No me has despertado. ¿Estás bien?

Instintivamente, tiendo los brazos hacia él. Por lo general, es él quien toma la iniciativa, pero parece que esta vez necesita que lo

abrace.

—No sé…, no sé qué ha sido, pero… pero estaba soñando con la muerte de mi madre. —Se le quiebra la voz al pronunciar las últimas palabras, y los ojos llorosos le brillan en la oscuridad cuando al final me mira.

Por fin me deja abrazarlo con fuerza y estrecharlo mientras llora desconsoladamente en mi hombro. Las lágrimas me resbalan por la piel desnuda, nuestros cuerpos están pegados, y lo abrazo durante diez, veinte, ¿a quién le importa cuántos minutos? Me quedaría aquí con él para siempre si eso significara que está bien.

¿Cuándo he empezado a pensar que movería cielo y tierra para ver a Kian Walker feliz?

La luz del día comienza a filtrarse por los extremos de las persianas de la autocaravana. Kian se separa de mí y se pasa el dorso de la mano por la nariz.

—Te he dejado todo mojado, perdona.

Suelta una carcajada al darse cuenta de lo que ha dicho y el sonido nos envuelve a los dos, olvidadas ya las lágrimas que ha derramado hace apenas unos instantes.

Seguro que lo más sano sería que habláramos de su pesadilla, pero todo esto es nuevo para mí, y no sé cómo gestionarlo. De modo que hago lo que mejor se me da y me inclino hacia él de nuevo, esta vez para apoderarme de su boca.

Noto un sabor salado en sus labios al pasarle la lengua por las comisuras para suplicarle que me deje entrar. Es un beso perezoso y volvemos a la posición horizontal, compartiendo la almohada, con nuestros cuerpos calientes por el edredón debajo del cual nos hemos vuelto a meter. Sin embargo, me da igual. No encuentro en mí la capacidad de preocuparme por que esta situación no vaya a terminar en sexo. Me conformo con estar aquí tumbado con él y explorándonos las bocas hasta que cada centímetro de la suya y de la mía se convierta en su segundo hogar.

Es suficiente.

Y siento que también es suficiente para él.

Como si yo fuera suficiente.

He estado trabajándolo en terapia, e intento bajar las revoluciones y disfrutar sin más de la sensación de ser suficiente. Es extraño e inquietante. También maravilloso.

Cuando me empieza a doler la mandíbula y noto los labios más que resecos, me aparto.

Durante unos segundos, Kian me mira sin parpadear mientras me aparta un par de mechones de pelo de la frente.

En un abrir y cerrar de ojos, es como si se sacudiera algo de encima antes de saltar de la cama. Supongo que debería hacer lo mismo, me espera un día ajetreado, pero no tengo ganas de salir de esta habitación ni de esta cama. Bajo las piernas e intento poner el cerebro en marcha.

Kian levanta las persianas, y entonces la luz del día inunda la habitación.

—¡Argh! —siseo mientras me tapo los ojos como un vampiro.

—Creo que estos últimos días nos hemos convertido en auténticos ermitaños. Tenemos que grabar un pódcast y algunos vídeos cortos en la sala de descanso del equipo. Oye, estaba pensando…

—No te lo recomiendo demasiado. Tu minúsculo cerebro podría explotar. —Me río. ¡Me río! Como un adolescente que quiere hacerle gracia a su primer amor.

Kian no se da cuenta o no le da importancia, ya que me atrae hacia su pecho y me recorre los costados con las manos mientras me hace cosquillas como un animal salvaje. Mis risotadas se convierten en gritos y estoy intentando zafarme de él cuando llaman a nuestra puerta.

Nos separamos al instante, aunque quienquiera que sea no puede entrar así como así. No nos han pillado con las manos en la masa, pero sabemos que no podemos comportarnos así a la vista de todos.

—¡Ya voy! —grito, y salgo disparado de la habitación de Kian como una bala. Deslizo el pestillo y veo a Anna al otro lado.

—¡Llegáis tarde! ¿Dónde está Kian? Me sorprende que no esté ya en la sala del equipo.

Porque Kian siempre es muy puntual, y está claro que lo estoy corrompiendo.

—Estábamos a punto de salir.

Anna me mira el torso desnudo y los calzoncillos, y me dedica su mejor sonrisa de «A mí no me cuentes milongas».

—Estaba a punto de salir, lo prometo —tercia Kian, que aparece detrás de mí completamente vestido. Su aliento a menta flota a mi lado cuando sale de la autocaravana.

—No he dudado de ti ni un segundo —exclama Anna entre risas—. Tienes dos minutos para vestirte y salir, Harper.

Kian se encoge de hombros detrás de ella, reprimiendo una risilla, y me entristece que haya explotado nuestra feliz burbuja de sexo y *pizza*.

Me entristece que tengamos que salir al mundo exterior y que durante los próximos días previos al gran premio de Italia tengamos que ser Harper James y Kian Walker, compañeros de equipo, los mejores pilotos de Hendersohm. No nosotros.

Sin embargo, los días pasan volando. Se desvanecen en un torbellino de declaraciones, sesiones de fotos y la satisfacción de los directivos por fin con lo que les estamos ofreciendo. Ya no hay especulaciones sobre la supuesta división en el equipo Hendersohm. Anders no deja de sonreír de oreja a oreja por la cantidad de buena prensa que hemos recibido. Hasta me resulta más fácil estar con Jackson cuando asiste a todas las reuniones de equipo y sesiones de vídeo, ahora que sé que no representa una amenaza sobre Kian.

Pero no es solo eso. El ambiente en el box también es más dinámico ahora que ya no hay tanta animosidad entre los dos. Los técnicos no se andan con pies de plomo a nuestro alrededor cuando practicamos en el simulador. Todos nos reímos y bromeamos, incluidos Kian y yo.

Aun así, seguimos manteniendo cierta distancia. Kian no se acerca a menos de medio metro de mí, casi como si no pudiera tocarme sin revelar nuestro secreto. No puedo pensar demasiado en el porqué; sé que, si lo hago, mi cerebro pensará que es porque le da vergüenza estar conmigo.

No.

No puedo pensar así.

Me viene enseguida a la mente mi última sesión de terapia, en la que hablamos de las razones por las que mis padres se marcharon y

cómo no fue por mí ni por nada que hubiera hecho yo. Se fueron porque son —o eran— así y porque tenían sus propios problemas. No es que no me lo hayan dicho antes; aun así, es difícil deshacer toda una vida de traumas internalizados y el comportamiento que producen. Sin embargo, lo estoy intentando, y trabajarlo con un terapeuta me ayuda a tenerlo presente. Ahora mismo, procuro usar ese mismo razonamiento con Kian.

Lo medito durante unos cuantos días; de pronto, en un atípico momento libre antes de las clasificatorias, nos encontramos solos en la autocaravana. Kian solo lleva la camiseta térmica que va debajo del mono, y yo, una sudadera con capucha del equipo Hendersohm y los calzoncillos.

—Hola. —Sonrío cuando gira la cabeza y me ve pegado a él por detrás—. Qué casualidad verte aquí.

—Vaya, sí que estás cachondo.

He apoyado la polla contra su culo, presiono en el hueco entre sus nalgas y lo aprieto contra mí con todas mis fuerzas.

—¿En qué estabas pensando el otro día? —le pregunto.

Me ha costado varios intentos decirlo, y ahora que me siento capaz tengo que seguir.

—¿Eh?

—Cuando Anna estuvo a punto de cargarse nuestra puerta con los porrazos.

—Ah. —El ambiente apasionado que intentaba crear desaparece, y se aparta de mí.

Me preparo para lo que se avecina.

—¿Ki?

Se detiene al oír su nombre, aunque ha logrado dejar una distancia considerable entre los dos.

Se queda callado. Pensativo, frunce el ceño. Irradia incertidumbre, y empiezo a desear no haber sacado el tema. ¡Adiós al diálogo abierto y sincero!

—Estaba pensando… si querías cenar conmigo.

¿Cómo? Creía que iba a referirse a la necesidad de mantener nuestro secreto ante el equipo.

—¿En lugar de desayunar?

—No, no, o sea… Me preguntaba si querías salir a cenar. Por ahí.

Su maraña de palabras me inunda como un tsunami, y me alegro de estar agarrándome con fuerza al borde de la encimera para no caerme al suelo. No sé qué esperaba, pero esto no.

¿Por qué es peor que si hubiera dicho que no quiere que nadie se entere de lo nuestro?

—¿En plan cita? —pregunto, temiéndome lo peor.

No dice ni pío. Se limita a asentir tímidamente con la cabeza.

—Ah. —Empiezo a oír un pitido y noto el momento en el que el aire sale a borbotones por las ventanas de la autocaravana, que cuesta abrir.

Sin duda, no es la respuesta monosilábica que Kian esperaba. En cierto modo, es peor que un no rotundo porque parece expresar incredulidad ante el simple hecho de que me lo proponga.

Su rostro refleja decepción, y al levantar la vista me encuentro con una versión muy triste de Kian. Lo he visto llorar por culpa de las pesadillas, cabrearse por perder una carrera y ponerse histérico por completo, frustrado por mis payasadas, pero esto es lo peor.

Si alguien necesitara una imagen de la devastación, sacaría la cámara ahora mismo y haría un catálogo interminable de su mirada.

—Kian… —comienzo a decir.

—No, no pasa nada, tranquilo. Ha sido una sugerencia ridícula. Ni caso. Es evidente que estar encerrado en estas cuatro paredes me está afectando. —Se entretiene en el fregadero, enjuagando un vaso que ya estaba limpio.

Me da la espalda, pero no necesito verle la cara para interpretar sus emociones.

—Cuatro paredes con ruedas —lo corrijo, forzando una carcajada incómoda con la esperanza de romper la tensión.

No me contesta. Mientras sigo pensando en algo que decir para calmar la situación, coge la chaqueta y las zapatillas, se las pone a toda prisa y sale por la puerta con la bolsa de deporte con todo lo necesario para el día colgada del hombro.

La puerta se cierra de golpe tras él, y todo se desmorona.

Se desmorona literalmente cuando Kian queda décimo en el entrenamiento, y sé que es cien por cien culpa mía.

Justo cuando pensaba que no podía empeorar, me veo obligado a salir de la habitación de Kian. Relegado a la fría habitación que antes era la mía.

Incapaz de cargar el móvil ni de aliviar el dolor punzante que se me extiende por el pecho.

No he podido dormir bien y, cuando me despierto a la mañana siguiente con un plan para hablar con Kian, ya se ha marchado.

No charlamos mientras nos preparamos para la carrera. Está absorto en lo que escucha con los auriculares (seguro que es una de sus meditaciones guiadas), pero tiene todo el cuerpo tenso al intentar cambiar de estado de ánimo.

Durante el camino al box, no se ha detenido a firmar autógrafos ni a tomarse selfis con todos los aficionados, como suele hacer. Era como un fantasma cuando la gente gritaba su nombre. Había gente sosteniendo figuras de cartón con su imagen, pidiéndole que las firmara; en cambio, él ha estado concentrado en llegar al box y aislarse de todo y de todos.

Al montarme en el monoplaza, he tenido que dejar de pensar en Kian. No puedo permitirme preocuparme por él. No me he matado trabajando para quedar solo tercero y echarlo todo por la borda el domingo porque tengo sentimientos.

En general, la carrera es brillante. Es mi tipo de batalla favorita, con algunos de nosotros luchando por el primer puesto, pero no veo a Kian por ningún lado.

Le he preguntado a Ash varias veces qué posición ocupa y me ha dicho que está entre el quinto, el sexto y el séptimo puesto. Le está costando recuperar terreno después de quedar tan atrás en la clasificatoria.

De repente, justo antes de la séptima vuelta antes del final, veo de reojo una bandera amarilla. Como las condiciones climáticas son perfectas, significa que ha pasado algo. Un accidente, probablemente.

—Ash —gruño intentando concentrarme por completo en el circuito—. ¿Qué ocurre?

La línea se queda en silencio durante un segundo, y siento una ansiedad abrumante en el estómago.

—Ash, por el amor de Dios, dime qué está pasando. Desde aquí no veo nada. Se supone que eres mis ojos desde el lado.

Nada.

Silencio absoluto.

—Alguien se ha salido de la pista. Baja un poco la velocidad cuando cojas la octava curva. No sé qué pasa, pero han derrapado como si hubiera aceite o algo así. Estate atento a las rayas si la situación cambia en la próxima vuelta, ¿vale?

—¿Quién se ha salido? —Todavía veo a los dos McLaren suecos delante de mí, bloqueándome el paso al primero y segundo puesto, y mi cerebro está imaginando con angustia a mi mejor amigo hecho un montón de metal al lado de la pista—. ¿Es Johannes? ¡Ash, por favor! Necesito saberlo.

No me importa suplicar, pero de verdad que no quiero hacerlo ahora mismo, con lo mucho que me cuesta recordar girar el volante. Las curvas de este circuito son implacables, casi me alegro de que Ash se quede callado, hasta que termino una sección complicada y vuelvo por la estrecha recta para acabar la vuelta. La bandera amarilla sigue ondeando a lo lejos, así que reduzco la velocidad, casi a regañadientes.

—No es Johannes —me confirma Ash al final.

Suelto un suspiro de alivio, aflojando un poco el agarre del volante.

Disminuyo la velocidad un poco más al acercarme al lugar donde según Ash ha ocurrido el accidente. Conduzco con cuidado y precaución por si hay aceite en el circuito, para no salir disparado yo también. Al reducir la velocidad, veo el coche que se ha estrellado contra las barreras, volcado de lado.

No es Johannes, pero reconozco demasiado bien el color y el diseño.

—¡No! —grito—. Por favor, no me digas que es Kian. Por favor.

Ahora sí que suplico. Si creía que el estrés de que fuera Johannes era malo, no es nada comparado con el pánico paralizante que me invade al pensar que se trata de Kian.

—Ya están en ello, Harper. Concéntrate en la pista, colega. Ahora mismo no hay nada que puedas hacer.

¡Los cojones! Puedo detenerme, bajarme y echar una mano. Lo sacaré del coche yo mismo si así me aseguro de que está bien.

—¿Está bien? ¡Dime que está bien, joder! —Las palabras me salen histéricas y desesperadas.

Tengo el pie en el acelerador y la vista fija en la pista, pero mi mente solo piensa en Kian.

Veo un hueco entre los dos que ocupan las dos primeras posiciones; ellos también deben de estar distraídos. Un movimiento rápido y podría estar en lo más alto del podio… De pronto, acelero, guiado por la memoria muscular y el puro instinto. Es como si fuera más rápido que nunca al concentrarme en la brecha que ha aparecido. Aun así, cuando llego al segundo puesto, no siento nada más que un miedo terrible.

—Ya lo están sacando —me confirma Ash.

—Pero ¿está bien? —Me da la impresión de que voy a estallar si no me dice cómo está en los próximos cinco segundos.

—Está consciente, es lo único que sabemos por ahora. —Bueno, algo es algo. Más que algo, porque significa que está vivo—. La bandera amarilla sigue levantada, pero han confirmado que no hay aceite en la pista.

—¿Por qué se ha salido entonces?

—Esa es una pregunta para después. Concéntrate ahora, Harper. En la última vuelta estabas a uno punto ocho del primero. Puedes ganar si te lo propones.

Nunca he tenido problemas para separar lo que pasa dentro y fuera de la pista. Nunca he tenido problemas de concentración. Pero ahora, con la mente inundada de imágenes de Kian colgando inerte del lateral de su monoplaza, cubierto de sangre, jadeando unas últimas palabras, lo tiro todo por la borda.

Mi oportunidad de estar en la cima, de llevarme veinticinco puntos, de ser recordado como una leyenda del deporte… Todo se va a la mierda cuando intento aprovechar al máximo la oportunidad de adelantar a un coche más y ganar. Estoy cerca, muy pero que muy cerca, pero no puedo hacerlo. Veo que se abre un hueco,

aunque tardo unos instantes en atacar y pierdo la oportunidad. Oigo a Ash gruñirme en el oído y sé que la estoy cagando. Mi gran oportunidad, la oportunidad de mi vida, se me escapa… He trabajado mucho, pero también fue necesaria la desafortunada fractura de pierna de Elijah para ponerme en este asiento, en este coche, en esta pista, y puede que no tenga otra oportunidad igual. Puede que no sea lo bastante bueno…

De golpe, caigo en la cuenta. Kian no se desmoronaría así. Kian no querría que me derrumbara por su accidente. No querría que me distrajera y desaprovechara la situación para hacerme con el primer puesto. De modo que me inspiro en el gran Kian Walker y respiro hondo. Me mantengo a la espera, a menos de medio segundo del líder durante una vuelta hasta que entramos a toda velocidad en la recta.

Entonces sucede. El que va primero es uno de los suecos, que la caga al intentar bloquearme el paso. Se abre demasiado en la curva y, como un depredador en la jungla, puedo oler su miedo. Está pensando en lo que tiene detrás y no en lo que tiene delante. Sé que no voy a tener otra oportunidad, así que piso el acelerador. Ha llegado mi ocasión, y pienso aprovecharla, joder.

La victoria es un borrón. Mi primera vez en lo más alto del podio en el campeonato no es más que una neblina en mi mente. Es probable que ni siquiera me acuerde; ya no recuerdo que me rociaran con champán ni ninguna de las entrevistas. No tengo ni idea de lo que he dicho, y espero que no haya sido alguna chorrada.

Porque solo puedo pensar en Kian.

—¿Dónde está? —pregunto tan pronto como veo a Ash.

—Se lo han llevado al hospital local para hacerle radiografías y determinar si tiene una conmoción cerebral.

—¿Está bien? ¡Me cago en la puta, tío! En la pista no he visto nada. —En el fondo, sé que no es culpa de Ash y que tiene órdenes que cumplir en el box, pero estoy desesperado.

—Nunca avisamos de un accidente a menos que haya riesgo para vuestro monoplaza. Ya lo sabes —replica con calma.

La verdad es que me impresiona lo bien que gestiona mi reacción.

—¡Es Kian, coño! No es un desconocido. Merecía saberlo. —Estoy alzando la voz, y todos me miran fijamente. Mi paranoia me grita que ya lo han descubierto, que todos saben lo que hay entre nosotros, que nos han pillado y que todo es culpa mía, como siempre, pero ahora mismo me da igual—. ¿Alguien puede llevarme al hospital?

—Primero tienes que terminar aquí, hijo —tercia Anders.

Que se vayan a la mierda él y su «hijo». Nunca me ha llamado así y no tiene por qué hacerlo ahora solo porque estoy en un evidente ataque de nervios.

—Me da igual. Solo quiero ir a verlo.

—Yo lo acompaño —interviene Cole. Kian y él han sido muy amigos durante años, así que me sorprende que no se haya mostrado tan dispuesto a ir como yo—. Voy a buscar un coche ahora mismo.

—Vale, vale —cede Anders al final—. Le pediremos a Anna que dé una declaración para explicar por qué has desaparecido. Lo disfrazará de buen ambiente de equipo: querías ir al hospital para asegurarte de que Kian está bien.

Me la pela lo que vayan a decir o cómo vaya a quedar el equipo. Necesito ver a Kian. Necesito ver con mis propios ojos que está bien.

En el asiento trasero del coche, con la mampara del conductor cerrada, Cole me cuenta todo lo que sabe. Me dice que Kian estaba respirando y consciente cuando lo han sacado. Las primeras evaluaciones en pista no han mostrado signos de fracturas ni conmoción cerebral. Esto último siempre es importante; significa que el casco y el halo han cumplido con su función.

Tengo la respiración entrecortada y procuro calmar el ritmo cardiaco. Está lo bien que podría estar después del accidente, pero no lo creeré hasta que lo vea por mí mismo.

—Tenía muy mal aspecto, con mucha sangre, pero han dicho que no eran más que cortes y moratones. Pero ya sabes que el protocolo exige que lo examinen bien y que le hagan pruebas para descartar hemorragias internas.

Llevo años sabiéndolo, todos los pilotos lo saben, pero oír a Cole decirlo en voz alta me tranquiliza y me da tiempo para ordenar las ideas.

—Debo admitir que me sorprende —añade después de que hayamos estado sentados en silencio durante un par de minutos.

—¿El qué? —le pregunto.

—Que estés tan preocupado. Sé que Kian y tú dejasteis de lado vuestras diferencias durante la etapa europea, pero no sabía que os llevarais… tan bien. No sabía que en realidad fuerais amigos o algo así.

O algo así, en efecto.

Capítulo 21

Kian

—Elise, te prometo que estoy bien. Los médicos me han hecho un montón de pruebas y no tengo nada roto. Unos cuantos cortes y moratones, nada más —le aseguro a mi preocupadísima hermana por cuarta vez durante la llamada.

—Ay, me alegro de no haber dejado que Cassie viera esta carrera. No tengo ni idea de cómo habría podido explicárselo.

Para mí también es un alivio. Con apenas cuatro años, Cassie es demasiado pequeña como para preocuparse por nada.

Además, también espero que se suba a un kart algún día, y no lo hará si le da miedo porque a mí me haya pasado algo.

—Me darán el alta cuando haya pasado un tiempo prudencial, pero no te preocupes por mí, por favor, de verdad.

Mi hermana ya tiene suficientes cosas por las que preocuparse. Me he dado cuenta de que en las últimas llamadas no se ha alargado mucho al hablarme del estado de nuestra madre.

Me digo a mí mismo que es porque los niños están creciendo y cada vez que me llama hay más cosas que contar sobre ellos. Jesse aprende más palabras semana tras semana y se tambalea como el niño pequeño en el que se está convirtiendo, y Cassie es un torbellino de energía artística a la que le encanta pintar y hacer cosas con arcilla.

Me estoy perdiendo muchas cosas. Por eso la idea de retirarme me parece un poco más atractiva.

—¿Me estás escuchando, Ki?

Es evidente que no.

—Perdona, ¿qué decías?

—Te he preguntado qué ha pasado. Hasta yo sé que esa curva la puedes coger con los ojos cerrados.

Lleva razón. Mucha. Las últimas catorce veces que he recorrido este circuito, nunca he tenido ningún problema con el trazado. Sin

embargo, no puedo decirle que el hombre del que me estoy enamorando ni siquiera quiere salir a cenar por ahí. Tampoco puedo decirle que se trata de Harper James, claro. Mi hermana le daría una paliza.

—No sé qué ha pasado —miento. Me odio muchísimo y odio la culpa que me consume al seguir elaborando la mentira—. No sé si he calculado mal la velocidad o si ha habido algún problema con el monoplaza.

No ha sido ninguna de las dos cosas. Es que no estaba concentrado en la pista.

Sería una confesión peligrosa, y me aterra la posibilidad de tener que contárselo al equipo cuando investiguen el coche y el circuito para ver qué ha provocado el accidente.

—Odio la Fórmula 1. Sé que ya han pasado quince años, pero sigo odiando que corras cada dos fines de semana durante nueve meses al año.

¿Podría ser esa otra razón para retirarme? ¿Me lo parece porque se van acumulando los motivos o porque la prensa me los mete en la cabeza cada vez que me entrevistan? Algunos días, creo que ya he tomado la decisión.

—Lo sé, El, y lo siento. Te prometo que tendré más cuidado. —La enfermera que ha estado viniendo a revisarme las constantes vitales asoma la cabeza por la puerta y me hace una seña para llamar mi atención—. Un segundo, El.

—Tiene visita en la sala de espera. Lleva mucho tiempo aquí. ¿Quiere que pase?

Asiento con la cabeza y la enfermera se marcha.

—El, tengo que irme. Creo que Anders está aquí, o quizá Cole, no sé. Alguien de Hendersohm.

—Vale, hermanito. Te quiero. Avísame cuando te den el alta.

Le devuelvo el cariño y cuelga.

En un abrir y cerrar de ojos, veo en la puerta a un Harper con cara de vergüenza. El mismo que se rio en mi cara ayer cuando intenté proponerle salir a cenar.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta dejando que las puertas se cierren suavemente tras él, sin acercarse a mi cama.

—Bien. Un poco dolorido, pero me darán el alta mañana, ya que estoy en observación por una posible conmoción cerebral.

Me gustaría irme a casa ya, pero después de más de una década en este deporte conozco el protocolo de conmociones cerebrales mejor que mi propio nombre.

Antes de que Harper pueda siquiera sentarse a mi lado, Cole también asoma la cabeza por la puerta.

—Hola, Cole —lo saludo—, gracias por venir.

—No me quedaré mucho tiempo. Hay que dar un informe de la pista, ya sabes. Y… —Mira a Harper—. Les diré a todos que estás bien. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo, Cole. Gracias otra vez.

Dicho esto, se va. Es evidente que ha captado la extraña energía que desprende Harper, aunque ahora mismo no puedo permitirme pensar en eso.

—Pensaba… —Harper apoya una mano en la pared—. No sé qué pensaba. ¡Joder! Por un momento he pensado que estabas muerto. Ash tardaba mucho en darme información y luego me ha dicho que eras tú y he pensado: «Mierda, no quiere decírmelo porque es demasiado tarde».

Durante unos segundos, la espantosa conversación de ayer queda completamente olvidada. La emoción a flor de piel que veo en su rostro me dificulta respirar. Lleva el pelo sudoroso y despeinado, un lío de rizos tanto por el casco como por lo que parecen horas de pasarse los dedos por el cabello. Tiene manchas rojas en las mejillas que solo pueden deberse a emociones reprimidas y los ojos hinchados por las lágrimas que ha contenido. Con una mirada muy intensa, me recorre el cuerpo para asegurarse de que estoy bien.

¿Cómo se supone que voy a enfadarme? ¿Cómo puedo alejarme de este tío cuando se me acerca así?

Aunque sé que tengo que hacerlo. Sé que tengo que hacerlo porque, si lo nuestro no va a ninguna parte, ¿qué sentido tiene? No quiero un follamigo. Quiero un amante en todo el sentido de la palabra.

—Gracias por venir a verme, pero estoy bien. Deberías irte. La autocaravana está hecha un desastre y tenemos que devolver las

llaves dentro de menos de cuarenta y ocho horas antes de volar a Singapur.

No se me ocurre ni por asomo que vaya a ser responsable y ordenar algo, pero le dará la oportunidad de recoger sus cosas de mi habitación. Además, necesito que se largue, y me parece la excusa perfecta.

—Es que he… he pedido *pizza* al hospital cuando han venido a decirme que podías recibir visita. Se me ha ocurrido que podríamos comer juntos. Fijo que no es el lugar más romántico del mundo, pero tú propusiste que cenáramos juntos. —Se ríe, nervioso, y un rubor rosado le sube por el cuello.

Si ahora mismo no me doliera la cabeza tantísimo, pondría los ojos en blanco. Cuando le propuse salir a cenar, no me refería a esto, y creo que lo sabe. Sin embargo, creo que no tengo fuerzas para mantener la conversación que hace tiempo que está pendiente mientras me recupero de un accidente a trescientos kilómetros por hora.

—Una *pizza* suena bien.

Estoy demasiado cansado y magullado como para protestar. Me da la sensación de que llevo meses esquivando su timidez. Nos hemos comportado como una pareja en privado, y todo ha ido muy bien, pero, en cuanto intento ir más allá, se asusta. Sé que no hemos acordado exclusividad, aunque siempre estábamos juntos, así que tampoco es que se esté viendo con nadie más. Pero no quiere salir a cenar conmigo y, sin embargo, ¿se presenta con un montón de sentimientos y *pizza*? Descifrarlo resulta más agotador que pasar dos horas en un circuito. A mi mente le cuesta mucho tener que controlarse para no espantarlo. No sé si voy o vengo, y no pienso sacrificar mi rendimiento en la pista por su mera comodidad. Italia ha sido un desastre absoluto para mí, y no tengo a quién culpar más que a mí mismo. Hasta ahora, nos hemos comportado según sus términos, pero lo que quiero y necesito yo también importa.

Pero es que, cada vez que echa a correr, luego vuelve más rápido. Es una especie de progreso; por la forma en la que me mira ahora, está claro que debo de significar algo para él. Pero ¿cuánto tiempo podemos seguir así? ¿Durante cuánto rato echaría a correr si le

pidiera que fuera mi novio? ¿Dejaría de huir si hincara una rodilla en el suelo?

¡Ahí va!

Ahora no es momento de pensar en casarme con alguien que ni siquiera quiere salir a cenar conmigo. Debo de haberme dado un buen golpetazo en la cabeza.

—¿En qué puesto has acabado? —pregunto.

Me mira con un orgullo tímido que no sabía que tenía. Conozco al Harper arrogante, al Harper bromista, al Harper seductor, al Harper triste, pero esta actitud es nueva. Y le sienta bien.

—Primero —contesta.

—Muy bien. Deberías estar muy orgulloso de ti mismo.

—Lo estoy, lo estoy. A ver, solo he ganado porque tú estás aquí, pero bueno.

—No, te lo mereces, Harper —le aseguro.

Y lo digo en serio. Es un piloto increíble. No sé por qué ha tardado tanto en ascender a la categoría principal. A los patrocinadores y a los dueños de los equipos les deben de desagradar mucho sus payasadas fuera de pista para haberlo ignorado durante tantos años.

—Gracias —murmura.

—¿Qué *pizza* me has pedido ? —pregunto, intentando disipar la repentina tensión.

—De *pepperoni* picante con miel.

Se le da demasiado bien. Para mí es la combinación perfecta de carne, especias y dulzura en una *pizza*, y detesto que me conozca tan bien.

Sé que se fija en mi reacción porque está muy orgulloso de sí mismo.

Obviamente, lo interpreta como una invitación a acercarse, porque se sienta en la silla que está junto a mi cama y la acerca justo a mi almohada.

—Lo he hecho bien, ¿eh?

—Depende. ¿Solo has pedido *pizza*?

—¿Por quién me tomas? Claro que no. He pedido *arancini* de tomate y *mozzarella*, también pan de ajo con mermelada de chipotle y *chutney* de cebolla caramelizada.

Tiene razón. Es demasiado bueno. Es el capricho de después de la carrera, y, como estamos en Italia, va a ser fenomenal y terminaré enamorándome aún más de él.

Luego es probable que me diga que no a tener una cita de verdad y nunca volveremos a acostarnos. Desaparecerá en otro equipo o yo me retiraré y se acabó. Una cita para comer *pizza* en el hospital y un montón de sexo excelente. Después nada.

Es deprimente que mis pensamientos divaguen así sobre nuestra inexistente relación.

—A lo mejor se me da bien esto de las citas.

No estoy seguro de si pretendía decirlo en voz alta. Su rostro me asegura que no, ya que muestra una mezcla de sorpresa, conmoción y una buena dosis de miedo.

Me incorporo de pronto y, con un gesto muy poco digno, desgarro la bata de hospital que me han obligado a ponerme.

En la silenciosa habitación resuena su grito ahogado.

—¡Hostia puta, Kian! No son solo unos cortes y moratones. Es como si el cincuenta por ciento de tu cuerpo estuviera amoratado, y eso es solo lo que veo.

Intento reajustarme la bata y la manta para tapar las marcas, pero ahora mismo no puedo moverme mucho y me duelen todas las articulaciones y músculos. Harper me aparta las manos y examina los daños a conciencia. Me roza suavemente con los dedos los moratones más oscuros de los antebrazos, bíceps y codos, que están casi negros. Tengo un doloroso corte en la parte superior del hombro, donde algo me ha golpeado, pero no me duele ni la mitad cuando Harper lo acaricia con los dedos.

—Es lo que hay, ¿no? —Intento sonar despreocupado, pero es cierto que lesionarse forma parte de cualquier deporte.

El nuestro es un poco más extremo a la hora de sopesar riesgos y beneficios, porque podríamos acabar muriendo en un incendio infernal. Me alegro de que Elise no vaya a verlo.

—Te has estrellado, Kian. Nunca había visto algo así. He contenido la respiración cada vez que pasaba por el lugar del accidente. Quería verte, pero a la vez no, ¿sabes? Han tenido que sacarte del coche.

¿Te imaginas intentar conducir y seguir mirando fijamente al mismo tiempo? —Las palabras le salen de la boca rápido y sin aliento.

Es casi como si estuviera a punto de entrar en pánico, y no por la idea de estar en una relación, sino por la idea de que yo esté herido.

—Hey, hey… —Extiendo una mano para coger la suya y entrelazo nuestros dedos mientras rezo para que no entre una enfermera. Harper saldría corriendo y seríamos carne de cañón para los periódicos, y ahora mismo no tengo energía para lidiar con eso—. Estoy bien, en serio. Me han hecho radiografías y escáneres de la cabeza a los pies. Me han examinado incontables veces para descartar una conmoción cerebral y, en general, me siento bien. Un poco dolorido y cansado, con un ligero dolor de cabeza, porque mi cuerpo necesita recuperarse, pero ya está.

Se recuesta en la incómoda silla de plástico, con la otra mano sobre la mía para sujetarme. Aunque tampoco es que pueda marcharme, ya que estoy conectado a un monitor de ritmo cardiaco.

Es la vez que más preocupado lo he visto, y sé que debería sentirme halagado, pero la duda persiste y me atormenta. Querré algo de él para lo que no esté preparado, lo presionaré demasiado rápido y se irá de nuevo. Y un día dejará de volver.

—Necesito descansar y tomármelo con calma un par de días. Pero no te preocupes, en cuanto volvamos al gimnasio te volveré a dar una paliza.

En Singapur nos alojaremos en un hotel —¡adiós a la autocaravana!—; por lo visto, ocuparemos un ala entera, de nueva construcción, en la misma planta que el *spa* y el gimnasio.

Se me hace agua la boca al pensar en darme un buen baño en el *jacuzzi*.

—Claro, claro, porque siempre eres tú el que me da a mí, nene. —Cuando traga saliva después de soltarme el apelativo cariñoso, me queda claro que no quería decirlo.

Ya son dos las cosas que no quería decir en voz alta. Es obvio que ha bajado la guardia. No sé cómo decírselo sin asustarlo, así que agradezco que la enfermera decida interrumpirnos justo en este momento.

Separamos las manos de una forma que nos parece obvia, pero la enfermera no debe de haberse dado cuenta.

—Lo siento, las visitas han terminado. El señor Walker necesita descansar.

No se mueve de la puerta, así que a Harper no le queda más remedio que despedirse rápidamente y seguirla. Al final supongo que me comeré la *pizza* solo.

Al día siguiente, por la tarde, Kev, uno de los técnicos, me deja en la puerta de la autocaravana, y me sorprende que nadie venga corriendo con una silla de ruedas para llevarme los pocos metros que me separan hasta la puerta. Me han mimado muchísimo durante las últimas veinticuatro horas y estoy deseando volver a tener algo de intimidad.

Le doy las gracias a Kev por ayudarme a salir del coche —los abdominales parecen haberse llevado la peor parte de todo—, pero la oportunidad de estirarme bien por fin es una maravilla. El aire fresco es delicioso; aunque me duele todo el cuerpo, es estupendo estirar las extremidades y recuperar la movilidad.

Harper aparece en la puerta como si hubiera estado esperando mi llegada. Tiene una leve sonrisa y lo oigo exhalar al relajar los hombros y abrir la puerta para que entre.

—Me alegro de estar en casa —digo al cruzar el umbral. Sin embargo, me detengo en seco al ver que la autocaravana está impecable—. ¿A quién has contratado? —bromeo.

—Gilipollas. —Va a darme un golpe en el brazo antes de recordar mi estado y detenerse en seco—. Que sepas que lo he hecho todo yo solito, con un poco de ayuda de Johannes, que ha levantado los sofás para que pudiera pasar la aspiradora por debajo.

—¿La aspiradora? No sabía que supieras usarla.

—De hecho, no tenía claro dónde estaban las cosas de la limpieza, pero está todo ahí. —Señala el armario gris como si fuera la primera vez que lo ve en las doce semanas que llevamos viviendo en la autocaravana.

—Sí, ya lo sé. ¿Quién crees que ha limpiado tus desastres en los últimos tres meses?

—Ya, ya.

Me alegra volver con Harper, aunque todavía tenga la cabeza hecha papilla. Me digo a mí mismo que es por el accidente, pero sé que es ante todo por la incertidumbre sobre nuestra situación.

—Gracias por preparar algo de ropa para que Kev la llevara al hospital esta mañana. Salir con esa bata tan corta habría provocado algunos interesantes titulares.

—De nada. No quería que nadie entrara y se diera cuenta de que todas nuestras cosas están en tu habitación.

Y dale con eso. Podría haberse limitado a un simple «De nada», pero ahora me siento de nuevo como su secretito sucio.

—Claro. —Es lo único que puedo decir sin dar a entender mi decepción.

—También he preparado la cena. No me malinterpretes, solo es pasta con pesto, nada del otro mundo, pero la despensa está bastante vacía porque nos vamos mañana.

—Prefiero cualquier cosa a la comida del hospital. —Odio que la conversación vuelva a ser incómoda.

Sirve pasta de una olla en dos platos y nos sentamos en el sofá a comer. Estamos uno al lado del otro, pero es como si estuviésemos a miles de kilómetros de distancia. El silencio nos envuelve mientras comemos, y luego incluso se ofrece a fregar los platos.

No me puedo creer lo que oigo, pero no me voy a quejar. De todas formas, no creo que pueda estar de pie mucho rato, lo único que quiero es dormir un año entero. Tendré que hacer las maletas mañana por la mañana, porque ahora no estoy para nada.

—Voy a preparar la ducha. Te he comprado gel de ducha de eucalipto. Dicen que es bueno para la piel, y encima huele de maravilla. También te he traído un espray de magnesio para después y crema de árnica. ¿Te parece bien?

No sé por qué me lo pregunta con tanta vacilación. Quizá porque estoy muy impactado por lo que ha estado haciendo en las últimas veinticuatro horas.

—Me parece perfecto, gracias.

Cuadra los hombros al oír mis palabras y enseguida termina de fregar los platos antes de desaparecer en el baño.

No sé qué pensar de sus atenciones. Corro el riesgo de interpretarlas demasiado y pensar que significan algo que es probable que no signifiquen. No puedo permitírmelo. No necesito pensar demasiado para comprender por qué.

Cuando me meto en la cama, limpio y fresco y con ganas de dormir, Harper aparece en la puerta con lo que creo que son mis calzoncillos. Me da un beso en el hombro y luego otro en la frente, y me doy cuenta de que no está seguro de si es bienvenido en mi cama o no. Levanto las sábanas, y se acuesta a mi lado.

—¿Quieres ser la cucharilla pequeña esta noche? —me pregunta.

No sé por qué, pero de repente tengo la garganta demasiado cerrada como para tragar y se me empañan los ojos. A lo mejor es por el alivio de estar bien después del accidente. A lo mejor es por los analgésicos que estoy tomando. O a lo mejor es por la forma en la que me cuida. No lo sé.

Asiento. Entonces me rodea con los brazos, arrimándose a mí hasta que mi culo queda pegado a su entrepierna. No está empalmado y yo tampoco, pero es lo más íntimo que hemos hecho nunca.

Nos quedamos dormidos, con su pecho pegado a mi espalda, y lo último que recuerdo pensar es cuánto me gustaría pasar así todas las noches del resto de mi vida.

Pero entonces, como es típico en Harper James, a la noche siguiente elige un asiento lejos del mío en el avión. Bromea diciendo que quiere estar más cerca del bar, pero eso no me convence. Sobre todo cuando se pasa todo el vuelo sentado, a excepción de una pausa para ir al lavabo, y no prueba ni una gota de alcohol.

Igual que en el momento del accidente, sigo sin poder dejar de pensar en él ni en sus sentimientos hacia mí. Incluso cuando se comporta de esta manera.

Es la típica rutina de altibajos en la que nos hemos instalado, y estoy desanimado del todo. Hemos pasado de lo más alto a lo más

bajo.

Saco el teléfono con ganas de mandarle un mensaje a Elise para pedirle consejo, pero ¿qué le voy a decir? ¿Cómo podría expresar con palabras la situación en la que me encuentro? ¿Cómo puedo explicarle lo que siento por él cuando estoy en esta montaña rusa emocional?

A estas alturas, estoy tan jodido que tal vez no seamos nada ya.

Y eso es lo más desgarrador de todo.

Capítulo 22

Harper

La primera semana en Singapur es distinta. No sé explicar por qué, pero es como si Kian y yo camináramos de puntillas alrededor del otro.

Estar de nuevo en un hotel, alojados en habitaciones separadas al otro lado del pasillo, deja espacio entre nosotros, ya que ahora, para poder pasar tiempo juntos, debemos hacer el esfuerzo. No hay ninguna autocaravana que nos encierre en una burbuja; es una decisión y no las circunstancias en sí mismas, y eso no hace sino sumarle una nueva y complicada capa de importancia.

El primer día, pasamos más tiempo alejados que juntos. Es obvio que él sigue descansando y recuperándose para estar en forma para el finde que viene, y yo intento dejar de preocuparme por él. Si no estuviera bien, los médicos no le habrían permitido coger un avión.

El segundo día, me manda un mensaje por la mañana, y vamos juntos al gimnasio. Está más callado de lo habitual, concentrado en su entrenamiento, y no hace ninguna pulla sobre el mío. Es superincómodo que termine en la cinta de correr y me deje ahí como un pasmarote.

El tercer y el cuarto día no nos queda más remedio que pasarlos juntos. Protagonizamos la misma sesión de fotos para el *merchandising* de Hendersohm, y algunas fotos requieren que posemos juntos. No diría que es incómodo, pero las bromas que hacemos me resultan forzadas, y no compartimos carcajadas auténticas.

Al final del quinto día, ya no aguanto más y cojo las riendas. Lo echo de menos. Odio echarlo de menos, pero es así y ya está. Cada noche, al quedarme dormido solo en la cama de mi hotel, pienso en ir a su habitación con una camisa bonita y preguntarle si quiere salir a cenar por ahí. O si puedo pasar la noche ahí, lo que él quiera.

Ni siquiera me importa si follamos o no. Echo de menos cómo me envuelve el cuerpo con el suyo cuando dormimos y cómo me despierto con un enredo formado entre sus extremidades y las mías.

Está decidido. Me ducho, me pongo una camisa limpia y voy a su habitación.

En cuanto estoy delante de su puerta, me pongo tan nervioso que se me seca la garganta y no puedo tragar saliva. Mis pulmones tampoco parecen querer funcionar, y por lo visto no puedo ni cerrar el puño para llamar a la puerta. ¿Qué cojones me pasa?

Me obligo a hacer algunos de los ejercicios de respiración que he estado practicando con mi terapeuta, paralizado en el pasillo como un atontado, visualizando mares en calma, vientos cálidos y playas de arena, con la esperanza de que esas imágenes detengan el mareo y el ataque de pánico.

Se trata de Kian. Se trata de salir a cenar. No tiene por qué significar nada.

Antes de poder echarme atrás, llamo a la puerta y, durante un instante que me paraliza, solo hay silencio. Pero al poco, casi como si llevara un rato al otro lado de la puerta, Kian la abre.

Acaba de salir de la ducha, y las gotas de agua resbalan por su pecho desnudo y se enredan en el vello corporal que me encanta acariciar. Tiene el pelo mojado y desgreñado y, aunque su piel aún está surcada de moratones amarillentos por el accidente, quiero abandonar los planes para cenar y subirme encima de él como si fuera un árbol.

—Mmm, hola. —Las palabras salen torpes de mi boca, y no consigo recordar todo lo que pensaba decirle. Vamos a cenar. Me quedo a dormir. Te echo de menos.

El cerebro me grita que se lo diga, pero me limito a abrir y cerrar la boca como un pez en la ribera del río.

—¿Vas a algún sitio? —me pregunta Kian al ver mi ropa y la bolsa a la que me aferro como si fuese mi salvavidas.

«Venga, cerebro».

—Pues sí. A algún sitio. O no. O podríamos irnos a la cama sin más.

¡No, no, no! No es lo que había planeado. Háblale de la reserva para cenar que has hecho. Dile que lo echas de menos.

—Joder, qué guapo estás. ¿Le abres la puerta así a todo el mundo? —La cosa no pinta bien.

—No, pero he visto que eras tú y…

—¿Querías tentarme a entrar? Entiendo su juego, señor Walker. —No pronuncio las palabras con el tono burlón que pretendía, por lo que la conversación se vuelve aún más incómoda.

—No, pero te he oído dando vueltas fuera y te he visto ahí inmóvil, con actitud rara, así que he pensado que sería mejor averiguar qué pasaba antes de que salieras corriendo.

¿Corriendo? No voy a salir corriendo. ¿Acaso da la impresión de que voy a salir corriendo con mis tejanos favoritos y la camisa que resalta mis ojos? Todavía no estoy seguro de no estar haciendo el ridículo.

Me tiemblan las manos a los lados. ¿La gente siente tanto estrés y ansiedad cuando quiere invitar a cenar a un chico de lo más normal?

¿Por qué me resulta tan difícil? Es lo que quiero. Quiero estar con Kian. Y sé que él quiere estar conmigo porque me lo pidió primero. Sin embargo, no puedo pronunciar las palabras. El silencio me envuelve, y siento que me ahogo.

Me mira con expectación, sus ojos me suplican que le pregunte algo, pero no puedo. No puedo darle lo que quiere.

Cuando me doy cuenta, se me rompe el corazón.

Me alegro de estar apoyado en el marco de su puerta cuando pregunta:

—¿Qué sentido tiene todo esto, Harper? ¿Qué pretendes? ¿Vienes aquí, nos metemos en la cama y fingimos que no significa nada?

¿Tan malo sería? En la autocaravana no lo oí quejarse de nuestra rutina. Fue agradable y un tanto hogareño, pero pensé que era feliz.

Voy a contestar, aunque no me da la oportunidad.

—¿A dónde crees que va esto? Me refiero a largo plazo. ¿Seguiremos viéndonos a escondidas cuando termine la temporada? ¿Y dentro de un año? ¿Y de dos? ¿Seguirás viniendo a mi puerta para echar un polvo cuando te apetezca? ¿Seguirás fingiendo que no hay nada más entre nosotros? ¿Ves un futuro para nosotros o todo

esto no es más que un juego para ti? —Kian suelta un suspiro profundo y pesado, como si se sintiera mejor por haberlo dicho todo de corrido.

Me pregunto cuánto tiempo lleva acumulándolo en su interior.

Conociéndolo, bastante.

Me da vueltas la cabeza. Todas las preguntas me atraviesan el cerebro como un gran letrero de neón parpadeante que me hace estremecer. Ni siquiera sé por dónde empezar. Lo único que sé es que me pregunta si me imagino un futuro con él y la verdad es que… no puedo. No estoy seguro de imaginarme un futuro con nadie. Ni siquiera sé cómo empezar a imaginarlo. Mi mente no tiene la configuración adecuada. No pienso así, nunca he pensado así. Pienso en el presente y sé que el mañana se encargará de sí mismo. Nunca tuve control sobre lo que me pasaba cuando era pequeño, por lo que aprendí que los planes y las expectativas solo conducen a la decepción y al rechazo. Empecé esta temporada en la categoría inferior, preguntándome si alguna vez me llamarían de la Fórmula 1, y luego, el primer día de la pretemporada, me catapultaron a la categoría superior por la mala suerte de otra persona. Y aquí estoy, con una victoria en mi haber, adaptándome a las circunstancias y aprovechando al máximo lo que me ha tocado vivir. Es un sueño estar aquí, y también lo es obtener estos resultados. Y junto a Kian Walker, el tío que ha sido mi ídolo durante años, el tío que me hace sentir y desear cosas nuevas, emocionantes y… aterradoras.

Kian sigue mirándome fijamente, con los nudillos blancos de tanto apretar la toalla para que no se le caiga. Con cada segundo de silencio que pasa, la expresión de su rostro cambia de esperanza y emoción a una dolorosa y amarga desilusión. No puedo darle lo que quiere, y puede que ya lo sepa.

Puede que por eso me lo pidiera al final, para poder poner fin a todo esto.

No lo culparía. En realidad, no necesita este lío en su vida. Está intentando conservar un título, tal vez incluso batir un récord, y tiene gente en su vida que lo necesita. Que lo quiere. No necesita a alguien que ni siquiera puede pensar en el futuro sin sufrir un ataque de pánico.

Veo cómo la ira se apodera de su rostro y cómo tensa la mandíbula. Se le endurecen los ojos, y puedo sentir el muro que está construyendo entre nosotros, ladrillo a ladrillo.

Ni siquiera puedo culparlo. Cada vez que pienso en el accidente, no puedo evitar pensar que quizá fue mi culpa. He sido una gran distracción para su rutina. Una distracción peligrosa. Podría haberle costado la vida. ¿De verdad voy a pensar que es una buena idea que empiece una relación con alguien como yo?

—¿Harper? ¿Qué pasa?

El sonido de mi nombre me saca de mis pensamientos, y la bola de nervios se transforma en ansiedad. El revoltijo de dolor del pecho y el hormigueo de las manos me dicen que es hora de irme de aquí. No hay lucha, solo huida. No puedo hacerlo.

—Es que… voy a salir. Con Johannes… —Me apresuro a añadir su nombre, aunque hoy no he hablado con él—. Voy a salir con Johannes. Quería preguntarte si te apetecía apuntarte, pero me parece que vas a irte a la cama. Así que… nada, nos vemos mañana.

Es lamentable lo rápido que salgo corriendo por el pasillo. Llamo a un coche para que me lleve a algún sitio oscuro y lúgubre. Ni siquiera me detengo a mirar las reseñas del lugar en internet; le pido al chófer que me lleve a cualquier bareto donde pueda beber y bailar, y él accede.

Una vez dentro, no me cuesta encontrar a alguien con quien intentar perderme. El tío sonríe al ver que ni siquiera debe invitarme a una copa.

Luego se comporta como si yo fuera fácil en todos los demás sentidos. Aún no ha terminado la primera canción cuando noto que juguetea con el botón de mis tejanos, con la otra mano peligrosamente cerca de tocarme la polla.

Lo aparto de mi entrepierna, y sus manos me recorren el pecho para jugar con mis pezones a través de la fina tela de mi camisa. Normalmente son muy sensibles y se ponen duros con cualquier tipo de atención, pero no siento nada de nada.

Le doy una canción más para que no pueda acusarme de ser un calientapollas, pero, cuando termina la canción e intento apartarlo,

me sujeta la camisa con fuerza y me acerca como si fuera parte de un juego.

—Perdona, tengo que ir a mear —digo demasiado rápido, pero sigue aferrándome, y siento que a mi pecho le cuesta expandirse contra la tela ajustada.

Cualquiera le daría un rodillazo en los huevos y saldría corriendo, pero no puedo. Alguien sacará el teléfono, lo grabará y mañana la noticia ocupará la primera página de los periódicos.

De ahí que me retuerza, con la esperanza de escaparme lentamente de su agarre. Cuando la música cambia, consigo zafarme de sus brazos y correr hacia la parte trasera del bar. Me encierro en el baño y me dejo caer contra la pared para intentar recomponerme. Antes lo hacía a menudo —lo de salir de bares y ligar con tíos—, pero ya no me parece bien.

Ni siquiera sé por qué estoy aquí. Nadie de aquí es Kian, y por lo visto ahora es lo único que quiero. Nadie se compara con él, nadie me mira como él, como si pudiera colgar la luna y las estrellas, y luego tener tiempo todavía para correr en todos los grandes premios del año. Me tiene en muy alta estima, lo sé. Me tiene en demasiada alta estima, de hecho, pero ha sido agradable estar una temporada con alguien que se preocupa tanto.

La familiaridad que me une a Kian es tan grande que me enamora…

¿Que me enamora?

¿Qué tiene que ver el amor con ser compatibles en la cama? ¿Cuándo ha importado eso?

Mi mente empieza a divagar por un camino que jamás he querido recorrer.

Porque sé lo que me espera al final: un futuro con Kian. Podríamos competir juntos como compañeros de equipo y volver a casa juntos de la mano por la noche. Podríamos pasar el tiempo libre entre temporadas juntos. Podríamos cocinar juntos, comer en una mesa como es debido, salir a correr juntos, despertarnos cada mañana y dormirnos cada noche… juntos.

Cuando por fin me permito imaginarlo, me resulta emocionante. El futuro sería muy brillante, muy prometedor, capaz de traerme un

montón de alegría.

Pero ese es el problema, porque ahora lo deseo. Y desear cosas como estas, cosas que dependen de otras personas, es peligroso.

Y lo he echado todo a perder.

Quizá el problema sea yo. No necesitaba terapia para deducirlo.

Sé que alejo a la gente antes de que puedan rechazarme, sé que es lo que he hecho esta noche con Kian. No solo lo que he hecho con él, sino lo que le he hecho a él.

¿Cuánto daño le he hecho al restar importancia a lo que tenemos? He visto su rostro y sé lo que quiere de mí. Me duele tanto ser rechazado que evito cualquier situación en la que pueda suceder, así que ¿por qué no le iba a hacer daño también a Kian?

Me pregunta si aceptamos exclusividad. Intenta invitarme a salir. Me pregunta si hay un futuro para nosotros. Quiere que lo nuestro sea algo más, y yo lo único que he hecho es tratarlo como si no me importara, como si él me diera igual.

Me dejo caer al suelo del mugriento baño, saco el móvil y marco el único número que tengo en marcación rápida. Con la esperanza de que conteste.

—¿Harper? —dice Johannes adormilado, como si lo hubiera despertado.

Miro la hora y veo que no es tan tarde, pero mañana tenemos entrenamientos libres, así que es lógico que ya esté sobando. No debería haber salido. Anders se va a cabrear muchísimo conmigo.

—Hey, Harper, ¿estás ahí? ¿Me has llamado sin querer?

Intento articular las palabras, pero solo me sale un jadeo en el que susurro su nombre.

—Harp, ¿estás bien? ¿Qué pasa?

—Es demasiado… —Me falta el aire al decirlo—. Esta sensación es abrumadora… Se me cierran los pulmones…

—Hey, hey, Harp, creo que estás teniendo un ataque de pánico —replica Johannes en voz baja por teléfono—. Respira hondo y concéntrate solo en tu respiración. Vamos, sígueme. Coge aire durante uno, dos, tres, y aguanta el aire uno, dos, tres. Suelta el aire en uno, dos, tres, y aguanta uno, dos, tres.

Intento respirar, intento seguir el ritmo que me marca Johannes, pero el aire se me queda atascado en la garganta y no baja por mucho que procure tragarlo. Es como si solo usara el diez por ciento de los pulmones y no pudiera respirar más hondo.

—No funciona —jadeo a medida que me crece la opresión en el pecho.

Es muy humillante. Estoy en el baño de un bar de mala muerte, perdiendo el control porque un tío me ha dicho que le gusto.

Que le gusto. Que le gusto de verdad. Que quiere hablar de un futuro juntos. Y, por lo visto, es demasiado para mí.

—¡Es un puto idiota, Johannes! —gruño, con la garganta seca mientras se me acelera el ritmo cardiaco—. Imagina que le gusto. ¿Por qué? ¿Por qué iba a gustarle a alguien?

—Harper, no entiendo lo que estás diciendo —responde Johannes.

Puedo oír la paciencia que intenta mostrar. Es porque lo he mantenido al margen. No le he dicho ni mu sobre Kian. Apenas he visto a Johannes, si te digo la verdad.

—Me preguntó… —jadeo entre palabras. Cojo aire y siento que los pulmones no se me volverán a hinchar—. Me preguntó… si veo… un futuro… con él. Jo, no… no sé cómo… imaginarme… un futuro con alguien.

Siento una fuerte punzada en el corazón. Quizá sea la confirmación de que tal vez no sea tan cierto como siempre lo he creído. Pero en este momento la sensación es tan aguda y desgarradora que me deja sin aliento.

—Harper, tío, tienes que calmarte. Dime dónde estás y voy a buscarte para que podamos hablarlo. Todo saldrá bien.

—No saldrá bien porque… porque… —Hay un millón de razones dando vueltas en mi cabeza, tantas que no puedo expresarlas con palabras.

¿Cómo le digo a Johannes que esta situación no saldrá bien porque siempre querré estar con Kian, pero pronto se dará cuenta de que puede encontrar a alguien mejor, que lo estoy frenando, que hay cosas más emocionantes en el mundo que Harper James? Y al final me abandonará. La gente siempre me abandona. Es un hecho.

Así que no puedo decirle a Kian que también quiero algo más con él, porque querer más tan solo me destruirá.

—¿Porque qué? Harper, me estás asustando, tío. Ni siquiera sabía que salías con alguien. ¿Por qué no me has comentado nada?

—Porque era algo íntimo. Se suponía que solo sería sexo.

—Tú siempre me cuentas todas tus conquistas sexuales. —Tiene razón; tiene muchísima razón.

Quizá se lo he ocultado porque en mi subconsciente ya es algo más. Porque se trata de Kian. Siempre iba a significar algo más, y debería haber sido lo bastante inteligente como para darme cuenta antes.

—Él no quería ser una conquista sin más. No es lo mismo.

—¿El qué no es lo mismo?

Mierda. Ahora es probable que me odie aún más.

—Él. Él no es lo mismo. Las cosas son diferentes, y me estoy volviendo loco. No puedo con esto, Jo. Necesito hacer algo. Necesito deshacerme de él.

—No hagas nada…

Cuelgo antes de que termine la frase. Puede decirme tantas veces como quiera que no cometa ninguna estupidez, pero los dos sabemos que lo haré de todos modos.

Necesito hacerlo por Kian. Para salvarlo de todo el dolor y todo el sufrimiento que tarde o temprano le provocaré. O que él me provocará a mí.

Capítulo 23

Kian

¿Cuántas veces voy a terminar en el mismo punto? Es como presenciar en repetidas ocasiones cómo se da cuenta de que está demasiado implicado emocionalmente en lo nuestro y después se cierra en banda por completo. Y me echa de su lado.

¿En qué momento voy a aceptar que lo hace adrede? ¿Cuántas veces me tiene que echar de su lado para decidir poner fin a esta dinámica? Si es incapaz de admitir que lo nuestro va más allá del sexo, que somos más de dos personas que se meten la polla, ¿a dónde va esto?

A ninguna parte, de hecho.

Y, a estas alturas, yo ya debería saberlo.

Ha llegado la hora.

La hora de pasar página.

Empiezo borrando todas nuestras conversaciones. Todos los recuerdos que hemos compartido en los últimos meses, a la basura. Todas las pullas, todos los mensajes de ligoteo, todos los memes terminan yendo a un sitio del que no podrán volver.

Algunas de sus cosas se mezclaron con las mías porque tuve que hacer las maletas cuando me encontraba fatal y no tenía energía para separarlas: una gorra, su crema Deep Heat y un par de camisetas. Busco una bolsa y meto las cosas dentro, y la dejo junto a la puerta para llevarlas mañana a su habitación.

Quería incluir una sudadera suya que prácticamente he adoptado y a la que le tengo mucho cariño, pero al final me la quedo. Al poco, cambio de opinión y la meto en la bolsa.

Vuelvo a cambiar de opinión y la saco. Me la acerco a la nariz como un adolescente patético que llora por su primer amor.

No sé qué espero conseguir. La sudadera no hará que Harper aparezca por arte de magia ni que cambie de parecer. No va a decidir que quiere estar conmigo solo porque me aferre a un objeto

inanimado suyo. De modo que la arrugo y la meto otra vez en la bolsa.

Sin embargo, desprenderme de ella no logra aflojar el control que ejerce Harper sobre mi corazón.

Hasta el punto de que mi pulgar se cierne sobre su nombre de la agenda del teléfono. Me muero por llamarlo y pedirle que venga para que podamos hablar.

Pero ¿para qué? Ese es el pensamiento al que regreso una y otra vez. No tiene sentido estar con Harper. No quiere comprometerse conmigo, y no me queda otra que aceptarlo.

Meto las maletas debajo de la cama a patadas y odio no haberlas deshecho bien, como suelo hacer. La energía que por lo general tengo para convertir un lugar en mi pequeño hogar durante las dos semanas que estaremos aquí se ha esfumado por culpa de un doloroso sentimiento en el pecho.

No lo llamaré desamor. No dejaré que Harper me rompa. No puede. No tiene ese poder.

Es una mentira que seguiré repitiéndome hasta que me la crea.

Elijah me ha estado escribiendo y me ha dicho que está mucho mejor y que ya ha vuelto al gimnasio. Necesita que su fisioterapeuta le dé el alta para regresar al simulador. A lo mejor Anders lo reincorpora para el resto de la temporada y Harper queda fuera. A lo mejor ocupa el puesto de piloto suplente de London o lo relegan a una categoría inferior. Esa sería la mejor opción.

Así no tendría que lidiar con él y habría mucha menos tentación. No más errores, como en Italia.

Me cuesta volver a la cama.

Cuando esta tarde lo he visto dando vueltas delante de mi puerta, todo arreglado y jadeando como un perro, pensaba que los pocos días de distancia que habíamos tenido en Singapur debido al cambio de alojamiento habían surtido efecto y venía a decirme que me echaba de menos, que quería estar conmigo y que me amab…

Obviamente, eran imaginaciones mías. Durante unos segundos, me ha parecido decidido y valiente, lleno de una luz y una calidez que no suelo ver en él, pero todo se ha desvanecido en un abrir y cerrar de ojos. Ha sido tan rápido que he dudado y todo de su

existencia. Debo de haberlo imaginado porque lo deseaba con todas mis fuerzas.

Cómo no, esta noche ha salido con Johannes. Y sé que no es para hablar de lo que sea que le preocupaba a Johannes la última vez que Harper se fue con él. Harper iba vestido para salir de fiesta. Puede que ahora mismo se esté morreando con otro. Puede que se esté tirando a otro.

Debería intentar dormir. Los entrenamientos libres son a primera hora, y estoy agotado. Todavía me estoy recuperando del accidente y necesito toda la ayuda posible, tanto física como mental. Pienso en la preocupación de Elise y en cómo he aumentado su carga. No puedo permitir que Harper me siga afectando.

Aunque cerrar los ojos no ayuda. Ni siquiera apretándolos con fuerza se borra el recuerdo de la escena del pasillo. Se repite una y otra vez en mi cabeza, y no puedo impedirlo.

Me cuesta encontrar una postura cómoda. La cama me parece demasiado grande, y el otro lado está demasiado frío. Doy vueltas y más vueltas hasta que el puro agotamiento al final me vence y el mundo a mi alrededor se difumina.

Hasta que me suena el teléfono a todo volumen y lo busco a tientas debajo de la almohada. La esperanza brota en mi interior por si veo el nombre de Harper en la pantalla. Ha cambiado de opinión y me necesita…

No podría estar más equivocado.

Todo mi cuerpo se queda congelado. Elise nunca se equivoca con el cambio de hora, así que si me llama en mitad de la noche…

—¿Elise? —digo con voz ronca. Ya sé lo que me va a anunciar. El miedo me paraliza y la angustia me recorre la columna vertebral.

—Lo siento mucho, Ki —susurra con la voz quebrada.

Siento que todo mi cuerpo se encoge mientras aprieto con fuerza la sábana retorcida.

No hace falta que añada nada más.

Mi madre se ha ido.

Lo sé por los sollozos de mi hermana al teléfono, y la pérdida y la necesidad de estar con ella me consumen.

El vacío de mi corazón crece más de lo que jamás pensé que podría crecer después de lo de esta noche.

Sin embargo, no me echo a llorar. El comienzo del duelo adormece todas mis emociones hasta que ya no siento nada.

—Voy para casa, Elise. Cogeré el próximo avión que salga de aquí. —No suelo alardear de mi riqueza ni abusar de mi poder dentro de Hendersohm, pero ahora mismo haría cualquier cosa para abordar un *jet* privado en una pista de aterrizaje si eso me lleva más rápido a casa con mi hermana.

—Pero ¿y este fin de semana? —intenta protestar.

—No me importa este fin de semana. —Me sorprende lo cierto que es. Nunca me he saltado una carrera. Me perdí los nacimientos de Cassie y Jesse, la fiesta de compromiso de mi hermana y el bautizo de Jesse, pero nada me alejará de ella ahora—. Vuelvo a casa. Lo antes posible. Ya buscaré la manera. Voy a ir, Elise, te lo prometo.

Mi hermana solloza en voz baja por teléfono, y me quedo sin aliento.

—Te quiero, Ki. ¿Nos vemos pronto? —pregunta entre llantos.

—Pronto. Te quiero.

La llamada se corta, y siento que voy a vomitar.

Me levanto de la cama y empiezo a meter cosas en una bolsa. Mientras tanto, llamo a Kelsey, la organizadora del equipo, y, cuando le cuento lo sucedido, obra un milagro y me consigue un avión que me lleva a una pista privada de Norfolk. También me ha organizado un coche para que me recoja, y ya estoy a medio camino del aeropuerto antes de poder detenerme a pensar.

Y es entonces cuando valoro avisar a Harper. Pase lo que pase o no pase entre nosotros, se merece saber que no voy a correr este fin de semana.

Me dispongo a escribirle cuando me llega la notificación de que ha publicado una historia en Instagram. Es un vídeo tembloroso grabado desde el brazo extendido de Harper. A su alrededor parpadean varias luces de neón, que iluminan cómo otro tío y él se mueven al ritmo de la música.

Me deja completamente destrozado.

Si mi corazón y mi alma no estuvieran ya hechos pedazos, ahora lo estarían. Es el último clavo en el ataúd de la saga protagonizada por Harper James y por mí.

Nunca estará emocionalmente preparado para tener una relación. Debería haberlo sabido desde nuestra primera conversación seria en Austria. Joder, debería haberlo sabido en el segundo en el que llegó y solo causó caos para mí y en Hendersohm.

Debería haberme alejado por completo después del primer beso. Debería haber guardado ese recuerdo en el rincón más recóndito de mi mente y haberlo dejado allí. Debería haber empleado por lo menos una pizca de mi famosa autodisciplina y haber mantenido una distancia educada y profesional entre nosotros. Debería haberlo dejado enredarse en nudos autodestructivos y esperar el regreso de Elijah. Seguir adelante única y exclusivamente como compañeros de equipo.

Pero no he podido evitarlo. Harper es un enigma al que no pude resistirme, y ahora su fuego me ha abrasado.

Pues que se vaya a tomar por el culo.

Pulso los dos botones laterales del teléfono, hago una captura de pantalla y se la envío a Harper. Espero a que le llegue el mensaje y luego lo bloqueo del todo. De mis contactos, de WhatsApp y de todas las redes sociales en las que, imbécil de mí, lo seguí.

Y así desaparece de mi vida. Ojalá pudiera empezar a sentirme mejor de inmediato, pero con todo lo que está pasando es imposible.

Cabronazo de mierda.

Evidentemente, no puede saber que mi madre acaba de fallecer, pero, si no se estuviera liando con otro, habría estado conmigo y se habría enterado al mismo tiempo que yo. Podría haberme abrazado como cuando tuve esa pesadilla, y me habría sentido mejor.

Necesito a alguien a quien culpar y Harper es una diana perfecta.

Seguro que hay muchísimas personas a las que debería contactar ahora mismo. Las clasificatorias son dentro de menos de treinta y seis horas, y no voy a participar ni en broma. Anders tiene que llamar a nuestro suplente para que me reemplace o a Elijah, si ya está listo, y mi mánager, Will, debe saber que estoy a punto de

regresar a Inglaterra. Anna también debería saberlo para publicar una declaración explicando por qué no voy a competir. Pero tan solo puedo concentrarme en llegar al aeropuerto. Espero que Kelsey se encargue de todo porque yo ahora mismo no puedo.

Quiero y necesito volver a casa.

El avión está esperando en la pista, como me han prometido. En cuanto subo, cierran las puertas y empezamos a acelerar. Una vez que el avión se estabiliza en el cielo, reclino el asiento y rezo para poder dormir y no tener que pensar en cómo lo está sobrellevando mi hermana. Espero que mi madre no estuviera sola, pero tampoco le desearía a mi gemela tener que verla morir delante de sus ojos. Espero que Cassie y Jesse estén bien; se darán cuenta de que algo anda mal, y son demasiado pequeños para entenderlo. Espero que Grant ya esté de regreso para que Elise tenga ayuda con los niños. He olvidado dónde era su conferencia, pero sé que ahora mismo no está en casa.

Yo no estaba allí.

No estaba allí cuando ha sucedido.

Me pongo los auriculares y escucho música relajante. Necesito ahogar mis pensamientos antes de que ya no pueda serle útil a nadie.

Finalmente, el cansancio del día me vence, y me quedo dormido.

Al bajar del avión y subir al coche que me esperaba, enciendo el móvil a regañadientes. Me llegan de inmediato la noticia de la BBC sobre la muerte de mi madre y los primeros artículos que especulan con la posibilidad de que no corra este fin de semana.

El chófer no dice nada. Se limita a quitarse el sombrero a modo de respeto y cierra la puerta tras de mí. Por lo menos ha leído entre líneas y me deja en paz en el corto trayecto en coche por la campiña de Norfolk.

El teléfono me vibra sin parar con mensajes, audios y notificaciones. No lo soporto, no soporto nada de esto, así que decido apagarlo.

Elise debe de oír el coche llegar a la entrada, porque me está esperando en la puerta. Lleva el pelo recogido en un moño y su pijama más cómodo.

Necesito respirar hondo un par de veces para salir del coche, pero en cuanto llego a su lado le doy un abrazo.

—Dios, lo siento mucho —le susurro al oído mientras se acurruca bajo mi barbilla.

En este momento, me alegra que seamos ese tipo de gemelos que se adoran, que discuten y se pelean, pero que siempre se querrán y se apoyarán mutuamente. Sin ella no podría hacer esto. Sin ella no podría hacer nada de esto.

Su sacrificio me ha permitido tener la carrera profesional de mis sueños. Renunció a su título de Enfermería y, de forma desinteresada, se encargó de todo para que yo no tuviera que hacerlo. Lo mínimo que puedo hacer es cuidar de ella ahora para que por fin pueda concentrarse en sí misma.

Empiezo preparándole un baño mientras Grant acuesta a los niños. Resulta que mi cuñado no estaba lejos, así que ha llegado antes que yo. Entre los dos cocinamos una cena más o menos comestible y, aunque comemos en silencio, como mínimo mi hermana está bien alimentada cuando la mandamos a la cama bien temprano.

—¿Cómo lo lleva? —le pregunto a Grant.

Estamos sentados en el salón, con la tele puesta de fondo con un programa basura que ninguno de los dos está viendo. Nos hemos pasado horas limpiando la casa, poniendo varias lavadoras, antes de quitar la ropa de cama en la que ha muerto mi madre. Los dos hemos dejado que nos cayeran lágrimas en silencio mientras lo hacíamos, pero me alegra haberle ahorrado a Elise la tarea. También me alegra no haber tenido que hacerlo solo.

—Todavía es incapaz de hablar del tema. No quiere. Creo que estaba esperando a que volvieras. Ojalá pudiera quitarle algo del peso de la pérdida, pero ni siquiera puedo llegar a comprenderlo, porque mis dos padres están vivos. —En su voz percibo una tristeza que nunca había escuchado, y sé que Elise no es la única afectada por haber cuidado de nuestra madre.

—Bueno, pues ya estoy aquí. Quiero hacer todo lo que pueda. No quiero que tenga que hacer nada más que tomarse el tiempo necesario para procesar lo que necesita.

Es lo mínimo que puedo hacer después de haber estado tan ausente en los últimos momentos.

Al cabo de un rato, Grant sube a la cama para estar con su mujer. Sé que la consolará y la abrazará mientras llora. Me alegro.

Pero es otro recordatorio, por si lo necesitaba, de que yo me iré a la cama solo. Lloraré en silencio. Extenderé la mano, sentiré el lado frío de la cama y sabré que no hay nadie a mi lado.

Y ojalá no fuera así, te lo juro.

Capítulo 24

Harper

Esta noche he cometido un sinfín de estupideces, pero beber no es una de ellas. Jamás bebería la noche anterior a subirme a un Fórmula 1, ni siquiera en unos entrenamientos libres. Sin embargo, al mismo tiempo me siento borracho. Es decir, sobrio no estaría restregándome con este desconocido. Sobrio tampoco publicaría en historias de Instagram un montón de fotos y vídeos en los que salimos juntos. Cualquiera con dos dedos de frente no va a por una segunda ronda después de sufrir un ataque de pánico en el suelo del baño de caballeros.

Pero aquí estoy de nuevo, con otro tío bailando detrás de mí como si hubiera ganado el premio gordo. Aunque no va a obtener nada de nada de mí.

Ni siquiera sé qué pretendo conseguir. ¿Alejar a Kian? Estoy seguro de que ya lo hice cuando me asusté —otra vez— al preguntarme si teníamos futuro juntos. Sería un santo si sopesara darme una nueva oportunidad después de eso. Y luego está lo que sea que estoy haciendo aquí.

Reprimo mi ansiedad bajo el ritmo palpitante de la música electrónica que suena a todo volumen en el bar. El estruendo ensordecedor me ayuda a ignorar cualquier pensamiento sobre Kian, pero incluso pegado a este desconocido solo hay una persona con la que quiero estar de verdad.

Ni siquiera quiero estar aquí. No me ayudará en nada. Lo sé, pero me da demasiado miedo volver y enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Seguro que mi terapeuta tendrá algo que decir al respecto, pero esta noche no voy a abrir la tapa de esa caja de Pandora.

Por suerte, no tengo que preocuparme por eso, ya que de reojo veo a Johannes abriéndose paso entre la multitud y dirigiéndose

directamente hacia mí, con una mirada que acabaría con cualquier mortal.

—Eres un gilipollas integral —gruñe cuando llega a mi lado.

Enseguida me aparta del desconocido con el que estoy bailando. No sé cómo se llama, pero le molesta la interrupción, pero basta con ver la cara de mala hostia de Johannes para que se escabulla a buscar a otra persona.

—Estaba muy bueno —murmuro con total desgana.

Ni siquiera estoy seguro de haberlo visto bien para saberlo, pero se ha mostrado interesado al darse cuenta de quién era yo.

—No, no lo está. Es un dos como mucho, y estabas haciendo el ridículo. —Sigue arrastrándome de la mano y, antes de que me entere, hemos salido del local.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —le pregunto. Estoy completamente sobrio, pero el ataque de pánico me ha trastornado.

—En cuanto me has colgado, he visto que habías publicado tu lamentable exhibición de baile en una historia de Instagram. Has sido tan tonto como para incluir el nombre del bar, que se ve al fondo. Cualquiera podría haberlo visto. Tienes suerte de que no te esté esperando una estampida de seguidores aquí fuera.

—Has venido a salvarme. Mi héroe —digo con sarcasmo.

—¿Qué coño te pasa? Pensaba que te estabas portando bien. Te han dado una última advertencia, ¿recuerdas? ¿No quieres esto? ¿No quieres estar en la Fórmula 1?

Me encojo de hombros, porque ¿desde cuándo Johannes es tan listo o se ha convertido en mi jefe?

Me lleva hacia la parte trasera de un taxi y da la ubicación de su hotel en lugar de la mía. Es probable que sea lo mejor, teniendo en cuenta cómo he dejado las cosas con Kian.

No vuelve a gritarme durante el resto del trayecto a casa; el taxi no cuenta con una mampara entre nosotros y el conductor para aislarlo de nuestra vida privada. Pero, en cuanto la puerta de su habitación se cierra tras de nosotros, estalla.

—No me lo puedo creer. ¡En serio, Harper! Si hasta yo estoy hasta los cojones de este comportamiento ridículo, imagínate los demás.

Johannes nunca me había chillado, pero me saca unos diez centímetros de altura y su voz retumba cuando se enfada. Da un poco de miedo.

—¡Le dijo la sartén al cazo! ¿Te acuerdas de Bélgica? ¿Los gemelos buenorros a los que te tiraste y el litro de tequila? No me vengas con tus aires de superioridad moral porque no me lo trago. Olvidas que te conozco demasiado bien, Johannes.

—¿Qué te pasa, tío? No hay ningún motivo para que estemos discutiendo. Es una chorrada, Harper. Nosotros no somos así. Tú y yo no somos así. Nos hablamos con sinceridad, así que dime qué coño te pasa.

¿Qué le digo? No puedo creer que viva en un mundo en el que todavía no le he contado lo de Kian; sin embargo, también me gustaba que fuera algo privado que solo compartimos él y yo. Pero, ahora que se ha acabado, ¿qué más da?

—Pues que Kian y yo nos… nos hemos acostado.

Se ríe. Se ríe a carcajadas.

—¿Estás borracho? Porque si lo estás acabas de tocar fondo, incluso para ti. Mañana tenemos entrenamiento en el circuito.

Niego con la cabeza, y Johannes abre los ojos de par en par.

—Vaya, menuda sorpresa. ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado o algo?

—Es más complicado. No es solo esta noche… Es que… llevamos ya un par de meses. —Mi mejor amigo no se creerá que esté tan tocado después de una sola noche con Kian. Yo jamás dejaría que una aventura de una noche me hiciera sentir tan mal.

—¿Así que estáis juntos?

Niego con la cabeza. No sé qué hemos sido, pero ya no lo somos.

—No, solo ha sido sexo.

Se le escapa una risita, y lo fulmino con la mirada. ¿Desde cuándo mi vida es tan ridícula?

—¿Qué?

—Llevas meses siendo otra persona, llevas meses acostándote con el mismo tío, y cuando termina te da un ataque de pánico en un bar, ¿y ha sido solo sexo? No lo creo. —Me da un golpe en el brazo—. Eres imbécil.

Odio que tenga razón. Odio que sea tan obvio cuando lo resume así.

—Deberías verte la cara ahora mismo —dice, y espero que se ría, pero me mira con ojos preocupados—. Pareces destrozado, tío. Me cuesta creer que Kian Walker te tenga tan hecho un lío.

—Kian es… —Dejo que los pensamientos sobre Kian vuelvan a invadirme la mente, y no hay palabras suficientes para describir lo que ha llegado a significar para mí, aunque haya sido demasiado cobarde como para darme cuenta.

No puedo describir su belleza con palabras ni hacerle justicia a su carácter ni siquiera en un libro entero. Necesitaría una saga épica para capturar su corazón y explicar lo grande que es.

—Kian Walker, la leyenda de la Fórmula 1, tu héroe y el amor de tu vida.

—No. —Esa palabra no. Ahora no. Quizá nunca. Tiene demasiado poder sobre mí y me da miedo lo que me hará esta vez.

—Harper, tío, tranqui. Kian es buena persona, y no puedes alejarte de él solo porque tienes un poco de miedo.

¿Un poco? Se queda corto no, lo siguiente. La mera idea de abrirle mi corazón a Kian, aunque sea una pizca, me da escalofríos.

Pero, si lo analizo con atención, me doy cuenta de que ya está ahí. Se ha colado en cada rinconcito de mi corazón. Es demasiado tarde, y lo sé.

—Ay, so idiota.

Agradezco que Johannes no diga nada más sobre el tema y opte por darme un abrazo de oso. Su aroma no ha cambiado en los muchos años que llevo siendo su amigo. Su ropa siempre huele a recién lavada, un auténtico aroma a lino limpio que se mezcla a la perfección con los suaves matices de vainilla y sándalo de su colonia. Es casi reconfortante cuando lo aspiro profundamente, apretando con fuerza la espalda de su chaleco.

Necesito esto. A mi mejor amigo y sus maravillosos abrazos asfixiantes. Acurrucado en el arco de su hombro, veo su chupetón.

Le doy un puñetazo en el brazo, y mi voz sale un poco chillona.

—¿Quién es el idiota ahora? ¿Eso es lo que creo que es?

Se ríe antes de rodar al otro lado de la cama y meterse de nuevo bajo las sábanas. Si cree que se va a salir con la suya, lo tiene muy crudo.

Me quito los tejanos y me meto en la cama con él.

—¿Por lo menos estaba bueno? ¿O es el chico que ha estado robando tu atención?

Intenta no reaccionar por todos los medios, pero su rostro se ilumina con una sonrisa que no puede contener. Madre mía, debe de haber sido espectacular.

—No pienso hacer ningún comentario.

Su respuesta incrementa mis sospechas, y me muero de ganas de presionarlo, pero me he guardado durante meses el secreto de lo de Kian. Si necesita guardar un secretillo propio, lo dejaré. Por ahora.

Estamos los dos acurrucados debajo del edredón, mirando hacia la oscuridad. Diría que hay silencio, pero puedo oír nuestras mentes girando a toda marcha.

—Kian Walker —murmura antes de que los dos empecemos a reír como unos locos.

Supongo que es un poco descabellado. Kian siempre me ha dicho que no le importa que la gente sepa que es bisexual, pero nunca lo ha dicho abiertamente, y nunca ha tenido novio en público. Que no es que yo sea su novio.

—¿Te acuerdas cuando fuimos a Silverstone hace ocho años? ¿O fue hace nueve? Cuando intentaste llamar su atención entre la multitud mientras firmaba autógrafos después de la carrera.

Claro que me acuerdo, pero Kian no se va a enterar en la vida. Y menos ahora.

—No, eso nunca pasó.

—Uy, y tanto que pasó, y, cuando lo aclaréis y nos hagamos amigos, tengo muchas ganas de contarle hasta el último detalle de cómo gritaste su nombre y lloraste cuando ganó. —Porque mi mejor amigo está dispuesto a torturarme, cómo no.

—Si es que lo aclaramos… Ni siquiera sé qué hay que aclarar ahora mismo. He sido un poco imbécil.

—No me digas. Para sorpresa de nadie. —dice. Le doy un golpe en la pantorrilla con el pie frío, y se estremece—. Pues sí, muy imbécil.

—¿No se supone que debes consolarme durante esta fase de desamor o lo que sea?

Ni siquiera sé si es desamor. Lo único que sé es que nunca había sentido esta desesperación por nadie, y, cuando pienso demasiado en la posibilidad de que Kian haya terminado conmigo, me resulta imposible respirar.

—Prefiero ayudarte a encontrar una manera de arreglarlo que sentir lástima infinita por ti.

Es tarde y es probable que tenga razón, pero eso no impide que nos quedemos despiertos dos horas hablando del gran plan que arreglará nuestra relación. Ya está casi perfilado cuando nos dormimos, y me emociona muchísimo ver la cara que pondrá Kian cuando todo se solucione.

Por primera vez en mucho tiempo, siento esperanza, muchísima esperanza, al sumirme en un sueño profundo y tranquilo.

Aunque Johannes me despierta sin miramientos al cabo de menos de cinco minutos.

Apenas tengo tiempo de abrir un ojo cuando agita la brillante pantalla de su móvil.

—¡Mierda, mierda, mierda! Tienes que ver esto.

Es difícil no verlo cuando Johannes me pone el teléfono delante de la cara. El hecho de que haya amanecido me pilla desprevenido, pero no tanto como la noticia de última hora en blanco y negro en su pantalla.

«Chastity Walker, la leyenda del pop, ha fallecido a los 59 años tras una batalla de cuatro años contra el párkinson».

—Joder, joder, joder. —Cojo mi teléfono y voy directo a su nombre en mis contactos.

Pulso el botón de llamada, pero ni siquiera suena. Ni siquiera tengo tono de llamada. Solo puede significar una cosa.

—¿A lo mejor lo tiene apagado? —sugiere Johannes, y quiero creerle, pero él no vio cuánto se cabreó Kian cuando le dije que no podía gustarle.

—Me ha bloqueado. Tengo que volver al hotel y asegurarme de que está bien. ¡Joder, joder, JODER! No puedo creer que lo haya abandon…

—No sabías que su madre se iba a morir, Harper. No podías saberlo. Pero has sido gilipollas al salir de fiesta cuando deberías haber estado hablando con él y siendo sincero contigo mismo.

Quiero taladrarlo con la mirada y decirle que está equivocado, pero no puedo. Tiene tanta razón que me duele. La he cagado, y ahora Kian está pasando por esto solo. No hay manera de que pueda arreglar las cosas ahora mismo sin empeorar su dolor. Tiene que hacer lo que sea mejor para él y para su familia, y eso no me incluye a mí. No creo que vaya a correr este fin de semana, así que supongo que London será mi compañero. Apenas le he dirigido la palabra en toda la temporada. Los entrenamientos libres de hoy van a ser interesantes.

—Debería…, debería volver a mi hotel. Creo. No, seguro. Iré a ver cómo está. ¿Crees que es lo correcto?

—Puede, no lo sé. Quizá deberías ir a darle el pésame y dejarlo ahí por ahora.

—Sí, tienes razón.

—Pues como siempre, tío. Todo saldrá bien, Harp. Te lo prometo, todo saldrá bien.

Decido volver andando al hotel en lugar de coger el coche. Necesito aire fresco para despejarme, y la caminata me dará la oportunidad de pensar en cómo voy a hablar con él y qué le voy a decir. A lo mejor me cierra la puerta en las narices, pero tengo que intentarlo.

Apenas he empezado a pensar cuando me suena el móvil. Se me acelera el corazón al pensar que podría ser Kian, pero es Anders, por supuesto. Ya he borrado las historias de Instagram que publiqué anoche, pero supongo que es demasiado tarde y seguro que me despiden para la próxima temporada.

—Buenos días —balbuceo, con la garganta de repente más seca que el desierto del Sáhara.

—Harper, hola, disculpa que sea tan temprano. Sé que esta tarde tienes entrenamientos libres, pero quería avisarte de que London correrá este fin de semana. Como seguro ya sabes, Kian ha vuelto al Reino Unido para estar con su familia y no disputará el gran premio.

¿Kian se ha ido?

—Ah, sí, gracias por avisarme, señor.

La llamada es breve y concisa, y me alegra no recibir la reprimenda que me merezco. Sin embargo, en cierto modo me siento peor aún.

Kian se ha ido.

Y me ha bloqueado.

Ni siquiera puedo intentar estar ahí para él.

Anoche me porté como el culo. ¿Cómo pude hacerle esto? ¿Cómo pude hacerle tanto daño? ¿Cómo pude hacer daño a alguien a quien quiero?

¿Por qué solo ahora me doy cuenta de que estoy enamorado de él?

¿Por qué solo ahora me doy cuenta de que no tengo que repetir los patrones de mi pasado, los patrones que me rompieron, ni hacerle daño a nadie? Podría haber dejado que me quiera sin devolvérselo. Y yo también podría quererlo, ¿verdad?

Se me revuelven las tripas.

¿Es por el miedo? ¿Por la adrenalina? ¿Por la esperanza?

Sinceramente, no lo sé.

Subo hasta su habitación. Sé que es inútil, pero quiero estar entre sus cosas. Al ir a abrir la puerta, casi me echo a llorar al verla abierta.

Todo se ha esfumado, pero se nota que se ha ido con prisas porque la cama está sin hacer, y el baño, hecho un desastre. Aunque ahora mismo me da igual, porque lo único que quiero es sentirme cerca de él. Me siento en su cama. Ay, Dios, todavía huele a él, y me permito inhalar su aroma, con el edredón metido hasta la barbilla. Me incorporo y veo la bolsa de plástico junto a la puerta, con mi sudadera asomando por arriba.

Mierda, lo nuestro ha terminado de verdad.

Saco el móvil para mandarle un mensaje. Necesito decirle algo para expresarle cuánto lo siento, para darle el pésame, para decirle que estoy aquí para él si me necesita.

Escribo algo que no llega a decir todo lo que quiero decir, pero de pronto lo recuerdo. Me ha bloqueado.

Lo peor es que me lo merezco. Tiene todo el derecho a dejar de hablarme. Yo también estoy harto de mí mismo.

Capítulo 25

Kian

Consigo por los pelos cruzar el camino de entrada sin atropellar a los putos periodistas que abarrotan la gravilla que lleva a la granja. Tomo nota mental de hablar con alguien acerca de la seguridad. No sé si es algo que pueda organizar mi mánager o Kelsey, pero quizá sepan recomendarme a alguien. Me alivia volver a entrar en casa.

—Ahí fuera es una pesadilla. —Me quito la chaqueta y bajo las persianas de la cocina, donde Grant está preparando la comida para los peques.

—¿Peor que ayer? —pregunta, mientras sigue cortando el pepino en bastoncillos, cada corte con el cuchillo un poco más agresivo que el anterior.

—Mucho. No sé quién les ha dado derecho a hacer preguntas tan invasivas, pero sí, mucho peor. Hoy me han preguntado sobre todo si me preocupaba perderme la carrera de Singapur.

—O no tienen familia o son unos auténticos monstruos. ¿Quién no se perdería una carrera para volver a casa y llorar la pérdida de una madre?

Es una buena pregunta, pero no puedo responderla.

—Voy a hablar con el jefe de seguridad del equipo a ver si pueden recomendarnos a alguien que nos ayude a tener un poco más de intimidad hasta que la situación se calme.

La verdad es que no se me ocurre nada peor que el que Elise deba enfrentarse a esos buitres. Aunque ella y yo crecimos siendo objetivo de los medios debido a la fama de nuestros padres, mi hermana ha hecho todo lo posible por mantenerse lo más alejada posible de la atención pública.

Nunca ha recibido formación mediática sobre cómo manejar preguntas indiscretas sin perder los estribos, especialmente cuando está bajo presión emocional, como ahora.

Será un auténtico desastre que se aleje de la propiedad.

—A lo mejor podríamos poner una cerca electrificada o algo así, para que si se acercan demasiado reciban una descarga. —Contesto con una risotada, pero no es mala idea.

Estoy abriendo un par de cervezas cuando oigo movimiento en la planta de arriba. Parece que Elise va al baño, pero como mínimo sé que se ha levantado de la cama.

—¿Qué tal va la lista de tareas pendientes? —me pregunta Grant cuando le tiendo una botella de cerveza.

—Fatal, Grant. No sé cómo hacerlo. —No lo digo para darle lástima ni para que me ayude más, de verdad que no. Se me da muy bien organizarme en mi carrera, pero fuera de ella la mayor parte del tiempo tengo la sensación de que no puedo controlar nada—. He elegido las flores.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero recuerdo unas flores que a mi madre le encantaba poner en el alféizar de la ventana y me decidí por un montón de esas. Son rosas y blancas, pero no recuerdo cómo las llamó la florista ni qué significan.

Últimamente me he sentido así muchas veces. Con Elise sin levantarse de la cama y Grant cuidando a los niños, todas las decisiones recaen sobre mí. Y no pasa nada. Me alegra hacerlo. Es hora de que asuma la responsabilidad por una vez en mi vida. Pero ojalá no tuviera que hacerlo solo. Quiero que sea perfecto para mi madre, y creo que solo Elise es capaz de conseguirlo.

—Espero que hayas comprado astrantias. —Oír la voz de Elise en la puerta me pone la piel de gallina y me llena los ojos de lágrimas —. Mamá las plantaba en el jardín y las recogía muy a menudo. Mientras pudo, las dejaba en el baño que compartíamos. Simbolizan fuerza, la fuerza que quería que tuviéramos.

Abro los brazos y Elise se aferra a mí, y finalmente me permito echarme a llorar. La cocina se llena de sollozos y de disculpas por parte de los dos, aunque no es necesario verbalizarlos. Necesitamos llorar la pérdida a nuestra manera, procesar el duelo y recordar a nuestra madre juntos.

El *jet lag* es terrible, y me he pasado las últimas dos noches en vela, repasando recuerdos de mi madre de las últimas tres décadas.

Hay muchos muy buenos, y eso es lo que me ha ayudado a superar la pérdida.

No puedo imaginar siquiera cómo lo ha pasado Elise, porque, aunque los dos sabíamos que nuestra madre llevaba años enferma, ha sido mi hermana quien ha tenido que convivir con ello todas las horas del día desde entonces. Solo espero que todos sus buenos recuerdos no hayan quedado eclipsados por los de cuando nuestra madre comenzó a perder las funciones motoras y la capacidad de reconocer a la gente.

Nos abrazamos durante lo que parecen horas, mientras Grant se ocupa de todo a nuestro alrededor, dando de comer a los niños, recogiendo y preparando la cena para que Elise y yo podamos estar juntos. Tendré que darle las gracias enormemente cuando las cosas empiecen a recuperar la normalidad. Elise ha elegido a un buen hombre. Casi estoy celoso. No, no son celos: es envidia.

Envidia de que Elise tenga a alguien que la cuide mientras pasa el duelo. Envidia de que tenga a alguien que la abrace cuando llora. Envidia de que tenga a alguien que escuche sus historias y recuerdos de una persona que ya ha oído cientos de veces.

¿Harper podría haber sido esa persona para mí? Casi me río entre dientes sobre el pelo de mi hermana. Es poco probable. Ya debe de saber que mi madre ha muerto; la noticia ha salido en todos los medios de comunicación y no he asistido a las clasificatorias, pero no me ha llamado.

Claro que no te ha llamado, idiota. ¡Lo has bloqueado!

No puede.

Casi me había olvidado de la captura de pantalla y de que lo había bloqueado de todas partes.

Ni siquiera sé cómo han quedado las clasificatorias.

Elise se aparta de mi abrazo, y las lágrimas me inundan las mejillas cuando saca una foto del móvil de las flores en cuestión.

—Sí, esas son las que he elegido, entre muchas otras. Podía verlas en mi mente, y, cuando la florista las señaló, supe que eran esas.

—Has hecho bien, hermanito. No necesito saber qué más has elegido para saberlo. A mamá le encantará de todas formas. —Me rompe de nuevo la forma en la que habla en presente, como si

nuestra madre aún estuviera aquí, vigilando nuestras buenas y malas decisiones, y esta vez es ella quien me sostiene mientras sollozo.

Mi hermana es muy fuerte, lo absorbe todo y me da mi momento para llorar. Como la conozco, estoy seguro de que me dará todos los momentos que necesite. Nos los daremos el uno al otro.

Grant está jugando con los niños, así que los dos disponemos de unos instantes de intimidad.

—Joder —digo, cogiendo un pañuelo de la encimera para sonarme la nariz—. Creo que hacía mucho tiempo que mis lagrimales no tenían tanta actividad. —Ni siquiera recuerdo la última vez que lloré tanto.

—A veces es lo que necesitamos y ya. Me alegro de que te hayas desahogado. Me preocupé cuando Grant me dijo que todavía no habías llorado. Ahora cuéntame más cosas sobre el funeral. —Algo ha cambiado en Elise, que ha vuelto a su modo organizado y de supermujer, lista para comerse el mundo.

—Todavía tengo todo esto por hacer. —Menos mal que llevo la lista de tareas pendientes en el móvil, porque así le resulta fácil consultarla y entender por dónde voy de la organización del funeral.

—Lo haremos juntos. —Me aprieta la mano y, por primera vez desde que he vuelto a casa, estoy de acuerdo.

Las cosas empiezan a ser más fáciles cuando no te sientes tan solo haciéndolas.

Mi hermana, mi cuñado y yo comemos juntos, hablando de las decisiones por tomar y repartiéndonos las tareas entre los tres.

En cuanto todo está metido en el lavavajillas, veo un mensaje de Anders preguntándome si puedo hacer una videollamada. Subo a la habitación de invitados donde me alojo, apoyo el teléfono en la almohada y acepto la llamada.

—Hola, Anders. —Cuando digo su nombre, Jackson aparece en la pantalla—. Y Anders Júnior.

Ambos se ríen, y así se rompe el hielo. Es imposible que no se den cuenta de las pintas que tengo, así que por lo menos la conversación será algo más fácil.

—¿Cómo estás, hijo? —me pregunta Anders. Y así, de repente, vuelvo a estar al borde de las lágrimas. Crecí sin padre y, ahora que mamá ya no está, es probable que nunca más oiga a nadie dirigirse así a mí.

—Papá —le advierte Jackson, y se lo agradezco, pero no tiene por qué protegerme. Anders es uno de los mejores hombres que he conocido y le estoy inmensamente agradecido por que haya aparecido en mi vida para guiarme en mi carrera y alimentar mis ambiciones.

—Estoy bien. Hemos decidido organizar el funeral deprisa, así que tenemos mucho que planificar, pero todo va lo mejor posible. ¿Cómo van las cosas por ahí?

Quiero disculparme por no estar allí, pero no me arrepiento de ausentarme por un motivo tan importante. Sería una gran falta de respeto hacia mi madre.

—Ah, pues hacemos lo que podemos. London está intentando no emocionarse demasiado con su primer gran premio, ya que no quiere parecer insensible. —Anders se encoge de hombros como si no supiera qué más decir.

—Debería disfrutarlo. Es un rito de iniciación.

No le pregunto cómo ha quedado en las clasificatorias porque entonces también tendría que preguntarle cómo le ha ido a Harper, y no soporto pronunciar su nombre en voz alta.

—Sí que lo es. Pero ahora mismo no tienes que preocuparte por nosotros. Solo queríamos saber cómo estabas. Nos enteramos de que no quieres coronas de flores para el funeral, así que el equipo hará una donación a la fundación Parkinson’s UK. Espero que te parezca bien.

Me parece mejor de lo que él jamás comprenderá. Significa muchísimo para mí.

—Muchísimas gracias. Es perfecto.

—Si nos necesitas a cualquiera de nosotros, Kian, envíanos un mensaje o llámanos. Sé que Cole ya te echa de menos, pero no quiere molestarte. Ninguno de nosotros quiere molestarte, pero siempre estás presente en nuestros pensamientos.

Es más que evidente que no menciona a Harper y que yo no pregunto por él.

—Dígale a Cole que me escriba, qué tonto. Y gracias, de verdad que agradezco todo lo que ha hecho para que pudiera estar aquí con mi familia.

—Tú también formas parte de nuestra familia, Kian. Y por la familia se hacen esas cosas —tercia Jackson.

Asiento con la cabeza. Sé que, si digo algo más ahora, me derrumbaré.

Se despiden y cuelgo el móvil. Estampo la cara contra una almohada y grito de dolor al tiempo que golpeo la otra almohada.

No es justo.

No es justo.

Es muy injusto.

Mi madre era muy joven, y la forma en la que fue perdiendo poco a poco las facultades ha sido muy cruel. A pesar de que sabía que iba a suceder, no estaba preparado. Quizá nunca lo habría estado.

Ni todas las lágrimas del mundo ayudan, como tampoco los gritos ahogados. Me siento agotado. Extenuado.

Lo único bueno es que el cansancio me vence enseguida y el sueño me libera de mi sufrimiento.

Capítulo 26

Harper

Mis primeros entrenamientos sin Kian son muy duros. Ocupa mi mente en todo momento. Me preocupa que esté sufriendo y llorando, y que yo no tenga forma de comprobar si está bien. Seguro que Anders, que lo quiere como si fuera su propio hijo, ha estado en contacto con él, y Cole también, pero no sé cómo preguntárselo a ninguno de los dos. Si se enteran de que no he estado en contacto con Kian, querrán saber por qué, y entonces cabe la posibilidad de que surjan preguntas muy difíciles con respuestas complicadas.

Por suerte, sigo teniendo a Johannes.

Ganemos o perdamos, siempre estamos ahí para el otro.

De ahí que estemos ahora mismo sentados en el suelo de mi habitación de hotel con un montón de los aperitivos más estrafalarios que hemos encontrado en la tienda local. Ninguno de los dos sabe qué es cada cosa, pero la mayoría sabe bien, y eso es lo importante.

—¿Lo echas de menos? —me pregunta a bote pronto.

—Mmm. —Si empiezo a decirle hasta qué punto, no podré dejar de hablar.

Creo que nunca me he sentido tan solo, ni siquiera cuando era un niño pequeño cuyos padres lo habían abandonado.

Lo echo de menos todo. Los arrumacos, el sexo, las historias interminables que me contaba sobre su infancia, su hermana y sus riñas. Incluso echo de menos que me reprenda por hacer alguna tontería. Preferiría que estuviera cabreado y aquí que desaparecido e ignorándome del todo.

—¿Sigues bloqueado?

No respondo a esa pregunta más que con el gruñido que se me escapa de la garganta.

—Joder, el amor te ha convertido en un cabrón insufrible. Estoy intentando hablar contigo, conseguir que te abras para que el día de

mañana sea mejor para ti.

Esta vez, no lo interrumpo. No intento negar que estoy enamorado porque Kian no se merece esa injusticia.

—Madre mía, Harper James sin habla y enamorado. Es un mal día para todos los tíos que siguen pensando que tienen la posibilidad de pasar una noche contigo.

La idea de imaginarme con otro casi me provoca ganas de vomitar. En un aterrador giro de los acontecimientos, no quiero imaginarme acostándome con otra persona.

—A ver, Kian no está precisamente aquí dándome amor, ¿a que no? La he cagado… Los dos lo sabemos.

No puedo ocultar siquiera la pena que me doy y la amargura que me inunda. Es culpa mía de principio a fin, aunque sigo sintiendo cierta lástima por mí.

—Dale tiempo, ¿vale? Primero va a tener que ocuparse de todo lo demás, sobre todo porque el funeral es dentro de un par de días. Seguro que vuelve antes de que te enteres y podéis hablar.

Tengo suerte, una suerte espectacular, por contar con un mejor amigo que no me abandonó cuando nos convertimos en rivales acérrimos en la pista. En este deporte, es infrecuente que los pilotos de otros equipos se lleven así de bien, pero nosotros lo disfrutamos mucho.

Es tan bueno que incluso cambia de tema. No podemos quedarnos hasta tarde, ya que mañana tenemos carrera, así que decidimos irnos a dormir temprano. Cuando se dispone a marcharse, se vuelve hacia mí y me dice:

—Mira, mañana da lo mejor de ti por Kian. Se enfadará muchísimo si echas a perder todo su esfuerzo en el Campeonato de Constructores. No querría que no dieras lo mejor de ti en la pista. Tienes que hacerlo por los dos.

Lo tengo muy presente, claro.

No es fácil salir octavo en la parrilla e intentar remontar desde ahí, pero es mi intención.

Subido al monoplaza, soy la personificación de la determinación. Ash me susurra al oído y todos los tíos que me rodean se aseguran de que el coche esté listo. Nunca he tenido problemas con pensar

demasiado, y hoy no es la excepción. Es como si Kian estuviera conmigo en el monoplaza, y no intento ignorarlo. Lo recibo con los brazos abiertos y lo llevo en el corazón. Lo canalizo, lo uso como inspiración.

Las cinco luces rojas se apagan, y arranco.

Es un inicio perfecto. Cuando noto que los neumáticos empiezan a desgastarse, mi determinación no disminuye.

Hacemos la parada en boxes más rápida del año hasta ahora, todo va sobre ruedas y según lo planeado, y pongo en práctica todo lo que he aprendido en la pista. Recuerdo todos los consejos y trucos de mis inicios en los karts, lo que me encantaba de las carreras y lo que he aprendido viendo a Kian durante la última década y media.

Adopto su técnica y la combino con mi audacia total. Me dejo llevar por el juego mental que él procura mantener practicando con mucho ahínco y lo sumo a mi ligera imprudencia en el circuito.

En un momento de absoluta genialidad, da sus frutos.

Tardo las primeras veinte vueltas en encontrar el ritmo que busco y sentirme cómodo. Después, otras diez para que mi velocidad en la hermosa recta alcance su máximo potencial.

En la cuadragésima vuelta, me concentro de verdad. Estoy atento a los pilotos que me rodean, y Ash hace un trabajo perfecto manteniéndome al tanto de todo.

Sobre todo cuando subo a la tercera posición.

—Buen trabajo, Harper. Yorris y Johannes están delante de ti. Demuéstrales de qué pasta estás hecho.

—¿A cuánto estoy? —le pregunto.

—Johannes a uno punto cuatro, Yorris a uno punto nueve. Después de esta curva llegará tu mejor oportunidad.

Lo siento, Jojo. Esta carrera es mía. Y entonces me arriesgo; algunos podrían considerarlo temerario, pero hoy siento magia. No puedo equivocarme, y acelero y adelanto a Johannes.

Si todavía estuviéramos en nuestros tiempos de karts, con catorce y quince años respectivamente, y comportándonos mal en la pista, le habría hecho una peineta al pasar.

Kian se habría cabreado ante este pensamiento que me cruza la mente, así que lo dejo pasar y clavo la mirada en Yorris.

Este año, ha sido una amenaza en la pista. Es su tercera temporada en la categoría reina, y creo que se ha cansado de terminar entre el quinto y el cuarto puesto los dos últimos años. Ansía una victoria y, sin Kian aquí, esta es su mejor oportunidad. Yorris es rápido y astuto, y coge cada curva cerrada como un profesional. Equilibra las vueltas rápidas con las vueltas lentas para no agotarse, una habilidad muy difícil de aprender cuando lo único que quieres es pisar el acelerador a fondo cada vez que sales a la pista.

Pero ansiarlo no significa conseguirlo. Yo también lo ansío, igual que todos, pero hoy estoy canalizando a Kian, de modo que no voy a cometer ningún error. De pronto, Yorris derrapa delante de mí. Tengo suerte de que sea en una parte lo bastante ancha de la pista como para que no me golpee, pero aún más suerte de poder adelantarlo.

—¡Primero, tío, vas primero! —me grita Ash al oído, pero no pienso relajarme. Todavía me quedan veinte vueltas, y tengo que seguir concentrado.

Veinte putas vueltas. Johannes me da algunos problemas cuando Ash anuncia que me ha alcanzado y está a uno punto ocho de mí, pero sigo presionando, sigo canalizando a Kian, e insisto peleando hasta que veo la bandera a cuadros.

Bajo el cálido cielo nocturno, a mi alrededor estallan fuegos artificiales, y entonces me subo encima del monoplaza, saltando de alegría porque lo he conseguido. Lo he conseguido, joder. De pronto, recuerdo que las dos victorias que he tenido esta temporada han sido los dos únicos abandonos de Kian: uno por su accidente y otro porque ni siquiera está compitiendo. Pero no voy a dejar que eso me quite lo que he logrado.

Miro a la multitud que me anima y espero sentirme de putísima madre, querido y exitoso. Sin embargo, me doy cuenta de que allí no hay nadie que sea mío. Hay aficionados, claro, y es evidente que muchos me animan, pero no hay ninguna persona especial con la que quiera celebrarlo. Ni familia ni pareja.

Durante un segundo, esa certeza me golpea tan fuerte que la decepción ahoga los gritos de los aficionados y del equipo en torno a

mí. Hay silencio y estoy solo. Incluso cuando estoy en la cima del mundo, sigo estando solo.

Sé que no es lo que quiero. Sé que es una victoria vacía sin nadie con quien compartirla. Sé que no significa nada sin Kian.

El pensamiento no es fugaz, aunque no tengo tiempo de asimilarlo mientras me bajan del coche y me llevan a prepararme para subir al podio.

Se me escapan algunas lágrimas al estar en lo alto, con el nombre de Hendersohm en la pantalla detrás de mí y el himno nacional británico resonando a mi alrededor.

Es un momento único en la vida. Muchos pensamientos mezquinos me invaden cuando bajo con mi medalla y me entregan una botella de champán con el logotipo de Hendersohm. Disfruto enormemente rociándolo por todas partes, empapando a todos los que no creyeron en mí, a los padres y a las familias de acogida que me abandonaron, a todos los que no me quisieron lo suficiente.

En el lateral, me acosan los medios de comunicación. Todas las emisoras de radio, los profesionales de la televisión y los periodistas gritan para llamar mi atención.

¿Ser deseado es esto? Es más vacío de lo que me pensaba.

—Harper James, ¿qué significa esta victoria para ti? —me grita una señora bajita con un micrófono de peluche extendido por encima de la barrera de prensa.

Solo hay una cosa que quiero decir y solo una persona a la que quiero decírsela.

—Antes que nada —replico, y veo otras grabadoras pegadas a mi cara para captar mis palabras—, solo quiero decir que ahora mismo yo y todo el resto del equipo de Hendersohm estamos pensando en la familia Walker. Chastity era una mujer increíble que abrió camino en la música pop para mucha gente, además de ser una madre fantástica para sus dos hijos, y Kian siempre hablaba de ella con mucho cariño. —Me aclaro la garganta—. No hace falta que le diga a nadie que haya visto una sola carrera en la última década y media lo bueno que es Kian en la pista. Pero entre bambalinas es una inspiración. Me ha enseñado mucho sobre determinación y motivación en este deporte. Lo importante que es cuidarme tanto

dentro como fuera de la pista. Me ha retado a ser mejor piloto. Esta victoria de hoy…, en fin, no es mía. Es para Kian. Mi compañero habría arrasado hoy en el circuito, no me cabe ninguna duda, así que mi victoria es suya, y estoy deseando volver a pilotar pronto a su lado.

No sé si ha sido apropiado decir todo esto, aunque me da igual. Nunca sabré si habría ganado hoy si Kian hubiera corrido, pero dedicárselo es lo mínimo que puedo hacer.

—Has estado muy bien —me felicita Anna desde donde está sentada demasiado cómodamente, al lado de Cole—. Supongo que la formación de los medios por fin ha dado frutos, tontolaba. Casi haces llorar a medio equipo.

Vaya, eso es nuevo. El equipo está orgulloso de mí. Ostras.

Anders me estrecha la mano como un loco. Seguro que le acabo de conseguir una cantidad descomunal de dinero extra —y a mí también, que ayudará a pagar a los cabrones chantajistas a los que mi mánager tuvo que sobornar—, pero de verdad que lo veo orgulloso de mí. También parece un buen hombre. No hay mucha gente de la que me fíe. Nunca he tenido motivos para fiarme de nadie. Pero la terapia está empezando a ayudar, lo noto. Quizá me esté funcionando porque ahora soy mayor o quizá porque tengo un motivo para querer ser mejor. Quizá va siendo hora de arriesgarse también fuera de la pista y confiar en algunas personas.

—Señor, me gustaría pedirle permiso para hacer algo que a lo mejor no le gusta.

—Ya que me lo vas a pedir, en lugar de hacerlo sin más y que me entere mañana por la prensa, casi estoy obligado a decir que sí. Si es razonable. ¿De qué se trata, hijo?

—Me gustaría volar de vuelta al Reino Unido esta misma noche. Me gustaría acompañar a Kian en el funeral. Necesita a alguien y…

—¿Y esa persona deberías ser tú? —Me mira con escepticismo, con una ceja arqueada.

—Sí, señor.

—Pues cuenta con ello, hombre. Te subiremos al próximo avión que salga de aquí.

Capítulo 27

Kian

—Suponía que te encontraría aquí. —La voz de Elise, procedente de la puerta, me da un susto de la hostia.

Se queda en la penumbra, iluminada tan solo por el resplandor del televisor.

El volumen está muy bajo, pero los subtítulos me dicen todo lo que necesito saber. La carrera está a punto de empezar e intento no verlo.

Vale, sí, he oído mi nombre demasiadas veces para no estar participando en el gran premio. Incluso han hablado de mi madre, y he llorado sobre uno de los cojines de decoración del sofá de mi hermana.

—Por lo visto, aunque no esté ahí, no puedo alejarme demasiado. —Se sienta a mi lado y nos tapa a los dos con una manta.

Estamos a mitad de septiembre, pero a ambos nos irá bien algo de calor reconfortante.

La situación me recuerda que seguramente deberíamos hablar de lo que vamos a hacer con esta casa. La tierra pertenece a nuestra madre, así que pronto, cuando se legitime el fallecimiento, nos pertenecerá a nosotros. Yo tengo una casita en los límites de la propiedad, y Elise y Grant, una casa que hace cuatro años pusieron en alquiler al empezar a cuidar de nuestra madre. No sé si mi hermana va a querer seguir en esta casa.

Pero Elise ha criado a los niños aquí desde que nacieron, y sé que hay tantos recuerdos felices como tristes, aunque ahora mismo no sean lo primero que nos venga a la mente. Apoyaré la decisión que tome, sea la que sea.

Incluso estoy pensando en volver a la casita si me retiro al final de esta temporada. Sería perfecta para mí solo. Podría desconectar de todo, pero seguiría estando a cuarenta minutos en coche del centro de Norwich. Es una casita de dos habitaciones, pero el salón y la

cocina me encantan. La reformé hace tiempo, pero conservé todos los detalles de época, como las puertas correderas de estilo rústico que dan a la despensa y las vigas del techo. Tiene un ambiente superacogedor y hogareño. Quizá adopte un gato. O unas gallinas. Quién sabe. Se supone que el mundo estará a mis pies cuando me retire a la respetable edad de treinta y cuatro años.

—¿Te gustaría estar allí? —pregunta mi hermana cuando empieza la carrera.

—Es raro que todo siga igual que antes de que muriera mamá. ¿El mundo no sabe que ha pasado algo tan grave? Pero no, no me arrepiento de estar aquí contigo.

No me molesta haber tenido que volver a casa. Si te digo la verdad, he sentido un gran alivio al estar aquí con mi hermana gemela, pero también tengo un miedo terrible a perderme la carrera. Echo mucho de menos estar al volante. Echo de menos la forma en la que los diferentes neumáticos se aferran a la pista. Echo de menos tener el control de un motor potente y oler a goma y gasolina en todo momento. Echo de menos el chute de adrenalina y la importancia de cada fracción de segundo durante una carrera. ¿Cómo no echar de menos un trabajo que ha sido toda mi vida durante los últimos quince años, e incluso más, si contamos la buena temporada que pasé compitiendo con karts de joven?

Sin embargo, esta temporada ha sido diferente. En más sentidos de los que me atrevo a admitir ahora mismo.

—No te imaginas lo felices que están los niños por tener a su tío Ki en casa.

—Creo… creo que podría estar más a menudo en casa después de esta temporada. Creo. No se lo digas a nadie. Todavía no estoy del todo seguro, pero empiezo a hacer las paces con la decisión de retirarme.

Elise se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza.

—Ay, Kian —murmura contra mi hombro como si le estuviera dando la mejor noticia del mundo.

—Ya lo sé —le contesto mientras se separa—. Es que… creo que estoy listo para decir adiós. —Decir adiós parece un tema

recurrente: a mi madre, a mi carrera y al tío que podría haber sido el amor de mi vida.

Mi madre siempre decía que las cosas vienen de tres en tres. Lluvia, truenos y relámpagos. Tres son tormenta, nos decía cuando éramos pequeños. Es muy apropiado para este momento.

—Sabes que te apoyaremos pase lo que pase, ¿verdad? Tanto si vuelves a casa para siempre como si vuelves en un año, o si no regresas hasta dentro de unos cuantos, todos estaremos aquí.

—No me hagas llorar, Elise. En la vida me han dolido tanto los ojos. —Desde que abrieron las compuertas, no he parado de llorar. Es como si las cataratas del Niágara me salieran de los lagrimales.

—Solo quiero que lo sepas. Estoy segura de que ahora todo parece horrible y quizá cambies de opinión cuando vuelvas, pero siempre estaremos aquí, hasta cuando las carreras no lo estén.

Tiene razón. Siempre tiene razón, la cabrona.

—Lo sé. Creo que podría ser el final. Estoy cansado y preparado para pensar en lo que viene. Mejor empezar de cero, ¿no?

—¿Quizá con un chico en particular? —Me da un codazo, con una sonrisa pícara, y yo pongo los ojos en blanco cuando veo lo que sale en la tele.

Están entrevistando a Harper. No puedo creer que me haya perdido el final. No sé qué ha pasado ni cómo le ha ido.

—No lo creo —le digo a Elise—. Creo que hemos terminado.

—¿Quién podría terminar contigo?

No sé si se habrá dado cuenta de quién es. No he dicho su nombre desde que llegué a casa, pero puede que lo esté adivinando.

—Él no quiere lo mismo que yo, y somos muy diferentes —replico —. No, se acabó. Tengo que superarlo y pasar página. Él ya lo ha hecho.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

Coge el mando de la tele y empieza a subir el volumen.

La miro y veo en su expresión una arrogancia familiar que siempre me ha molestado. Solo es mayor que yo por unos pocos minutos, pero actúa como si esos minutos extras le hubieran otorgado la sabiduría de una antigua filósofa.

—Sí, estoy seguro. Me ha hecho mucho daño, El, y no puedo permitir que siga jugando conmigo.

—Tú míralo, Ki, y luego me dices que ya ha terminado contigo.

Miro la pantalla, y los dos observamos cómo Harper da su discurso.

En directo para la televisión internacional, Harper James me dedica su victoria. No solo eso, sino que también rinde homenaje a mi madre y a lo que estoy viviendo. Me falta el aire. Es imposible que esté pronunciando estas palabras el mismo que hace solo unas cuantas noches salió por ahí y se tiró a otro.

Elise me aprieta la mano.

—Ahora dime que ha terminado contigo.

Pongo los ojos en blanco. Supongo que ya no vamos a fingir que mi hermana no sabe que el tío con el que me he estado acostando es Harper James.

—Pero ya hemos pasado por esto. Es exactamente lo que hace siempre. Es un tira y afloja constante. Me quiere, no me quiere. La caga, vuelve y hace algo bonito. No puedo más.

—Estoy de acuerdo, no suena bien. También parece que está intentando aclarar algunas cosas. ¿Lo habéis hablado?

—Ese es el problema, El. No quiere o no puede… No lo sé. Lo he intentado, pero se cierra en banda. Ya no sé a qué juega.

—¿Fue lo que pasó en Italia? ¿Lo del accidente? Porque si se está volviendo peligroso…

—Sí y no. Fue culpa mía —la tranquilizo—. Si cometo un error en la pista, es mi responsabilidad, no la suya.

Me sienta genial poder hablar por fin de esto con alguien. Ojalá me hubiera sincerado antes. Elise me abraza y suspira. Sé que le preocupan los riesgos que corro, y sobre todo ahora que solo nos tenemos el uno al otro.

—¿Qué diría mamá? —le pregunto.

Se queda callada unos instantes mientras reflexiona.

—Mamá diría que la vida es demasiado corta como para no tener lo que quieres de verdad. Si estuvieras…, si estuvieras en tu lecho de muerte y repasaras tu vida, ¿qué querrías recordar? ¿Qué te

traería consuelo y alegría? ¿Sería Harper James? Porque en ese caso…

Vale, de acuerdo, lo admito. Esos minutos extras sí que le dieron a mi hermana la sabiduría de los viejos filósofos.

Mierda.

Capítulo 28

Harper

Aunque sé que ahora mismo tanto Kian como su hermana están procesando el duelo, no habrá servido de nada que haya venido hasta aquí en plena noche y no consiga hablar con ella por teléfono. Por suerte, Kian me dio su número del fijo cuando se puso malo y he intentado llamar cada hora durante el vuelo, hasta que finalmente ha sonado más de una vez en mi quinto intento. Esa vez, por fin me contesta. Tras una breve presentación, le comento que llevo días intentando contactar con Kian. No menciono que me ha bloqueado, pero parece que Elise sabe más de nuestra situación de lo que me figuraba.

—Joder, hasta ahora pensaba que nunca conocería a nadie más cabezón que mi hermano. Sabes que mañana enterramos a nuestra madre, ¿verdad? —Tiene mucho carácter, quizá incluso más que Kian. Se nota que son gemelos.

—Sí, lo sé, y por eso ahora mismo estoy a treinta y seis mil pies de altura y a siete horas de aterrizar.

—Por Dios, ¿qué aerolínea te permite hacer una llamada desde el avión?

—Es un *jet* privado, claro.

—Claro, tonta de mí. ¿Qué quieres, Harper?

—Estar ahí con Kian; voy para allá. Solo necesito la dirección de donde saldrán los coches mañana por la mañana. Voy a estar ahí pase lo que pase.

La línea se queda en silencio, y tengo que comprobar que no me haya colgado, pero la llamada sigue activa.

—Eres para darte de comer aparte, Harper; lo sabes, ¿verdad? —Asiento con la cabeza aunque no pueda verme. Ya imagino las historias que le habrá contado su gemelo—. Está destrozado ahora mismo, no solo por lo de nuestra madre. Creo que ni siquiera ha empezado a procesar bien la culpa y el dolor. Pero de verdad que tú

le has hecho mucho daño. Casi quiero decirte que lo dejes en paz, pero…

—¿Pero…? —Suelto una esperanzada exhalación.

—Pero creo que mañana necesitará apoyo. Yo tengo suerte: estarán mi marido y mis amigos y mis hijos, que me dan fuerza. Kian…, en fin, cree que puede hacerlo solo y a lo mejor…, no sé, podría ser un poquito más fácil si estás tú ahí.

—Elise, gracias. Te prometo que no estorbaré, me sentaré atrás si es necesario, solo quiero estar ahí para él.

—Los coches saldrán a la una. ¿Vas a llegar a tiempo?

No lo sé. Aterrizamos a las nueve y media, y Norfolk está muy lejos. Tendré el tiempo justo.

—¿A qué distancia estáis de Gatwick?

—A unas dos horas y media.

Calculo a ojo que, siempre y cuando no haya retrasos y pueda usar la fila prioritaria para el control de pasaportes, no habrá problemas. Menos mal que solo llevo equipaje de mano.

—Allí estaré. Llueva o truene.

—Espero que salga el sol; el velatorio es en el jardín. —No me sorprende, teniendo en cuenta la cantidad de terreno de la finca.

—Nos vemos mañana.

—Confío en ti, Harper. Ya ha sufrido bastante —me advierte por última vez.

—Te doy mi palabra.

Oigo un resoplido. Es evidente que ahora mismo mi palabra no le importa gran cosa, pero estoy decidido a demostrarle que se equivoca.

Después de apuntar mi número, cuelga, pero luego me envía un mensaje con la dirección de la casa de su madre, desde donde salen los coches fúnebres, así que lo interpreto como una victoria.

El avión despega, y duermo hasta que estamos a punto de aterrizar.

El aeropuerto es un caos total. Alguien se ha enterado de que he salido de Singapur para venir aquí y están como pirañas buscando pruebas. Peor aún: creo que he visto a un capullo aún mayor que yo cruzando el aeropuerto al mismo tiempo.

Tiene que ser una puta broma. No recuerdo la última vez que lo vi en los periódicos ni ningún titular positivo sobre él; prácticamente había desaparecido del mapa. Y aquí está, seguido de periodistas y cámaras mientras camina por el aeropuerto con su traje de luto y gafas de sol. Es un auténtico cretino. No me puedo creer que en el pasado lo haya admirado.

Al final, mi equipo de seguridad empieza a apartar a la prensa. No puedo desvelar la verdadera razón de mi visita. Además, Anders me ha pedido que no hiciera ningún comentario al respecto. De ahí que estemos mi equipo de seguridad, yo y el puñetero Tyler Heath en el mismo camino para salir del aeropuerto.

Puede que sea la cosa más estúpida que haga en mi vida, pero no puedo evitar llamarlo.

—¡Tyler! —grito. No estoy seguro de que siga la Fórmula 1.

De repente, se gira para ver quién lo llama y se detiene en seco.

—Harper James, hostia, qué casualidad que hoy estemos aquí una leyenda de las carreras y una en ciernes. No me extraña que la prensa esté como loca. En España no pasa demasiado.

Así que ahí es donde se fue cuando abandonó a sus hijos y a su mujer. A dos horas de distancia en avión. La sangre me hierve aún más.

—¿Qué coño haces aquí? —le pregunto, y el tono cortante de mi voz lo pilla desprevenido. Veo cómo el hombre rencoroso que es en realidad toma el control.

—No creo que sea asunto tuyo, chaval. Pero, por si no te enteraste mientras subías al podio, la semana pasada murió mi mujer.

—Exmujer. No creo que sea buena idea que asistas —le suelto con tono gélido, aunque intento bajar la voz. La prensa no necesita oírme.

—Mis hijos necesitarán a su padre.

Me río por la nariz, y se estremece. Sin duda, no esperaba que un joven de veinticinco años sea inmune a sus chorradas.

—Kian y Elise no te necesitan —le aseguro—. No creo ni por un segundo que Kian quiera que estés aquí hoy después de que los abandonaras antes de que nacieran.

—¿Quién te ha puesto al mando de la historia de la vida de Kian? ¿Eres su novio o algo?

Ojalá. Ojalá, joder. Pero mi silencio debe de ser elocuente, ya que Tyler me mira con desprecio.

—Se nota que lo crio su madre. Ningún hijo mío acabaría siendo un marica.

Tiene suerte de que no quiera generar más noticias negativas sobre Kian. Si no, le habría pegado un puñetazo. Le habría borrado esa sonrisa de suficiencia de la cara.

Al final, mi equipo de seguridad forma un muro a mi alrededor y me aleja del posible objetivo de mi puñetazo para meterme en un coche que espero que me lleve al funeral justo a tiempo.

Capítulo 29

Kian

Nada te prepara para una despedida definitiva.

Ninguna terapia de duelo del mundo o ninguna realidad en la que sepas de antemano que a tu ser querido le llega el final. Ya se ha ido, pero es la última vez que podrás estar en la misma habitación que esa persona antes de que la entierren.

Hemos decidido organizar un funeral íntimo sin famosos de la carrera de nuestra madre ni grandes multitudes. Me parece que es lo que habría querido ella. Dejó atrás ese mundo hace mucho tiempo, y ni Elise ni yo queremos ser el blanco de las miradas de los medios de comunicación.

Observo cómo mi hermana y su familia se preparan y envidio que estén juntos un día como hoy. Sé que mi gemela está ahí para mí, pero no es lo mismo. Veo las caricias cariñosas y las miradas de consuelo que intercambia con Grant, y sé que es algo que yo también quiero para mí.

Cuando echan a caminar delante de mí hacia la iglesia, una oleada de profunda tristeza me invade.

Ojalá…

—Hola.

Su voz me sobresalta, pero sé al instante quién es.

Me giro y ahí está. Es como si lo hubiera invocado con mis sueños. Está muy guapo con traje negro, y al principio estoy demasiado atónito como para decir nada.

—¿Te parece bien que esté aquí? —me pregunta con incertidumbre—. Lo siento muchísimo…

No sé si me está dando el pésame o disculpándose por haber sido un capullo en Singapur, pero ahora mismo no me importa.

Asiento con la cabeza y, cuando separa los brazos, me aferro a él. No me puedo creer que esté aquí.

—¿Cómo…?

—Le pedí a Anders que lo organizara, y tu hermana me dio los detalles.

Me separo del abrazo y lo miro estupefacto. Acto seguido, me giro y veo a Elise contemplándonos con una ligera sonrisa. Mi hermana estaba involucrada, cómo no. Se encoge de hombros e inclina la cabeza, en plan: «¿Qué esperabas?», y luego entra en la iglesia.

—Gracias por venir. —Es lo único que consigo decir.

Me aprieta los dedos y bajo la mirada hacia mi mano, que todavía me sostiene, y luego nos volvemos a mirar a los ojos, con una pregunta silenciosa flotando entre ambos.

—¿Te parece bien…? —me pregunta de nuevo.

Sí, Harper me sujeta la mano, y no quiero soltársela. No voy a soltársela.

—Me parece bien —le contesto.

Ahora no es el momento de preguntarle qué significa todo esto. Está aquí, y ya no me siento tan solo. Entramos juntos en la iglesia, y no me importa quién nos vea ni qué piensen. Hoy toca despedirnos de nuestra madre. Todo lo demás puede esperar.

El servicio es precioso.

Creo que es lo que mi madre habría querido. Su amiga más antigua y una de sus hermanas han leído un texto, y su vieja representante ha recordado con cariño su carrera de una forma que me da que le habría gustado mucho.

Y luego Elise se levanta y se dirige hacia el estrado.

Mi hermana es muy valiente por subir y hablar. Sentado en el banco, a mí me cuesta mucho contenerme. Ni en sueños podría hablar en público sobre la persona que nos crio, que nos quiso y nos animó, que nos formó y…

Trago el nudo que se me forma en la garganta.

Pero Elise está preparada, por supuesto. Lleva el discurso impreso en unas tarjetitas y contiene las lágrimas lo suficiente como para hablar con claridad y emocionar a los presentes.

Cuenta anécdotas de la juventud de nuestra madre, de cómo alcanzó la fama y luego nos crio durante los primeros años en una

serie de viajes en autobús y avión privado. Incluso arranca algunas risas a las amigas más cercanas de nuestra madre al recordar las épocas más alocadas de su adolescencia. Habla en nombre de los dos sobre la clase de madre que fue y las cosas que más recordaremos de ella.

Es perfecto. Nadie podría haberlo hecho mejor.

Y estaría hecho un mar de lágrimas si no fuera por Harper, que no me suelta la mano en ningún momento. Es un pilar fundamental. Es justo lo que necesito en uno de los días más difíciles.

Cuando termina la ceremonia, de repente, nos llega el momento del adiós.

Elise me aprieta la otra mano y sé que los dos nos estamos despidiendo de nuestra madre en silencio.

Harper y yo echamos a caminar por última vez detrás del ataúd, cogidos de la mano. Delante de nosotros solo están Elise, Grant y los niños.

El oficiante lleva a cabo las formalidades y, finalmente, descienden a mi madre bajo la tierra. Lo único que me sostiene es Harper. Su mano me aferra al presente e impide que me derrumbe del todo. Grant se lleva a los niños después de dejar caer una rosa sobre el ataúd. El resto de los asistentes lo imitan hasta que pronto ya no vemos el féretro.

Al final, solo quedamos nosotros tres junto a la tumba.

—¿Queréis que os deje un momento a solas? —nos pregunta Harper, sin soltarme la mano, para ofrecernos a Elise y a mí un poco de espacio.

Sin embargo, niego con la cabeza. No puedo hacer esto sin él.

—Mierda, no lo estoy haciendo bien, ¿verdad? —Elise se acerca y entrelaza el brazo con el mío.

—Creo que mamá no esperaría menos. Siempre fue muy malhablada, incluso cuando éramos niños —dice, y es como si en ese momento nos apoyáramos mutuamente.

—Te quiero, mamá. Muchísimo. —No puedo decir nada más.

Este es el final. En el instante en el que lance mi rosa y me marche, llenarán el hoyo de tierra y no habrá más momentos.

Sé que puedo volver a visitar la tumba, pero nada será igual.

—Yo también, mamá. Te quiero para siempre. —Avanzamos cogidos del brazo, depositamos nuestras rosas y nos alejamos de la tumba.

Grant nos espera, con el brazo extendido para consolar a Elise cuando ella se echa a llorar, y yo me mantengo firme, con la mano de Harper sujetando la mía.

—Adiós, mamá —susurro por última vez antes de dejarla descansar en paz.

El velatorio que organizamos después del funeral tiene un ambiente completamente diferente.

La lista de famosos es interminable. A la prensa le daría algo si se enterara de los nombres que se encuentran ahora mismo dentro de una gran carpa blanca de nuestro jardín. Es abrumador ver cuánta gente quería a nuestra madre, y tanto Elise como yo disfrutamos escuchando historias cada vez más increíbles de su vida y su carrera. Parece que todos intentan superarse unos a otros con sus historias, y me encanta. Me alegro de que esta parte sea más bien festiva.

Paso un buen rato charlando con mis tías. Las dos han estado presentes en mi vida de forma intermitente desde que era pequeño y siguen viajando por el mundo como coristas de algunos de los cantantes más famosos de la industria.

Se deshacen en halagos hacia Cassie y Jesse e intentan indagar en mi vida, preguntándome si planeo tener hijos pronto, pero les doy excusas que tienen que ver con mi apretada agenda y el tiempo que paso viajando por ahí.

Todo va bien hasta que Harper se une a la conversación y me pone una mano reconfortante en mi espalda. De pronto, las dos se desatan.

—Preséntanos, anda —comenta mi tía Judith, con curiosidad en la mirada, mientras nos observa a los dos.

—Judith, Angie, este es Harper James. El segundo piloto de Hendersohm y mi… mi… amigo. —Las dos se ríen entre dientes, y Harper se les une como si estuviera al corriente de la broma, mientras que yo solo quiero que la tierra me trague.

Amigo. Mi amigo.

Genial. Me lo recordarán de por vida. Fijo.

—Bueno, pues con este no te líes. Está teniendo una gran temporada de novato y necesitamos verlo más el año que viene —dice Angie, sonriéndome con picardía. Porque sabe perfectamente quién es Harper, claro. Siempre le ha apasionado el automovilismo. Fue ella quien presentó a mis padres hace mucho tiempo.

—No se preocupe, nos reservamos hasta el matrimonio —replica Harper.

Enseguida tenso las rodillas para evitar que las piernas temblorosas me hagan caer al suelo. ¿Acaba de decir «matrimonio»? ¿Dónde ha quedado el tío con fobia al compromiso?

Harper entretiene a mis tías, y salgo un momento de la carpa para recomponerme. Estoy teniendo una experiencia extracorpórea que no se debe solo a que sea el funeral de mi madre.

Por desgracia, el aire frío solo me hace recordar aún más lo que ha dicho. Puede que estuviera bromeando, pero nadie, ni siquiera Harper, es tan descarado como para usar esa palabra cuando sabe que a la otra persona le importa mucho. Demasiado.

¿Acaso querría casarse conmigo? No lo veía como el tipo de persona que querría comprometerse legalmente para siempre con alguien. Por mucho que yo quisiera, o quiera, tener la esperanza de que podría ser nuestro futuro.

Harper me busca poco después, me abraza y me arrima a su cuerpo.

Estoy muy confundido. No es el momento, pero me da la impresión de que hay que abordar el elefante de la habitación.

—Esa foto… —digo.

—No fue nada. Te lo prometo, no fue nada. Estaba haciendo lo que siempre hago: comportarme como un imbécil porque me das un miedo espantoso. No olvides que soy nuevo en todo esto del amor. Soy de los que se limitan a una noche, a una sola vez, y luego tú te apoderaste de mi mente y de mi corazón.

¿De su corazón? ¿De verdad vamos a tener nuestro primer momento romántico en el velatorio de mi madre? Es extraño y de lo más inapropiado.

—No puedo seguir así, Harper. Me destrozaste, y siento que estás jugando conmigo. Cada vez que me harto y trato de pasar página, vuelves corriendo y encuentras la manera de engancharme de nuevo.

—Sé que lo parece, pero no es mi intención. Me importas mucho, y estoy intentando superar todos mis problemas en terapia, pero es cuestión de tiempo. ¿Puedes darme ese tiempo?

Suspiro y respiro hondo. Recuerdo las palabras de Elise sobre lo que diría nuestra madre. Quizá este sea el escenario perfecto para esta conversación, a fin de cuentas.

—Si vamos a estar juntos —respondo al fin—, debe haber ciertos límites, y el primero y más importante es que tengamos exclusividad. Eres mío si quieres serlo, pero ya está. De nadie más.

—Kian —dice muy serio—, no quiero estar con nadie más que contigo. Hace tiempo que no quiero estar con nadie más. Es un mecanismo de defensa cuando me asusto, y entonces entro en pánico y te alejo porque tengo miedo de que te aburras y me abandones, y me dolería muchísimo, pero te prometo que solo quiero estar contigo.

—¿Por qué no me dijiste todo esto hace un mes? No me imagino lo felices que seríamos ahora mismo.

—¡Porque no sé cómo se hacen estas cosas! —exclama—. Y porque soy un idiota, obviamente.

Es la vez que más sincero es conmigo.

—Ya lo hemos estado haciendo. Nos queda ordenar un poco los detalles.

—Sí, supongo.

—Sé que ordenar no es tu fuerte.

—Vete por ahí —dice entre risas, y me da una palmada en el hombro—. ¿Puedo besarte ya?

Es una maravilla abrazarlo y besarlo justo hoy. No sé cómo habría superado el funeral sin él. Creo que mi madre lo aprobaría, y eso me hace sentir bien.

Harper se aparta y me dice:

—Aunque esto está genial, no creo que sea apropiado volver ahí con una erección, así que… ¿a lo mejor podríamos parar un rato?

—Vaya, me dejas de piedra. Podría acostumbrarme al Harper responsable… —bromeo.

—Pues que sepas que el Harper responsable también se pregunta cuándo crees que deberíamos contárselo a Anders, porque sabes que le dará algo como se entere por las redes sociales…

Ahí va. Eso sí que me deja de piedra.

Capítulo 30

Harper

—Mierda —se me escapa al cotillear mi perfil de Instagram.

Kian estaba durmiendo como un tronco detrás de mí, justo donde tanto le gusta estar, pero debo de haberlo sobresaltado, y se tensa.

—¿Quiero saberlo? —masculla, con la voz nasal y adormilada.

No, no quiere. De verdad que no. Ojalá pudiera protegerlo de lo que se avecina, pero no puedo hacer nada al respecto.

Es la primera foto íntima que veo de nosotros. No es que no nos hayamos tomado selfis ni hayamos hecho chorradas en una cita. Sobre todo porque nunca hemos tenido una, y la culpa es enteramente mía.

Algún cabronazo debió de usar un dron por encima del jardín durante el velatorio o de hacer fotografías por encima de los muros, ya que hay una selección de distintas imágenes de Kian y de mí fuera de la carpa. Cogidos de la mano, abrazados y, para que no haya malinterpretación posible, besándonos.

Es una falta de respeto total y ni siquiera puedo imaginar lo que el periódico en cuestión le habrá pagado al monstruo sin alma que hizo esas fotos.

Es agridulce, porque salimos muy bien juntos, pero era un momento tan íntimo que es como una verdadera violación.

Ya lo sé, es irónico que lo diga yo.

—¿Qué pasa? —Se incorpora y parpadea para aclararse la vista. Había olvidado lo adorable que está cuando se despierta.

Inclino la pantalla del teléfono para que no la vea de inmediato, pero le prometí que no volvería a esconderme ni a huir.

Me giro para mirarlo a los ojos y veo que está jugueteando con la costura de su edredón.

—En fin, ya ha saltado la liebre.

—¿Lo nuestro?

Está claro que todavía está medio dormido mientras intenta entender lo que quiero decir.

Inclino la pantalla hacia él.

—Lo siento mucho, Kian.

—¿Por qué te disculpas? Por Dios, Harper, me da igual. Los dos sabíamos que iba a pasar. ¿Te molesta que estén especulando sobre lo que significa?

Señala el beso que nos estamos dando.

—¿Si me molesta? No. En los últimos años han publicado fotos mías mucho peores. Pero estas nos delatan. No se puede negar nada, ¿sabes? Es obvio que somos… —No quiero que me cueste tanto decir que estamos juntos, pero no es algo que me salga con facilidad.

—¿Pareja?

Se ríe, y le pellizco el costado de la barriga.

—O sea, somos pareja, ¿no? —continúa—. Eres mi novio, ¿correcto?

—Correcto —le confirmo. Ya está, ya lo he dicho. Más o menos.

—Perfecto, me alegro de haberlo resuelto. Es más fácil que si uno de nosotros tuviera que preguntárselo al otro. Creo que soy demasiado mayor para ese jueguecito.

Me atrae hacia él hasta que volvemos a estar tumbados juntos, con el brazo extendido para que pueda acurrucarme. Yo. Acurrucándome. Y es increíble. Nunca me había sentido tan seguro. Quiero quedarme aquí para siempre.

Pero no podemos.

La temporada aún no ha terminado y más pronto que tarde tenemos que reunirnos con el equipo. Hay que coger un vuelo a Japón y volver a la rutina.

—¿Quieres llamar a Anders o lo hago yo? —me pregunta.

—Hazlo tú. Le caes mejor.

—Ah, ya veo. Las cosas difíciles me las dejas a mí, ¿eh?

—Las parejas se apoyan mutuamente, ¿no? —Mi comentario lo hace reír, tal como quería.

—¿Quién te ha convertido en un experto en comportamiento de pareja?

Le pego con su almohada y él me devuelve el golpe antes de sumirnos en una pelea de almohadas de lo más infantil, que termina en besos y, finalmente, en un polvo en el suelo, encima de una pila de mullidas almohadas.

Al final, sin embargo, tenemos que dejar atrás la acogedora casita para volar a Japón. Sé que es una despedida difícil para Kian, ya que preferiría estar aquí con su familia.

Los dos somos muy conscientes de que, una vez que cojamos nuestras maletas y crucemos esa puerta, todo cambiará. La burbuja en la que hemos vivido estos últimos días estallará y regresaremos a la realidad. Las promesas que nos hemos hecho no significan nada hasta que se pongan a prueba en la práctica.

—Me encanta esta casa —comento, echando un último vistazo a mi alrededor. Es tan propia de Kian que no me puedo creer que no pase más tiempo aquí—. No sé cómo es tu casa de Norwich, pero dudo de que sea tan bonita como esta.

—No sabía que iban a juzgar mis habilidades de decoración de interiores mientras hacíamos el amor —se ríe.

—No tiene nada que ver con eso. Es que te pega mucho.

Me lo imagino cocinando tan tranquilo, preparando sus platos favoritos, relajándose en la salita de estar con la estufa encendida y un libro en la mano, ya que no hay televisión. El cuarto de baño es perfecto, con una gran ducha con efecto lluvia y paredes revestidas de madera, y en la esquina está la bañera con patas.

Y su dormitorio… Nunca me había sentido tan a gusto en una habitación. Aquí hay una tranquilidad que no sabía que se podía crear en un cuarto. Los colores neutros, junto con la pared oscura de detrás de la cama, crean un ambiente de lo más acogedor. Es masculino, pero no en plan agresivo. Yo también me siento como en casa, lo que es raro porque nunca me he sentido como en casa en ningún sitio. Quizá sea que me siento como en casa dondequiera que esté Kian.

Ahora toca volver a las habitaciones de hotel para las últimas ciudades del campeonato.

—A ver, no se irá a ninguna parte. —«Y yo tampoco».

Las palabras se quedan sin pronunciarse, pero es como si las hubiera verbalizado, ya que su significado es claro y contundente. Remata la afirmación con un beso en los labios. Sabe a la promesa de que esta no será la última vez que estemos aquí juntos.

Pienso en sus palabras durante el vuelo a Japón y no dejo de analizar su significado mientras él duerme plácidamente a mi lado. ¿Querrá pasar todas las vacaciones allí? ¿Me pedirá que me mude con él? ¿Es demasiado pronto para pensar en eso?

Sigo dando vueltas a todas las posibilidades cuando aterrizamos.

Supongo que deberíamos haber anticipado el caos de aterrizar en Japón, porque en el aeropuerto nos acosan sin piedad. Todavía veo puntitos por la avalancha de fotografías y periodistas gritándonos preguntas, algunas curiosas y especulativas, otras groseras e inapropiadas.

—Por Dios —susurra cuando nos metemos en el asiento trasero del coche.

—Sí. Ha sido…

Deslizo una mano hacia el centro del asiento y cojo la suya mientras el coche sale del aparcamiento de corta estancia, rumbo al hotel.

Aunque Anna no ha podido recibirnos en el aeropuerto, nos ha mandado un montón de mensajes recordándonos que ignoráramos todo lo que nos decían y que contestáramos: «No haremos ningún comentario» hasta la saciedad. Las sesiones sobre los medios nos vendrían de perlas ahora mismo.

Me da que a los dos nos sentaría genial echar una siesta en la habitación del hotel o quizá hacer un poco de ejercicio para volver a la normalidad, pero no podemos. En cuanto llegamos al hotel, nos meten en una «reunión estratégica sobre la relación». Porque tiene que haber una reunión estratégica sobre nuestra relación, claro.

«Nuestra relación».

Apenas llevo cuarenta y ocho horas en una y ya estoy teniendo reuniones sobre ella con mi jefe.

Lo más normal del mundo.

La madre que me parió.

—Durante unos instantes, he pensado que la multitud nos iba a arrollar. Supongo que deberíamos hablar con nuestro mánager sobre la posibilidad de contratar seguridad adicional hasta que la euforia disminuya —propone Kian.

Asiento con la cabeza. No quiero que tengamos que escondernos, pero todavía necesitamos concentrarnos para las próximas carreras, y Kian necesita intimidad para procesar el duelo y lidiar con todo lo que está sucediendo a su alrededor.

Que esté más protegido me dará mayor tranquilidad.

Nos resguardan bajo grandes sombrillas de golf al salir del coche del aeropuerto y nos llevan directamente a la sala de conferencias del hotel en el que nos alojaremos las próximas dos semanas.

Anders se levanta al instante y le da un abrazo a Kian. Lo observo unos segundos desde el pasillo. Este equipo es el proyecto personal de Anders. Puede que no le pertenezca como tal, pero él es quien lo construyó desde cero. Es un equipo relativamente nuevo en la Fórmula 1, y Kian ha formado parte de él casi todo ese tiempo. De ahí que la escena que presencio sea lógica.

Me alegro de que Kian tenga a Anders. Me di cuenta de que no se mencionó a su padre biológico durante el funeral de su madre. Me alegra que hiciera lo que le dije y se mantuviera alejado. Es curioso cómo antes idolatraba a Tyler Heath. Desde que conozco a Kian, sé que no podrían ser más diferentes. Si me hubieran preguntado al principio de la temporada, habría dicho que admiraba el estilo intrépido de Tyler y su deseo de exprimir la vida al máximo. También habría dicho —y creo que de hecho lo dije— que Kian es un pelmazo. Pero la verdad es que poco a poco he llegado a admirar mucho más lo que Kian aporta al deporte. Es dedicado, paciente, fiable, y nunca he conocido a nadie que trabaje con más ahínco. Obtiene grandes resultados porque es brillante y se merece cada victoria. Tyler obtuvo grandes resultados porque tenía talento y porque tuvo suerte… y luego lo echó todo a perder, como casi me pasó a mí, porque no entendió que para competir se necesita fortaleza de carácter, no solo personalidad.

Les doy a Anders y a Kian un minuto para que se abracen antes de aclararme la garganta con arrogancia.

—Yo también he vuelto, ¿eh?

Se echan a reír, pero Anders me da una palmada en los hombros en una versión de la misma bienvenida.

—Has vuelto para seguir tocándome los cojones.

Hay un segundo de silencio incómodo. Seguro que Anders desearía haber elegido otra expresión, pero todos se ríen, y no puedo evitar sumarme.

—En realidad, los cojones solo se los toco a…

Kian me tapa la boca con la mano antes de que pueda añadir algo que me meta en problemas. Aunque así puedo lamerle la palma antes de que nos sentemos en nuestros asientos.

—Vamos a llamar a vuestros mánagers para que asistan a esta reunión. Mientras tanto, solo quería hablar con vosotros. Es evidente que la última semana ha sido muy dura y que debéis de tener la cabeza hecha un lío. La agenda en Japón se puede reducir tanto como lo necesitéis, pero me encantaría teneros a los dos en el circuito durante este fin de semana.

Es más de lo que esperaba, y no puedo explicar por qué me entran ganas de llorar como un bebé ahora mismo. Casi me incomoda la sensación, y Kian debe de haberlo notado, ya que me remuevo en el asiento a su lado y él me coge la mano y la apoya sobre mi muslo.

—Estoy listo para correr. Agradecería que limitáramos algunas de las ruedas de prensa previas a la carrera para que podamos concentrarnos en la carrera —replica Kian.

—Por supuesto. ¿Estás seguro del todo? Podemos sacar a London de nuevo si hace falta.

No sé por qué me sorprende que Anders esté intentando darle tanto espacio a Kian. Cualquier otro jefe de equipo lo estaría presionando para que volviera al circuito y ganara. Si queremos seguir optando al Campeonato Mundial de Constructores, Hendersohm nos necesita a los dos para conseguirlo.

—Mucho. Mi madre no querría que tirara la temporada por la borda. Querría que la terminara por todo lo alto. Ya no hay ninguna

posibilidad de batir el récord de puntos del campeonato, pero sigo estando en lo alto de la tabla y quiero mantenerme ahí, y eso no pasará si no salgo.

—Bueno, pues me alegro de oírlo. Mantennos informados si cambia algo —responde Anders—. Ahora pasemos al otro tema…

—¿Que estemos… juntos? —le pregunto. Estoy intentando demostrarle a Kian que hablaba en serio y que no lo volveré a decepcionar.

—Exacto. Ni que decir tiene que contáis con todo mi apoyo y con el de Hendersohm, y, si alguien en el box o en el resto del equipo tiene algún problema, que venga a hablar conmigo.

Anders habla con gran rotundidad, y agradezco su enfoque claro y directo. Quizá sea porque tiene un hijo gay o porque de verdad le importa, quién sabe. En realidad, no importa, puesto que crea un buen ambiente para nosotros en el equipo.

—Solo hay que hablar de cómo vamos a gestionarlo para que Anna deje de ponerse histérica sobre una estrategia de relaciones públicas ahora que las fotos están por todas las redes sociales. También tenemos que trabajar con los patrocinadores, pero esa no es vuestra responsabilidad, así que no os preocupéis.

—No queremos escondernos —me apresuro a confirmarle—. No es lo que queremos, pero también entendemos que hay presiones externas. Después iremos a Catar y a Abu Dabi al final de la temporada, y supongo que ahí habrá alguna cuestión peliaguda.

—Muy bien. —Anders da una palmada—. Pongamos a Hendersohm en el mapa como se merece. ¿Qué os parece obtener el doblete y conseguir el campeonato de pilotos y el de constructores? Anna, ¿quieres empezar con un resumen de nuestros puntos clave?

Y así es como Kian y yo nos formalizamos como pareja. Y todo el mundo se entera de ello.

Capítulo 31

Kian

Está decidido.

A excepción de Elise, nadie sabe que este será el último gran premio de mi carrera.

La clasificación está tan ajustada que, si no gano hoy, no gano el campeonato. Perderme el gran premio de Singapur redujo drásticamente mi ventaja, y mis principales rivales ahora están muy juntos. Quiero conservar mi título. Quiero ser campeón del mundo por última vez. Quiero el trofeo que le prometí a Cassie.

También quiero que Harper me vea ganar. Sé que es una tontería, pero quiero darlo todo por él. Quiero que esté orgulloso de mí. Desde el funeral de mi madre, hemos sido inseparables. El equipo ha seguido reservándonos habitaciones de hotel separadas, y las usamos bastante. Nos alojamos separados en Catar y Abu Dabi por razones obvias, pero en todos los demás lugares ha sido prácticamente como si viviéramos juntos.

Somos muy profesionales cuando estamos en el box, entrenando o en una reunión.

—Como Guillermo y Kate —bromeó Harper cuando le dije que debíamos ponernos de acuerdo sobre los límites de nuestras muestras de afecto en público.

No sé si es lo mismo, aunque no me molesta que compare nuestra relación con la de los príncipes. Somos pareja, pero también pasamos mucho tiempo trabajando; el equipo Hendersohm es más que sus dos pilotos, y tenemos que respetarlo. Además, seguimos compitiendo entre nosotros, y es más fácil si separamos el trabajo y la vida personal.

Me doy cuenta de que es en parte irónico que sea así como terminamos la temporada: recordando que tenemos metas personales más allá de nuestro funcionamiento como equipo.

Le estoy inmensamente agradecido porque, aunque es innegable que me pone histérico mi posición en el podio, su presencia me tranquiliza. Harper nunca les da demasiadas vueltas a las cosas, y hoy me vendría bien un poco de esa actitud.

Si no me hubiera perdido Singapur ni hubiera tenido un accidente en Italia, ya tendría la victoria matemáticamente asegurada, pero las cosas no salieron así, y es lo que hay. Yorris tiene opciones, al igual que el mayor de los suecos, y, si todo se complica, hay otros que podrían disputar el primer puesto.

Sin presión, ¿eh?

Creo que me sentiré mejor si hablo con Harper. Ello me ayudará a no darle tantas vueltas. No puedo permitirme cometer ni un solo error.

Sé que he elegido un pésimo momento para hablar del tema —justo una hora antes de subirnos a nuestros monoplazas—, pero parece prácticamente invulnerable a la hora de concentrarse durante una carrera.

—Es la última —digo, con palabras pesadas y densas en la lengua al asimilar mi decisión.

—Lo sé, nene. La última carrera. No me puedo creer que sea el final de mi primera temporada.

—No, me refiero a mi última de verdad. Esta es mi última carrera —digo, esperando que por fin lo entienda.

—¿Cómo? —Abre los ojos de par en par.

No pensaba que fuera a sorprenderle tanto, teniendo en cuenta lo mucho que se ha especulado al respecto, pero lo he pillado totalmente desprevenido.

—Mi última carrera. Estoy listo para retirarme.

Durante un segundo, se queda en silencio, y luego me da el abrazo más grande y fuerte que haya recibido jamás. Casi me deja sin aire, pero me aferra la espalda de la camiseta con las manos, y en ese momento no sé quién necesita más este abrazo.

Las lágrimas me llenan los ojos, pero no pasa nada, porque estamos juntos, y en este momento eso es lo importante.

—No me lo puedo creer —dice sorbiendo por la nariz—. No sé por qué me afecta tanto, pero has sido mi héroe en la pista durante

muchos años, y luego terminamos en el mismo equipo, y ahora eres mi novio, y no esperaba que terminara tan rápido. —Le cuesta pronunciar las últimas palabras y se aparta para mirarme bien, casi como si quisiera asegurarse de que hablo en serio.

—Te das cuenta de que no estoy rompiendo contigo, ¿verdad? —Se ríe entre dientes. Tiene una sonrisa preciosa—. No me necesitas aquí para ser genial, ¿eh?

—Es que pensaba…, no sé, que pasaríamos otra temporada juntos. Habría sido bonito. No sé qué pasa con Elijah, pero pensaba…

—Sí, habría sido bonito, pero ya no puedo más. Estoy cansado, y no sé cuánto más aguantará mi cuerpo. Quiero volver a casa. Quiero estar cerca de mi hermana y de los niños. Quiero vivir en la casita de campo de mi madre y quizá criar algunas gallinas o unas cuantas cabras. Necesito un poco de paz.

—No creo que criar animales de granja te vaya a traer mucha paz —dice entre risas, pero también se le escapa un sollozo ahogado.

No sé si las arrugas de preocupación que le surcan la frente se deben a que no sabe dónde encaja en todo esto o a que no entiende por qué lo hago, pero quiero tranquilizarlo de todos modos.

—No sé cuáles son tus planes para los próximos tres meses, pero ¿te gustaría venir a vivir a la casita unos meses? Pronto será Navidad, y podremos decorarla, encender la chimenea y envolver regalos juntos…

Se tensa, y le aprieto la mano.

—¿Estás seguro?

—Más que nada. ¿Qué te parece? ¿Quieres mudarte conmigo?

—Sí, me encantaría. Mudarme, quiero decir. Lo de las cabras y las gallinas no lo tengo tan claro, pero paso a paso, ¿no?

—Supongo que debería enviarle un mensaje a mi mánager y decirle a Anders que me voy. —Es probable que debiera haberlo hecho cuando lo decidí, pero de verdad que quiero terminar la carrera de hoy sin que nadie lo sepa para que no le den importancia. Ya me presiono bastante yo solito al tratarse de mi última carrera.

—¿No lo saben?

—No. —Niego con la cabeza—. Solo se lo he dicho a Elise, y tuvo mucho que ver con que quería volver a la casita. Comparte terreno con la casa de mi madre y la de Elise, aunque mi hermana todavía no se ha mudado allí, y tengo la sensación de que no lo hará.

Pensé que, después de que falleciera nuestra madre, querría volver a la casa que Grant y ella habían empezado a construir, porque la de nuestra madre podría traerle demasiados malos recuerdos. Pero parece muy contenta allí, como si estuviera cerca de nuestra madre, a pesar de que ya no está con nosotros.

—Joder, el mundo de la Fórmula 1 está a punto de cambiar muchísimo —dice antes de apoyar la cabeza en mi hombro.

No creo que sea así. Solo soy una pequeña pieza del engranaje. Pero es agradable ser por lo menos una leyenda ante los ojos de mi novio. Eso es lo que me importa.

Harper espera fuera del despacho de Anders cuando entro, con mi mánager puesto en altavoz para informarlos. Creo que he elegido el mejor momento para hacerlo, porque estamos tan cerca de la carrera que ninguno tiene la oportunidad de preguntarme si es la decisión correcta ni de convencerme para que me quede.

De hecho, parece que los dos lo sospechaban de todos modos, así que salir ileso del despacho lo interpreto como una victoria.

—Paso a paso. Bueno, supongo que deberíamos salir y ganar la carrera, ¿no?

—Claro que sí —me contesta Harper cuando nos ponemos el mono, y luego nos dirigimos a nuestros respectivos monoplazas.

Por una vez, Elise, Grant y los niños están aquí. Quería que vinieran a verme. He tenido que decirle a Elise que sería mi última carrera para convencerla, y sé que estará nerviosa por mí, pero no sería lo mismo sin ella. Cassie ha hecho un cartel y lo agita sin parar, gritando y vitoreando en la sección de amigos y familiares. Le mando un beso a mi sobrina y saludo a Elise con una mano. Es lo único que necesito para salir al circuito por última vez.

Durante gran parte de la carrera, la sensación era que podía pasar cualquier cosa. Me pongo líder, luego me pasa Yorris y después me

vuelvo a poner el primero. Yorris ha decidido ir a por todas y, cuando Cole me confirma que quedan diez vueltas, sigo sin encontrar la manera de adelantarlo. Está aprovechando al máximo la velocidad en cada recta y, en cuanto llegamos a una curva, se mete tanto en el centro de la pista que no puedo superarlo. Es una conducción agresiva, y noto cuánto desea mi título.

Hasta que llegamos a la penúltima vuelta. Se me están acabando las oportunidades, y los dos lo sabemos. Y entonces, quizá sea por la magnitud de la ocasión o porque se desconcentra un segundo, en una curva cerrada se acerca tanto al bordillo que a su lado se abre un hueco. Es el momento que estaba esperando.

Hora de arriesgarse. Por última vez. Hora de arriesgarlo todo.

—Cole, voy a intentarlo. Si no sale bien, pues…

—Venga, Kian. ¡Dale! ¡Dale ya!

En una decisión precipitada, giro detrás de Yorris y lo adelanto con una maniobra impecable que me hace olvidar todo lo demás. Es un riesgo enorme porque podría golpearme al virar, pero no.

—¡Sí, Kian, sí! ¡Eso es! —me grita Cole al oído.

Lo he conseguido. Voy primero. Solo tengo que mantener el puesto otra vuelta y lo habré logrado.

«Mantén la calma, Walker. Mantén la calma, hombre».

Pienso en toda la gente que me anima y que desea que consiga esta victoria. Mi madre, Elise, Cassie. Harper. Tengo mucha suerte. ¿Cómo he llegado a tener tanta suerte?

El tiempo empieza a ralentizarse, y me imagino una chimenea crepitante, y a Harper a mi lado en el sofá, con la casita decorada para Navidad. A lo mejor con un gato.

No es momento para darles vueltas a las cosas. Un último esfuerzo, y luego ya podré fantasear tanto como quiera.

—¡Va, va, va! —me chilla Cole al oído—. ¡Joder! ¡Vamos!

Ya visualizo la línea de meta, la suma de todas mis ambiciones.

—¡Harper te está pisando los talones!

«¡¿Cómo?!».

—Harper está segundo. ¡Venga, venga!

Cole se está volviendo loco porque Harper está justo detrás de mí, y creo que sería muy descarado que me adelantara en la línea de

meta. Pero no le pienso dar esa satisfacción. Quiero una victoria clara para que nunca pueda decir que me la regaló, y al cruzar la línea de meta en el primer puesto sé que lo he conseguido.

Lo he conseguido.

Mi último campeonato mundial.

Mi última carrera.

Grito al micrófono porque sé que Harper ha cumplido, así que también hemos ganado el Campeonato Mundial de Constructores. Es la euforia más increíble que jamás haya sentido. Una alegría inmensa me envuelve al llegar a mi sitio y dejar que los técnicos me ayuden a salir del monoplaza.

En cuanto bajamos de nuestros coches, Harper y yo corremos el uno hacia el otro. Salta encima de mí, así que lo abrazo con tanta fuerza que lo levanto del suelo.

—Lo hemos hecho —me susurra al oído. Tiene lágrimas en los ojos.

—Lo hemos hecho —repito antes de bajarlo al suelo para que todos y cada uno de los miembros del equipo Hendersohm nos abracen para celebrarlo.

Les acabamos de dar el mejor resultado de la historia del equipo, así que, cómo no, todos gritan, lloran, se abrazan, eufóricos. Están a punto de recibir el mayor bonus de su carrera.

En un abrir y cerrar de ojos, estamos en el podio, y sé que nada se comparará nunca con esta sensación. Con Harper a mi lado, siempre me siento en la cima del mundo, y este podio es la prueba.

No se me ocurre una mejor manera de retirarme.

Capítulo 32

Harper

Subirme a lo alto del podio con el tío del que estoy enamorado hasta las trancas es la experiencia más increíble del mundo. Un momento que pasará a la historia, y es literal, ya que acaba de anunciar su retirada.

Me encanta verlo celebrar con su familia e incluir a los niños en todo. Sé que la muerte de su madre es un tema recurrente en muchas de las entrevistas, y ha hablado con cariño del impacto que ha tenido en él durante la temporada. También ha comentado los sacrificios que ha hecho su hermana para cuidar de su madre y que él pudiera perseguir sus sueños, y sé que para Elise habrá significado mucho.

Adoptamos un enfoque de perfil bajo ante la prensa sobre nuestra relación. No es que pretendamos esconder nada ni que nos den miedo los prejuicios en el mundo del automovilismo. Es que la forma en la que vivía antes, mostrando cada ligue y juerga en mis redes sociales, en una búsqueda desesperada de validación y aprobación de desconocidos, no es algo que quiera hacer con la maravillosa conexión que tenemos Kian y yo.

Lo nuestro es privado, pero no es ningún secreto.

Nos pertenece a nosotros y solo a nosotros.

En la fiesta de Hendersohm, la celebración tiene un ambiente distinto. Aquí no somos el centro de la mirada del público. Aquí no somos la «realeza trabajadora», así que podemos ser pareja, además de compañeros de equipo. Todo el equipo, junto con sus familiares, invitados y amigos, tiene la oportunidad de conocerse, compartir historias y ponerle el broche de oro a esta temporada.

La primera persona que se nos acerca es Elijah, que ha venido con su familia.

Elijah abraza a Kian como si fuera un soldado que regresa de la guerra, pero es un reencuentro precioso, y se nota lo felices que son

por estar juntos de nuevo. Me da pena que Elijah se haya perdido esta increíble temporada, pero también sé que nunca me habría enamorado de mi ídolo, el gran Kian Walker, de no ser por el accidente de Elijah.

—El famosísimo Harper James.

Elijah me tiende la mano para saludarme, y se la estrecho con firmeza. Seguro que no intenta intimidarme, pero quiero caerle bien. Es el mejor amigo de Kian, así que me importa lo que piense de mí.

—No tan famosísimo como tú, Elijah Gutaga. Créeme, al principio de la temporada, este… —señalo a Kian con el pulgar— se enfurruñaba mucho porque le tocaba estar conmigo y no contigo. Ocupar tu puesto era un gran reto.

Sonríe, y casi suspiro de alivio al ver que no parece odiarme del todo.

—Supongo que cambió cuando empezaste a comerle la polla, ¿eh? —Trago saliva. No sé qué esperaba de Elijah, pero no era esto—. Conmigo eso no lo consigue, así que creo que me has superado en ese ámbito.

—*Touché* —respondo, y Kian me atrae hacia él.

—Voy a arrepentirme de haberos presentado. Sé que vas a sacar a la luz su lado inmaduro. —Me da un codazo en las costillas.

—No puedo creer que mi mejor amigo esté enamorado —replica Elijah.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Cómo iba a no enamorarse de mí?

Puede que aún no nos hayamos dicho el mágico «te quiero», pero sé lo que siente por mí y espero que sepa lo que siento por él.

—A ver, al principio fue complicado porque no podías dejar de ser un capullo —dice con puro sarcasmo en la voz.

—¿Yo? ¿Un capullo? Nunca.

—¿Te la chupó o no te la chupó un tío en el pasillo de nuestra autocaravana? —Me estremezco al recordar uno de los peores momentos de la temporada, pero me abraza con más fuerza, y sé que ya lo ha superado.

—Más les vale desinfectarla bien antes de que vuelva a mudarme allí la próxima temporada. —Elijah pone los ojos en blanco.

—No te preocupes, no pude correrme antes de que Kian saliera de su habitación y me echase la bronca. —No voy a mencionarle que también tuvimos sexo en el sofá, en la encimera de la cocina, en la ducha y en las dos habitaciones. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿Estás preparado para volver? —le pregunta Kian a Elijah; es evidente que Elijah está ansioso.

—Y tanto que sí. Me cuesta pensar que no vaya a ser contigo, pero supongo que no me quejaré demasiado si podemos conservar a tu noviete.

Me alegra oírlo, pero no me voy a hacer ilusiones todavía. Dejaré que mi mánager se encargue de las negociaciones del contrato, y solo tendré confianza en la próxima temporada cuando la tinta se haya secado.

—Eso espero —digo—. De verdad.

Veo a Grant acercándose con Jesse en los hombros, así que estoy seguro de que Elise y Cassie no andan muy lejos. Le doy un codazo a Kian, que enseguida los ve también.

—¿Nos disculpas?

Elijah mira por encima del hombro y se aparta asintiendo para volver con su esposa y sus dos hijos.

Kian sale corriendo a toda velocidad antes de que yo pueda mover un músculo, y luego Elise corre y Cassie se cae y se levanta sin derramar una sola lágrima para echar a correr de nuevo para alcanzarlos. Kian hace girar a Elise y la abraza con fuerza. Y al poco llega Cassie y él también la hace girar, y la niña grita de alegría mientras su cabello y su vestido ondean a su espalda. Es una escena adorable. No hay palabras para describirla.

Grant y Kian se dan la mano, y luego Grant le entrega a Jesse, que se retuerce sin entender nada, pero está claramente estimulado de más. Nunca me cansaré de verlos así.

No oigo toda su conversación, pero está llena de amor, orgullo y alegría.

—¡Y justo en el cumpleaños de Cassie! —exclama Elise.

Kian vuelve a levantar a la pequeña y da una vuelta como si su sobrina fuera un trofeo, besándola y presumiendo de ella.

—He ganado una copa para ti, peque, ¿lo has visto?

Ella asiente, hablando a toda velocidad —en su mayor parte, palabras incomprensibles, por lo que llego a captar— y riéndose mientras Kian la hace girar de nuevo. Me resulta casi doloroso verlos. Las lágrimas amenazan con brotar, y no sé si son de alegría ajena o si también son una especie de autocompasión al lamentar lo que nunca tuve cuando era niño.

Está más claro que el agua que Kian quiere lo mismo. Adora a sus sobrinos, siempre les lee cuentos por FaceTime y les compra regalitos de cada país que visitamos. Algún día será un padre fantástico.

En momentos como este, me imagino a los dos criando a una familia. Me da un miedo que te cagas y es abrumador, teniendo en cuenta que no sé absolutamente nada de ser padre, pero por primera vez en la vida tengo buenos ejemplos que seguir de los cuales aprender.

Creo que aún nos quedan por lo menos un par de años antes de llegar a ese punto. Como conozco bien a Kian, querrá que yo también tenga mi momento de gloria, como lo ha tenido él, y, si decidimos tener hijos, los dos querremos estar presentes en todo momento para criarlos como es debido. Después de que ambos hayamos experimentado el dolor de la ausencia de un padre, sé que estaremos de acuerdo en la importancia de hacerlo bien.

Elise me da un codazo cuando vemos a su hermano y a su primogénita compartir un momento tan bonito.

—No me puedo creer que mi hermanito tenga novio.

—Solo eres trece minutos mayor que yo —le recuerda Kian con un gruñido al tiempo que baja a Cassie.

La pequeña sigue aferrada a él, agarrándole dos dedos con una manita.

—Deberías hacerte con uno de esos, Kian.

Elise me observa brevemente, y yo le lanzo una mirada desesperada a Kian, casi para suplicarle que me confirme que lo estoy haciendo bien. Sin embargo, la expresión de Elise es más bien interrogativa que crítica, y me pregunto si me habrá leído la mente sobre la posibilidad de tener hijos en el futuro.

Señala hacia Kian, que me mira como si fuera una preciada posesión, y tengo que tragarme la emoción que amenaza con desbordarse.

—Está muy feliz, y no creo que sea solo porque haya ganado otro trofeo.

Ojalá tenga razón. Quiero hacer feliz a Kian para siempre, si me deja. Supongo que tengo muchas cosas que decirle. No sé si ahora mismo podría expresar todos mis sentimientos con palabras, pero no importa porque lo bueno de la pretemporada es que tendremos tiempo. Habrá tiempo para decírselo de una manera que no sea complicada ni caótica. Habrá tiempo de sobra.

—O sea, el trofeo es muy chulo, pero miradme bien… —Me señalo el cuerpo.

Todos rompen a reír. Me conformaré con eso porque todavía no sé muy bien cómo mantener conversaciones sentimentales con sus personas favoritas del mundo.

Capítulo 33

Kian

La multitud se ha dispersado y, durante unos segundos, solo estamos Harper y yo, apoyados en la barandilla, contemplando el circuito de Yas Marina, de Abu Dabi. El sol comienza a fundirse con el horizonte en una bruma amarilla y violeta, iluminando la pista de una forma que jamás había visto. Es una preciosidad.

—¿Harp?

—¿Mmm? —Oigo el murmullo de su respuesta a mi lado, y me pone nervioso pensar en lo que voy a decir a continuación—. Estoy enamorado de ti.

Espero que se retuerza o que huya, pero no lo hace. Hay un segundo de silencio insoportable, antes de que se gire para mirarme a los ojos.

—Y yo —susurra.

—¿Tú también estás enamorado de ti? —Me clava los dedos en las costillas.

No puedo evitar reírme. Sé exactamente a qué se refiere, pero necesito oírselo decir.

—No, gilipollas. Te quiero. Te quiero de verdad.

Dicho esto, no quedan más palabras. Solo nos queda el futuro, y me muero de ganas de que llegue.

Epílogo
Harper

Antes de empezar en la Fórmula 1, creo que nunca imaginé un mundo en el que, tras quedar primero en un gran premio, lo más emocionante de todo fuera recibir un mensaje de texto de Kian que no es más que una captura de pantalla en la que aparecen los tres primeros clasificados de la temporada hasta la fecha.

1. Harper James.
2. Elijah Gutaga.
3. Johannes Muller.

Es innegable que la lista me llena el corazón de una pequeña explosión de alegría, y casi quiero guardarme la imagen y ponérmela de fondo en el móvil, aunque supondría sustituir la foto en la que salimos Kian y yo, y eso no lo haría ni en sueños.

Los tres hemos formado un trío muy reñido en lo alto de la clasificación del campeonato, pero es la primera vez que estoy en primer lugar. Puede que Johannes no forme parte de Hendersohm, pero los tres —Elijah, Kian y yo— lo animamos y apoyamos en privado.

Si pudiéramos ser un equipo de tres, lo seríamos, pero por desgracia no es posible. Aunque de todas formas sigo queriendo salir victorioso dentro de nuestro pequeño trío. No hay nada que me guste más que presumir ante los otros dos como el piloto con menos experiencia de la categoría inferior.

—Oye, James, vamos, tenemos que hablar con la prensa antes de salir a celebrarlo. —Pues sí, he pasado al mejor amigo de Kian al lado oscuro. Le encanta salir a tomar algo y a cenar después de una victoria, o incluso para lamentarse de una derrota.

—Recuerda con quién estás hablando, Gutaga. La clasificación no miente. —Le enseño la captura de pantalla y me hace una peineta—.

En realidad, me la ha enviado tu mejor amigo. ¿Te pone muy triste que me quiera más a mí que a ti?

—Sigue soñando. —Pone los ojos en blanco ante mi actitud, pero sé que está feliz por Kian y por mí.

La temporada pasada, nos costó un poco encontrar nuestro ritmo después de que Hendersohm me ofreciera un contrato de tres años junto a Elijah. Casi recaigo en mis malos hábitos de juergas y de no ser un buen compañero de equipo, pero Kian voló a Canadá para el séptimo gran premio de la temporada y me puso en vereda a base de hostias.

No puedo negar que al principio me costó más volver a mi mejor nivel sin él en el equipo y en el circuito. Pero, en cuanto Elijah y yo encontramos nuestro ritmo, fue mágico. Y lo ha sido desde entonces.

Anders estaba tan agradecido de que Kian hubiera viajado cuatro mil kilómetros para asegurarse de que yo arreglara mis asuntos y las cosas con Elijah que le pagó los vuelos.

Anders sigue siendo el mejor. Casi me duele oír los rumores de que está pensando en jubilarse y cederle las riendas a su hijo.

No es que me queje, ojo. Puede que ahora esté cogido, pero no me importaría ver a menudo cada centímetro de lo guapo que es Jackson. Piel bronceada, rizos color chocolate y ojos castaños aterciopelados que no estaría nada mal contemplar durante nueve meses al año.

Últimamente, ha vuelto a estar más presente. Pasa tiempo en el box y se hace amigo de Cole, Ash y Anna. Parece que está dejando huella.

Tiene la misma edad que Kian, así que a lo mejor me atraen los hombres mayores a los que les gusta decirme qué hacer y ya. Quién sabe. Tengo ganas de ver cómo se desarrolla todo.

La prensa no ha parado de hablar del equipo de ensueño en el que se ha convertido Hendersohm en su corta trayectoria y de cómo ahora hay pilotos de todo el mundo que quieren formar parte de la mejor escudería de la Fórmula 1. Ha sido brutal que yo haya contribuido a que el equipo se dé a conocer. Y un honor.

Elijah suele llevar la voz cantante ante muchas de las preguntas relacionadas con el equipo, pero a los periodistas les encanta intentar indagar en mi vida personal.

—¿Está Kian Walker hoy aquí? —me pregunta uno de ellos, y niego con la cabeza—. ¿Problemas en el paraíso?

Casi me río en su cara, pero no estoy dispuesto a volver a pasar por una sesión de formación sobre los medios de comunicación.

—Hoy no, en este preciso instante está construyendo nuestra casa definitiva.

No me puedo creer que en algún momento quisiera que nos escondiéramos detrás de las puertas cerradas de nuestra habitación. Ahora disfruto mucho hablando de él en todo momento. Sobre todo con los periodistas que dudaron de nosotros al principio de nuestra relación.

Nuestra relación ha causado furor en el mundo del automovilismo. Ya imagino cómo habría sido si Kian no se hubiera retirado, si hubiéramos vuelto a formar equipo en Hendersohm o, Dios no lo quiera, en equipos rivales. La rivalidad ya es bastante fuerte entre compañeros de equipo, por no hablar de equipos rivales. Estoy seguro de que todos se lo habrían pasado en grande a nuestra costa.

—Debes de echarlo de menos. ¿Afecta a tu rendimiento en el circuito? —Esta vez, me río de sus comentarios ridículos.

—Creo que mis tiempos por vuelta y mi posición final hablan por sí solos.

Le lanzo a Elijah la mirada fulminante a la que ya está acostumbrado, y él nos guía por la línea de prensa para regresar al box con nuestra segunda familia.

Tengo una segunda familia. Es extraño pensar que tengo una, y mucho menos dos. Sin embargo, la familia Hendersohm me ha cuidado durante los últimos tres años y luego, cuando me vaya, volveré a casa con los Walker. Tengo muchas ganas de convertirme en un Walker, aunque Kian aún no sepa que planeo adoptar su apellido.

—Me cuesta creer lo mucho que has progresado en los últimos dos meses. El revestimiento de la habitación de invitados es increíble. ¿Quién iba a decir que mi prometido era tan manitas?

Estando separados durante la última temporada y media, se nos ha dado genial hacer videollamadas por FaceTime. Echar de menos a alguien como lo echo de menos a él cuando estamos en la otra punta del planeta es una experiencia nueva para mí.

El primer mes de la temporada pasada, cuando Kian estaba en casa intentando retomar la normalidad, fue el peor. Tanto fue así que volé a casa dos días entre el gran premio de Arabia Saudí y el de Australia. Si bien el dinero no es problema y alquilaría un *jet* privado todos los días de mi vida para ver a Kian si fuera necesario, supongo que fue una estupidez, teniendo en cuenta lo mal que me sentó el *jet lag* al regresar a Australia.

Ahora tenemos estrategias más saludables para sobrellevarlo, y Anders quiere tanto a Kian que está encantado de que nos acompañe cuando le apetece.

—Espero que sigas pensando lo mismo cuando lo veas de cerca. En la pantalla se ve mejor, creo. —El sudor le gotea por la frente. Está trabajando en la ampliación que construimos a principios de año.

Pude estar en casa con él durante todo el gran premio de Gran Bretaña y luego me fui tres meses y medio, y, cuando volví, la casa prácticamente había duplicado su tamaño y habíamos adquirido ocho animales.

Obviamente, Kian no construyó la ampliación por su cuenta, pero la está decorando y amueblando a la perfección. Lo convencí para que abriera una cuenta en redes sociales para documentar su progreso, y ahora tiene más de un millón de seguidores en Instagram y en TikTok.

—¿Sabes qué me encantaría tener? —le pregunto—. Una piscina.

Llevo tiempo lanzándole indirectas sobre la posibilidad de tener una en la propiedad. Con tanto terreno, sería perfectamente posible, pero Kian se resiste a aceptar.

—Tener una piscina exterior en el Reino Unido me parece una chorrada. Si solo tenemos dos semanas de verano y ya está.

Además, el mantenimiento es un rollo.

—Contrataremos a un chico para la piscina —le propongo.

Kian pone los ojos en blanco antes de contestar.

—Sí, no me sorprende que quieras tener a uno.

—No tanto como te quiero a ti.

—Vaya, estar comprometido te ha vuelto muy cursi, Harper.

—Y te encanta.

Sé que sí. Kian acepta cada parte de mí, desde mi terquedad competitiva hasta la forma ridícula en la que expreso mi amor, pasando por cómo acaparo el edredón. No tengo ninguna duda al respecto. Ya no.

Estoy a punto de sugerirle una rápida sesión de sexo telefónico, o al menos preguntarle si podría verlo pajeándose en nuestra nueva habitación de invitados, cuando me interrumpen unos fuertes golpes en la puerta de mi habitación.

—¿Qué pasa? —pregunta Kian. El ruido ha sido tan fuerte que hasta él lo ha oído.

Miro por la mirilla y veo a Elijah y a Johannes en el pasillo.

—Un par de juerguistas —digo—. Un segundo. —Dejo el teléfono y abro la puerta para que entren—. Saludad a mi prometido.

Prácticamente les pongo el teléfono en la cara, pero se echan a reír sin más.

—Kian, por favor, pregúntale a tu hombre cuándo se va a cansar de esa palabra. ¡La va a desgastar! —El tono juguetón de Elijah me arranca una carcajada.

En los últimos dieciocho meses, Elijah y yo hemos congeniado mucho. Trabajamos bien juntos como equipo y también hemos tenido mucho éxito. Además, le encanta escucharme hablar de Kian durante horas, algo que a mí también me gusta.

Así que sí, puede que le haya dado demasiada importancia a nuestro compromiso, pero que Kian me pida matrimonio significa más que nada en el mundo. Más que cualquier campeonato, copa o contrato millonario.

Porque significa que quiere que esté a su lado para siempre. Es algo que nadie me había pedido nunca, y por fin no me da miedo aceptarlo ni mostrárselo al mundo. Me lo merezco, me lo merezco a

él y me merezco ser feliz. ¡Gracias, terapia! Ya no me preocupa que me abandone.

No fue algo que sucedió de la noche a la mañana, ni mucho menos. Supongo que por eso volé a casa dos días y contraje un *jet lag* crónico: para asegurarme de que seguía interesado en mí. Y aquí estoy, listo para comprometerme para siempre. Lo haría mañana mismo si Kian nos dejara, pero quiere que todo esté perfecto: la casita, la ampliación, el granero, la época fuera de temporada.

Ese es su regalo para mí: la boda perfecta. Y el mío para él es que me voy a convertir en un Walker. Quiero llevar su apellido porque la familia Walker me ha acogido y me ha dado la bienvenida de una manera que me ha cambiado la vida.

Otra cosa que ha cambiado mucho en nuestras vidas es que todos nos estamos adaptando a la vida en el campo. Al principio era muy escéptico, pero tanto Kian como Grant estaban entusiasmados y vi lo felices que los hacía a ambos. Grant ha reducido significativamente sus viajes de trabajo, y Kian y él han estado transformando el terreno de Chastity juntos. Se ha convertido en un precioso *bromance*, y a nadie le hace más feliz que a Elise y a mí.

Con Cassie en la escuela y Jesse a punto de entrar a la guardería, Elise por fin ha retomado su carrera de Enfermería y, como Grant está más tiempo en casa, puede volver a perseguir el trabajo de sus sueños. No podría estar más orgulloso de los gemelos Walker.

A estas alturas, me he desconectado tanto de la conversación que Johannes sostiene mi móvil mientras Elijah, Kian y él charlan animadamente.

Johannes. A ver, Johannes sigue siendo un misterio. Es una locura que se haya convertido en mi mayor preocupación del último año. Algo ha cambiado en él, se ha vuelto reservado, callado, y solo quiere oír hablar de mi vida y nunca de la suya. A veces eso ha complicado nuestra amistad, pero lo superamos.

Es algo que he tratado en profundidad tanto con mi terapeuta como con Kian. Mi amigo estaba muy lleno de vida y, de pronto, se llenó de secretos. Todavía le gusta salir a comer con nosotros y a tomar algo de vez en cuando, pero nunca mira a ninguno de los muchos hombres que se le insinúan. No ha mirado a ningún tío en

los últimos dieciocho meses, y ninguno de nosotros sabe por qué. Al principio, no dejé de insistirle, pero solamente conseguí que se cerrara aún más en banda. Ahora ya nos hemos resignado a que nos lo contará cuando esté listo. Como hice yo con lo de Kian.

La preocupación me carcome al verlo hablar con Kian. Hace bromas y tal, pero sé que no está del todo aquí. Y lo sé porque nos conocemos desde hace casi una década.

—¿Me dejáis despedirme de mi prometido, por favor? —pregunto extendiendo la mano para coger el teléfono.

—Y dale con la palabrita —bromea Johannes; aun así, me pasa el teléfono.

—Voy a invitar a cenar a estos dos payasos. Porque ahora gano un dineral después de llevarme el campeonato mundial del año pasado, ya sabes.

Sí, así es, gané el Campeonato de Pilotos un año después que Kian. Si mi puesto en el equipo Hendersohm no estaba asegurado antes, lo estuvo después de esa victoria. Todo el equipo se ha convertido en mi familia, en otra familia «elegida», así que ahora tengo dos. Soy más rico de lo que jamás hubiera imaginado. Familia, un hombre al que amo y la carrera con la que siempre soñé.

—Vale, cariño. —Johannes y Elijah miran a Kian con cara de asco detrás de nosotros—. Hablamos luego. Llámame cuando vuelvas y estés en la cama. —Me guiña un ojo, aunque por suerte ninguno de los dos lo ve—. Te quiero.

No importa que sea la millonésima vez que me lo dice, sigue llenándome de alegría.

—Yo también te quiero. Disfruta limpiando la pared.

Cuelgo y salgo a cenar con mis amigos.

Falta poco para que termine la temporada; entonces volveré a casa con mi prometido, mi Kian, mi amor. Todavía me cuesta creer cuánto tiempo paso pensando en el futuro ahora. Antes me limitaba a pensar en el día en cuestión, en la hora y en el segundo, y admito que eso me llevó a tomar muchas malas decisiones. Sin embargo, ahora solo pienso en entrar por la puerta de nuestra casa. Pienso en los hijos que podríamos tener algún día. Pienso en el hecho de que cuando llegue a casa veré que Kian ha comprado un rebaño de

ovejas o una manada de llamas, o algo igual de absurdo. Y me dará igual.

Me dará absolutamente igual.

Agradecimientos

Siempre le estaré sumamente agradecida a mi madre, mi mejor amiga en la vida y mi mayor apoyo en todo lo que hago. A mi padre y a mi hermano, que comprarán este libro y nunca lo leerán, les estoy igual de agradecida.

A mis mejores amigas del mundo entero, Ella y Paige: gracias por ser los amores de mi vida, mis animadoras y mi apoyo emocional. Os adoro cada día más.

A mis amigas escritoras que me entienden, Alicja, Hannah y Louise: ¡gracias por formar parte de este viaje en todo momento!

Tuve la suerte de entablar algunas de las amistades más increíbles con veintipico años. Taylor y Charlie, os quiero con todo mi corazón y no puedo imaginarme la vida sin vosotras. Gracias por aseguraros de que me tome descansos para escribir y por estar siempre pendientes de cómo va el proceso.